EMMA STRAUB

Amantes modernos

Por la autora de *Los veraneantes*

AMANTES MODERNOS

Emma Straub

Traducción de Laura Paredes

Título original: *Modern Lovers*
Traducción: Laura Paredes
1.ª edición: enero de 2017

© Emma Straub 2016
© Ediciones B, S. A., 2017
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-602-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

PRIMERA PARTE. «Ruby Tuesday»
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

SEGUNDA PARTE. «Jane Says»
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45

TERCERA PARTE. «Mistress of Myself»
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66

67
68
69
70
71

CUARTA PARTE. Coleccionables

Agradecimientos

Para Nina, quien hizo que trasladarse a Ohio pareciera divertido, y para los lectores de Rutland Reader*, con mi gratitud por siete años de cariño.*

Si pudiera sentar cabeza, sentaría cabeza.

PAVEMENT

No puedes contenerte, pero nosotros tampoco. Juntos, pasado poderoso, dominamos las cosas.

KENNETH KOCH

Primera parte

«Ruby Tuesday»

INMUEBLES DE MARY ANN O'CONNELL

Nueva oferta

Magnífica casa victoriana de cinco habitaciones en la excelente zona de Ditmas Park. Posee muchos detalles originales, como puertas correderas empotrables, molduras y una majestuosa escalera profusamente tallada. Cocina renovada, tejado nuevo. Chimenea de leña. Garaje de dos plazas. Espléndidamente situada en el corazón del barrio, cerca de las tiendas y los exquisitos restaurantes de Cortelyou Road, próxima a la estación. ¡Excepcional!

1

En junio, el club de lectura se reunía en casa de Zoe, lo que significaba que Elizabeth podía llevar su pesado cuenco de cerámica con la ensalada de espinacas, nueces y una generosa cantidad de queso de cabra desmenuzado. Ni siquiera tenía que cruzar la calle. Ninguna de las pocas mujeres del grupo tenía que desplazarse demasiado trecho; de eso se trataba. Ya era bastante difícil coordinar horarios y leer una novela (aunque, solo la mitad del grupo acababa alguna vez algo) como para pedir además a la gente que tomara el metro. Haz planes con tus verdaderos amigos cuando quieras, ve en coche al otro lado de la ciudad a cenar si te apetece, pero esto era el barrio. Era fácil. Esta era la última reunión antes del paréntesis anual de cada verano. Elizabeth había vendido casas a seis de las doce mujeres. Tenía un interés personal en contentarlas, aunque, en realidad, también estaba bien cuando la gente renunciaba a Brooklyn y decidía trasladarse a las afueras o regresar a su lugar de origen, porque entonces cobraba doble comisión. A Elizabeth le gustaba su trabajo.

Naturalmente, aunque el resto del club de lectura estaba formado por vecinas que, de otro modo, jamás habrían coincidido, ella y Zoe eran diferentes. Eran viejas amigas, las mejores amigas, para ser exactos, aunque puede que Elizabeth nunca lo dijera delante de Zoe por miedo a que ella se echara a reír al oírlo por considerarlo infantil. Habían vivido juntas después de la universidad, allá en la Edad de Piedra, en esa misma vivienda, compartiendo la laberíntica casa victoriana con el novio, ahora marido, de Elizabeth, y dos chicos que habían vivido en su edificio en régimen de cooperativa en Oberlin. Siempre era agradable llevar un gran cuenco de algo casero a casa de Zoe, porque era como volver a estar en aquella zona gris con muchas comidas compartidas

y poco dinero, que constituye la época en que se es veinteañero. Ditmas Park se encontraba a miles de kilómetros de Manhattan (poco más de once kilómetros, en realidad): un reducido grupo de casas victorianas que podían haber existido en cualquier lugar de Estados Unidos, con la plaza de armas de Prospect Park al norte y la Universidad de Brooklyn al sur. Sus otros amigos de la facultad se estaban instalando en pisos de edificios sin ascensor del East Village o en bonitas casas de piedra rojiza de Park Slope, al otro lado de la inmensidad verde del parque, pero los tres se habían enamorado de la idea de una casa casa, y allí estaban, emparedados entre las señoras mayores italianas y los complejos de viviendas protegidas.

Cuando el contrato de alquiler venció, los padres de Zoe, una pareja afroamericana que había amasado una buena fortuna como dúo de música disco, compraron la casa para ella. Siete habitaciones, tres cuartos de baño, vestíbulo central, camino de entrada, garaje... Les costó ciento cincuenta mil dólares. La moqueta mohosa y las capas de pintura de plomo eran gratis. Elizabeth y Andrew todavía no estaban casados, y menos aún compartían una cuenta bancaria, por lo que pagaban el alquiler enviando a los padres de Zoe cheques por separado a Los Ángeles. A lo largo de los años Zoe había pedido prestado más dinero para arreglarla, pero la hipoteca estaba pagada. Elizabeth y Andrew se habían trasladado durante un tiempo a unas manzanas de distancia, a Stratford, y después, cuando su hijo Harry cumplió los cuatro, doce años atrás, compraron una casa tres puertas más allá. La de Zoe valía ahora dos millones de dólares, puede que más. Elizabeth notó que un escalofrío le recorría la espalda al pensar en ello. Ni ella ni Zoe creían que todavía estarían en aquel barrio tantos años después, pero nunca había llegado el momento adecuado de abandonarlo.

Subió los peldaños hasta el amplio porche y echó un vistazo por la ventana. Era la primera en llegar, como de costumbre. El comedor estaba preparado, con la mesa puesta. Zoe empujó la puerta de vaivén de la cocina con una botella de vino en cada mano. Sopló hacia arriba en vano, para apartar un rizo que caía sobre su ojo. Llevaba unos ajustados vaqueros azules y una camiseta de tirantes raída, con un montón enrevesado de collares tintineándole contra el pecho. Daba igual que fuera a comprar con Zoe a las tiendas de segunda mano que ella frecuentaba o a las apreciadas boutiques que a Zoe le gustaban, a ella las cosas nunca le quedaban como a Zoe; estaba prodigiosamente igual de espléndida a los cuarenta y cinco que a los dieciocho. Llamó a la ventana y saludó con la mano a su amiga cuando esta levantó la

cabeza y le sonrió. Zoe le hizo gestos para que entrara, moviendo los delgados dedos en el aire.

—¡Está abierto!

La casa olía a albahaca y a tomate fresco. Elizabeth dejó que la puerta se cerrara de golpe al entrar y depositó la ensalada en la mesa. Sacudió las muñecas, que crujieron como fuegos artificiales. Zoe rodeó la mesa y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal te ha ido hoy, cielo?

Elizabeth hizo girar la cabeza de un lado a otro. Se oyó un crujido.

—Bueno, así así —respondió, y echó un vistazo a la habitación —. ¿Qué puedo hacer? ¿Quieres que vaya a buscar algo a casa? — Una cena para doce personas era mucho para cualquier anfitrión, incluso en Ditmas Park. Normalmente, solía asistir a las reuniones una pequeña cantidad del club de lectura, por lo que la dueña de la casa podía apañárselas y apretujar a todas las asistentes alrededor de la mesa del comedor, pero muy de vez en cuando (especialmente justo antes del verano) todas las mujeres aceptaban encantadas la invitación y, según donde tocaba, el grupo tenía que llevar sillas plegables para evitar sentarse en el suelo como niños haciendo pucheros el día de Acción de Gracias.

Arriba se oyó el ruido de algo pesado que caía al suelo. *¡Pumba!* Y, después, dos veces más. *¡Pumba, pumba!*

—¡Ruby! —gritó Zoe, alzando el mentón—. ¡Ven a saludar a Elizabeth!

Les llegó una respuesta apagada.

—Tranquila —dijo Elizabeth—. ¿Dónde está Jane, en el restaurante? —Abrió la boca para seguir hablando porque tenía noticias que no eran aptas para los oídos de las vecinas y quería dárselas antes de que sonara el timbre.

—Tenemos una nueva segunda chef, y estoy segura de que Jane le estará encima como un sargento instructor. Ya sabes cómo es siempre al principio: un drama. ¡Ruby! ¡Baja a saludar antes de que lleguen las que te caen mal! —Zoe se frotó las cejas con la punta de los dedos—. Acabo de apuntarla al curso de preparación para la selectividad que me comentaste y está cabreada. —Imitó el ruido de un torpedo.

Se oyó un portazo arriba, y después los pasos de la ágil manada de elefantes metida en el cuerpo de una adolescente bajando la escalera. Ruby se detuvo en seco en el peldaño inferior. En las semanas que hacía que Elizabeth no la veía, el cabello le había cambiado de verde cristal de mar a negro violáceo, y lo llevaba

recogido en un moño en lo alto de la cabeza.

—Hola, Rube —la saludó Elizabeth—. ¿Qué te cuentas?

—Nada —respondió Ruby mientras se hacía saltar un poco de esmalte de uñas. A diferencia de Zoe, Ruby tenía la cara redonda de rasgos suaves, pero sus ojos eran iguales, algo estrechos, de aquellos que eran ideales para mirar con recelo. La piel de Ruby era tres tonos más clara que la de Zoe, con los ojos del color verde pálido de Jane, y habría amedrentado a cualquiera incluso sin el pelo violáceo y la expresión hosca.

—La graduación es el jueves, ¿verdad? ¿Qué te vas a poner?

Ruby imitó el ruido de un mirlitón, como el torpedo de su madre pero al revés. Era gracioso lo que los padres hacían a sus hijos. Aunque no quisieran hacerlo, todo se reproducía. Dirigió una mirada a su madre, que asintió.

—Me gustaría llevar uno de los vestidos de mami. El blanco, ¿sabes cuál digo?

Elizabeth lo sabía. A Zoe no solo se le daba bien comprar ropa, sino también conservarla. Era una suerte que se hubiera casado con una mujer que vestía los mismos vaqueros todos los días con una pequeña rotación de blusas con cuello de botones, porque en su enorme vestidor no había espacio para nada más. El vestido blanco era una reliquia de su juventud: un corpiño de ganchillo con más calado que tejido y una falda de la que colgaban unos flecos justo desde donde se consideraba decente. Era la clase de vestido que se llevaba sobre un traje de baño cuando se estaba de vacaciones en México en 1973. Había sido inicialmente de la madre de Zoe, lo que significaba que probablemente tendría un montón de polvillo de droga acumulado accidentalmente en el interior de las costuras. Antes de conocer a los Bennett, Elizabeth nunca había visto a unos padres que llevaran una clase de vida que enorgullecía y avergonzaba a la vez a sus hijos. Estaba bien ser moderno, pero solo hasta cierto punto.

—Vaya —exclamó Elizabeth.

—Todavía lo estamos discutiendo —aseguró Zoe.

Ruby entornó los ojos y saltó el último peldaño en cuanto sonó el timbre. Antes de que las vecinas empezaran a entrar, cada una con un plato tapado con papel de aluminio, cruzó como una exhalación la cocina, volvió a salir de ella con un plato lleno de comida y empezó a subir corriendo las escaleras.

—Holaaaa —canturrearon tres mujeres a la vez.

—Holaaaa —canturrearon de vuelta Elizabeth y Zoe, y sus voces entonaron la canción del día, el grito entusiasta de su cena solo

para chicas.

2

Cuando Elizabeth salía por la noche, Andrew era el encargado de alimentar a Harry. A diferencia de la mayoría de adolescentes, que se comerían una cartulina si estuviera recubierta de salchichón, Harry era muy tiquismiquis en este aspecto. Paseaba la comida por el plato como un niño pequeño, y amontonaba lo que rechazaba en un lado del plato: nada de aceitunas, nada de aguacate a no ser que fuera guacamole, nada de queso fresco, nada de col rizada, nada de sésamo, nada de tomates salvo en salsa. La lista era larga y variaba regularmente; Andrew tenía la impresión de que cada vez que él cocinaba le había añadido algo nuevo. Abrió la nevera y contempló lo que había dentro. *Iggy Pop*, su flaco gato manchado, le restregó el cuerpo en el zapato.

—Harry —dijo, volviéndose hacia el salón. Oía los sonidos repetitivos del videojuego favorito de su hijo, Secret Agent. El juego estaba protagonizado por una rana con una gabardina impermeable y una gorra de cazador y, hasta donde Andrew sabía, estaba diseñado para niños de ocho años. A Harry no le interesaban nada Call of Duty, Grand Theft Auto o cualquier otro del sinfín de juegos que loaban los asesinatos y las prostitutas, algo de lo que Andrew se alegraba. Mejor tener un hijo a quien le gustaran las ranas que las ametralladoras. Él mismo también había disfrutado de videojuegos tranquilos, y leído novelas fantasiosas sobre ratoncitos. Él y Harry eran tal para cual, blandos por dentro, como galletas que no se habían acabado de hornear. Era lo que la gente siempre quería, ¿no?

—Harry —repitió. Cerró la puerta de la nevera y esperó con calma—. Harry.

—Ya te he oído la primera vez, papá —soltó Harry una vez los ruidos del juego se detuvieron—. Pidamos una pizza.

—¿Seguro?

—¿Por qué no? —Los sonidos empezaron a oírse de nuevo. Andrew sacó el teléfono y cruzó la puerta hacia el salón, seguido de *Iggy*. Todavía era de día y, por un momento, se sintió triste al ver a su encantador hijo tan contento de quedarse en casa una preciosa tarde de junio. Nada de chutar penaltis él solo en el parque, ni de practicar encestes, ni siquiera de fumarse algún cigarrillo a escondidas en un banco apartado. Se le veía pálido... era pálido. Llevaba una ceñida sudadera negra con la cremallera subida hasta el cuello—. ¿Te apetece jugar? —preguntó Harry. Y cuando alzó la mirada y vio sus relucientes ojos castaños, Andrew guardó su tristeza en un bolsillo muy, pero que muy hondo, y se sentó junto a su hijo. *Iggy Pop* se le subió de un salto al regazo y se hizo un ovillo. La rana guiñó un ojo, y la música empezó a sonar.

Había alguien cuyo trabajo consistía en componer aquella música: una melodía que sonaba de fondo repetidamente. Había alguien cuyo trabajo era componer la música que sonaba bajo las pausas dramáticas de los actores en los culebrones. Los tonos de los móviles. Alguien cobraba, puede que incluso cobrara derechos de autor. Andrew jamás había sido un bajista demasiado bueno, pero siempre se le había dado bien idear melodías. Puede que fuera lo único que le había encantado hacer en la vida, profesionalmente hablando, a pesar de que jamás fue exactamente profesional. Aun así, siempre que estaba deprimido, lo que ocurría a menudo, pensaba en los derechos de autor, de él y de Elizabeth, y en cómo servían para pagar la mayoría de la educación en un colegio privado de Harry, y eso lo animaba un poco. Siempre había alguien a quien le iba mejor, especialmente en la ciudad de Nueva York, pero qué coño, por lo menos él había hecho algo en su vida, algo que se recordaría.

—Papá —dijo Harry—, te toca. Yo pediré la pizza. —Se apartó el pelo de los ojos y pestañeó como una cría de topo que ve el sol por primera vez. Era un chaval muy bueno, buenísimo. Lo comentaban sin cesar, desde que era un bebé; Andrew y Elizabeth se acurrucaban en la cama, cómodos y satisfechos, con el intercomunicador entre ambos para escuchar sus gorgoritos y sus hipos. Siempre había sido tranquilo. Sus amigos les habían advertido que el siguiente hijo sería la caraba, y que entonces sabrían qué era tener problemas, pero el siguiente jamás llegó. De modo que allí estaban los tres, formando un hogar la mar de sólido. Al principio les preguntaban por qué solo tenían un hijo, pero con el paso del tiempo cada vez más gente creía que era por elección

propia y lo dejaba correr. Hasta sus padres habían dejado de preguntárselo cuando Harry había cumplido seis años. ¿Y quién necesitaba más nietos cuando Harry se subía a brazos de su abuela para besarla en la mejilla sin que le apremiaran a hacerlo? ¿Quién podía pedir más? Había vecinos, aunque no verdaderos amigos, simplemente personas que los saludaban con la mano cuando sacaban la basura, que tenían tres o cuatro hijos, y a Andrew siempre le parecía que era eso algo típico del siglo pasado, cuando necesitabas todas las manitas posibles para ordeñar vacas y sachar el campo. ¿Qué se hacía con tantos hijos en Brooklyn? ¿Tan buenos eran sus genes, tan importantes para la raza humana? Entendía cuando obedecía a motivos religiosos. Era el caso de los judíos de la organización ortodoxa Lubavitch en Williamsburg o los mormones en Utah, a quienes los motivaba el Juicio Final. Pero ¿Elizabeth y él? Lo hacían lo mejor que podían, y lo mejor era Harry, su encantador Harry. En parte, Andrew quería que suspendiera la selectividad y viviera en casa para siempre. Pero, por supuesto, también iba a irle de maravilla, gracias a la prosa grandilocuente de las novelas que tanto le gustaban. Ya de pequeño le encantaban los polisílabos. «Es estraurdinario», había dicho antes de los dos años al ver la fuente de Grand Army Plaza, que lanzaba chorros de agua a gran altura.

—Te quiero, chavalote —dijo Andrew.

—Ya está pedida —soltó Harry con los ojos puestos en el móvil sin dejar de tocar botones.

3

Ruby detestaba la maldita selectividad tanto como la secundaria. Las dos cosas eran ejemplos de la insistencia patriarcal por mantener el dominio masculino y todas esas sandeces machistas. Whitman era un buen establecimiento según los estándares de Brooklyn en cuanto a centros privados: no era el mejor, pero tampoco el peor. Puede que algún alumno llegara a una de las universidades más prestigiosas, puede que no. La mayoría estudiaría en sitios como Marist, Syracuse o Purchase. Pero no ella. Ella iba a tomarse un año sabático. Era la forma fina de decirlo. Lo cierto era que no había podido acceder a ninguna de las cinco universidades a las que había presentado su solicitud, y sus madres, falsamente optimistas, estaban convencidas de que se debía a su resultado en la selectividad, no a su mala actitud, las malas notas o los trabajos sobre ser una negra judía, hija de madres lesbianas (el trabajo que todo el mundo supuso incorrectamente que iba a escribir), de modo que iba a tener que hacer otro curso de preparación aquel verano, después de su último año de secundaria. ¿Quién hacía eso? Nadie. Era una broma de mal gusto, y ella era el hazmerreír.

El móvil le vibró en la cama: «Nos vemos donde los columpios a las 10?» Dust tenía diecinueve años, un incisivo roto y llevaba la cabeza rapada. Era uno de los chicos de la iglesia, la pandilla de patinadores que se pasaban todo el día haciendo *kickflips* en los peldaños de la iglesia, al otro lado de Whitman. Ninguno de ellos estudiaba, hasta donde Ruby sabía, ni siquiera los que no llegaban a los dieciocho años. A veces, los guardas jurados de Whitman los echaban de allí, pero no estaban haciendo nada ilegal, por lo que no tardaban en volver. Dust era su líder. Llevaba unos vaqueros de la talla ideal: ni demasiado ajustados como para verse femeninos ni demasiado holgados como para que parecieran pertenecer al padre

de alguno de ellos. Era musculoso, sin que diera la impresión de tener que esforzarse por lograrlo, como si fuera un mecánico de los años cincuenta que pasaba mucho tiempo trabajando en un taller. Todo lo que Ruby sabía sobre aquella década era lo que se veía en *Grease* y en *Rebelde sin causa*. Básicamente, que ser adolescente era lo peor para cualquiera, excepto si eras John Travolta, que tenía veintiún años, claro, y ya no contaba. Los únicos chicos de Whitman que se ponían a cantar espontáneamente eran los obsesos de los musicales, y Ruby los detestaba tanto como a los deportistas, que eran más patéticos si cabe, ya que Whitman a duras penas tenía gimnasio. También estaban los empollones, que no hacían otra cosa que estudiar para los exámenes, y los dedicados a las buenas obras, que siempre estaban intentando hacerte firmar una petición para erradicar las ballenas o salvar el ébola o lo que fuera. Los chicos de la iglesia eran realmente su única esperanza, sexualmente hablando.

«No puedo —respondió—. El club de lectura de mami está aquí. Fiesta/Mátame.»

«Tranquila», le escribió él, y después, nada más.

Llamar «mami» a su madre no era ninguna cursilada; es que tenía mami y mamá, y tenía que llamarlas de modo distinto. En cualquier caso, daba igual lo del club de lectura. Esta era solo la última excusa. No habría ido donde los columpios ni loca. Hacía tres semanas que había roto con Dust, o por lo menos eso creía ella. Tal vez no había sido lo bastante clara. Hubo aquel día en que fueron al Purity Diner, en la Séptima Avenida, al lado del colegio, y no dejó que él le pagara las patatas fritas, y después, dos días más tarde, cuando salía del colegio, Dust estaba al otro lado de la calle, en los peldaños de la iglesia, y ella fingió no verlo y se fue directamente andando al metro en lugar de permitir que él la llevara al parque, donde se habrían enrollado todo lo que se podía en público, que era mucho.

Lo que Dust tenía era que no era listo ni interesante salvo en lo que al *skateboarding* o al sexo oral se refería. Durante unos meses, sus dientes maltrechos, su cabeza hirsuta y su sonrisa torcida le bastaron, pero una vez se le pasaron los efectos de estos encantos, solo hablaban de *American Idol* (que ambos detestaban) y de la franquicia de *Fast and Furious* (que Ruby no había visto). El problema de las madres de Ruby era que su restaurante estaba a tres manzanas de donde vivían, y nunca sabías cuándo una de ellas iba a estar en casa. Lo que Ruby sabía con certeza era que no quería que conocieran a Dust, porque una conversación entre ellos sería como intentar hacer que un perro hablara chino. Dust no estaba

hecho para los progenitores. Estaba hecho para las esquinas y para los pequeños follones, y Ruby ya pasaba de eso. Bajó de la cama al suelo y se arrastró hasta el tocadiscos. Si bien mamá no era lo que nadie consideraría genial, con sus zuecos de cocinera y su peinado de barbería, mami tenía sus momentos. El tocadiscos le había pertenecido en sus tiempos de universitaria, cuando los dinosaurios deambulaban por el planeta, pero ahora era suyo, y se había convertido en su posesión más preciada. Si Dust hubiera merecido la pena, habría conocido todos los grupos que a ella le gustaban, The Raincoats, X-Ray Spex, Bad Brains, pero él solo escuchaba dubstep, que era una de las peores atrocidades de la humanidad, desde luego.

Dispuso el montón de discos en el suelo, repartiéndolos como si fueran cartas del tarot, hasta que encontró el que estaba buscando. *Lady Soul*, de Aretha Franklin. Aretha nunca había tenido un *fanzine* y seguramente jamás se había perforado la nariz, pero era igualmente cojonuda. Puso la cara A, esperó a que empezara a sonar la música, y se echó en la alfombra mirando al techo. Desde el suelo, oía que el club de lectura empezaba a parlotear con más ánimo. Sinceramente, era como si nadie de más de treinta años se hubiera emborrachado nunca antes y que siempre lo estuviera haciendo por primera vez. Muy pronto empezarían a charlar sobre sus parejas y sus hijos, y mami susurraría cuando dijera algo, pero ella siempre la oía, siempre lo oía todo. ¿No lo pillaban los padres? Incluso cuando estaban en la otra punta de la casa, sus hijos los oían, porque tenían el oído fino de un puñetero murciélago, y no importaba que susurraran. El verano ya era un asco, y ni siquiera había empezado.

4

Eran casi las once, y las únicas mujeres que seguían allí estaban en la cocina ayudando a Zoe a dejarlo todo en orden. Allison y Ronna acababan de llegar al barrio y deseaban información. Elizabeth había vendido a ambas el inmueble donde vivían: una encantadora casa que precisaba reformas en Westminster, entre Cortelyou y Ditmas, a Allison, y un piso en Beverly con Ocean a Ronna. Eran treintañeras, estaban casadas y no tenían hijos. ¡Pero lo estaban intentando! A las mujeres jóvenes les encantaba comentarlo, especialmente a los agentes inmobiliarios. Elizabeth había sido terapeuta, consejera matrimonial, vidente y gurú, todo ello para cerrar más rápido una venta. Había cosas que no estaba permitido comentar legalmente: la calidad de las escuelas públicas locales, la composición racial de la zona, si alguien había muerto allí o no. Lo que no impedía que la gente intentara averiguarlo. Además, estaban entusiasmadas de haberse conocido, riéndose como tontas por la búsqueda de fontaneros y empapeladores. Elizabeth les dio un beso en la mejilla y se despidió de ellas para que fueran a enseñarse mutuamente sus respectivas cocinas.

Zoe estaba de pie frente al fregadero con las manos mojadas salpicando de agua jabonosa el suelo cada pocos minutos.

—Me has mojado —se quejó Elizabeth, secándose el brazo.

—Lo siento muchísimo —dijo Zoe—. Bueno, ha estado bien. ¿Cuál dijiste que era el siguiente libro?

—¡*Cumbres borrascosas*! ¡Lo eligió Josephine, que no ha terminado un libro en toda su vida! Me gustaría saber si pretende limitarse a alquilar la película. De hecho, estoy segura de que esta es exactamente la razón de su propuesta. Seguramente habrá visto que HBO Go ofrece una nueva versión seriada por internet, y va a fingir haberse leído el libro. Se pasará toda la noche contando que

la acción se desarrolla en una preciosa isla caribeña. —Tomó el montón de platos limpios y los guardó en el armario.

—No hace falta que me ayudes, Lizzy —aseguró Zoe.

—Venga ya. Eso es lo que dices a la gente cuando quieres que se largue.

Zoe soltó una carcajada.

—En realidad, quería hablar contigo de algo —dijo Elizabeth tras girarse y apoyarse en la encimera.

—¿Ah, sí? —Zoe se volvió hacia ella—. Yo también. Tú primero.

—Van a rodar una película sobre Lydia y necesitan los derechos. Nuestros derechos. Sobre la canción y sobre nosotros. Alguien famoso va a escribir el guion, y es alguien bueno; no recuerdo el nombre. —Elizabeth adoptó una expresión entusiasta y apretó los dientes. Tiempo atrás, antes de llegar a Brooklyn y de tener hijos, Elizabeth, Andrew y Zoe habían formado parte de una banda musical, y además de tocar en muchos antros y de grabar sus canciones en una pletina de plástico rosa, habían vendido exactamente una pieza, «Mistress of Myself», a su amiga y anterior compañera de grupo, Lydia Greenbaum, que dejó entonces la universidad, abandonó su apellido, firmó un contrato con una discográfica, publicó la canción, se hizo tan famosa que todas las chicas de St. Marks Place imitaban su peinado y su modo de vestir, grabó la banda sonora de una película experimental sobre una mujer que perdía la mano derecha en un accidente laboral en una fábrica (*Desde el primer día*), se afeitó la cabeza, se convirtió al budismo y se murió de repente de una sobredosis a los veintisiete años de edad, igual que Janis, Jimi y Kurt. Todos los años, el día de su fallecimiento, «Mistress of Myself» sonaba sin cesar en todas las emisoras de radio universitarias del país. Era el vigésimo aniversario, y Elizabeth había estado esperando algo. Había recibido la llamada aquella mañana. Ya se lo habían pedido antes, pero nunca lo había hecho gente con dinero de verdad.

—¿Qué? —Zoe la sujetó por los codos—. ¿Estás hablando en serio? ¿Cuánto nos pagan?

—Oh, todavía no lo sé, pero Andrew quiere negarse. Técnicamente, tenemos que firmar todos para ceder los derechos sobre nuestras vidas, y tenemos que aceptar que la canción aparezca en la película...

—Y no pueden hacer una película sobre Lydia sin la canción.

—No. Bueno, sí que podrían, pero ¿qué sentido iba a tener?

—Hummm... ¿Quién podría interpretarla? —comentó Zoe—. ¿Quién te interpretaría a ti? ¿Y a mí? ¡Oh, Dios mío! ¡Ruby,

evidentemente! Oh, Dios mío, es demasiado perfecto. Me encanta. Sí, dame los formularios. Digo que sí.

—Bueno, creo que esa parte no es tan importante —indicó Elizabeth, agitando las manos en el aire—. Diré a esa mujer que te mande lo que tienes que firmar. Estoy segura de que nos convertirán en una especie de amalgama, algo así como Amigos uno, dos y tres de la universidad X. Pero Andrew jamás accederá a cederles la canción. Esto le hace recordarlo todo, ¿sabes?

Los últimos diez años, Elizabeth y Andrew habían estado componiendo discretamente canciones, solo los dos, sobre todo por las tardes en que Harry estaba en clase y ellos no tenían que trabajar. Se sentaban en dos sillas del garaje y tocaban. Elizabeth no sabía si sus nuevas canciones eran buenas, pero disfrutaba cantando con su marido, sintiendo aquella forma íntima en que sus cuerpos podían estar a cierta distancia y ser como si se estuvieran tocando. Nadie más lo sabía. Andrew así lo quería.

—Bueno, ¿y tu noticia? —preguntó—. En la encimera había la mitad de la tarta de pacanas que había llevado Josephine, que la horneaba todos los meses, a pesar de que no era la época y, por lo tanto, el club de lectura no le prestaba la menor atención. Elizabeth la picoteó con los dedos.

—Oh —soltó Zoe—. Ya volvemos a hablar de divorcio. —Sacudió la cabeza—. Esta vez parece probable que vaya a suceder de verdad, no lo sé —explicó. *Bingo*, el viejo golden retriever de Zoe salió pesadamente de su escondrijo bajo la mesa del comedor y se apoyó comprensivamente en sus espinillas. Zoe se puso de cuclillas y lo abrazó—. Estoy abrazando a un perro —dijo, y se echó a llorar.

—¡Cielo! —exclamó Elizabeth, y se arrodilló a su lado. Rodeó a Zoe con los brazos de modo que dejó al perro emparedado entre las dos. Había buenas y malas preguntas que hacer. Nunca había que preguntar por qué, ni parecer sorprendida, ni lo contrario, lo que era, de hecho, más insultante—. ¡Oh, no! ¿Qué ha pasado? Lo siento muchísimo. ¿Estás bien? ¿Lo sabe Ruby? ¿Estáis hablando de venderos la casa?

Zoe levantó la cabeza del lomo de *Bingo*, con un pelo del perro pegado en la mejilla mojada.

—Yo también. Sí. No. Bueno, puede. Seguramente. Eso creo. Dios mío...

—Puedes contar con mi ayuda —aseguró Elizabeth a la vez que acariciaba la cabeza de Zoe y le quitaba el pelo del perro de la cara —. Para lo que sea. Lo sabes, ¿verdad?

Zoe asintió con un mohín que le dejó a la vista la parte interior

del labio inferior.

5

La Whitman Academy era un pequeño colegio privado, con solo sesenta y ocho alumnos en el último curso. Ruby era una de los doce alumnos que no eran de raza blanca de su clase: tres afroamericanos, cuatro latinoamericanos, cinco asiáticos. Era patético y deprimente, pero así eran los centros privados en la ciudad de Nueva York. Zoe tenía sentimientos encontrados acerca de llevar allí a Ruby: quería que su hija estuviera rodeada de un alumnado diverso, pero todos los centros privados eran igual de malos en ese aspecto, los centros públicos de su zona eran espantosos, y Whitman era el que les quedaba más cerca de casa. Era lo que había.

La ceremonia de graduación tendría lugar tras el ocaso, lo que hacía feliz a los padres que trabajaban, y lograba que los alumnos tuvieran más la impresión de ser estrellas, como si algo así tuviera que fomentarse. El colegio estaba en Prospect Park West, lo que significaba que siempre era imposible encontrar estacionamiento, pero Ruby llevaba tacones y se había negado a ir andando desde el metro. Tendrían que haber tomado un taxi, pero llovía, e intentar encontrar uno en Ditmas Park en tal situación era como encontrar allí mismo un oso polar. Era imposible. Zoe se sentó al volante de su Honda y esperó en el camino de entrada. Tenían veinte minutos para llegar. Jane se había tomado la noche libre, lo que significaba que seguramente estaría en la cocina de casa en lugar de la del restaurante, pidiendo por teléfono siete kilos de tomates de una variedad tradicional a un proveedor de Nueva Jersey mientras mordisqueaba un lápiz hasta que este recordaba la raíz nudosa de un árbol. En la radio se oía la NPR, una emisora para la que Zoe no estaba de humor, de modo que le dio a la tecla para buscar la siguiente emisora, y la siguiente. Se detuvo cuando oyó el estribillo

de «Mistress of Myself» y la voz chillona de Lydia. Era una buena canción, desde luego, pero lo cierto es que había sido simplemente la canción adecuada en el momento adecuado, cantada por la persona adecuada.

En Oberlin, Lydia no había sido nada especial. Era algo pálida, como la mayoría, con unas cuantas capas más de grasa gracias a la comida de la cafetería, el helado suave y las croquetas de patatas que tomaban en cada comida. Habían estado todos en la misma residencia, la South, que estaba al otro lado del campus donde vivía la mayoría de estudiantes de primero, pero que albergaba a muchos alumnos del conservatorio. Cuando sus padres la dejaron allí, Zoe había observado cómo una chica y su madre subían trabajosamente un arpa clásica por la escalera. Pero Zoe y sus amigos no eran músicos; no, comparados con los chicos del conservatorio, todos ellos prodigios que llevaban encadenados a sus instrumentos desde el día que nacieron. Zoe sabía tocar el piano y la guitarra, y Elizabeth había tomado lecciones de guitarra desde los diez años. Andrew era, como mucho, un bajo discreto. Se suponía que Lydia era su batería, pero no tenía ningún instrumento de percusión, solo un par de palillos con los que marcaba el ritmo en lo que le quedara más a mano. Por aquel entonces, llevaba el pelo castaño y ondulado, como las demás chicas de Scarsdale. Por supuesto, cuando Lydia se convirtió en Lydia, dejó de ser de Scarsdale.

Zoe oyó gritos procedentes de la casa. Apagó la radio y bajó la ventanilla. Ruby y Jane salieron a toda prisa por la puerta principal. Ruby con el vestido blanco con flecos y Jane con una expresión de incredulidad en la cara.

—Dime que no es verdad —soltó Jane, asomando la cabeza por la ventanilla del copiloto.

—Por Dios, mamá, solo es un vestido —se quejó Ruby, y se dejó caer en el asiento trasero.

—Eso, definitivamente, no es un vestido entero. —Jane metió su voluminoso cuerpo en el coche, e hizo balancear el pequeño vehículo al cerrar la puerta de golpe y abrocharse el cinturón. Habló sin volver la cara hacia Zoe—. No me puedo creer que aceptaras que se lo pusiera.

—Estoy aquí, ¿sabes? —protestó Ruby.

—Vámonos —pidió Jane sin dejar de mirar hacia delante—. Esto es una pérdida de tiempo.

Zoe puso la marcha atrás y miró a Ruby por el espejo retrovisor interior.

—Nos hace mucha ilusión por ti, tesoro —dijo.

Ruby entornó los ojos. Era un gesto involuntario, como respirar; una reacción automática a cualquier cosa que dijeran sus madres.

—Ya lo veo —replicó—. Podríais dejarme con la familia de Chloe; van a ir a cenar al River Café.

—El River Café ya no es lo que era —aseguró Jane—. Con esas condenadas tartas de chocolate coronadas con una figura también de chocolate del puente de Brooklyn. Es para turistas.

—Ya lo sé —contestó Ruby, y se volvió para mirar por la ventanilla.

Cuando llegaron al colegio, Jane bajó del coche y cambió de asiento con Zoe. Alguien tenía que dar vueltas a la manzana para encontrar estacionamiento, y ambas sabían que a Ruby le daría un ataque si tenía que pasar trescientas veces por delante del colegio antes de entrar. Todos los alumnos de último curso y sus familias se apiñaban delante y en el vestíbulo, vestidos como si fueran al baile de gala. Whitman no celebraba baile de gala, por supuesto, ya que eso era demasiado soso, demasiado de clase media. En lugar de eso, organizaba una fiesta con todo el profesorado en un loft en Dumbo. Zoe esperaba que le llegara por correo electrónico que habían pillado a los alumnos y a los profesores haciendo una orgía en el cuarto de baño. La mayoría de docentes podría, por su aspecto, haber sido un alumno que se hubiera rezagado un par de cursos. Casi todos los hombres jóvenes llevaban perilla, seguramente para demostrar que podían. Ruby había pasado de la fiesta «porque ¡uf!», algo con lo que Zoe estaba, en el fondo, de acuerdo.

Dejó que Ruby la condujera entre el gentío que había delante del colegio, zigzagueando. Saludó con la cabeza y con la mano a los padres a los que conocía y apretujó suavemente el brazo de algunos de los chicos. Era un centro pequeño, al que Ruby iba desde los cinco años, por lo que Zoe conocía a todo el mundo, tanto si Ruby se dignaba hablarles como si no. El grupo intermitentemente cariñoso y cruel de amigas de Ruby (Chloe, Paloma, Anika y Sarah) ya estaba dentro, haciéndose fotografías con sus padres y hermanos, y Zoe sabía que lo más probable era que Ruby las dejara plantadas a ella y a Jane lo antes posible para irse con sus amigas. Las hormonas de la inminente graduación hacían que las hormonas normales de la pubertad parecieran una nadería: Ruby llevaba meses histérica. Cuando entraron por la puerta principal, Zoe vio a Elizabeth y a Harry al otro lado del vestíbulo.

—Oye, espera —dijo a Ruby a la vez que los señalaba. Ruby se

detuvo a regañadientes y cruzó los brazos.

—¡Ruby! ¡Felicidades, cielo! —Elizabeth era tan tierna que no la amilanaba que Ruby la fulminara con la mirada—. Este vestido te queda fenomenal. ¡Caray! —Zoe vio que su hija se ablandaba. Hasta logró esbozar una sonrisita.

—Gracias —dijo Ruby—. Pero solo es la secundaria. Realmente no es tan importante. Solo lo es si no la terminas, no sé si me entiendes. También aprendí a andar y a usar el tenedor, ¿sabes?

—Yo sé abrocharme los zapatos —soltó Harry, riendo entre dientes. Dio un puntapié en el suelo para recalcarlo, y también para evitar mirar a Ruby a los ojos. Aunque ellos dos habían crecido juntos y habían vivido a tres casas de distancia la mayoría de su vida, las cosas habían cambiado hacía unos años. Cuando eran niños, jugaban juntos, se bañaban juntos, construían fuertes y coreografiaban bailes. Ahora Harry apenas podía hablar delante de ella. Cuando estaba con Ruby, en lo único en que podía pensar, básicamente, era en una fotografía que su madre tenía en el tocador en la que salían ellos dos desnudos en el jardín delantero cuando él tenía un año y Ruby, dos. Se le veía el pene tan pequeño que parecía la zanahoria baby más achaparrada de la bolsa, la que ni siquiera te comerías por miedo a que, en realidad, fuera el dedo de un pie.

—Exacto. —Ruby echó un vistazo a la sala por encima de la cabeza de Harry—. ¡Oh, mierda! —exclamó. Zoe, Elizabeth y Harry se volvieron para seguir su mirada—. Quédate aquí, mami. —Cruzó el vestíbulo dando codazos para apartar a la gente.

—¿Con quién está hablando, Harr? —preguntó Zoe, estirando el cuello, puesto que la sala estaba cada vez más concurrida.

—Con Dust —respondió Harry, y lo lamentó al instante. Los había visto besarse delante del colegio, y en su calle después del anochecer, entre los coches aparcados. Era evidente que Dust no era la clase de chico que una chica llevaría a casa para presentárselo a sus padres, aunque estos fueran tan geniales como las madres de Ruby. Habría demasiadas preguntas. Dust era la clase de chico al que, si la vida hubiera sido una *sitcom*, las madres de Ruby habrían intentado adoptar, porque resultaba que no sabía leer y que llevaba viviendo en el banco de un parque desde los doce años. Pero en la vida real, Dust simplemente daba algo de miedo, y Ruby tendría que haber sabido que no le convenía. Harry tenía muchas ideas sobre con quién tendría que salir Ruby, y todas se resumían en él.

—¿Dust? —preguntó Elizabeth.

—¿Es ese su nombre? ¿Estudia aquí? ¿Cuántos años tiene? —

quiso saber Zoe.

—¿Qué? —dijo Harry, acercándose la mano a la oreja. Cada vez había más ruido en el vestíbulo del colegio, y estaba sudando. Era mejor fingir no haberla oído. Ruby se iba a cabrear mucho con él. De repente, añoró profundamente la indiferencia que le había mostrado desde que tenía catorce años.

El director del colegio avanzó y pidió a los alumnos de último curso que formaran una fila, lo que hizo que la gente empezara a dispersarse. Los padres, entusiasmados, se sacaban fotografías unos a otros con el móvil, y unos cuantos, con cámaras propiamente dichas. Los profesores llevaban corbata y estrechaban manos. Elizabeth tomó a Harry por el hombro.

—Seguro que todo va bien. ¿Vamos a sentarnos? Zo, ¿quieres que os guardemos sitio a ti y a Jane?

—Espera —pidió Zoe. Ahora que la gente se dirigía al auditorio podía ver, al otro lado del vestíbulo, la puerta donde Ruby estaba discutiendo con aquel chico, que parecía un cabeza rapada. ¿Todavía había cabezas rapadas? Era más alto que Ruby y se agachaba para hablar con ella, encorvando los hombros como un anciano. Ruby parecía furiosa, y el muchacho también. Tenía los rasgos marcados y el mentón le sobresalía hacia la cara dulce de su hija—. Suéltalo, Harry.

—Es su novio, mierda —soltó este, notando que se ruborizaba.

—¿Se llama Mierda? —ironizó Elizabeth—. Cuéntamelo todo.

Chloe y Paloma avanzaban lentamente por la sala hacia Ruby, tambaleándose con sus tacones nuevos como crías de dinosaurio.

Harry abrió la boca para contestar, ya que nunca se le había dado bien mentir, pero entonces oyó que Ruby soltaba un ligero grito, y antes de pensar lo que hacía, cruzó el vestíbulo como una bala. Se abalanzó con fuerza sobre Dust, y los dos cayeron al suelo con un ruido sordo. Harry notó que Dust se apartaba de él y después lo vio salir corriendo por la puerta como un escarabajo ermitaño, andando sobre manos y pies. Ruby se acercó a Harry tapándose la boca con las manos. Por un segundo, pareció verdaderamente asustada, y los flecos blancos del vestido le temblaron un poquito, casi como si estuviera bailando. Era el vestido más hermoso que Harry había visto nunca. No era simplemente un vestido; era una religión. Era un volcán en erupción que acabaría con centenares de turistas pálidos, y Harry estaba preparado para que expulsara lava. Ruby recobró la calma y echó un vistazo alrededor de la sala. Los rodeaba un grupo de alumnos, y sus madres se abrían paso entre ellos con la boca abierta como

pececillos hambrientos. Ruby se volvió hacia ellos, sonrió y saludó como si acabara de ganar un concurso de belleza. Tanto Chloe como Paloma alargaron la mano hacia ella entre lloriqueos, pero no les hizo caso.

—Mi héroe —dijo maliciosamente a Harry, y le tendió la mano para ayudarle a levantarse del suelo.

6

Hacía demasiado calor en la habitación de Elizabeth y Andrew. Tenían las tres ventanas abiertas, y un gran ventilador oscilaba sus aspas de izquierda a derecha, pero el cuarto seguía estando caldeadísimo. *Iggy Pop* había abandonado su lugar habitual en la cama y lo había sustituido por el alféizar de una de las ventanas, y Elizabeth sintió envidia. Los acondicionadores de aire estaban en el sótano. Para Andrew era una cuestión de orgullo esperar todo lo posible para instalarlos. Un año, antes de que Harry naciera, habían esperado hasta el quince de julio. Elizabeth se destapó de un puntapié y se tumbó de costado.

—Creía que la lluvia tenía que refrescar el ambiente —comentó.

—El planeta se está muriendo —contestó Andrew—. En enero te gustará más. —Le dio un golpecito con el dedo de un pie, provocador.

—Oh, para —pidió Elizabeth, que se secó la frente. Era casi medianoche—. No me puedo creer que Harry atacara a alguien.

—Da la impresión de que, en realidad, no fue un ataque —matizó Andrew—. ¿Prestó auxilio, quizá? Pero tienes razón, no es propio de él. O tal vez hubiera una especie de avispa y estaba intentando quitar de en medio al chaval. —Se volvió también de costado para mirar a su mujer—. Esto tampoco es demasiado propio de él.

—No, Harry se lanzó sobre aquel muchacho como si estuviera a punto de explotar una granada. Corrió y después surcó el aire. Fue como una película de acción. Nunca le había visto hacer nada tan rápido en toda su vida.

—¡Qué extraño! —Andrew se incorporó y tomó unos tragos de agua—. Parece mentira que ya le toque a él el año que viene.

—Esperemos que nadie lo plaque a él. Además, aquel muchacho

aparentaba unos veinticinco años. Me apuesto algo a que habrá repetido tres cursos. ¿Recuerdas lo que es eso? —Elizabeth se tumbó boca arriba y extendió las piernas hacia un lado—. Bueno, ¿quieres hablar sobre Lydia? Les dije que les contestaría lo antes posible.

—¿Tenemos que hacerlo? Estoy cansado, ¿sabes? —Elizabeth se quejó al oírlo—. Hablaremos de ello mañana. Te amo —comentó, apagó la lámpara de la mesilla de noche y besó a Elizabeth en la frente—. Buenas noches.

Elizabeth se quedó mirando la parte posterior de la cabeza de su marido. Le estaban saliendo canas en las sienes y en zonas aparentemente al azar, pero se le seguían rizando las puntas del cabello castaño cuando hacía meses que no se lo cortaba, como era el caso entonces. Oyó su respiración regular hasta que se volvió involuntariamente suave. Inhalaba y exhalaba, inhalaba y exhalaba. Andrew tenía problemas de ansiedad, pero nunca le habían afectado el sueño. Era como un robot: cuando llegaba la hora, cerraba los ojos y listo.

Era curioso pensar en Lydia. Cuando todos ellos se conocieron, eran dos años mayores que Harry ahora, un año mayores que Ruby. Elizabeth recordaba muchas cosas sobre aquella época: cómo se sentía cuando llegaba a una fiesta, qué aspecto tenía su piel tras tres días de beber cerveza y no ducharse, la sensación de acostarse con alguien nuevo por primera vez. ¡De acostarse con alguien una única vez! Siempre supuso que tendría más años de exploración, de mañanas incómodas con desconocidos, pero ella y Andrew se habían conocido muy pronto, y todo había terminado. Cinco hombres. Este era todo el bagaje sexual de Elizabeth. Era verdaderamente patético. Sus amigas, que no habían conocido a sus cónyuges hasta los treinta, se habían acostado fácilmente con veinte personas, puede que con más. Era probable que Taylor Swift se hubiera acostado con más gente que ella, y la felicitaba por ello. La mayoría de padres de Whitman eran una década mayores que ella; seguramente ella y Andrew habían empezado demasiado pronto, antes de cumplir los treinta siquiera, algo que parecía horrorizar a los demás padres que conocía, como si hubiera sido una madre adolescente. Pero Zoe y Jane, tras solo dos años de relación, tuvieron a Ruby, y Elizabeth había notado de repente el tictac frenético de su reloj biológico (o su reloj de no ser menos que Zoe), y las siguieron enseguida, follando todos los días entre una menstruación y la siguiente.

Elizabeth era feliz en su matrimonio, de veras. Era solo que a

veces pensaba en todas las experiencias que nunca tendría, en todas las noches que había oído roncar a su marido, y quería saltar por la ventana e irse a casa con la primera persona que le dirigiera la palabra. Era fácil elegir hasta que te dabas cuenta de lo larga que podía ser la vida.

Era halagadora la forma en que su canción había seguido teniendo trascendencia. Algunos éxitos habían envejecido mal: nadie creía que «Who Let the Dogs Out» describiera con exactitud su funcionamiento interno, pero «Mistress of Myself» había envejecido mejor que la mayoría de canciones. Jóvenes cabreadas, muchachos sensibles, adolescentes de todo tipo siempre y cuando estuvieran angustiados, madres que amamantaban a sus hijos, cualquiera que tuviera un jefe a quien odiaba o un amante que no le prestaba la debida atención; la canción podía aplicarse a una cantidad sorprendente de categorías. Había escrito la letra deprisa. Fue en otoño de su segundo año en la universidad, y estaba sentada en una de las sillas redondeadas de color naranja de la biblioteca de la facultad. Diseñadas en la década de los sesenta, recibían en inglés el nombre de *Womb* («útero») porque eran lo bastante amplias como para acurrucarse cómodamente en ellas, y seguro que habría habido más de un estudiante que había intentado quedarse nueve meses seguidos en alguna. La parte interior estaba tapizada, y era mejor no pensar lo que tenía que costar limpiarlas. A Elizabeth le gustaba apoltronarse en una de ellas y leer o escribir en su libreta. En Oberlin todos los demás andaban de cabeza con Foucault y Barthes, pero a ella le interesaba mucho más Jane Austen. Estaba leyendo *Sentido y sensibilidad* por placer, y fue entonces cuando lo vio: en una de las últimas páginas, cuando Elinor Dashwood se estaba intentando preparar para una visita de Edward Ferrars, de quien estaba locamente enamorada pero creía que la había abandonado. «Estaré tranquila. Seré dueña de mí misma», pensaba Elinor.

Elizabeth la entendió por completo: el deseo de conservar el dominio de sí misma, la necesidad de decir las palabras en alto. En Saint Paul, Minnesota, nadie había sido verdaderamente dueña de sí misma. La madre de Elizabeth y sus amigas iban a la misma peluquería, compraban en las mismas tiendas, enviaban a sus hijos a las mismas escuelas. Estaba convencida de que todas comían lo mismo, salvo tal vez Purva, cuyos padres eran indios, y Mary, cuyos padres eran coreanos. Giró la silla para dejarla de cara a la ventana, y abrió la libreta para incluir las palabras de Elinor Dashwood: *I will be calm*. La canción, que tituló «Dueña de mí misma» en inglés, estuvo terminada quince minutos después. Aquella misma tarde,

mostró la letra a Zoe, a Andrew y a Lydia, y para cuando se hubieron acostado ya tenían acabado el resto de la canción. El grupo se llamaba Kitty's Mustache, un guiño al personaje femenino de Tolstói. Eran universitarios normales y corrientes, encantados con su propia inteligencia. Nadie había pensado nada antes. Fue la mejor noche de su vida hasta entonces, sin duda.

Ella y Andrew no iban en serio. Se habían acostado tres o cuatro veces, casi siempre estando borrachos o, una vez, colocados de una especie de éxtasis que ella tomó por una simple aspirina con un poquito de cocaína espolvoreada por encima, como el parmesano en una lasaña. Andrew era tranquilo y algo iracundo: una combinación irresistible. Solo vestía de negro: pantalones negros, camisetas negras, calcetines negros, zapatos negros. Había algo rígido en él que a Elizabeth le gustaba, pero no estaba segura. Sus padres eran ricos, y él los detestaba; era una vieja historia. Ella tenía diecinueve años, Andrew tenía veinte, y realmente daba igual. Pero después ella tuvo veinte, y después veintidós, y después veinticuatro, y después se casaron. Cuando Lydia preguntó al resto de la banda si podía registrar los derechos de la canción para grabarla y sacarla al mercado, no le hizo falta pensarlo. La verdad era que nunca había tenido ocasión de ser dueña de sí misma. Ninguno de ellos creía que Lydia supiera cantar; la experiencia les indicaba que no sabía. ¿Qué podía importar?

Había sido más duro para Andrew ver que la versión de Lydia tenía tanto éxito. Elizabeth creía que las canciones excelentes, las que podrían considerarse perfectas, eran universales. ¿Importaba quién había compuesto «They Can't Take That Away from Me» cuando Ella Fitzgerald y Billie Holiday la cantaban tan maravillosamente bien? Las buenas canciones merecían ser oídas. Era mejor ser práctico sobre tu propia producción. ¿Por qué tenía que ser algo sentimental? Ella la había escrito, la había llevado al papel, y Lydia lo había hecho mejor para lanzarla al mundo. Pero Andrew era más acaparador. En cuanto a Zoe, como sabía gracias a sus padres que el sector musical estaba jodido, no quería tener nada que ver con él.

Desde que se graduaron en Oberlin, Elizabeth había tenido tres empleos. Primero había trabajado como pasante de un antiguo socio de su padre, un abogado cuyo bufete estaba cerca de Grand Central. Tardaba un mundo en llegar desde Ditmas Park, y tenía que ponerle tantas horas que a menudo se quedaba dormida en el metro de regreso a casa y se despertaba en la última parada, en Coney Island. El segundo empleo también había sido de ayudante, pero esta vez

de un editor de libros artísticos en Chelsea. Su jefe estaba vendiendo su casa en la ciudad y trasladándose a Brooklyn, y Elizabeth fue la encargada de ayudarlo. Midió paredes, cerró cajas de libros, empaquetó y desempaquetó. Fue así como se metió en el mundo de las inmobiliarias. Hacía tanto tiempo de eso que el trabajo parecía formar parte de ella misma, como ocurría a los profesores, o a los artistas que hacían figuras de arena. Nunca veías los resultados; simplemente confiabas en que sabías lo que estabas haciendo y al final todo saldría bien. De vez en cuando alguna actriz televisiva le compraba una casa y aparecían fotos publicadas en una revista, claro, pero aquello no era, en realidad, ningún triunfo suyo. Su carrera profesional era modesta, como ser auxiliar de vuelo. Ayudaba a la gente a ir de un sitio a otro.

Le resultaba difícil explicar qué era lo que más le gustaba de vender casas. Le gustaba la imaginación que se precisaba para hacerlo. Le gustaba entrar en un sitio y plantearse las posibilidades. Un buen porcentaje de sus ingresos procedía de la venta de pisos, algunos nuevos, ostentosos, fríos e impersonales, pero lo que realmente le gustaba era vender casas viejas a personas que las valoraban. Elizabeth sacó las piernas de la cama y se incorporó hasta que los pies le tocaron el suelo de madera. Las tablas crujieron, porque la casa tenía cien años, y eso era lo que hacían las tablas de madera. Se puso de pie, se acercó a la ventana, situada en el lado de la cama de Andrew, y echó un vistazo a Argyle Road.

—*I will be calm, calm, calm, calm, calm* —cantó Elizabeth con la voz entrecortada—. *I will be calm, calm, calm, calm, calm!* —Estas palabras resultaban extrañas en sus labios. Le habían parecido tan vitales entonces, como si se hubiera abierto un canal en su interior y un haz de fuerte luz feminista le hubiera recorrido el cuerpo. Había escrito la canción en su libreta con su letra menuda y metódica, que se iba volviendo más enrevesada a medida que escribía más y más deprisa. En cuanto estuvo plasmada en papel, supo que era buena. No sabía, era imposible que lo supiera, lo que ocurriría después, pero sabía que aquella canción era lo mejor que había hecho nunca. Andrew roncaba. Elizabeth contempló la calle hasta que *Iggy Pop* saltó del alféizar y aterrizó con un aullido en el suelo de madera noble, angustiado porque pasaba algo. Lo levantó, se recostó el cuerpecito del animal en su pecho sudado y volvió a meterse en la cama.

7

Jane había empezado a dormir en la habitación de invitados. Ahora que Ruby sabía que estaban teniendo problemas y que estos podrían poner fin a su matrimonio, se estaba mejor y peor en la casa. Ella y Zoe no tenían que fingir que todo iba bien, pero a Jane le había gustado fingirlo. Le había gustado tanto que a menudo pasaba la mañana y la tarde, y solo se acordaba cuando llegaba a casa tras las prisas de la cena y Zoe la fulminaba con la mirada desde el sofá. No podía poner la televisión, no podía cambiar la música. Podía sentarse en silencio sin molestar a Zoe, pero si se ponía a trabajar con el portátil, también le ponía mala cara. Era como si Zoe creyera que todos estaban nadando por mares de tiempo, por unas infinitas cantidades de tiempo. ¿Quién se sentaba en un sitio tres horas seguidas para leer un libro? Tal vez por eso estaban hablando de divorciarse. La doctora Amelia, la consejera matrimonial a la que habían ido hacía años, les había dicho que todas las parejas pasaban momentos difíciles, y que eso no significaba que su relación fuese imperfecta o poco sólida. Solo significaba que tenías que dar un puntapié a algún neumático para comprobar la presión, apretar alguna tuerca o rectificar un poco la sal. La doctora Amelia no había temido utilizar metáforas. A veces, cuando estaban sentadas en el sofá naranja de su consulta, la doctora Amelia ladeaba la cabeza y repasaba largas listas de ellas para intentar encontrar la correcta.

No era como al principio, cuando se pasaban el día degustando la comida de los centros comerciales chinos de Queens, cuando abrieron el Hyacinth y, tras tirarse quince horas al día de pie, las dos estaban demasiado exhaustas para pelearse, o cuando Ruby nació y estaban demasiado enamoradas para hacerlo. Ahora Zoe se pasaba muchísimo tiempo frente al ordenador, trabajando en las

nóminas, los calendarios y las facturas, lo que Jane tomaba como una reluciente señal de stop. Por alguna razón, ahora que su presencia ya no era necesaria en el local todos los segundos de todos los días, en lugar de pasar más rato juntas, pasaban menos. Jane iba sola a cenas en la James Beard House, bebía whisky con los cocineros en el bar de la esquina después de cerrar. Por primera vez en su vida, Zoe se acostaba temprano. Había problemas importantes y problemas sin importancia, y estos últimos parecían multiplicarse como conejos por la noche. Jane prestaba demasiada atención a los comentarios de Yelp, bebía demasiado. Pasaba de los amigos de Zoe. Pasaba de sus propios amigos. ¡No tenía amigos! Era demasiado mandona, no mandaba lo suficiente. No le gustaba Patti Smith. Cuando se conocieron, Zoe era alocada, y Jane era su fuerza estabilizadora: con su cuerpo robusto, anclaba las extremidades largas y delgadas de Zoe al suelo. Era lo que seguía queriendo ser. No era la palabra, ni la sensación de fracaso, que era lo que tanto entristecía a su madre, al tener que llamar a sus tíos y primos para decirles que todo había terminado. Su madre se comportaba como si el divorcio fuera una afrenta a su homosexualidad, como si le hubieran concedido el derecho a votar y se hubiera quedado dormida el día de las elecciones.

La cama de la habitación de invitados era un futón lleno de bultos. Hasta hacía poco, lo habían guardado plegado a no ser que alguna amiga de Ruby se quedara a dormir en casa, en cuyo caso ponían el colchón en el suelo de su dormitorio y las chicas podían retozar en él. A las muchachas no les importaba. A Jane, sí. La espalda le dolía horrores, lo mismo que las rodillas. Pasarse el día de pie en el restaurante ya era bastante malo, pero dormir en una colchoneta con pretensiones era peor. Todas las mañanas se acercaba rodando al borde y tenía que incorporarse con las manos y las rodillas como si acabara de cruzar a gatas un desierto. Se sentía como si tuviera cien años. Mientras tanto, Zoe no dejaba de ir a clases de Pilates. Se maquillaba, usaba una reluciente sombra de ojos y se pintaba los labios con un tono rosa brillante. Costaba no tener la sensación de que estaba bailando sobre su tumba. No era que Jane hubiera impedido jamás a Zoe hacer lo que quisiera; no tenía sentido. A Jane le gustaba cuando las cosas tenían sentido. Ni siquiera era que Zoe estuviera abriendo vías de agua; estaba serrando por la mitad la barca. Dios mío, era tan mala como la doctora Amelia.

Se estaban adentrando en el verano; los tomates eran perfectos, redondos y dulces. Las nécoras estaban ideales. Había maíz por

todas partes, tan fresco que se podían pelar con facilidad los hilos de seda y comer los granos directamente de la mazorca. El Hyacinth estaba menos ocupado en julio y en agosto, cuando había tanta gente que se iba de la ciudad, pero en junio todavía tenía una gran actividad, y Jane se despertaba pensando platos especiales que añadir a la carta. Casi siempre abría los ojos imaginando comida, no el desayuno, eso nunca, sino cosas que podría servir en el restaurante. Un postre con fresas y granos de pimienta. Una ensalada con enormes rábanos sandía y pedazos grandes de aguacate. Pasta fresca con pesto de espárragos. Y después pensaba en Zoe.

Siempre habían hablado sobre lo que sucedería cuando Ruby se marchara de casa; cuando era pequeña, pensar que aquella criaturita indefensa fuera a ser capaz algún día de pagarse las facturas o abrir la puerta del refrigerador era como una pesadilla hilarante. Cuando cumplió cinco o seis años e iba al colegio todos los días, Zoe había perdido la chaveta. Al principio le resultaba apasionante disponer de tantas horas al día. ¡Cuánta libertad! Pero después había empezado a quejarse del tiempo que Ruby pasaba con otros adultos, preocupada por cómo iban a influir en ella. «Son profesores —le decía Jane—. Para eso les pagamos.» Daba igual, Zoe siempre iba cinco o diez minutos antes a recoger a Ruby y andaba arriba y abajo delante del colegio, como si pensara que su hija podía haberse olvidado de ella las horas que había estado fuera. En aquellos años, Zoe se aferraba a Jane como una lapa. Eran una pareja poderosa, rica en col rizada, quinoa y copas de espumoso rosado.

Jane se volvió de costado. El ventilador del techo estaba en marcha, zumbando en círculos. La casa estaba en silencio, pero había obras fuera. Jane habría jurado que había normas sobre el uso de martillos neumáticos los fines de semana, pero allí estaban. Era muy extraño estar en su casa, durmiendo en otra cama. Se sentía avergonzada y ridícula. ¿Qué tenía que ver nada de aquello con el lugar donde dormían? Lo único que ella quería era su vida normal y sencilla. No creía que fuera algo que no pudieran resolver. Puede que cuando Ruby se hubiera marchado de casa las cosas fueran más fáciles. Tendrían más margen para hablar, para discutir, incluso. Tampoco era que a Zoe le gustara la idea del divorcio: sus padres habían estado casados en los setenta y los ochenta, con la cocaína y todo lo demás. Todavía estaban casados y tomaban *gin-tonics* juntos delante de la chimenea, aunque en Los Ángeles solía hacer demasiado calor para encenderla. Jane quería a los padres de

Zoe por muchos motivos, pero este era el que lo resumía todo: le encantaba la forma en que eran felices, completamente desprovistos de neurosis.

Ella y Zoe eran un matrimonio mixto, tanto racial como religiosamente hablando: Jane era una judía de Long Island que se medicaba contra la úlcera desde la adolescencia, y Zoe era una marciana que nunca se preocupaba por nada y que creía que en este mundo todo era alegría. Siempre se habían complementado muy bien, pero ahora Jane tenía la impresión de haber sido como un ladrillo atado al tobillo de Zoe, un ancla oxidada que intentaba hundirla. Quizá, después de todo este tiempo, resultaba que Zoe tenía razón, que lo único que importaba era trabajar duro y divertirse, y que todo lo demás tendría que desaparecer en medio de una humarada. ¿La ropa y las notas de Ruby? ¿El camarero del restaurante que estaba siempre entusiasmado, como si el Hyacinth fuera el Odeon y Bret Easton Ellis estuviera a punto de entrar por la puerta? ¿La última discusión de su madre con la cartera porque le estaba robando revistas? Quería olvidarse de todo. Lo único que deseaba era contemplar el rostro hermoso de Zoe todos los días que le quedaran de vida.

—¿Zo? —dijo Jane. Se levantó despacio, y las rodillas le crujieron—. ¿Rube? —Salió al pasillo con las piernas rígidas y se asomó a los demás dormitorios. No había ni rastro de su esposa ni de su hija—. ¿Chicas? —llamó con voz alta y clara. La casa estaba vacía. Era así como sería el resto de su vida: llamar en una casa vacía y esperar respuestas que no llegaban. Casarse era la parte fácil, aunque habían tenido que esperar hasta que Ruby tuvo doce años para hacerlo legalmente. Cuando unieron sus vidas, todo eran globos, todo era esperanza. Ahora que sabían lo que el futuro les deparaba, que sabían cómo era el futuro, era mucho más difícil. ¿Por qué no podía la gente ser siempre joven? Si no por fuera, por lo menos por dentro, donde nadie envejecía demasiado para dejar de ser optimista. Zoe se habría reído de ella, plantada en pijama en medio del pasillo, como un pasmarote. Jane no tenía idea de qué hora era. ¿Era demasiado tarde? Apoyó la frente en la pared.

8

El curso de preparación para la selectividad se impartía los sábados por la mañana en una escuela de kárate de Church Avenue, la calle más septentrional del barrio, poblada por lavanderías automáticas, tiendas de comestibles y alguna que otra cafetería que servía bollos y cruasanes recién horneados a una clientela pegada al portátil. Constaba de ocho clases semanales de dos horas de duración, lo que significaba un total de dos meses enteros. A Harry no le importaba demasiado. No tenía nada mejor que hacer, y era agradable, casi saludable, salir de casa. Hacer exámenes no lo asustaba, y estaba bastante seguro de que no necesitaba sacar una nota perfecta para acceder a las universidades a las que quería ir, tal vez Bard o Bennington, un sitio pequeño como Whitman pero sin la gente de allí. Reed sonaba bien. Un poco liberal, pero bien. Que estuviera lejos era una ventaja.

Abrió la puerta del local. Había sillas plegables dispuestas frente a una pizarra blanca que ocupaba la pared del fondo, y una pantalla que mostraba el escritorio abarrotado de un portátil. Habían llegado ya unos cuantos chicos, y la mitad de las sillas estaban ocupadas. Se dirigió despacio hacia la última fila y se sentó. Reconoció a dos chicas de su curso sentadas en la fila delantera y se caló la capucha hasta los ojos.

—Hola —dijo alguien a la vez que le daba un sopapo en la parte posterior de la cabeza.

Harry levantó la mano para protegerse y se volvió lo más rápido que pudo. Ruby estaba detrás de él y le sonreía.

—Oh —soltó Harry—. Hola.

No habían hablado desde la graduación. Tras el encontronazo con Dust (chicas como Eliza y Thayer, sentadas ahora cuatro filas delante de él, habían bautizado el incidente como #dustonazo en

Instagram, lo que les parecía graciocísimo hasta que Ruby amenazó con matar a sus padres), Ruby y Harry ni siquiera habían coincidido en una misma habitación. Harry había pasado cerca de Ruby dos veces, la primera mientras ella estaba sentada en el porche delantero con su perro y la segunda mientras ella hacía cola en la tienda de Cortelyou, donde estaba comprando leche y el mismo desodorante hippy que usaba la madre de Harry. No la había saludado en ninguna de las dos ocasiones, porque era mucho más fácil fijar la vista en el suelo que decidir qué decir, pero se había pasado mucho rato oliendo el desodorante de su madre.

Ruby levantó la mochila que había en la silla que Harry tenía al lado y la dejó en la siguiente.

—¿Te importa si te acompaño? Tengo entendido que el cóctel de gambas es brutal.

—Y los martinis —añadió Harry—. Las aceitunas están muy ricas. —De repente le aterró pensar que los martinis no llevaran aceitunas y haber quedado como un idiota.

—¿Van a bajar un poco la luz? —preguntó Ruby dejando caer la mochila al suelo y sentándose en la silla plegable—. Es la hora de mi siesta.

—No sé —respondió Harry. Tenía a Ruby a pocos centímetros de distancia. El aliento le olía a pasta dentífrica mentolada—. Siento lo del otro día.

—¿Por qué? —se sorprendió Ruby—. Fue alucinante.

—No, estoy contento y tal. Me refiero a que siento que aquel tipo fuera tan imbécil. En tu graduación. Menuda mierda. Y siento que tuviera que hablar a tus madres de él. Solo espero... no haberte metido en un lío, ya sabes. —Estaba sudando. La silla plegable de plástico se le clavaba en la espalda. Se quitó la capucha y volvió a ponérsela.

—No pasa nada, tranquilo —aseguró Ruby.

Una mujer con gafas y un vaso grande de café helado de Starbucks entró por el otro lado de la habitación, hacia donde ellos estaban mirando, dando palmaditas como si el aula estuviera llena de niños pequeñitos.

—Hola, chicos —dijo, ondeando un fajo de hojas de papel—. Soy Rebecca y voy a ser vuestra profesora en el curso de preparación para la selectividad los próximos ocho sábados. ¡Yo fui a Harvard, y vosotros también podéis ir! ¡Vamos allá! ¿Quién quiere empezar con unos tests de vocabulario?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ruby.

—¿Quieres que la plaque también? —soltó Harry, lo que hizo

que Ruby soltara una carcajada tan alta que Eliza y Thayer se volvieron a la vez y, al ver quién era, se pusieran rápidamente alerta.

—¡Me gusta lo enérgica que eres! —indicó Rebecca, alzando ambos pulgares.

Ruby echó hacia atrás la cabeza y fingió ahorcarse.

9

No fue una primera idea agradable, ni tampoco demasiado esperanzadora, pero pensar que Jane fuera a beneficiarse de la previsión, la inversión y el compromiso de Zoe sacó un poco de quicio a Elizabeth. El matrimonio era eso: aceptar compartir cuentas bancarias y estanterías, incluso cuando no querías hacerlo, incluso cuando complicaba las cosas en caso de una posible separación. En los años que llevaba trabajando como agente inmobiliaria, se había encontrado con varias parejas con talonarios separados, lo que parecía ser una bandera roja. Demasiado fríos, demasiado pragmáticos. Era como anunciar que no habías decidido si ibas a seguir casado o no. ¡Acéptame, acepta mis cargos por descubierto! ¡Acéptame, acepta mi embarazosa cantidad de novelas protagonizadas por adolescentes vampiros! Elizabeth jamás se había planteado aquella posibilidad; era tan mala como firmar un acuerdo prematrimonial. ¿Para qué molestarse en casarse, en pasar por toda la pompa y todo el boato, si no creías que iba a durar? Era muchísimo más fácil vivir en pecado y no tener que enfrentarse al papeleo.

Llamó a la puerta. Zoe estaba en el sofá leyendo una revista y la saludó con la mano por la ventana. Elizabeth abrió la puerta y alzó la mirada; el techo del recibidor estaba agrietado y necesitaba una mano de pintura. Mirar la casa era más fácil que mirar a Zoe y decirle lo que estaba estropeado y había que arreglar. Siempre habían estado unidas. En la universidad y mucho más los años posteriores, cuando habían vivido juntas entre aquellas mismas paredes, pero después de casarse y de tener hijos no hubo una forma fácil de volver atrás. Como a muchas otras, a su amistad se le había herniado un disco en algún momento. Sí, claro, a veces iban a cenar las dos solas y charlaban sobre todo lo que acontecía en su

vida, pero eso solo lo hacían cada tres o cuatro meses. Su amistad seguía ahí, pero también parecía estar a un millón de kilómetros de distancia, visible solo a través de una máquina del tiempo y de un telescopio.

—¿Quieres hablar? —preguntó. Había sido idea suya ir a verla. Zoe había expresado cierto interés en saber cuánto valía la casa, por si acaso—. ¿Tienes un pedazo de papel? Quiero que lo anotes todo para poder explicárselo a Jane, para decirle lo que hay que hacer, ¿de acuerdo?

Elizabeth había estado en la casa mil veces, puede que más. Había vivido en ella, había dormido en el sofá, había vomitado en el retrete. Tenía muy buena idea de lo que había que hacer, pero necesitaba mostrárselo todo a Zoe. Era imposible ver realmente un sitio en el que habías vivido tanto tiempo. Todas las excentricidades empezaban a parecer normales; que el timbre no acabara de regresar a su sitio y hubiera que girarlo con muchísima fuerza hacia la izquierda, que la habitación de invitados tuviera dos tonalidades distintas de color crema porque... bueno, ¿por qué era? Era un error, algo que formaba parte de la vida, pero ahora alguien más iba a comprar ese error, y ese alguien iba a ofrecer cien mil dólares menos por culpa de él.

Elizabeth iba con la ropa de trabajo. En Manhattan, los agentes llevaban atuendos que parecían poder convertirse en ropa de noche: vestidos negros ajustados y tacones. Por suerte, en Brooklyn nadie quería eso. Tanta elegancia incomodaba a la gente, pero aun así, tenía que ir arreglada. Su mayor concesión era sustituir los zuecos por un par de zapatos planos y ponerse unos pantalones de vestir en lugar de vaqueros. Era importante mostrar respeto por el hecho de que la gente pusiera los ahorros de toda su vida en doscientos setenta metros cuadrados. A veces, porque era Nueva York, la gente se gastaba todo el dinero que tenía en cuarenta y seis metros cuadrados. Entonces era cuando Elizabeth llevaba tacones, cuando se sentía un poquito culpable.

—Vas muy guapa —comentó Zoe.

—Por fuerza. Hoy tengo una venta: una casa en Lefferts —dijo Elizabeth, alisándose la blusa. Se preguntó lo mal que tenía que ir normalmente. Tenía el pelo lacio y rubio natural, lo que significa que era de un anodino tono castaño claro, y lo llevaba corto, justo por debajo de las orejas, con flequillo, como una colegiala. Le gustaba pensar que tenía aspecto de muchachito, pero seguramente ya no era cierto, si es que alguna vez lo había sido.

—Hummm... —soltó Zoe sin escucharla realmente—.

¿Empezamos el recorrido de la marcha fúnebre?

Nadie se interesaba nunca por el aspecto profesional del trabajo de Elizabeth; lo único que querían saber era si había encontrado juguetes sexuales de los vendedores o si estos se estaban divorciando. Nadie quería comprar malas vibraciones. Si supiera mentir mejor, Elizabeth podría contar a los posibles compradores que los vendedores se jubilaban y se mudaban a Florida después de varias décadas felices en la vivienda que estuviera intentando vender con los sistemas mecánicos y eléctricos completamente renovados. Eso era lo que la gente quería: la promesa de una vida satisfecha con muy poco trabajo que hacer. Naturalmente, en Nueva York nadie estaba jamás satisfecho. Era lo que la mantenía ocupada. Hasta las personas a quienes gustaba donde vivían estaban pendientes por si encontraban algo mejor. Comprar una nueva residencia era más fácil que comprar un nuevo cónyuge, y menos traumático que ir a psicoanálisis.

Empezaron por la planta baja: la cocina era vieja pero encantadora, con una encimera bastante cara, aunque usada. Impresionaría a los compradores, a pesar de que no se hubieran pintado los armarios en veinte años. También había que pintar el comedor, en el que sobraban muebles, ya que Jane tenía montones de sillas en cada rincón, por si tenían alguna cena improvisada para treinta personas, como Elizabeth sabía que era el caso a menudo. El salón no estaba mal si prescindías de las fotos familiares, de los adornos *vintage* que habían adquirido con tanto cariño en ventas de garaje, y de la ropa de Ruby esparcida por todas partes. La escalera necesitaba algo de cariño: asomaban clavos por todas partes, y el tragaluz del rellano no se había limpiado en una década. Arriba, había que pintar todos los dormitorios, y el de Ruby precisaba un experto en materiales peligrosos. Los dos cuartos de baño eran bastante feos, pero no valía la pena hacer nada en ellos. Tan solo tirar las cortinas mohosas y recoger todo el pelo de perro del suelo. Quien viniera con tanto dinero querría hacer las cosas a su manera. Elizabeth y Zoe se detuvieron en el dormitorio principal.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Elizabeth.

Zoe se sentó en el borde de la cama, que era baja y estaba arrugada. *Bingo* se acercó sin hacer ruido y se sentó a sus pies.

—Se estaba avecinando desde siempre —comentó—. Ya lo sabes. Cuando Ruby nació, no creí que fuéramos a durar dos años. Después, cuando abrimos el restaurante, creí que todo había terminado para siempre. —Acarició el vientre de *Bingo* con las manos—. Pero después, cuando el Hyacinth empezó a ir bien, Jane

estaba siempre allí y ya no pareció tan urgente. ¿No te parece triste? Estábamos demasiado atareadas para separarnos.

—¿Por qué ahora, entonces? ¿Por qué vais a hacerlo? —Zoe no era la primera en divorciarse; poco a poco, el círculo de amistades de Elizabeth y Andrew se había acercado cada vez más al promedio nacional. Al principio, fue solo una pareja, pero la siguió otra, y otra. Ahora, la mitad de amigos de Harry tenía padres que vivían separados, y los chicos iban de un lado a otro como pelotas de tenis. Andrew se mostraba a veces preocupado por si Harry absorbía parte de la tensión y la angustia de sus amigos, aunque jamás había parecido ser así.

—La última vez que practicamos sexo fue en enero. —Se detuvo un instante antes de añadir—: El enero pasado.

—El sexo no lo es todo —comentó Elizabeth. Echó otro vistazo a la cama en la que Zoe estaba sentada. Parecía la cama de un hotel hípster, aerodinámica y danesa, el modelo más caro de Ikea, evidentemente a gusto de Zoe, la clase de cama en que lo único que se hacía era practicar sexo y quizá leerse mutuamente poesía traducida. Zoe siempre había tenido muchas amantes en la facultad, y después las mujeres la perseguían por la calle y al salir de las discotecas le lanzaban el número de teléfono como si fuera confeti. Jane tenía apnea del sueño y dormía a veces con una mascarilla especial que, según Zoe, le daba el aspecto de la mala de una película de ciencia ficción, y aun así, fue Jane quien le robó el corazón en un bar, la clase de sitio donde se suponía que conocías a mujeres con las que pasar una sola noche, no a esposas, y también fue Jane quien se la había arrebatado a Elizabeth.

—No es nada —aseguró Zoe, sacudiendo la cabeza—. No sé. Creo que finalmente las dos hemos llegado a la conclusión de que seríamos más felices separadas. Una cosa es estar pasando una mala época, y otra muy distinta imaginar cómo serán los próximos treinta años de tu vida y sentirte presa de un pavor deprimente. No sé si será realmente así, pero da toda la impresión. —Dio unas palmaditas a *Bingo* en la cabeza—. Si él se viene conmigo, estaré bien.

—De acuerdo, necesitamos que admitan perros. —Aquello eliminaba ciertos edificios de Slope y Cobble Hill. Era más fácil pensar en Zoe y en Jane de esta forma, en aspectos concretos, especialmente en un ámbito en el que ella podía ser útil. Zoe la necesitaba, y eso era agradable.

—Que admitan perros y señoras raras, sí.

—Hecho. —Elizabeth se apoyó en la pared—. ¿Dónde te gustaría

mudarte? ¿Querrías quedarte en el barrio? ¿Marcharte? En Ditmas ha habido pioneros que han plantado la bandera antes de que el barrio tuviera ningún restaurante decente, ningún buen centro de enseñanza pública o ningún bar con carta de cócteles. Antes de que hubiera guarda árboles o fiestas de barrio con castillos inflables.

—Dios mío, no lo sé. A ver, ¿por qué estoy aquí? Fue más bien al azar, y ahora es mi casa, pero me da igual tener espacio al aire libre o jardín. ¡Por eso la gente se traslada a la ciudad! Es lo que yo quiero. Quiero trasladarme a algún sitio donde pueda ir sola a un buen cine a las nueve de la noche, comer tallarines tailandeses y comprar joyas si se me antoja. ¿Existe eso? Quiero que a Ruby le guste más que donde vaya Jane. Jane me está comentando que va a mudarse a un estudio situado sobre el restaurante. Será un monje hasta que encuentre a alguien para ser su ama de casa. —Se dejó caer hacia atrás en la cama—. Necesito un masaje. Y acupuntura. Y una clase de yoga.

—¿Cuándo reparasteis el tejado? —Elizabeth pasó un dedo por el alféizar de la ventana y se le llenó de polvo. La vista era prácticamente la misma que la de su propio dormitorio, solo que unos grados más allá. Seguía viendo la casa de los Rosen, con su puerta roja y sus contraventanas plegables, y la casa de los Martinez, con el columpio en el porche y el comedero del perro. Había oído una vez que podías considerarte un verdadero neoyorquino cuando recordabas tres etapas: la tienda de la esquina que había sido primero una panadería, después una barbería y, finalmente, vendía móviles, o el restaurante que había sido primero italiano, después mexicano y finalmente cubano. La ciudad era un palimpsesto, un collage de señalizaciones antiguas y fracasos de los demás. Los recién llegados solo veían lo que tenían delante, pero quienes habían estado allí el tiempo suficiente siempre veían dos o tres sitios a la vez. La IRT, Canal Jeans, y Limelight. Una gran parte de la ciudad de la que se había enamorado había desaparecido, pero era así como iba la cosa. Tocaba recordar. Por lo menos los puentes seguían allí. Algunas cosas eran demasiado pesadas para derruirlas.

—¿Cinco años, tal vez? Mierda.

—No pasa nada —aseguró Elizabeth, y se volvió para mirar a Zoe, que se había tapado la cara con una sábana—. No pasa nada.

10

La habitación de Harry estaba pintada de morado oscuro, y era un poco como dormir dentro de una berenjena gigantesca. Podría haber pedido a sus padres que cambiaran el color, pero en realidad daba lo mismo, ya que el morado solo asomaba aquí y allá entre los bordes de los posters y las demás cosas que había colgado de las paredes. Quería recubrirlas por completo, como la gente que se tatuaba el cuerpo entero, incluidos los párpados. A Harry no le interesaba todo lo que tenía expuesto en las paredes, pero en algún momento lo había hecho lo suficiente como para colgarlo en ellas, y respetaba su propio proceso. Estaba bien que con la edad dejaran de gustarle cosas y las conservara donde las había colocado. Le gustaba que le recordaran lo obsesionado que había estado con la serie *Rugrats*, con Bart Simpson y, por unos cuantos meses inexplicables alrededor de su decimotercer cumpleaños, con Kobe Bryant. Ni siquiera era aficionado al baloncesto. La mayoría de paredes estaban cubiertas de páginas arrancadas de revistas y de cosas que él mismo había imprimido, páginas de libros que había copiado en el colegio. Era como Tumblr, solo que en tres dimensiones y sin tener que desplazarte hacia arriba y hacia abajo por la pantalla. La estrecha franja de pared junto a su armario estaba totalmente cubierta de fotografías de bocadillos. Las chicas adolescentes se llevaban toda la fama de las angustias y las rarezas, y no era justo. Incluso en Whitman, que se suponía que era un centro progresista y con actitudes artísticas, los muchachos se jactaban de la vez que habían ido al campo de tiro con sus abuelos en Connecticut o en Virginia. Querían aprender a conducir y escuchaban hip-hop. A Harry no le interesaba nada de todo aquello. Por suerte, su padre no era una persona insistente; todo lo que Harry había hecho era porque él quería hacerlo, como el niño sultán de un palacio con solo

dos sirvientes.

Ir a un solo colegio desde los cinco hasta los dieciocho años era como estar enterrado en ámbar. Ni siquiera era como sus paredes, que estaban cubiertas de capas de cosas: tenías que ser la misma persona desde el principio hasta el final, sin saltos cognitivos importantes. Harry era callado, encantador y hacía los deberes. Tenía tres amigos íntimos, dos chicos y una chica, y no apreciaba especialmente a ninguno de ellos. No *vapeaba* ni bebía cerveza; aunque había otros chavales que lo hacían, él no era uno de ellos. Había fumado hierba algunas veces, pero sabía que sus padres también, por lo que no parecía tan malo. Vivía en un monasterio construido a partir de los gustos y las aversiones de su infancia. A sus padres les encantaba, y nunca se había metido en líos, lo que le daba ganas de gritar.

Le vibró el móvil en el bolsillo: «Sal.» Era de un número que no figuraba en sus contactos. Se acercó a la ventana y descorrió la cortina hacia un lado. Ruby estaba apoyada en un coche aparcado, con el teléfono cerca de la cara y su enorme perro recostado en sus piernas. Los padres de Harry estaban en la cama, o trabajando; su dormitorio estaba arriba, y a menudo su madre permanecía hasta tarde frente al ordenador que había en él. «Enseguida voy», le escribió de vuelta. Se cambió dos veces de camiseta, y recorrió el pasillo de puntillas. La ruta hasta la puerta delantera crujía pero estaba despejada.

—¿Qué tal? —preguntó Harry en cuanto estuvo a poca distancia de Ruby. No se había movido. Su cabello cubría la ventanilla del copiloto como si fuera una gran medusa violeta. *Bingo* olisqueó afablemente en dirección a Harry.

—Acompáñame, mis madres están siendo de lo más gilipollas. —Ruby se empujó en el coche para incorporarse y tiró de la correa de *Bingo* para conducirlo hacia el parque. Harry se puso las manos en los bolsillos y la siguió. Ella sacó un paquete de cigarrillos y se llevó uno a la boca—. ¿Quieres uno? —le ofreció entre dientes.

Harry sacudió la cabeza y observó cómo Ruby protegía la punta del cigarrillo con la mano mientras usaba un encendedor con la otra. Lo asombró ver lo descarada que era al fumar en su propia manzana, donde los conocían los vecinos, que podían haber tomado el teléfono para llamar a las madres de Ruby. Muy pocos alumnos de Whitman fumaban. No era como cuando sus padres eran jóvenes, cuando todo el mundo llevaba paquetes de cigarrillos en el bolsillo trasero en lugar de móviles. Ahora todo el mundo sabía lo que pasaba con los pulmones y el cáncer, y cómo las compañías

tabaqueras intentaban atraer a los jóvenes. Rozaba el patetismo sucumbir, aunque Harry jamás habría creído que nada que hiciera Ruby fuera patético. Se veía mal en los demás, nada más. El pequeño contingente de fumadores del colegio doblaba la esquina para hacerlo o cruzaba la calle y se sentaba en algún banco del parque. Harry nunca había fumado un solo cigarrillo, de hecho nunca hasta entonces le habían ofrecido ninguno. Así era el reducido círculo de Whitman. Ni siquiera se cuestionaba. Harry Marx no fumaba. Era un hecho.

Anduvieron tres manzanas hasta Argyle, y llegaron a los campos de fútbol y la parte trasera del centro de tenis. Ya había oscurecido, y el parque estaba cerrado, pero todavía había unas cuantas personas dándole al balón.

—Rebeldes —dijo Harry, y Ruby rio. Cruzaron Caton Avenue y entraron en Prospect Park propiamente dicho. A Harry no le gustaba meterse de noche en el parque, aunque siempre hubiera gente corriendo o yendo en bicicleta por el camino principal. Parecía una de aquellas cosas que hacías justo antes de que te pasara algo malo, como correr hacia arriba en lugar de hacerlo hacia la puerta de entrada en una película de terror. Por lo menos iban con el perro, aunque *Bingo* fuera un vejestorio y tuviera unas manchas permanentes de lágrimas bajo los ojos tristones. Ruby dio un empujoncito a Harry para que enfilara el camino de herradura, un camino de tierra que se adentraba en el parque algo más de lo que Harry hubiera deseado, pero ella se movía con tanta seguridad que no quiso mostrarse débil. *Bingo* parecía saber dónde iban. Finalmente, pasados unos minutos, Ruby se dejó caer en un banco. Estaban completamente solos, contemplando el lago.

—La gente viene a pescar aquí, ¿lo has visto? —preguntó Ruby. Encendió otro cigarrillo y esta vez no se molestó en preguntarle si quería uno—. No me comería un pez nacido en Brooklyn ni que me pagaran un millón de dólares.

—Estoy seguro de que nadie pagaría un millón de dólares para que alguien se comiera algo nacido en Brooklyn —replicó Harry. Vio cómo el extremo rojo del cigarrillo de Ruby avanzaba hacia sus labios. Su brillo fue más intenso cuando inspiró y, por un instante, Harry imaginó que todo su cuerpo era el cigarrillo, y cuando inhaló el humo, se vio deslizándose por su garganta hacia el interior de su cuerpo. Sintió la suavidad de sus labios y el roce aterciopelado de su lengua—. La profe de la selectividad es bastante mala, ¿verdad?

—Pues sí —respondió Ruby. Sujetó el cigarrillo con los dientes, se recogió el pelo a un lado de la cabeza y se hizo una trenza—.

Está chiflada, coño. —*Bingo* abrió la boca de par en par. Su bostezo apestó.

—Hablando de chiflados, ¿te ha llamado Dust? ¿Tengo que contratarte un guardaespaldas? —Intentó que su voz fuera lo más tranquila posible, pero había estado preocupado. Dust parecía la clase de chico que tenía muchos amigos de esos que daban miedo y sabían hacer cosas como pelearse, algo que él, sin duda, no sabía hacer.

—Oh, es totalmente inofensivo —respondió Ruby—. Estoy segura.

—¿Y tus madres? —quiso saber Harry. Unos patos cruzaban nadando el lago de un lado a otro, y se preguntó cuándo dormirían aquellos animales y cuánto tiempo vivirían con sus padres. Después, se preguntó si los chavales que crecían en Manhattan creerían que los patos eran animales mitológicos, como las vacas, cosas que solo existían en los libros ilustrados y en los anuncios de queso. O puede que ellos también tuvieran patos en el parque. Había chavales en Whitman que tomaban un tren desde la ciudad todos los días, lo que parecía una estupidez mayúscula, como subir a pie la escalera hasta lo más alto del Empire State Building. Había formas más fáciles de lograr el mismo objetivo.

—Lo más seguro es que se divorcien. Todavía no lo sé oficialmente, pero sé que tu madre sí, o sea que puede que tú también. —No era así. Ruby se encogió de hombros—. Es una mierda.

Harry había oído a su madre contar a su padre lo de las madres de Ruby, pero no se lo habían dicho directamente, por lo que le fue fácil fingir ignorancia.

—No lo sabía —soltó—. Lo siento.

—Es su matrimonio, no el mío —dijo Ruby—. Soy una chica moderna. Sé que no es culpa mía.

—Aun así... —comentó Harry.

—Aun así —admitió Ruby. Dio otra calada.

—¿Me das? —pidió Harry.

—Coño —se carcajeó Ruby—. Creía que no fumabas. —Le pasó el cigarrillo en vertical, como una vela.

—Y no fumo —confirmó Harry. Le tomó el cigarrillo de los dedos y se lo puso en los labios. El filtro le resultó áspero en la lengua. ¿Tenía que lamerlo? Seguramente no. Inspiró. Al fin y al cabo, había fumado hierba; no era un novato total. El humo, intenso y penetrante, le llenó los pulmones. Tosió una vez y trató de tragar unas cuantas veces más, lo que le hizo toser más todavía.

Ruby le dio unas palmadas en la espalda. El perro emitió una especie de gruñido comprensivo.

—¡Monta ese caballo! —soltó Ruby, riendo—. ¡Móntalo! —Harry le devolvió el cigarrillo de golpe, pero ella no quiso aceptarlo —. Ni hablar —dijo—. No hasta que domes esa bestia.

Harry esperó a respirar de nuevo normalmente y a dejar de tener los ojos llenos de lágrimas para volver a intentarlo.

11

En la época de internet, cuando su hijo no podía dar tres pasos sin mirar el móvil, Andrew se fijó en un anuncio fotocopiado y grapado a un poste de teléfono. Normalmente, solo se trataba del anuncio de algún cretino que daba clases de guitarra o de algún perro o gato extraviado, pero siempre los miraba. Se encontraba en una situación de paréntesis entre un trabajo y otro. Entre una profesión y otra, para ser más exactos. Disponía de suficiente dinero de la familia para no tener que preocuparse demasiado, así como de los derechos de autor y también de los ingresos de Elizabeth, por lo que se había pasado su vida adulta hasta la fecha siguiendo sus inspiraciones. Una década antes había hecho un curso universitario de cinematografía en la New School y había trabajado en varios cortometrajes, incluido uno sobre un hospital psiquiátrico abandonado en los acantilados del río Hudson. Antes de eso, había enseñado inglés como segundo idioma en un instituto del Bronx, pero aquello solo había durado un año. Más recientemente había trabajado en una revista para los hombres de Brooklyn que eran padres, encargado de la edición y las suscripciones pero haciendo, sobre todo, las veces de asesor. Era bueno estar en contacto con gente joven; te mantenía vivo. A continuación, tuvo la idea de ser aprendiz en una carnicería o en una carpintería. Algo con las manos.

Su rutina habitual era levantarse con Harry y Elizabeth, enviarlos al colegio y al trabajo, y bajar a pie a Cortelyou para conseguir un café. Ahora que Harry había terminado el curso, le parecía que todavía era más importante estar ocupado. Pidió un café corto y salió a la calle.

Ditmas Park era maravilloso en verano. Los sicomoros y los robles estaban en su máximo esplendor y proyectaban grandes

sombras en las aceras. Había familias en los porches. Los críos jugaban con pelotas y aprendían a montar en bicicleta. Los vecinos se saludaban con la mano. Andrew se dirigió sin prisas hasta la esquina y esperó a que cambiara el semáforo, feliz de no tener ningún propósito concreto. Harry se quedaría la mayor parte del día en su habitación, practicando para la selectividad o entreteniéndose con algún videojuego o algún libro, que Dios lo bendijera. Aunque el objetivo de la paternidad era educar personas inteligentes, felices y autosuficientes, Andrew echaba de menos los días en que Harry gritaba «¡papá!» cada vez que él llegaba, aunque solo se hubiera ido diez minutos. Tenía la mirada perdida, pensando en el cuerpecito de Harry a los dos años, en los abrazos que le daba por la noche antes de acostarse, cuando un anuncio grapado en el poste que había junto al paso de peatones le llamó la atención.

Mostraba la imagen de un loto, como el logotipo de un estudio de yoga, con los pétalos dibujados a mano. Bajo la flor, unas grandes letras mayúsculas indicaban: «NOSOTROS ESTAMOS AQUÍ. ¿Y TÚ?» En la parte inferior había simplemente una dirección en Stratford Road, a tres manzanas de donde estaba en aquel momento. Ni horario, ni teléfono, ni sitio web.

—¡Vaya! —exclamó. Pensó en arrancarlo para guardárselo, pero quedaría mal. No quería que ningún vecino lo viera porque creería que estaba a favor o en contra de lo que decía cuando ni siquiera sabía de qué se trataba. Así que tecleó la dirección en el móvil y cruzó la calle.

Iba a decantarse definitivamente por la carpintería. Cuanto más pensaba en ello, más claro lo tenía. La carnicería significaría una gran cantidad de sangre, de sierras y de huesos. No era aprensivo, y le encantaba la idea de conocer mejor de dónde procedía lo que comía, pero un huerto urbano era más de su estilo. Aunque no le atraía. La verdura tardaba demasiado en crecer. A él siempre le había gustado algo más sencillo; quería ver los resultados antes de que hubiera pasado una temporada entera. Cuando conoció a Elizabeth, trabajaba en la cooperativa de la facultad arreglando las bicicletas que los estudiantes poco cuidadosos habían dejado encadenadas al aire libre durante el verano, y le encantaba lo sucias y grasientas que le quedaban las manos al final de la jornada. Las ruedas girando. La carpintería sería así. Tendría callos y puede que quemaduras. Se golpearía sin querer una uña y se le pondría morada. Esto era exactamente lo que estaba buscando. Prepararía un escritorio para Harry, un par de mesillas de noche nuevas para su dormitorio. Tal vez podrían hacerlo juntos.

El problema profesional de Elizabeth era el contrario. En lugar de la búsqueda de Andrew, ella tenía la respuesta pero había decidido ignorarla. Era una causa perdida a estas alturas, aunque él quería convencerla de que empezara a tocar de nuevo diciendo que él quería hacerlo. Andrew sabía que lo haría por él, pero no por ella. Su esposa tenía verdadero talento, era excepcional, inteligente, dotada, todas las palabras que a sitios como Whitman les gustaba usar para describir a alumnos perfectamente corrientes. Pero Elizabeth no era corriente. Era increíble, y había dejado de tocar por razones prácticas, como si los detalles prácticos tuvieran algo que ver con ello.

En lugar de doblar a la derecha y volver a casa, giró a la izquierda y se dirigió hacia Stratford. Nunca iba en aquella dirección, que daba a las gasolineras y al bar que había abierto hacía poco sus puertas y en el que él todavía no había estado. Ahora que lo pensaba, el bar ya no era tan nuevo, debía de tener un año, pero aun así no había ido. Andrew enfiló Stratford y recorrió otra manzana, de modo que avanzaba en paralelo a su casa, solo que dos manzanas al este.

La casa había sido blanca pero ahora lucía el color de la nieve sucia de la ciudad. Pudo ver que las ventanas eran viejas mirándolas desde la calle. Había aprendido mucho de Elizabeth sobre las casas, sobre en qué había que fijarse en ellas. Habían entrado juntos en la mayoría de las del barrio. Los peldaños estaban hundidos en el centro, y las tablas del suelo del porche estaban agrietadas. No era difícil de arreglar, pero sería caro, especialmente si cedían tanto que el cartero se caía y decidía poner una demanda. Andrew esperó un minuto en la acera, sin saber muy bien qué hacer. Tendría que ir a casa y empezar su jornada. Zoe conocía a alguien que construía cosas, un chico de Maine que vivía en el barrio y fabricaba mesas de comedor para personas de Cobble Hill y Brooklyn Heights. Andrew iba a llamarlo. La puerta de la casa se abrió y pudo ver otro anuncio pegado sobre el timbre. Dio otro paso hacia la casa y se detuvo. En el interior vio a un hombre que llevaba barba, no como ZZ Top, pero se le acercaba. Era imposible saber su edad. Se volvió hacia la puerta, vio a Andrew y lo saludó con la mano como si lo hubiera estado esperando. Andrew le devolvió el saludo, subió la escalera y se presentó.

—Bienvenido —dijo el hombre. De cerca, aparentaba ser más joven de lo que Andrew había creído, puede que no llegara siquiera a los cuarenta. Tenía la barba salpicada de tonos pelirrojos y grises, como un huevo de pato, tan hermosa y complicada que era

imposible creer que era así de forma natural, sin que hubiera intervenido un equipo de diseño.

—He visto vuestro cartel —aseguró Andrew. Dentro, la casa en sí no era nada especial. Parecía derrumbarse, la verdad, pero el suelo estaba limpio y pintado de blanco, lo mismo que las paredes. Las cortinas estaban descorridas y la luz entraba a raudales. Andrew se sintió inmediatamente como en casa.

—Esto es EVOLVEment, donde todo está en evolución, de ahí su nombre —lo saludó el hombre—. Me llamo Dave. Adelante. —Habló en voz baja, de la forma en que la gente hacía cuando sabía que los demás iban a escucharla. No había motivo para hablar en voz alta, no en aquella casa. Andrew lo entendió al instante. Aquello era la calma. Aquello era un santuario. Pensó en los monjes que había visto en el Tíbet, y en el interior, cuando había ido a retiros silenciosos. Era uno de esos lugares especiales, o iba a serlo, y aquí mismo, en su propio barrio.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó. Tenía las manos vacías. Quería ayudar.

12

El Hyacinth tenía capacidad para cuarenta y dos comensales. En un buen día, el restaurante estaba medio lleno a la hora del almuerzo y atareado desde las seis de la tarde hasta las nueve y media de la noche, con algunos rezagados que pasaban el rato en la barra larga y estrecha hasta las once, cuando cerraban. Incluso diez años después de su inauguración, Jane no podía cobrar lo que quería, puesto que nadie pagaría veintisiete dólares por comer manta raya en aquella zona, pero se las apañaba. Junto al puesto de la recepcionista había un pequeño escritorio, y allí era donde a ella le gustaba sentarse cuando no estaba en la cocina o arriba, en el despacho, o abajo, controlando la entrada o recorriendo la sala, algo que los camareros detestaban. Tenía que apretujar el cuerpo entre la pared y la mesa para evitar que la recepcionista le diera codazos, pero no le importaba.

Ahora tenía una segunda chef y un buen equipo con unas papilas gustativas en las que confiaba, pero no había nada como estar ella misma al pie del cañón. A Jane le gustaba sudar, y gritar, y no había mejor lugar para hacerlo que la cocina de un pequeño restaurante. Elizabeth había encontrado el local, que habían pasado meses buscando a la espera del lugar adecuado, y lo había asumido como si fuera su proyecto favorito. No habían mirado en Ditmas, aunque era lo que querían, claro. Habría menos peatones, pero a ambas les encantaba la idea de contribuir a que el barrio fuera un lugar donde la gente quisiera vivir, no solo dormir. Jane y Zoe se habían enamorado comiendo, hablando sobre comida y sobre lo que soñaban comer en el restaurante de la esquina. Zoe era anticuada y quería abrir un restaurante francés, donde pudiera tomarse un bistec con patatas por la noche y huevos pasados por agua durante el día. Jane quería dedicarse a la comida tailandesa, o mejor aún,

vietnamita. En el barrio no había nada aparte de pizzerías y de un restaurante chino con un cristal antibalas delante de la caja. Había demasiados vacíos, y ellas querían llenar uno.

Buscaron por todas partes: en Williamsburg, en Carroll Gardens. Nada les convencía. Pero cuando Elizabeth llamó y dijo que había encontrado el local, Jane le notó en la voz que estaba en lo cierto, y Zoe y ella fueron tomadas de la mano, como en una nube. Hyacinth era uno de los nombres de niña que habían elegido para cuando Ruby tuviera una hermanita, pero Ruby ya iba a primero y no parecía que fuera a tener ninguna hermana después de todo, por lo que Hyacinth acabó puesto en el letrero de madera y pintado en oro en la puerta, e inauguraron su negocio.

Jane se encargaba de la comida, y Zoe, de todo lo demás. Eligió las sillas y las copas, la cubertería y los arreglos florales. Llevaba las nóminas y la facturación. Se encargaba del personal, que era la peor parte de tener un pequeño negocio, ya que siempre había alguien a quien despedir, o que llegaba tarde, o que ligaba con los clientes o que le daba a las drogas. Mientras no necesitaron dinero ni estuvieron faltas de sueño, la vida fue fácil. La canguro de Ruby la llevaba directamente al Hyacinth al salir del colegio, y cuando ya no pudieron permitirse tener canguro, Ruby iba sola y se sentaba en la barra a hacer los deberes. Elizabeth y Andrew le daban unas palmaditas en la cabeza, y la niña se reunía con ellos para tomar patatas fritas. A los habituales les encantaba tener su propia Eloise de carne y hueso. Una vez había anochecido, Zoe la llevaba a casa y la acostaba, y después regresaba si estaban realmente apurados. Tenían una vecina mayor que se figuraba que era la alcaldesa de Argyle Road, y tanto Jane como Zoe estaban seguras de que jamás permitiría que pasara nada a Ruby mientras ellas estaban fuera.

Era temprano, apenas pasadas las nueve. No abrían para el almuerzo hasta las once. Cerró la ventana que contenía sus cartas y sus listas para los proveedores y se conectó a internet. No es que estuviera buscando otro sitio donde vivir, todavía no. Cuando Ruby se marchara, si lo hacía, y cuando Zoe encontrara un lugar que le gustara, entonces sí lo buscaría. Si realmente ocurría. No tenía prisa. Si fuera por ella, seguirían casadas para siempre. ¿Y qué si no eran tan felices como antes? Eran adultas, con una hija casi mayor de edad. La palabra «feliz» era para chicas de una hermandad de estudiantes y para payasos, y se trataba de dos grupos de personas claramente piradas. Ellas se abrían paso entre el fango como todo el mundo.

Cuando tenía veinticuatro años, Zoe Bennett era la mujer más

sexy que Jane había visto en su vida. Se conocieron en Mary Mary's, un garito lesbiano de la Quinta Avenida que estaba siempre lleno de profesionales, especialmente pasada la medianoche. Jane iba dos o tres veces a la semana, y casi nunca hacía otra cosa que no fuera beber cerveza con sus amigas; pero una noche apareció aquella ninfa electrizante al final de la barra, dando vueltas por el local como si fuera su dueña, y al acabar la noche, lo era. Jane estaba trabajando como jefa de partida de cuarto frío en el Union Square Cafe, y Zoe era recepcionista en el Chanterelle. Aquella primera noche ni siquiera se hablaron. Jane juraba que Zoe se le cayó en el regazo mientras cantaba una canción de Bonnie Raitt que sonaba en la máquina de discos, pero Zoe no recordaba tal cosa. Las dos estaban borrachas, y dispuestas a comer y beber hasta agotar las existencias. Tres semanas más tarde, Jane se instalaba en casa de Zoe.

Sonó el timbre sobre la puerta y Jane alzó los ojos. Era Johnny, el repartidor de UPS. Entró un montón de cajas con servilletas de papel, papel higiénico, todo en lo que nunca había querido tener que pensar. Ese era el trabajo de Zoe: mantenerlas abastecidas y preparadas para el apocalipsis. Todavía no habían resuelto aquella parte. ¿Y el Hyacinth? Sería extraño que Zoe siguiera haciendo su trabajo, pero todavía sería más extraño que lo dejara. Todo iba a nombre de las dos. No era necesario que estuvieran casadas para seguir trabajando juntas, claro, pero ¿y si Zoe empezaba a acostarse con Allie, la adorable recepcionista? Siempre bromeaban sobre ella, sobre cómo estaba enamorada de Zoe, pero ahora, si estaba sola... ¿Y si se hiciera realidad? Jane podía imaginarlo con total claridad: echaba una ojeada fuera de la cocina y veía a Zoe tocando la espalda de Allie, o pasándole el pelo por detrás de la oreja. Tal vez podría despedirla antes de que Zoe tuviera ninguna oportunidad; tampoco hacía demasiado bien su trabajo, la verdad. Encargarse del personal no formaba parte de él, pero era la chef, de modo que en realidad todo formaba parte de su trabajo.

—Hola —dijo Johnny. Señaló con la cabeza el armario de provisiones—. ¿Te lo dejo ahí?

—Por favor —respondió Jane. No estaba solo hablando con él, sino elevando una súplica al universo. Cuando Johnny se hubo ido, se encerró en el cuarto de baño y se echó a llorar. Era la única habitación cuya puerta podía cerrarse con llave. Había dicho a su madre que estaban planteando separarse, pero no se lo había contado a ningún amigo, ni al personal, ni a nadie más. Creía que si nadie se enteraba, tal vez no llegara a suceder, del mismo modo que

no contaron a nadie que Zoe estaba embarazada hasta que lo estuvo de cuatro meses, o como cuando ella tenía dieciséis años y sabía que era homosexual pero no salió del armario hasta los veinte. Si llegaba a ocurrir, sus padres se llevarían un buen disgusto, porque siempre habían querido mucho a Zoe, sobre todo su madre. Tal vez podría evitar hablar con ellos unos meses, o un año. Quizá no sería necesario que hablaran hasta que Ruby se casara, en cuyo momento podían tener ochenta años, ser duros de oído y no entenderla del todo. Tal vez podría esperar a que estuvieran muertos.

Alguien llamó a la puerta del baño.

—Sí —dijo. Se miró en el espejo. Pasaba de los cincuenta años, tenía unos lunares que tenía intención de revisarse y un pelo solitario en la barbilla que le crecía cada vez que se lo arrancaba. La vida era un desastre absoluto, pero era la hora de organizar los preparativos del almuerzo y de llamar al carnicero, así que abrió la puerta.

13

La Mary Ann O'Connell Realty Group era una pequeña inmobiliaria especializada que contaba con solo cinco agentes. Elizabeth era la única que no se apellidaba O'Connell. Además de Mary Ann, de ochenta y tres años, estaban sus dos hijos, Sean y Bridget, así como la esposa de Sean, Deirdre. Tenían las oficinas en la esquina de Cortelyou con East Sixteenth Street, a media manzana de la estrepitosa línea Q. Elizabeth y Deirdre compartían la mesa de trabajo. Que Sean prefiriera compartir su espacio con su hermana antes que con su mujer siempre le había parecido un poco raro, pero los O'Connell eran de lo más raro, por lo que era de esperar. Los negocios familiares eran organismos muy complejos, y casi siempre era mejor mantenerse lo más alejado posible de los procesos relativos a la toma de decisiones. Elizabeth habría trabajado encantada desde casa, como cuando Harry era pequeño, pero Mary Ann se ponía nerviosa cuando no veía trabajar duro a su equipo o no oía tintinear las llaves cuando se marchaban para pasarse el día enseñando casas. Su despacho se ubicaba en el fondo, y la puerta nunca estaba cerrada. Cuando entrabas y salías, aunque solo fuera para comprar un bocadillo, la cabeza canosa de Mary Ann empezaba a vibrar ligeramente como un anunciador de visitas. A Deirdre le gustaba comentar en broma que a su suegra le había alcanzado un rayo cuando era niña y la sacudida se le reproducía siempre que creía que iba a ganar dinero. También le gustaba decir en broma que el único motivo por el que había permitido que Sean y ella se casaran había sido que, sobre el papel, ella, que había nacido en Trinidad, parecía tan irlandesa como él. Deirdre era la única O'Connell cuya compañía agradaba a Elizabeth.

Hacía un día espléndido. La temperatura no era tan calurosa como en pleno verano, sino lo bastante suave como para llevar las

piernas y los brazos descubiertos sin que se le pusiera a uno la carne de gallina. Estos períodos de tiempo eran cortos en Nueva York, que era un lugar de extremos en todos los sentidos. Habían pensado en irse, por esta entre otras razones, pero la regularidad de los veintidós grados de California tampoco los atraía. Estaba bien tener cosas de las que quejarse para fortalecer el carácter. Se recostó en la silla y admiró lo que podía ver del día por la ventana. Las tres mesas estaban dispuestas por antigüedad, lo que significaba que Elizabeth, que solo llevaba una década en la empresa, estaba sentada a un metro de la calle.

Sean regresó de almorzar después de pasarse la mañana enseñando casas. Principios de verano era siempre el mejor momento del año para ellos, y tenían muchas ofertas. Sonó el timbre, y Elizabeth oyó cómo Mary Ann empezaba a hacer preguntas a Sean antes de que hubiera cruzado totalmente el umbral. Saludó con la cabeza a Elizabeth y siguió caminando hacia el despacho de su madre. A Elizabeth le sonó el teléfono y respondió sin mirar el identificador de llamada.

—¿Diga? —dijo. Hubo una pausa, seguida de un *clic*.

—Le paso con Naomi Vandenhoovel —anunció una mujer joven al otro lado de la línea.

—¿Perdón? —se sorprendió Elizabeth. Se tapó la oreja derecha con un dedo para sofocar el ruido de la sirena de un coche de bomberos que pasaba por la calle—. ¿Diga?

—Liiizy —soltó otra voz—. Muchas gracias por hablar conmigo. Te lo agradezco mucho.

—Perdone, ¿quién es? —Elizabeth giró la silla para alejarla de la ventana. Toda la oficina estaba salpicada de puntos iluminados por el sol—. Al habla Elizabeth Marx —indicó, preguntándose si se habrían confundido de Elizabeth mientras repasaba rápidamente los contactos que tenía en la E.

—Elizabeth, soy Naomi. Naomi Vandenhoovel. Me puse en contacto contigo por los derechos de autor para la película biográfica de Lydia. Trabajo para los estudios. Nos hemos enviado emails.

—Oh, sí. Hola, Naomi —respondió Elizabeth, que se volvió y abrió el correo electrónico para buscar frenéticamente el mensaje más reciente de la otra mujer—. Iba a contestarte.

—Mira, Elizabeth. Ya sé que parece una locura ceder después de tanto tiempo los derechos de autor sobre vuestra obra y sobre vuestra historia, pero se trata de una ocasión única. ¿Sabes lo difícil que es hoy en día hacer una película? —Se oyó un zumbido—.

Perdona, estoy en el coche. Deja que suba la ventanilla.

—Pero ¿cómo me has llamado desde el coche? ¡Me pasó la llamada alguien de tu oficina! —Elizabeth se lo preguntaba en serio, pero Naomi se limitó a reír.

—Increíble, ¿no? —soltó—. Bueno, necesitamos la canción. Lo sabes muy bien. Y los derechos sobre la vida. Sé que asusta un poco eso de «derechos sobre la vida», pero es una forma elegante de dar vuestra aprobación a que aparezca un personaje que puede tener o no algo en común con cada uno de vosotros. Si quieres, puedo darte unas semanas más para que convenzas a tu marido, pero nada más. Quieren empezar a rodar en otoño. ¿No queréis que millones de muchachas adolescentes vayan al cine y vean a unas chicas cojonudas tocando rock? Que le dan caña, ya me entiendes. ¿No queréis ser una inspiración? Olvidaos de Lydia, pensad solo en una chica que cree que la vida es un rollo y una mierda, y entonces ve esta película en el cine, se compra una guitarra y empieza a componer canciones en su habitación.

Elizabeth cerró los ojos. No había podido hablar con Andrew sobre Lydia en absoluto. Su marido había hecho de todo para evitar la conversación: había pedido hora al dentista; había llevado el coche, por lo demás descuidado, al taller para que le cambiaran el aceite. Pero lo de aquella chica imaginaria en su habitación podía funcionar. Su vida salvada por la música, por la película, ¡por ellos! Desde luego, funcionaba con ella. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, tan de repente como en los excelentes anuncios de Kleenex.

—Lo intentaré —prometió.

—Volveré a enviarte los formularios. El mundo necesita ver esta historia y oír vuestra canción. Anecdóticamente, es mi canción preferida. Seguro que os lo dicen mucho, pero es verdad. Llevo el estribillo tatuado en la caja torácica.

—No te creo —soltó Elizabeth, aunque no era la primera vez que había oído algo así. Una vez, había visto una serie de imágenes llenas de estos tatuajes en BuzzFeed.

—¡De veras! —aseguró Naomi—. Te enviaré una foto.

—No es necesario —comentó Elizabeth.

—¡No, quiero hacerlo! ¡Es sensacional!

El correo de Elizabeth sonó y esta se volvió para echar un vistazo. Sí, allí estaba: una caja torácica con las palabras *I will be calm, calm, calm, calm* en cursiva.

—¡Vaya! —exclamó Elizabeth—. Espera, ¿cómo lo has enviado? ¿No estabas conduciendo?

—Este verano estaba tan morena que daba asco —dijo Naomi, ignorando su pregunta. California era un sitio aterrador—. En fin, firmad los formularios y devolvédmelos lo antes posible, ¿de acuerdo? Muchísimas gracias.

—Lo haré —contestó Elizabeth, sin que fuera su intención aceptar, sino simplemente indicarle que le daría una respuesta. Era de lo más educada. Harry siempre la estaba chinchando porque llamaba para cancelar reservas de restaurante o citas en el Genius Bar del Apple Store. «La gente pasa, mamá», solía decirle, pero Elizabeth creía en la cortesía. Esperó a que Naomi dijera algo más, pero se dio cuenta de que ya había colgado.

14

El garaje estaba sin terminar. A diferencia del de algunos vecinos, que habían convertido aquel espacio en salas de juego o despachos, e instalado fontanería, calefacción y suelos de madera, el de Andrew y Elizabeth era de los anticuados, con palas oxidadas y latas de pintura medio vacías. Solo metían el coche en él cuando se esperaban fuertes temporales de nieve; en caso contrario, el amplio espacio central estaba vacío, cubierto con una alfombra de casa de los padres de Andrew y dos sillas de madera que crujían. Elizabeth tenía a su lado su pequeño amplificador Marshall, y Andrew, su amplificador cuadrado Orange. Andrew subió la puerta del garaje lo bastante para poder pasar por debajo y después volvió a bajarla hasta poca distancia del suelo. Quien pasara por delante tal vez pudiera verles las piernas, pero solo si miraba aposta, y había cosas mucho más interesantes que observar. Unos aficionados al rock de mediana edad eran tan apasionantes como una anciana cuidando del jardín, y mucho más embarazosos. Andrew lo sabía muy bien.

Había llevado la libreta. Había estado anotando cosas, no letras enteras, sino ideas para canciones. A Elizabeth se le daba mucho mejor hacer que las cosas sonaran bien. Ella también tenía una libreta llena de letras, o por lo menos la había tenido. Ahora la liberta estaba llena de los gustos y las aversiones de alguna pareja, de sus necesidades, del importe de su cuenta bancaria.

—¿Quieres tocar la del otro día, aquella que hacía *bum, bum, bum*? —preguntó Elizabeth. Se instaló en la silla y se puso la guitarra en el regazo. La conectó y se pasó la correa por el hombro. A Andrew le encantaba el aspecto de su mujer con la púa entre los dientes. Le llegaba a lo más profundo de su ser. Una vez, en el instituto, su profesor de historia se había puesto a divagar sobre

cómo Barbara Stanwyck era su «ideal sexual», y a todo el mundo se le pusieron los pelos de punta, pero era eso lo que Andrew sentía cuando veía a una mujer que tocaba la guitarra. Daba igual si lo hacía bien o mal, o si simplemente la sujetaba. Si sabía tocar bien, adiós, estaba perdido. Como era algo que resultaba muy machista, jamás lo diría en voz alta (era para lo que Oberlin le había servido, para enseñarle que la mayoría de cosas que los hombres pensaban diariamente se basaban en el machismo), pero era cierto. En el caso de Elizabeth, no era solo que supiera tocar, sino que lo hacía estupendamente bien.

—¿Qué? —preguntó Elizabeth con la púa todavía entre los dientes.

—Nada —contestó. Tomó el bajo por el mástil—. Sí, toquemos esa.

—Verás, cariño, quería decirte que han vuelto a llamar por lo de Lydia. —Elizabeth frunció los labios—. ¿Podemos hablar de ello? Tenemos que decirles algo pronto.

Un camión de la basura empezó a hacer ruido en la calle, y se le oía frenar cada pocos metros. Andrew soltó el bajo y se pasó los dedos por el pelo.

—No me gusta la idea de firmar un pedazo de papel que cede el control a una compañía gigantesca. Lo siguiente será salir en un anuncio de Kleenex.

—Estoy segura de que podemos estipular cómo queremos que se use exactamente —aseguró Elizabeth—. La película va de Lydia, no de nosotros. Nosotros les damos igual, cariño. —Se apoyó la superficie lisa de la parte posterior de la guitarra en el esternón.

—Ese es exactamente el problema —dijo Andrew—. No escribiste esa letra para que la cantara Lydia. No compusimos esa canción para que las adolescentes se hagan ahora las punks en un cine de Nueva Jersey.

—¿Igual que los chicos que crecieron en Manhattan se hacían los punks? —Entornó los ojos—. Dijo la sartén al cazo.

—¡Eran los ochenta! ¡No me hacía el punk! Estaba muy cabreado, y que mis padres fueran entusiastas de Reagan tenía mucho que ver en ello. Venga, Lizzy. —Cruzó los brazos e inspiró profundamente varias veces—. No quiero contribuir a realizar un retrato edulcorado de Lydia Greenbaum como si fuera una especie de heroína del folk. ¿Por qué tendríamos que ayudarlos?

—¿Porque nos pagarán dinero?

—¿Es así de fácil comprarte?

Estas palabras dolieron tanto a Elizabeth como si la hubiera

abofeteado.

—¿Perdona? Soy consciente de que tú y yo pensamos distinto sobre esta cuestión, Andrew, pero que esté dispuesta a que me paguen una sustanciosa cantidad adicional por un trabajo que hice hace veinte años no significa que sea fácil comprarme. Harry va a ir a la universidad, por si no lo sabes. Y pronto. Esta casa necesita doce ventanas nuevas. Nuestro sótano es un paraíso para las cucarachas. Nos iría bien ese dinero. El fideicomiso familiar de los Marx no tiene que solucionarnos siempre la vida, ¿sabes? No estoy siendo codiciosa. —Empezó a sudar—. Y no va solo de Lydia, ¿sabes? Ni siquiera de nosotros. Va de servir de inspiración a chicas que crean que tal vez también podrían dedicarse a la música. Como una especie de campamento de verano musical para chicas o algo así.

Cuando se habían conocido, en Ohio, tan lejos de sus familias y de sus vidas reales, era imposible saber que Andrew tenía dinero y ella no. Todo el mundo era exactamente igual. Todos llevaban prendas de tiendas de segunda mano con fines benéficos y bolsas de tiendas de suministros del ejército. Elizabeth siempre había creído que la casa de sus padres era normal, bonita incluso, hasta que Andrew la llevó a regañadientes de visita a su casa durante el primer semestre de su último año de estudiantes.

Fueron en el coche de Elizabeth, puesto que Andrew no tenía carné de conducir, ni tampoco parecía tener demasiado sentido de la orientación. No dejaba de indicar a Elizabeth que fuera por un lado para empezar a maldecir al darse cuenta de que se había equivocado de dirección. Se pasaron una hora adicional dando vueltas por Nueva Jersey antes de encontrar finalmente el túnel Lincoln, y después otra hora más avanzando a paso de tortuga por culpa del tráfico hasta llegar al Upper East Side. Elizabeth iba inclinada hacia el volante mientras buscaba un estacionamiento en las calles tranquilas y oscuras.

—¿Es aquí donde viven tus padres? —había preguntado cuando le señaló el edificio. Estaba en la esquina de la Setenta y nueve y Park Avenue, con una gigantesca escultura de metal que mostraba un gato en la parte delantera. Cargaron sus bolsas hasta el vestíbulo, totalmente de mármol y con unas inmaculadas encimeras negras. Un portero con gorra se apresuró a ayudarlos y saludó a Andrew por su nombre.

—Sí —respondió este, avergonzado. Aquella noche, cuando se acurrucaron juntos en la cama donde Andrew dormía de niño, en una habitación con vistas a Central Park, le explicó cómo soñaba

con fugarse, subirse a algún tren o dormir en algún banco de Tompkins Square. En Oberlin, Andrew se especializó en religiones e hizo su tesis sobre diosas hindúes. Quería irse a Nepal. Quería dormir en el suelo. Dijo una y otra vez a Elizabeth lo poco que le importaba la fortuna de sus padres, y cuando ella comentó que tenía apetito, llamó a un restaurante de Lexington Avenue para que les llevara unos huevos revueltos.

—Estoy segura de que habrá huevos en la cocina de tus padres —se quejó Elizabeth, pero Andrew insistió en que los del restaurante eran mejores. Elizabeth pensaba en aquellos huevos una vez al año, o incluso más a menudo. Todavía calientes, y sí, deliciosos, le dijeron más sobre cómo había crecido Andrew que él mismo. A veces hasta la gente más brillante no tenía ni idea.

—No hace falta que lo decidamos hoy —indicó Elizabeth, meneando la cabeza—. Quédate tocando, yo voy a preparar el almuerzo. —Dejó la guitarra en su soporte, apagó el amplificador y salió del garaje.

15

Esta vez, Eliza y Thayer ni siquiera fingieron saludar a Harry. Se volvieron, lo vieron entrar con Ruby, y siguieron charlando entre ellas sin interrupción visible. Rebecca, su intrépida líder, estaba revolviendo papeles en una mesa improvisada bajo la pantalla. Todavía había extendidas unas colchonetas azules que la escuela de kárate utilizaba para enseñar a la gente a impedir que la asesinaran los ninjas, y unos cuantos chicos de la clase estaban haciendo volteretas.

—Oh, seguro que van a ir a Harvard —dijo Ruby.

—Creo que aquel tiene más pinta de ir a Yale —comentó Harry, señalando a un chaval que se había caído de costado—. Puede que a Princeton.

—Vomitivo —soltó Ruby.

Esta era la única forma en que Ruby hablaba sobre el futuro. Sabía que Harry debía de preguntarse por qué iba a aquel curso, nadie se preparaba para la selectividad por gusto, especialmente después del último año de secundaria, pero Ruby nunca soltaba prenda. Se burlaba de quienes iban a buenas universidades, pero también de quienes iban a universidades famosas por tolerar los excesos y de quienes iban a facultades de humanidades. Era temporada de caza para todo el mundo salvo para ella. No era asunto de nadie. ¿Qué más daba si había solicitado que la admitieran a ocho universidades y no había conseguido que ninguna la aceptara? Eso no la convertía en una mala persona, sino que dejaba a los comités de admisión como unos idiotas esnobs a los que habría que recubrir de miel y meter en la jaula de los osos en el zoo. No tenía sentido que ella fuera a la universidad, ya no. La idea de pasarse otros cuatro años escuchando sandeces en clase sobre cosas que habían ocurrido y sobre libros que se habían escrito

hacía cientos de años era una pérdida terrible de tiempo y de dinero. El trabajo que hizo había ido en este sentido, y parecía haber logrado su propósito. Si a cualquiera de sus madres se le hubiera ocurrido repasar sus solicitudes de admisión, puede que no estuvieran ahora en este aprieto. Había escrito el trabajo medio en broma, pero la broma se había hecho realidad. Estaba segura de que alguien la detendría en algún momento. Cuando hizo *clic* en el botón para enviarlas, a sabiendas de la pinta que tenían los documentos que adjuntaba, dio un beso de despedida a la universidad. No fue ninguna sorpresa para ella que rechazaran todas sus solicitudes. Al principio, sus madres ni siquiera lo sabían porque esperaban que les llegaran las cartas por correo, sin caer en la cuenta de que, hoy en día, solo llegaban cartas si la noticia era buena.

—Espera, esa es la mejor idea —soltó Ruby.

—¿Cuál? —preguntó Harry. Estaban un metro dentro de la habitación. Rebecca tecleó algo en su ordenador, y el dibujo de un gato que hacía los exámenes de selectividad apareció de repente en la pantalla.

—Oh, no —exclamó Ruby doblando el cuerpo hacia delante con las manos en la tripa—. Tengo que irme a casa, Rebecca, creo que voy a vomitar.

Thayer y Eliza se volvieron con la boca abierta. Harry se agachó, compasivo, a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó mientras ambos tenían la cara hacia abajo. Ruby le guiñó el ojo.

—¿Puedo acompañarla para asegurarme de que llegue bien a casa? —soltó Harry a la vez que enderezaba el cuerpo. Rebecca se acercó a ellos con unas cuantas hojas. Ruby hizo un ruido grave, siniestro y sordo, como el del metro al acercarse. A nadie le apetecía ver qué llevaba ese convoy.

—Por supuesto —respondió Rebecca, que descendió las comisuras de los labios para hacer un mohín de dibujo animado—. ¡Que te mejores! —Dio unas palmaditas a Harry en la espalda.

—Tenemos que largarnos ya mismo o voy a potar en el dojo —dijo Ruby, sujetando la muñeca de Harry—. ¿Qué cinturón obtendría por eso? —Harry se la llevó de allí. Ruby siguió gimiendo hasta que cruzaron Church Avenue y doblaron la esquina. A pesar de que ya no podían verlos, Ruby se agachó junto a un buzón de correos y fingió vomitar, con efectos sonoros incluidos. Después, se irguió e hizo una elegante reverencia. Harry la contempló asombrado, y Ruby vio el resto de su verano en la cara de su amigo:

él podría ser su proyecto, su hobby, su muñeco.

—Tengo hambre —anunció—. ¿Tienen comida tus padres?

—Tus madres son propietarias de un restaurante —dijo Harry.

—Razón por la que nunca tienen comida. Puedo decirte sin lugar a dudas lo que hay en la nevera: yogur, tres clases distintas de salsa de pescado y paté. —Una vez había buscado por internet un grupo de apoyo para los hijos de personas del sector de la restauración, chavales como ella a quienes jamás les habían permitido comer chocolate con leche, crema de queso, crema de malvavisco o mantequilla de cacahuete del supermercado, pero no había encontrado nada.

—Me parece que tenemos patatas chips y salsa de tomate picante —dijo Harry.

—Servirá.

El salón estaba vacío cuando entraron.

—¿Hola? —gritó Harry, pero sus padres no contestaron. Eran las diez menos veinte de la mañana—. Mi madre tiene que enseñar algunas casas, creo —explicó—. No sé dónde está mi padre.

—Da igual —aseguró Ruby, y se dirigió directamente hacia la cocina—. Si viene a casa, dile que me encontré mal y como tu casa estaba más cerca, vinimos aquí.

—Unos quince metros más cerca.

—Si estás vomitando, quince metros son muchos metros.

—Supongo que tienes razón.

A Ruby le encantaba estar en la cocina de los demás. Sus madres eran unas auténticas frikis, en el sentido de que la sal tenía que ser de una clase especial, a no ser que fuera para hornear, en cuyo caso tenía que ser sal normal de una clase muy particular. Elizabeth y Andrew eran personas corrientes. Tenían colas *light* y un pedazo descomunal de cheddar naranja. Ruby tomó el tarro de salsa y la bolsa de patatas chips de la encimera.

—¿Quieres que subamos a tu cuarto? —preguntó a Harry.

—Cla-claro —contestó este. *Iggy Pop* se bajó despacio de su posición de privilegio sobre la nevera, y Harry lo recogió y lo cargó como si fuera un bebé. Ruby pasó delante de ambos y se dirigió hacia la escalera.

Ruby no había estado en la planta superior de la casa de los Marx desde que era pequeña, pero no había cambiado demasiado. Las paredes seguían siendo de un color naranja muy pálido, como un polo derretido después de un aguacero, y había colgadas en ellas

las mismas fotografías. Había un cuadro que a ella siempre le había gustado junto a la puerta del dormitorio de Harry, una escena pueblerina que mostraba a una japonesa regando unas flores en un rincón y unas gallinas de corral en otro. La casa de los Marx siempre estaba ordenada. Había un lugar para todo. A diferencia de la mami de Ruby, que volvía a casa de cada viaje con alguna original baratija para ponerla en un estante, donde se iba llenando de polvo día tras día, Elizabeth y Andrew no tenían ningún objeto inútil. Ruby recorrió el pasillo asomando la cabeza en las distintas habitaciones.

—Mi cuarto está allí —le indicó Harry, detrás de ella.

—Ya lo sé —dijo Ruby sin dejar de caminar—. ¿Qué es esto? —Se detuvo delante de una puerta abierta que daba a la habitación más pequeña de la casa.

—La habitación de invitados —contestó Harry—. El sofá se convierte en cama. Además, sirve para almacenaje, supongo.

Ruby entró y se acercó a la estantería metálica que cubría la pared. Había cajas de plástico transparentes, cada una de ellas con su correspondiente etiqueta.

—¡Caray!, tu madre es obsesiva compulsiva, ¿no? —comentó, recorriendo las cajas con un dedo. Harry la siguió arrastrando los pies y se sentó en el sofá con las manos en el regazo. *Iggy Pop*, que había subido la escalera como una bala tras ellos, le saltó al regazo.

—Creo que no. Solo es ordenada.

—¿Ser ordenada es esto? —se sorprendió Ruby—. ¡Oh, mierda, vaya!

Harry se levantó de golpe, con lo que *Iggy* fue a parar de nuevo al suelo.

—¿Qué? ¿Hay algún ratón? —soltó.

—¿Por qué iba a decir «vaya» si viera un ratón, tonto? —Ruby se había vuelto para mirarlo y, al hacerlo, le había ondeado el pelo violeta—. No, mira, está lleno de material de Kitty's Mustache. —Depositó una de las cajas del estante superior en el suelo y le quitó la tapa. Contenía toda clase de cosas: volantes, casetes y sencillos, posters, fanzines y periódicos universitarios con críticas de sus actuaciones. Ruby hojeó el montón de arriba y sacó una fotografía brillante—. Mira esto —dijo.

Aparecían, de izquierda a derecha, Lydia, Andrew, Zoe y Elizabeth. Ninguno de ellos sonreía ni miraba a la cámara. Su mami llevaba una chaqueta de ante con flecos y un cigarrillo colgando de los labios, como una estrella de cine borracha que acabara de volver de correrse una juerga en el desierto. Elizabeth vestía una falda

negra hasta el suelo, con lápiz de labios oscuro, el cabello rubio, entonces largo, pasado por detrás de las orejas y el cuerpo dirigido hacia el resto del grupo. Andrew llevaba una camiseta blanca y unos pantalones de franela hasta la cintura, con el pelo rizado hasta más abajo de los hombros. Lydia estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, formando una X con los palillos sobre su cabeza.

—¿De cuándo es? —preguntó Harry, quitando la fotografía a Ruby de las manos.

—Del noventa y dos —contestó Ruby a la vez que señalaba la fecha escrita en la esquina a mano con la letra de Elizabeth—. Es obsesiva compulsiva.

—¡Qué jóvenes son! —comentó Harry—. Es algo horroroso. Mira los pantalones de mi padre. ¡Y qué pelos lleva!

—¡Mira las domingas de mi mami! —señaló Ruby. Zoe no llevaba sujetador, y se le marcaban claramente los pezones, incluso a través del tiempo y del espacio después de tantos años. Harry se tapó los ojos—. Y mira a Lydia.

Era raro saber que tu madre había tenido una vida antes de que tú nacieras, pero todo el mundo tenía que superar este hecho tarde o temprano. Todas las madres habían practicado el sexo por lo menos una vez, y muchas madres se habían emborrachado y hecho locuras. Ruby sabía que no era la única. Pero era más extraño todavía saber que tu madre se había emborrachado y hecho locuras con alguien famoso. Y no con alguien famoso porque sí, como las estrellas de un *reality show*, sino con alguien famosa e importante de verdad porque era realmente buena en lo que hacía y encantaba a la gente. Ruby fingía pasar de Lydia porque sabía que a su mami le resultaría... ¿molesto? ¿Divertido? Su mami lo habría encontrado adorable. Que tus padres te miraran con ojos amorosos y calificaran de divina tu confusión interior era lo peor que podía pasarte. A Zoe le habría encantado saber que Ruby tenía los dos álbumes en solitario de Lydia en su móvil, que los escuchaba cuando iba sola por la calle y que la hacían sentir invencible y enojada, pero por nada del mundo iba a decírselo.

Revolvió el montón de posters y fotografías que estaban arriba. Había unas cuantas más del grupo, incluida una en la que Lydia estaba de pie en el centro gritando con la boca abierta y el resto de la banda aparecía situada en diagonal detrás de ella. A diferencia de las demás, en esta Lydia tenía su verdadero aspecto; era la Lydia cuya cara estaba pegada en las paredes de los dormitorios e impresa en camisetas.

—¿Sabes cuánto dinero podríamos sacar de esto en eBay? —comentó Ruby. Su mami vendía a veces sus viejas prendas en eBay, vestidos *vintage* que tenía desde hacía décadas y que finalmente decidía que no necesitaba.

—No.

—Bueno, es una suerte que me tengas a mí —aseguró Ruby. Su hobby ya le estaba dando frutos.

16

Andrew había esperado a que Harry se fuera a clase y, después, se había calzado unas zapatillas con la suela de goma y se había dirigido rápidamente hacia Stratford Road. En esta ocasión no vaciló antes de subir los peldaños y entrar en la casa. El letrero seguía fuera: «NOSOTROS ESTAMOS AQUÍ. ¿Y TÚ?» Pero ahora Andrew sabía la respuesta. Él también estaba.

Dave estaba al mando, si es que había alguien al mando, pero no era esta clase de sitio. EVOLVEment era una cooperativa, y todo el mundo que vivía en ella trabajaba en ella también. No tenía nada que ver con la propiedad ni con la jerarquía. Tenía que ver con la gente, y con la concienciación.

Un joven con barba y con las piernas delgadas lo saludó y le ofreció una taza de té.

—¿Está Dave? —preguntó Andrew.

—Siéntate donde quieras, ponte cómodo —dijo el hombre. Normalmente, a Andrew le habría molestado que aquel tipo no le hubiera contestado la pregunta, pero era así como funcionaban las cosas allí, y lo entendía. Había montones de cojines en el suelo. Tomó uno, lo dejó caer junto a una pared y se sentó. No le importaba esperar. Unos cuantos jóvenes más se movían en silencio, todos ellos descalzos. Andrew se quitó las zapatillas y se las metió debajo de las rodillas. Pasados unos minutos se oyeron unas carcajadas en lo alto de la escalera, y acto seguido Dave se acercó a Andrew con una enorme sonrisa en los labios, como si le hubiera estado esperando.

—Me alegra volver a verte, Andrew —dijo. Era bajo y fornido, macizo como un gimnasta. Se sentó junto a Andrew y le tocó el hombro. Estaban a apenas unos centímetros de distancia, tan cerca como puede estarse de un desconocido en el metro, pero en aquella

sala espaciosa y abierta, resultaba extraordinariamente íntimo, como si Dave hubiera acariciado la mejilla de Andrew con el dorso del dedo.

—Igualmente —respondió Andrew. Notó que se sonrojaba un poco—. Me interesa este sitio.

Y era verdad. A Andrew le interesaba la filosofía, y la conexión entre la mente y el cuerpo. Le interesaba salir de su casa y de su cerebro para ver si podía conectarse con algo exterior, como los cables que iban de una casa a otra. Le interesaba encauzar su rabia hacia otra cosa, hacia un color, hacia el aire, hacia algo positivo. Era la clase de discurso que los padres de Andrew detestaban: les importaba una mierda el proceso, a ellos solo les importaba el final. Había desperdiciado así toda su infancia, yendo de una actividad extraescolar a otra, de un colegio privado de primaria a otro, como si aquellos sitios lo estuvieran preparando para algo que no fuera un trabajo en una empresa, donde, con toda seguridad, iba a estar rodeado de las mismas personas con las que había crecido. Esas personas le daban náuseas, con sus pantalones de algodón y sus náuticas, y sus maletas de piel raspadas con sus iniciales en un lado. A nadie le importaba nada salvo si el yate iba a estar a punto el Día de los Caídos. Puteaban a las mujeres y a la gente que contrataban para que su vida fuera como una seda. Lo único que Andrew había soñado era vivir en algún lugar en el que funcionara el sistema de trueque y donde el dinero no significara nada a no ser que estuviera en el fondo colectivo. Su edificio en régimen de cooperativa de Oberlin había sido su sueño húmedo. En él todos cocinaban tofu juntos y horneaban hogazas de pan integral. Si la personalidad de Elizabeth no hubiera sido tanto del tipo A, y si no hubieran tenido un hijo, seguirían viviendo así, con Zoe o con quien fuera. Aunque no cambiaría ni un momento con Harry por nada del mundo. Si había algo que había hecho bien en la vida, era ser padre, de eso estaba seguro. El problema era todo lo demás. Quería hacer descender toda la rabia que sentía hacia su estómago y cubrirla con mantillo y con amor hasta que fuera un puñetero parterre.

La casa de Dave, la cooperativa, estaba tomando forma. Las habitaciones delanteras se usaban para las clases de yoga y meditación, abiertas a todo el mundo. Si ibas a clase, a meditar o a practicar qigong, alguien te pasaba un dedo con aceites esenciales por las sienes y te ibas a casa oliendo a lavanda, a naranja y a eucalipto. Se estaban encargando de obtener los permisos o las licencias para servir comida, pero parecía ser legalmente complicado. Podría tener que ser solo zumo. Dave era de California

y se le notaba. Hablaba como si las palabras se le pegaran al paladar y tuviera que obligarlas a salir una a una. En su fuero interno, Andrew creía que había crecido en el seno de una familia surfista, de la clase que recorría arriba y abajo la costa de California y México, y dormía en una autocaravana en la playa. Dave no se lo había dicho, pero Andrew estaba seguro de que era así. Arena en el saco de dormir y las olas rompiendo por la noche.

Unas cuantas jóvenes vestidas para hacer yoga entraron en la habitación. Dave las saludó, y tras extender unas colchonetas en el otro lado de la sala, pusieron con cuidado mantas y bloques junto a cada una de ellas. No aparentaban ser mayores que Ruby, pero por otra parte, ahora la edad de la gente no dejaba de sorprenderle. Cuando era adolescente, cualquiera que superara los veinte le parecía una persona mayor, con ropa sosa y la cara borrosa, solo ligeramente más invisible que la profesora de Charlie Brown, pero la vida había cambiado. Ahora veía a todo el mundo igual de joven, como si pudieran tener veinte o treinta, o incluso estarse acercando a los cuarenta, y él fuera incapaz de notar la diferencia. Puede que se tratara simplemente de que ahora lo miraba desde el otro lado.

—Vamos a dar clase —indicó Dave—. Tendrías que quedarte. —Volvió a dar unas palmaditas a Andrew en el hombro, se levantó y se acercó a las mujeres, en la parte delantera de la habitación, para acuclillarse entre ellas y tocarles a ambas los omoplatos. Después se incorporó de nuevo y se quitó la camiseta, con lo que le quedó al descubierto el pecho desnudo. Tomó una manta de un montón, la desdobló, volvió a doblarla de otra forma, y se puso de rodillas. Entrelazó entonces las manos sobre la manta, apoyó en ellas la coronilla y levantó despacio las piernas hasta hacer el pino.

Las dos mujeres se volvieron y saludaron con la cabeza a Andrew. Una de ellas se hizo una cola de caballo, y la otra empezó a estirarse, cambiando el peso del cuerpo hacia un sitio y hacia otro.

—De acuerdo —soltó Andrew, sin saber qué iba a suceder. Se dirigió hacia una de las colchonetas de yoga del suelo. Poco a poco fue entrando más gente y fue ocupando los espacios a su alrededor, y muy pronto la sala estuvo llena. Había diez, puede que doce personas. En la parte delantera, Dave bajó las piernas y adoptó la postura del loto. Encendió unas cuantas velas y empezó a canturrear en voz tan baja que Andrew no supo muy bien si era él o un coche que pasaba por la calle. Era un ruido sordo que se volvió cada vez más fuerte hasta que todas las demás voces se le unieron, y Andrew notó que la habitación empezaba a vibrar. Cerró los ojos. Elizabeth

se habría reído, pero a él le encantaba. Le recordó cuando era pequeño y sus primas, mayores que él, lo peinaban como si fuera una muñeca, trenzándole y cepillándole el pelo durante lo que a él se le antojaban horas, y la forma en que le tocaban el cuero cabelludo con los dedos le resultaba de lo más agradable. Había hecho reiki antes, y lo que estaba ocurriendo en la habitación era que la energía se movía y se manipulaba para sanar. Él se estaba sanando, incluso antes de que Dave dejara de canturrear y les pidiera que se pusieran las manos en las rodillas y fijaran un objetivo para su práctica. Se le ocurrió su objetivo con total claridad: «Estar aquí. Estar aquí. Estar aquí.» Y cuando Dave les indicó que adoptaran la postura del perro hacia abajo, lo obedeció. Era la persona de más edad de la sala, e iba a ser lo que le dijeran. Tal vez EVOLVEment necesitara unos estantes para guardar el equipo de yoga, o una mesita para no tener que poner las velas en el suelo. Iba a meditar sobre ello.

17

Elizabeth retrocedió por el camino de entrada y recorrió el trayecto de cuatro segundos hasta la casa de Zoe. Ni siquiera tuvo que aparcar, ya que Zoe la estaba esperando en la calle, con un vestido de tirantes y un gran sombrero flexible, y se sentó en el asiento del copiloto como un cachorro excitado.

—¿Por dónde empezamos? —Se quitó el sombrero y se lo dejó en el regazo—. Me resulta muy extraño, pero realmente quiero hacerlo, de modo que haz como si fuera una clienta normal y no una amiga que atraviesa la crisis de los cuarenta, ¿de acuerdo?

—Tú mandas, jefa. Para empezar, tenemos dos pisos en Fort Greene —comentó Elizabeth—. Con vibraciones muy distintas. El primero está en el Williamsburgh Savings Bank, con unas vistas espectaculares, muy mod. El segundo ocupa una planta de un edificio de piedra rojiza en Adelphi. Los dos son realmente bonitos. —Puso el intermitente y giró a la izquierda en Cortelyou en dirección a Flatbush—. Cerca del metro, cerca de restaurantes y todo eso —dijo, y miró a Zoe—. Y si quieres parar, paramos, ¿entendido?

—Me parece bien —aseguró Zoe. Se giró los anillos en los dedos —. ¿Qué más podemos ver?

—Hay un par de pisos más frente al río en Williamsburg, y uno en Dumbo.

—Me parece que soy demasiado vieja para Williamsburg.

—Eres retro —la rectificó Elizabeth—. Eres como una cinta de casete. Se volverán locos por ti.

—¡Ay! —exclamó Zoe, que se echó hacia atrás como si la hubieran herido—. Gracias.

—No, venga —la animó Elizabeth—. Solo vas a tantear el terreno para ver qué tal. Será divertido.

—De acuerdo —concedió Zoe. Se miró en el espejo de cortesía y se tocó la piel de debajo de los ojos—. ¿Se me ve cansada? He estado durmiendo muy mal. Realmente fatal. —Se volvió hacia Elizabeth—. Dime la verdad.

Elizabeth esperó a llegar a un semáforo en rojo y se volvió todo lo que podía en el asiento del conductor. Zoe sí que tenía pinta de estar cansada, pero todas la tenían. Parecía que hacía nada podían trasnochar hasta las dos de la madrugada y, al día siguiente, seguir teniendo el aspecto de seres humanos normales y equilibrados. Ahora, cuando no dormía, no había maquillaje que disimulara las ojeras, y ese era también el aspecto de Zoe, a pesar de lo hermosa que era.

—Se te ve un poco cansada —admitió Elizabeth.

—Mierda, lo sabía —soltó Zoe—. Es un complot, te lo juro. Jane está intentando que esté hecha unos zorros para que nadie quiera volver a acostarse nunca más conmigo, y que finja olvidar que somos desdichadas y que nada cambie jamás, y antes de darnos cuenta seremos unas ancianas de ochenta años tristes y solitarias.

Una furgoneta se le atravesó y Elizabeth tocó el claxon.

—No soporto conducir en Brooklyn.

Zoe entornó los ojos.

—Hablas como mi madre —soltó.

Fueron al primer lugar del día, un piso en una decimosexta planta con vistas al Barclays Center. La casa de Zoe se vendería deprisa si pedían el precio adecuado, y Zoe quería tener una idea más precisa de dónde le gustaría ir antes de ponerla a la venta. Si querían venderla. Si realmente se separaban. Era la clase de estratagema que habría sacado de quicio a Elizabeth, por considerarla una pérdida absoluta de tiempo y de energía, si no hubieran sido amigas, pero lo eran, de modo que consideraba que era lo menos que podía hacer. Suponía que era el equivalente al fútbol virtual, de modo que la gente que no sabía jugar fingía tener algún tipo de control sobre el resultado de los partidos que veía por televisión.

—Ahí podría poner un sofá —comentó Zoe, señalando las ventanas.

—O aquí —sugirió Elizabeth, señalando la pared opuesta.

—La cocina es algo pequeña —indicó Zoe, y tenía razón, apenas era un rincón de la habitación con unos pocos armarios de Ikea y una encimera negra brillante y barata. Pasó un dedo por el borde

del horno—. Esto es un cacharro.

—No todo el mundo está casado con una chef —dijo Elizabeth, que quería quitarle hierro al asunto pero no lo consiguió en absoluto. Zoe se volvió de espaldas.

—Pronto yo tampoco lo estaré —aseguró, y fue el momento de marcharse.

El siguiente piso era mejor, más cálido. Elizabeth abrió la puerta y entró primero, medio paso por delante. En cuanto cruzó el umbral, supo que a Zoe le gustaría mucho más. Daba igual lo que ella afirmara querer, a Zoe le gustaban las cosas antiguas, y ningún edificio despampanante de pisos iba a ser ideal para ella. Este segundo piso tenía molduras, puertas en arco y ventanas centenarias con cristal ondulado. Le encantó.

—Y hay un jardín compartido —explicó Elizabeth, señalando la ventana trasera.

—¡Y estamos a tres manzanas de la Brooklyn Academy of Music! —Zoe juntó las manos y sus anillos de plata parecieron signos de puntuación entre sus dedos—. Este está bien, Lizzy.

Elizabeth esperó en la habitación delantera mientras Zoe echaba un vistazo a los armarios.

—¿Quieres mi cinta métrica? —gritó, pero Zoe no respondió.

Cuando era joven, Elizabeth había imaginado que viviría en varias casas cuando fuera adulta: un desván parisino con vistas a una calle adoquinada; en la playa californiana. A Andrew y a ella les encantaba comentar las posibilidades. Era una de las cosas que siempre le había gustado de su marido, lo dispuesto que estaba a aceptar ideas. ¿Perú? ¡Claro que sí! ¿Nueva Zelanda? ¿Por qué no? Pero después de que naciera Harry y encontraran su casa, fue más difícil viajar, ser bohemios como siempre habían imaginado. Todo su dinero había ido a parar a aquella casa, a sus ladrillos y a su yeso, y si la vendían, tendrían que pedir a los padres de Andrew dinero para mudarse a un sito más atractivo, y nadie quería eso. Ni Elizabeth, ni Andrew, ni sus padres. Habían hecho el viaje del Upper East Side a Ditmas Park ocho o nueve veces, y punto. Había razones teóricas para ello, como si las necesitaran: el padre de Andrew tenía que usar bastón para caminar, y su madre no podía estar en un espacio cerrado sin temer que fuera a sufrir un ataque de pánico, por lo que solo había ido en metro un puñado de veces en toda su vida. Naturalmente, podrían ir en coche, pero la distancia era demasiado grande, psicológicamente hablando. Era

más fácil hacer un peregrinaje anual en sentido contrario y ascender a la piedra caliza, al ejército de porteros y a las medianas cuidadísimas de Park Avenue.

¿Era demasiado tarde para que se fueran? Cuando Harry terminara la secundaria, podrían elegir otra cosa, como trasladarse a una casa de adobe en Santa Fe, pero ¿harían amigos? ¿A sus cincuenta años? Tal vez fuera mejor esperar a tener setenta y cinco y ser lo bastante viejos como para mudarse a un complejo residencial para jubilados, un lugar en la costa de Carolina del Sur en el que podrían jugar al tejo y cantar en el karaoke. Andrew preferiría morirse. A Marfa, quizás, o más al interior, cerca del Omega Institute. Ningún sitio en el que estuvieran rodeados de personas como los padres de Andrew. A veces, Elizabeth miraba un instante a su marido y veía que estaba idéntico a cuando tenía veinticuatro años, con la barbilla marcada y los párpados caídos. Era mucho más iracundo que Harry, incluso ahora, tras décadas de intentar ser del modo contrario al que lo educaron. Unas veces funcionaba y otras, no. Cuando se disgustaba, podía ver en su rostro cómo la furia crecía en su interior como un dibujo animado que se ponía más y más y más colorado hasta que le explotaba la cabeza. La mayoría del tiempo conseguía reprimir su furia, pero en contadas ocasiones acababa explotando. Harry solo lo había visto unas cuantas veces en su vida y cada una de ellas se había echado a llorar al instante. Además de aplacar la furia de su padre, las lágrimas de Harry funcionaban, de hecho, en ambos sentidos: cada vez que Harry estaba deshecho por algo, como un juguete roto o una rodilla rasguñada, Andrew pasaba a la acción, tranquilo y reconfortante, convertido en una niñera perfecta. Elizabeth agradecía su ternura compartida. Era muy difícil saber cuándo la personalidad de un niño acabaría de forjarse, pero parecía que Harry era amable y tranquilo, un buen chico.

—¡Vaya! —soltó Zoe, que llegó de nuevo junto a Elizabeth—. Esta me gusta mucho. —Se agachó para tocarse los dedos de los pies—. Creo que podría vivir aquí.

—Estupendo —dijo Elizabeth—. Bueno, no puedes vivir aquí, a no ser que quieras trasladarte antes de vender tu casa, o que quieras comprar este piso y tenerlo vacío seis meses, pero me alegra saber lo que estás buscando.

—Oh —dijo Zoe—. Claro.

—O las fechas podrían ir bien. Nunca se sabe lo despacio que va a mudarse la gente. Podríamos apresurarnos con vuestra casa y ralentizar las cosas todo lo posible aquí, y si no tienes que

enfrentarte con otras ofertas, podría funcionar.

No habían hablado sobre plazos reales. Una vez la pelota estuviera en el aire, las cosas iban a complicarse. La habitación se tambaleó un poquito un segundo, mientras Elizabeth y Zoe imaginaban de repente que la fantasía se hacía realidad. Pero «fantasía» no era la palabra adecuada; una fantasía era una cabaña con el techo de paja en una playa remota, una fantasía era un caballo blanco y un castillo. La idea de que Zoe fuera a divorciarse de verdad, que estuviera sin pareja, era horrorosa. Poner fin a un matrimonio era algo que se hacía sin cesar, pero nunca les había pasado a ellas, y se miraron un minuto, muy serias. Elizabeth pensó que si Zoe y Jane podían hacerlo, ella también. Fue una idea que le cruzó velozmente el cerebro y desapareció de él como un mosquito fantasma.

—¿Podemos sentarnos un ratito aquí? —preguntó Zoe.

—Claro —contestó Elizabeth. Tenían otras visitas ese mismo día, pero para la mayoría de ellas tenía las llaves de pisos vacíos, como este, y pasar unos cuantos minutos más no iba a trastocar sus horarios. Era así como se tomaban las decisiones en su sector: sentada en habitaciones vacías, escuchando las ilusiones de la gente sobre muebles y sobre hijos imaginarios.

Se sentaron en el suelo del salón, o de lo que sería el salón cuando alguien se instalara allí. Elizabeth lo hizo con las piernas extendidas delante de ella, cruzadas por los tobillos, y Zoe se apoyó en la pared contraria, con las rodillas dobladas. El suelo de madera relucía, aunque había unas pelusas rebeldes en los rincones de la habitación. Era prácticamente imposible conservar un espacio vacío completamente limpio.

—He estado recorriendo la casa, elaborando listas imaginarias de lo que es mío y lo que es de ella —explicó Zoe—. Es sorprendentemente fácil.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Las alfombras bonitas son mías, las cosas de la cocina, son suyas —enumeró a la vez que lo iba marcando en el aire con los dedos—. El baúl que compramos en el mercadillo es mío, los discos son míos en su mayoría. La mierda de lámpara que siempre he detestado es suya.

—Y *Bingo*.

—*Bingo* es innegociable. —Zoe echó la cabeza hacia atrás, de modo que Elizabeth le veía la garganta—. Ruby, en cambio...

—¿Qué pasa con Rube?

—Es de lo más típico —respondió Zoe, que volvió a echar la

cabeza hacia delante y se humedeció los labios—. Las adolescentes son adolescentes. ¿Recuerdas lo gilipollas que éramos? Bueno, tú no lo eras, pero yo sí. Ruby es gilipollas total ahora mismo. No siempre. Cuando le duele la tripa, tiene la gripe o se siente mal por algo, entonces todavía se acurruca en la cama conmigo y me deja que la mime, pero si no... ¡Olvídate! Me trata como si fuera la encargada de una cárcel, pero no de las buenas que te dan más jabón de la cuenta, sino de las malas, que van con la porra. Es horrible.

—¿Y Jane? —Elizabeth había visto a menudo a Ruby portarse como una auténtica gilipollas a lo largo de su vida, pero era una idea que intentaba reprimir. Que no te gustaran los hijos de tus amigos era peor que el hecho de que no te gustaran las parejas de tus amigos. Y tampoco era que no le gustara Ruby; solía ser graciosa, de una forma sombría que le resultaba divertida, si bien era verdad que tenía algo de gilipollas. Pero nunca podías decir algo así por más cierto que fuera. Cuando sus hijos eran pequeños, ella y Zoe habían sido amigas de otra madre del barrio, y el hijo de esta mujer era tan horrible que ambas le mencionaron que parecía un asesino en serie en miniatura realizando su aprendizaje. La mujer dejó de hablarles y, poco después, se marchó del barrio. Elizabeth supuso que era para trasladarse más cerca de la institución penitenciaria en la que su hijo estaba destinado a terminar. Pero nadie quería oír algo así.

—Jane no tiene remedio. Ni siquiera lo intenta. Lo que, por supuesto, le facilita mucho las cosas. Ella y Ruby pueden comerse cien alitas de pollo juntas y no decirse más de tres palabras, y están bien, como un par de chicos de una hermandad estudiantil. Ruby nunca dice que odia a Jane. Solo me odia a mí.

—Ruby no te odia, Zo —aseguró Elizabeth.

Zoe cruzó los dedos.

—¿Recuerdas cuando lo único por lo que tenías que preocuparte era por la leche materna que tomaban y por el aspecto que tenía su caquita? —Soltó una carcajada—. La maternidad es el único trabajo que es cada año más difícil sin que, nunca, pero nunca jamás, te aumenten el sueldo.

—Venga, vamos —dijo Elizabeth. Se levantó y ofreció la mano a Zoe—. Harry dijo que había estado con ella en la clase de preparación para la selectividad, ¿lo sabías?

—Es más probable que me entere de cosas sobre mi hija por el cartero que porque ella me informe directamente —comentó Zoe—. Pero eso está bien. Caballerosidad, supongo.

—Supongo —contestó Elizabeth. Fue a describir la expresión de Harry, quien a pesar de esforzarse por quitarle importancia, tenía las mejillas tensas debido a la incredulidad y la felicidad al mencionarlo, pero se detuvo. A Ruby, como a Zoe, le esperaba una larga vida llena de adoración, y no creía necesario avivar el fuego. Por más mayor que te hicieras, había ciertas cosas de la infancia que te quedaban. La mezquindad de una chica atractiva o el temor de una chica introvertida. Elizabeth se veía muy reflejada en Harry, incluso en sus enamoramientos silenciosos, en los secretos que él creía guardar. Era tan difícil ser un chico como ser una chica—. Vamos —pidió a su amiga, y abrió la puerta principal, feliz de que el ruido de la calle entrara en el piso y lo llenara de algo que no fueran sus propios pensamientos.

18

A Ruby no le apetecía la idea de trabajar en el restaurante, pero sus madres no le dieron otra opción. O bien hacía las veces de recepcionista en el Hyacinth o se buscaba empleo en otra parte, y en cualquier otro sitio le exigirían, como mínimo, un currículum y una entrevista, por no hablar de la ropa que tendría que comprar en Banana Republic o dondequiera que las desgraciadas con trabajos aburridos adquirieran sus trajes pantalón grises y sus blusas con cuello de botones blancas. Chloe iba a pasar todo el verano en Francia y Paloma estaría el mes de junio en la casa de campo de sus padres, hasta marcharse después un mes a la casita que estos tenían en Cerdeña. No las echaba de menos. Sarah Dinnerstein estaría por allí todo el verano, y Ruby desearía que no estuviera. En cuanto terminó la graduación, supo que todo aquello había sido una trampa, no la ceremonia en sí, sino los años que la habían precedido. Quería apuntarse al programa de protección de testigos y largarse a algún lugar de Wyoming, donde pudiera aprender a domar caballos, tal vez casarse con un vaquero y escupir en una lata por pura diversión. Lo que fuera para abandonar Brooklyn y su vida. Pero allí estaba.

Allie, la actual recepcionista del Hyacinth, que también había sido su canguro, parecía haberse ido de repente, lo que ocurría mucho en el sector de los servicios. Su mamá dijo que necesitaban a alguien deprisa, y nada lo sería más que contratarla a ella. Aceptó trabajar durante el turno del almuerzo, que siempre era más relajado entre semana, y el turno del *brunch*, además del de la cena, después de clase los sábados, y de diez de la mañana a tres de la tarde los domingos, lo que significaba ser un soldado de infantería en un campo de batalla muy concurrido. Ella, por su parte, consideraba que el *brunch* era una comida infantil, pero como a sus

madres les encantaba recordarle, esas largas tardes de huevos y mimosas pagaron sus estudios. Lo mínimo que podía hacer era acompañar a los clientes a sus mesas y desearles que disfrutaran de la comida. No tenía por qué gustarle.

El puesto de recepcionista estaba cerca de la puerta, al otro lado de la barra. Jorge, el barman de día, era también cómico, y le gustaba practicar ante Ruby mientras ella esperaba sentada a que llegara la gente. Era un barman potable aunque no un cómico demasiado bueno. El monólogo de aquel momento iba sobre cómo nadie se miraba ya los anuncios, y aunque no le estaba prestando atención, parecía tener algo que ver con un puñado de hombres blancos de edad avanzada sentados alrededor de la mesa de una sala de juntas quejándose. Jorge no dejaría jamás de ser barman. Ruby rio caritativamente cuando dejó de hablar porque supuso que había terminado. Tenía el móvil escondido tras el puesto y estaba jugando a Candy Crush, nivel veinticuatro.

—¿Hola? ¿Lo has visto o no? —Jorge estaba secando vasos con un paño de cocina. Giraba la muñeca y guardaba la pieza, giraba la muñeca y guardaba la pieza.

—¿De qué hablas? —preguntó Ruby, alzando los ojos de la pantalla del móvil.

Jorge señaló la esquina izquierda del escaparate.

—Mira allí. ¿Conoces a ese chaval blanco, el fantasma Casper? Lleva unos cinco minutos pasando de un lado a otro sin quitarte la vista de encima.

Ruby cerró el móvil y se levantó del taburete. Se acercó de puntillas al extremo de la barra y se asomó al escaparate. Dust estaba allí plantado, con el monopatín descansando sobre los dedos del pie, apoyado en el escaparate de la panadería mexicana que ocupaba el local de al lado.

—¡Mierda! —exclamó Ruby, que regresó disparada hacia su puesto.

—¿Lo conoces? —insistió Jorge—. ¿Quieres que salga y le diga que se vaya con viento fresco?

—¿Que se vaya con viento fresco? ¿Sigues fingiendo ser un hombre mayor o qué? No, gracias. Puedo encargarme de esto yo sola. Enseguida vuelvo. —Dio un fajo de cartas a Jorge—. Por si acaso —dijo.

Se pasó el pelo por detrás de las orejas y abrió la pesada puerta delantera del Hyacinth.

—Hola —saludó a Dust. Estaba fumando y mirando al vacío, dos de sus pasatiempos favoritos—. ¿Qué estás haciendo, acosarme?

Dust vio que se acercaba a él y sonrió a la vez que se preparaba para abrazarla.

—¿Qué haces aquí? —insistió Ruby tras apartarle las manos de un manotazo y cruzar los brazos.

—Quería verte, y me enteré de que estabas trabajando. —Dust se lamió el borde puntiagudo del diente roto—. Estaba aquí al lado, no es ningún puñetero acoso de esos.

Era cierto que Dust tenía un amigo que vivía en Westminster. Se llamaba Nico y cultivaba marihuana en el armario y en unas jardineras que tenía en la ventana de su cuarto.

—Muy bien —dijo Ruby—. Pues ya me has visto. —No se movió.

—¿O sea que aquel chico es ahora tu novio? ¿Tu guardaespaldas ninja en el colegio privado? Parece bastante joven para ti. —Ladeó la cabeza—. ¿No me echas de menos?

Podía decirse que Ruby echaba de menos a Dust, pero habría preferido que la devorara viva un puñado de ratas de alcantarilla a admitirlo. Sobre todo, echaba de menos su cuerpo, y aquel diente roto. Era divertido hablar con alguien que sabía flirtear, y hacerlo mientras iba en monopatín. Harry no tenía ni idea de flirtear, lo que también resultaba entretenido, a su manera, pero había momentos en los que Ruby se cansaba de sentirse como la señora Robinson. Ya había decidido que devolvería los besos a Harry si alguna vez intentaba algo, pero estaba llegando al punto en el que tenía que decidir si quería besarlo lo suficiente como para tomar ella la iniciativa. Whitman era un colegio pequeño; si Harry hubiera besado a alguien, seguramente ella lo sabría. Era imposible ocultar nada, ya que las instalaciones estaban tan abarrotadas que tenías que abrirte paso entre parejas que se enrollaban frente a sus taquillas, no como en las películas, donde había gradas, campos de fútbol y cosas así. La escalera de atrás era donde podía verse algo de acción, y ella misma había pasado a mayores allí. ¿Harry Marx en la escalera de atrás? Sería como ver a Dust en un curso de preparación para la selectividad. No encajaba. Pero quizá, con un poco de práctica...

—Tengo que regresar al trabajo —anunció Ruby.

—Envíame un mensaje —pidió Dust. Le guiñó el ojo, dejó caer el monopatín al suelo y se marchó zumbando antes de que pudiera negarse a hacerlo.

19

A Elizabeth no le gustaba considerarse quisquillosa, pero sí que le gustaba que las cosas fueran de cierto modo. Podría haber sido arquitecta si le hubiesen interesado más las matemáticas. Por eso se le daba bien su trabajo, porque había muchas hojas con información sobre ofertas de compra, mucha documentación interna, páginas y páginas de contratos, y las suyas siempre estaban en perfecto orden. Le hacía sentir bien tenerlo todo en su sitio. Para ella, la pulcritud lo era todo. Estaba arreglando la habitación de invitados cuando se fijó en que las cajas donde guardaba las cosas estaban mal ordenadas. Todo estaba dispuesto cronológicamente. Primero las cosas de su infancia, después las de la niñez de Andrew, seguidas de los recuerdos de Kitty's Mustache, los archivos de viejas cartas y las cosas de la infancia de Harry. La caja de Kitty's Mustache estaba situada en el extremo derecho del estante, tres sitios más allá de donde tendría que haber estado, y tenía la tapa puesta del revés. Tomó la caja y la dejó en el suelo.

Sabía todos los pedazos de papel que contenía: todos los recortes de prensa, todas las fotos. Al principio guardaba las cosas simplemente porque le parecía una época especial de su juventud, pero tras la muerte de Lydia, le pareció que era más importante. Nadie más tenía fotografías de los primeros ensayos de Kitty's Mustache, ni de Lydia con los palillos sentada en el suelo de la habitación de una residencia de estudiantes. Nadie más tenía fotografías de Lydia sonriendo, luciendo una sudadera y cola de caballo. Eran objetos culturales. Como los huesos de dinosaurio, probaban la existencia de una vida anterior, y para ella eran tan valiosos como las fotografías de su boda.

Faltaban unas cuantas fotografías: dos de la banda, incluida la que egoístamente era su favorita, aquella en la que ella parecía una

suma sacerdotisa, con el lápiz de labios oscuro y la larga falda negra. Había comprado aquel vestido por siete dólares en la tienda del Ejército de Salvación de Elyria, y era tan largo que tocaba el suelo con él, lo que significaba que el poliéster empezó a deshilacharse y a gastarse tras unos meses de roce constante con la acera.

—¿Andrew? —llamó.

—¿Sí? —Parecía estar en la cocina.

—¿Puedes subir un momento? —Hojeó el contenido para comprobar que faltaban en total tres cosas. Estaba segura.

—Hola. ¿Qué pasa? —dijo Andrew, comiendo una manzana.

—¿Has estado mirando mis fotos y te has llevado algo? —Levantó una de las fotografías de la banda—. ¿Recuerdas tu fase de pantalones de franela?

Andrew sacudió la cabeza.

—Dios mío, hace siglos que no las miro —comentó, y entró en la habitación para quitarle la fotografía de la mano—. Joder, estamos geniales, ¿verdad? ¿Sí o sí? Tú estás increíble.

—Lo estamos. O estábamos. Sí. Tú estás igual. —Le besó en la mejilla. Andrew le devolvió la foto y dio otro mordisco a la manzana, de modo que salió disparada una neblina de zumo.

—No me salpiques los recuerdos —se quejó Elizabeth, que se secó la foto en la blusa—. Es muy extraño, pero estoy segura de que faltan cosas. No creerás que Harry se las haya llevado, ¿verdad? —Bajó la voz—. ¿Está en su habitación?

Su marido asintió. Elizabeth guardó de nuevo la fotografía en la caja, se levantó y se quitó el polvo de los dedos. Pasó junto a Andrew y llamó a la puerta del cuarto de Harry. Tras oír su apagada respuesta, giró el pomo y abrió la puerta.

Harry estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas y tenía una guía de estudio de la selectividad abierta delante de él. Alrededor del cuello llevaba unos gigantescos auriculares, lo que hacía que pareciera haber encogido, como si se hubiera peleado con un chamán de vudú.

—Hola, mamá —dijo. Tenía ojeras. Elizabeth nunca le había visto con aquel aspecto, como si no hubiera dormido bastante. Quería estrecharlo entre sus brazos y mecerlo hacia atrás y hacia delante, a pesar de que era probable que pesara lo mismo que ella.

—Hola, tesoro —dijo. No sabía por qué se lo preguntaba. Harry nunca se había llevado nada que no le perteneciera, ni siquiera un paquete de chicles del supermercado, ni un caramelo de más del cuenco de Halloween de algún vecino. Tampoco decía mentirijillas.

Era su pasaporte al éxito. Cuando se encontraba con las madres de otros chicos de su clase, escuchaba cómo se quejaban amargamente de los diablos que vivían en sus casas y se limitaba a sonreír y asentir con educación—. Seguramente es absurdo, pero ¿no habrás tocado mis cajas de almacenaje? —Señaló la pared para añadir—: Ya sabes, las de la habitación de invitados.

Harry habría hecho muy feliz a cualquier jugador de póquer. La cara le cambió al instante, y empezó a temblarle el labio inferior.

—Pues... —dijo.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó Elizabeth tras adentrarse un paso más en la habitación con las manos en los bordes de la puerta.

—Solo fueron un par de cosas —respondió Harry, que intentaba no ponerse a llorar—. No sabía que las echarías en falta. Si lo hubiera sabido, no lo habríamos hecho.

—¿De quién hablas? —quiso saber Elizabeth. Los amigos de Harry eran de los que llevan gafas y zapatillas sucias, la clase de chicos que iban con pantalones de chándal a clase mucho después de lo que sería normal. Arpad, Max, Joshua... aquellos chavales no eran unos ladrones. Formaban un grupo variopinto, como los frikis que recordaba de sus tiempos de secundaria, con las gafas cuadradas y sobremordidas.

—Ruby y yo —contestó Harry—. Pensó que valían mucha pasta. —Se animó un instante al pensar que la información que iba a dar lo sacaría del embrollo—. ¡Y tenía razón! Ya hemos dejado atrás las reservas, ¡mira! —Abrió el portátil, tecleó algo y lo giró para mostrarle la pantalla a su madre. Desde luego, allí estaban sus fotografías, en eBay, cada una de ellas superando ya los doscientos dólares.

—Harr —soltó Elizabeth. Aquello era impropio de él en muchos sentidos. Era demasiado emprendedor, demasiado solapado, demasiado desconsiderado.

—¿Las encontraste? —preguntó Andrew, asomando la cabeza.

—Ya lo creo. Ruby Kahn-Bennett las subió a eBay. —Tomó el ordenador de la cama de Harry y le enseñó la pantalla a su marido.

—No puede ser. ¿Qué vas a hacer después, vender el televisor para comprarte droga? —Frunció el ceño, y se le marcaron tanto las arrugas que su frente parecía un pedazo de papel con renglones.

—Perdona —se disculpó Harry. Después se encogió de hombros —. No sé, supongo que sabía que no tenía que hacerlo, pero Ruby pensó que no tenía importancia y que ganaríamos mucho dinero...

—¿Y qué ibas a hacer con él? ¿Comprar flores a tu madre? —La voz de Andrew fue aumentando de volumen hasta convertirse

prácticamente en un grito, lo que hizo zumbar los oídos a Elizabeth. Él nunca chillaba a su hijo. Puede que lo hubiera hecho tres veces los últimos dieciséis años. Elizabeth sabía lo importante que era para él controlar su genio. Cuando eran jóvenes, que Andrew siempre se pusiera hecho una auténtica furia por algo intrascendente había sido un problema. Pero desde el nacimiento de su hijo, esa rabia había desaparecido casi por completo.

—No lo sé —respondió Harry—. No había pensado en eso. — Estaba coloradísimo.

—Cálmate, Andrew —pidió Elizabeth. Le había disgustado que Harry hubiera tomado las fotografías, pero era obvio, estaba meridianamente claro, que no era culpa suya. Estaba bajo el hechizo de Ruby—. Fue idea de Ruby.

—¿Y eso mejora las cosas? Voy a llamar a Zoe. Ahora mismo. — Se sacó el móvil del bolsillo trasero y marcó el número de Zoe. En el grupo, había habido dos equipos definidos: Elizabeth y Zoe, y Lydia y Andrew. No era que Andrew y Zoe no fueran amigos, oficialmente; era solo que no eran amigos, realmente. A veces Elizabeth se preguntaba cómo habría sido su vida si a ella le hubiera caído bien Lydia en lugar de Zoe, qué fichas de dominó habrían caído entonces.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Harry, hundiendo la cara en sus manos.

—No es culpa tuya —lo tranquilizó Elizabeth. Había sido hecho rehén, así de sencillo. En el pasillo, la voz de Andrew era cada vez más fuerte, y Elizabeth se acercó a la cama y rodeó a su hijo con los brazos.

20

Después de gritar a Zoe, y acto seguido a Jane, sobre el robo de su hija delincuente, Andrew dio un paseo alrededor de la manzana, alejándose de la casa de las Kahn-Bennett, por si las tres estaban mirando por la ventana, listas para la revancha. Se notaba el pulso en las orejas. Soltó el aire sonoramente por la boca una vez, y otra más. Sabía que la falta de Harry no era tan horrible, pero lo que había hecho estaba mal y había actuado a escondidas, y todo porque Zoe era igual de asquerosa como madre que como persona. Siempre había sido totalmente egocéntrica, y Elizabeth no se daba cuenta de que la trataba como a un perro. ¡Peor que a un perro! Zoe quería a su perro, pero Andrew no estaba seguro de que sintiera lo mismo por su esposa.

Llegó a EVOLVEment antes de darse cuenta de que se había dirigido hacia allí. Subió los peldaños de entrada de dos en dos. La puerta estaba abierta, y había en marcha un grupo de meditación. Una chica con dos trenzas sujetas en lo alto de la cabeza le hizo señas para que entrara y le señaló una manta hacia la parte delantera de la habitación, donde Dave estaba sentado. Andrew pasó haciendo el menor ruido posible y se acomodó. Cerró los ojos y ya se sintió mejor. Estuvo así, en silencio, una cantidad indeterminada de tiempo. Podrían haber sido quince minutos, podría haber sido una hora. Dave hizo sonar un cuenco tibetano para volver a despertar a los presentes, y todos empezaron a mover el cuerpo, pasándose las manos por las rodillas y las caras. Cuando Andrew abrió los ojos, Dave lo estaba mirando con una sonrisa en los labios.

No había estado arriba, y le entusiasmó que Dave se ofreciera a

enseñárselo todo. Como la planta baja, la escalera y el vestíbulo del piso superior estaban pintados de blanco, y las únicas alfombras y cortinas que había eran también blancas, lo que hacía que el espacio pareciera mucho más abierto de lo que era en realidad. La mayoría de casas de Ditmas eran de la época victoriana, lo que significaba que disponían de habitaciones pequeñas y oscuras con mucha madera, pero a esta, la habían reformado los propietarios suficientes como para que no quedara nada de la carpintería original. Los jóvenes que había en ella caminaban descalzos, y hacían un suave sonido de succión con las plantas de los pies. No era como los estudios de yoga de Slope, donde todo el mundo lucía pantalones de yoga de noventa dólares, de modo que los logos del trasero se alineaban a la perfección cuando adoptaban la postura del perro hacia abajo. Aquellos chicos llevaban puesto lo que querían: pantalones cortos y camisetas, y vestiditos vaporosos. Había uno cerca de la cocina, con una bata abierta y una cinta con flores en la cabeza, que era un Hugh Hefner *millennial*. Andrew pasó la mano por la barandilla. Elizabeth y él siempre se habían decantado por una decoración minimalista, pero al estar en EVOLVEment le entraban ganas de desprenderse de todo lo que no era necesario... quería paredes blancas y ventanas abiertas.

—Esta es una de las salas de tratamiento corporal —le explicó Dave—. Reiki, masaje. En nuestra comunidad tenemos personas con mucho talento especializadas en el cuerpo. —Siguió andando, con Andrew pegado a los talones—. Esta es otra sala de tratamiento —indicó al llegar a una habitación donde una mujer estaba tumbada boca arriba mientras otra le vertía gotas de algo en la frente—. Ayurveda.

—¿Y quién vive aquí? —quiso saber Andrew.

—Ahora mismo somos seis: además de mí, Jessie, a quien creo que ya conoces —dijo, señalando a la chica de las trenzas—, tres artistas residentes, y Salome, que dirige los trances cósmicos los viernes por la noche. Es asombrosa, tendrías que venir. Las vibraciones de esta casa son increíbles. Te juro que toda ella sigue vibrando tres días después.

—Vendré —aseguró Andrew.

Había más habitaciones. Dormitorios llenos de ficus en macetas, salas con futones, velas y equipos de música. Cada dos por tres, un chico o una chica pasaba despacio a su lado y, tras tocar a Dave en el brazo, sonreía. Andrew no quería irse jamás.

—¿Necesitáis ayuda para hacer cosas? —preguntó—. Estoy algo puesto en carpintería y me encantaría ayudar.

Dave le dio una palmadita en la espalda. Olía a salvia y a sándalo.

—Sería estupendo, hombre. Nos encantaría. Y si alguna vez necesitas dormir aquí, serás bienvenido. Siempre hay espacio en alguna cama.

—Gracias —dijo Andrew. No le había quedado claro si en las camas que Dave le ofrecía ya había gente o no, pero parecía probable que sí. Jessie, la chica de las trenzas, se les acercó rápidamente apoyándose sobre las puntas de los pies como las bailarinas. Llevaba un vasito en cada mano.

—Tenéis que probar este zumo que acabo de preparar —soltó. Ambos tomaron uno y se lo llevaron a los labios.

Era verde y pulposo, y a Andrew le quedaron trocitos fibrosos entre los dientes. Dave no pareció tener ningún problema para tragárselo.

—¿De qué es? —se interesó Andrew, tras bebérselo. Le había dejado un curioso sabor medicinal en el fondo de la garganta.

—Col rizada, guindilla, anís, manzana, naranja, hierba de San Juan y unas cuantas cosas más. ¿A que está rico?

—Delicioso —aseguró Dave, que se mesó la barba—. Hummm...

—Sí —sentenció Jessie. Dio unos pasitos hacia delante y besó a Dave en la boca. Después hizo unas cuantas piruetas y se marchó.

No había nada justo en la juventud: los jóvenes no habían hecho nada para merecerla, y los que habían dejado de serlo no habían hecho nada para alejarla de ellos. Andrew pensó en Harry, en las fotos robadas, en Ruby y su pelo violeta, y aunque en el fondo quería llamar otra vez a Zoe y a Jane para gritarles un poco más, básicamente lo que quería era saber cómo él había dejado de ser un niño, cómo su pequeñín se había convertido en un adolescente y cómo era posible que él, Andrew Marx, se acercara a los cincuenta. Daba igual que cualquier *listicle* dijera que cincuenta eran los nuevos treinta. Harry iba a empezar a practicar sexo, y él iba a ser abuelo, y después iba a morirse. Era una concatenación de acontecimientos que no podía detener, aunque tuviera todo el dinero de sus padres. Ellos lo habían intentado, como atestiguaban los coches deportivos que ocupaban el garaje de la casa de campo en Connecticut y los tratamientos faciales a los que su madre se sometía cada tres meses para intentar eliminarse las arrugas y las manchas de la cara, pero todo esto no era más que un patético canto del cisne. Quería detener un poquito el tiempo para fingir que seguía siendo lo bastante joven como para hacer algo que valía la pena. Quería beber zumo, sentarse en una habitación silenciosa y

esperar a que todos los cuerpos jóvenes que lo rodeaban se pusieran a danzar.

21

Harry había estado dándole vueltas a la decisión varias semanas, en concreto tres, desde el día de la graduación de Ruby. Iba a besarla, con lengua. Si es lo que ella quería. ¡Si le dejaba! No tenía claro cómo hacer exactamente que pasara. Tenían que estar solos, evidentemente, y sentados lo bastante cerca el uno del otro para que no tuviera que lanzarse sobre ella desde cierta distancia como un zombi, con los ojos cerrados y la boca abierta. Aparte de eso, sin embargo, no estaba del todo seguro.

No había hablado con ella desde el Gran Robo de 2014. Sus padres se habían puesto como locos, como si Ruby se hubiera llevado los códigos de una bomba nuclear del maletín del presidente. Realmente no parecía ser tan importante, o por lo menos, no lo había parecido antes de que los pillaran. No soportaba meterse en líos, pero tampoco soportaba que Ruby fuera a pensar que la había delatado. Había estado intentando encontrar alguna forma desenfadada de decirle que él no había descubierto el pastel, pero hasta entonces lo único que tenía era un texto que decía «hola» con el emoji de una bomba y el fantasma que sacaba la lengua. Había que afinarlo más.

Era viernes por la mañana. No había hecho nada en toda la semana. El miércoles había ido a ver una película malísima con Yuri, uno de sus escasos amigos de Whitman que no se pasaban todo el verano fuera haciendo algo sofisticado. La mayoría de chavales estaba en su casa de verano, o haciendo excursionismo de mochila por Nueva Zelanda, por Israel o por Francia. Yuri vivía en Windsor Terrace y estaba trabajando en un Starbucks, de modo que ofrecía cafés helados gratuitos a Harry cuando iba a verlo. El viernes Harry y sus padres fueron al restaurante tibetano que había junto al metro. Todo el rato, toda la semana, había estado pensando

en la clase de preparación para la selectividad y preocupándose por si Ruby se sentaría a su lado.

Había tres casas a la venta en su barrio, y su madre las llevaba todas. Una estaba en Newkirk, otra al final de su manzana y la tercera en Stratford. A veces, cuando estaba preparando las cosas, lo arrastraba con ella. A Harry le gustaba llenar los enormes cuencos de cristal con manzanas Granny Smith, y este tipo de cosas. Parecía una chorrada, pero su madre juraba que funcionaba, como si alguien fuera a decir: «Me encantan las manzanas. Tengo que comprar esta casa.» Pero, básicamente, significaba que su madre estaba ausente la mayoría del tiempo, lo mismo que su padre.

Como el período de ofertas todavía no había finalizado, Elizabeth pudo bajar la oferta de eBay. Zoe y Ruby habían devuelto las fotografías, y Zoe se quedó en la puerta mientras su hija pedía disculpas a Elizabeth. Harry estaba sentado en la escalera, acobardado. También era culpa suya, de modo que, técnicamente, estaba en un aprieto, pero todos los implicados sabían que él jamás lo habría hecho sin Ruby. Esta habló sin alterarse, con voz monótona, al borde de la insolencia. Elizabeth asintió y le dio lacónicamente las gracias, y Zoe y Ruby se marcharon. A Harry le pareció ver que Ruby le guiñaba un ojo rápidamente al salir, pero seguramente veía visiones. Tuvo el móvil en la mano toda la noche esperando un mensaje, pero no le llegó ninguno.

Se levantó de la cama y se puso los vaqueros, que todavía estaban hechos un guiñapo en el suelo como si acabara de evaporarse de ellos. Se aplicó desodorante en las axilas y salió arrastrando los pies al pasillo.

—¿Papá? —No obtuvo respuesta. Asomó la cabeza escalera arriba, hacia el cuarto de sus padres—. ¿Papá? —Siguió sin obtener respuesta. Su padre estaba casi siempre en casa. Cuando Harry era pequeño, creía que su padre no dormía sino que se quedaba en un rincón de una habitación a la espera de que jugara con él, como el juguete más grande de la casa.

Subió despacio la escalera. El dormitorio de sus padres estaba vacío, si no se tenía en cuenta a *Iggy Pop*, que seguía hecho un ovillo a los pies de la cama. Se preguntó si habrían castigado a Ruby sin salir o si alguna vez lo habrían hecho. Castigar a alguien sin salir era un concepto antiguo, como el feudalismo, o como decir que el jazz era genial. No tenía cabida en una sociedad moderna. Los padres no podían quitarte siquiera el móvil o el ordenador, en realidad, porque ¿cómo ibas a llamar pidiendo ayuda si te atropellaba un autobús de camino al colegio y cómo ibas a entregar

los registros de lectura y los trabajos de ciencias? Sería como dar a tu hijo un ábaco y enviarlo con él al examen final de cálculo.

El portátil de su madre estaba abierto en su pequeño escritorio, que se encontraba en la pared del fondo, lejos de las ventanas. Se sentó e hizo *clic* con el ratón. El ordenador cobró vida, y apareció de fondo una foto de Harry e *Iggy* dormidos juntos en el sofá tomada hacía unos años. Sin pensárselo, hizo clic en el icono del correo en la parte inferior de la pantalla y se abrió la bandeja de entrada del email de Elizabeth, con su correspondiente alerta y sonido de correo entrante.

No era ningún fisgón, y los correos de su madre eran aburridos. De los cincuenta que había más o menos en su bandeja de entrada, la mitad eran del trabajo, y los demás parecían ser correo basura de sitios de los que se tendría que borrar. Harry había intentado explicarle cómo hacerlo, lo fácil que era hacer clic en unos cuantos botones para dejar de recibir cien correos al día de The Container Store o de quien fuera, pero ella no atendía. Ruby tenía razón, su madre era obsesiva, pero no para todo. La bandeja de entrada de su correo parecía pertenecer a un acaparador compulsivo con una adicción a comprar online. Se desplazó hacia arriba y hacia abajo por la pantalla un minuto para comprobar si las madres de Ruby le habían escrito, si le habían dicho algo sobre él. No era propio de él leer la correspondencia privada de otra persona, pero se sentía mal, le dolía que Ruby probablemente se hubiera metido en un lío y que lo único que le había pasado a él fuera que le habían dado un abrazo. Sus padres estaban seguros de que nunca haría nada malo, de que era incapaz de ello, y todo aquel amor y confianza hacían que quisiera atracar un banco. Así que empezó a leer. Era un delito de poca gravedad, pero era un delito, y eso era lo que contaba.

Había uno de Zoe, pero toda la conversación trataba solamente de pisos. Copió algunos de los enlaces para poder mostrárselos a Ruby, pero no había nada jugoso. Era triste que una de sus madres se mudara. ¿Cuál de las dos se iría? ¿Se quedaría Ruby? ¿O se marcharían las dos? Aun así, Harry se imaginaba a Ruby entornando los ojos si le presentaba la información inmobiliaria como jugosa. Una innovadora táctica de ligue para un adolescente. Siguió desplazándose por la pantalla.

Hacia la mitad de la bandeja de entrada había unos cuantos emails marcados como importantes de alguien llamado Naomi Vandenhoovel. El tema del primero, «Mi tatuaje te echa de menos», daba la impresión de estar escrito por un Bot extraño, pero le había enviado más y más mensajes, cuyos temas eran: «Película sobre

“Mistress of Myself” VIP VIP VIP», «Fecha límite para el contrato de Kitty’s Mustache» y «Hola, hola, hola, hola. Soy yo, Naomi». El último parecía dictado con Siri.

Los leyó todos, uno tras otro.

Esto es lo que averiguó: una mujer alocada llamada Naomi estaba intentando que sus padres aceptaran vender los derechos de autor sobre «Mistress of Myself» para rodar una película sobre Lydia. Una película biográfica. Como *Ray* o *En la cuerda floja the Line*. La clase de film que haría ganar a alguien un Oscar, especialmente si cantaba bien. Y ni siquiera había que ser una buena cantante para cantar como Lydia. A Harry nunca le había gustado cómo sonaba Lydia. Técnicamente hablando, su madre era mucho mejor cantante. Cualquiera que hubiera visto *American Idol* o *La voz* sabía cuándo alguien desafinaba, y esa era la especialidad de Lydia, que desafinaba tanto como afinaba, y chillaba como si se le acabara de caer una tostadora en la bañera. Hasta entonces, Elizabeth le había estado dando largas, pero la alocada de Naomi era de lo más insistente, aunque no podía mentir, la fotografía del tatuaje era muy sexy. No era extraño que su madre hubiera repasado las cosas de Kitty’s Mustache.

La mayoría del tiempo, Harry no pensaba demasiado en lo geniales que habían sido sus padres. Tenía muchísima menos importancia en su vida diaria que las magdalenas y algo más que la existencia de los helicópteros teledirigidos. Le alegraba que fueran interesantes y que se interesaran por las cosas, que leyeran libros y fueran al cine, lo que no era el caso de los padres de todos sus amigos. El padre de su amigo Arpad era cirujano y nadie le veía nunca. Era como si fuera un fantasma que dejaba cosas caras en la casa para que tú intentaras resolver su asesinato. Los padres de Harry estaban presentes; eran buenos con él. Era aburrido, en el buen sentido de la palabra. De modo que Harry dedicaba muy poco tiempo a pensar en que, cuando tenían su edad, habían sido geniales. Era un asco tener la sensación de que habían invitado a los memos de tus padres, que tanto te avergonzaban, a fiestas a las que jamás te invitarían a ti, que habían tomado drogas que nadie te había ofrecido a ti, que habían pasado la noche en blanco hablando con otras personas geniales simplemente porque les apetecía. Harry quería pasar la noche en blanco. Quería machacar a Dust. Quería tomar a Ruby de la mano y llevarla a algún lugar en el que jamás hubiera estado, y hacerlo con tanta seguridad que ella no se cuestionara ni una sola vez que sabía dónde iba. El pasado era el pasado. Estaba listo para ser otra persona. ¿No significaba *Mistress*

of Myself «Dueña de sí misma»? Pues él sería dueño de sí mismo a partir de aquel mismo instante. Envió a sus padres un mensaje diciendo que la noche del sábado dormiría en casa de Arpad, y que iría allí directamente después de clase. Su madre le respondió con varias caras sonrientes y unos cuantos besos. Tenía un día para cambiar la trayectoria de su vida. Así de simple.

22

A Elizabeth le apetecía comer pollo. También era lo único que tenían en la nevera, así que eso era lo que iban a cenar. A menudo pensaba que estar tan cerca de Jane y Zoe elevaría sus dotes culinarias, pero hasta entonces no había sido así. Valoraba la buena comida y había ido a la mayoría de los mejores restaurantes de la ciudad con sus suegros mientras Andrew se pasaba el rato tirándose del cuello de la camisa como un chico torpe el día de su *bar mitzvá*, pero nunca había sido capaz de reproducir aquellos espléndidos platos con sus propias manos. Había demasiadas formas de cocinar las cosas: hervidas, fritas, al horno... y, aun así, había quien lo hacía con total naturalidad. Cuando iba a casa de Zoe a almorzar, siempre había una de las tres comiendo una ensalada de arroz integral con huevo duro y col rizada salteada aliñada con una salsa de aguacate y miso que acababa de prepararse en un santiamén. Sobras, decían, avergonzadas, como si no fuera algo que pudiera figurar tranquilamente en la carta del Hyacinth. Cuando Elizabeth se avergonzaba de su comida era porque era una adulta con un hijo adolescente y todavía incluía las pizzas congeladas entre sus principales grupos de alimentos.

No era fácil tener una amiga íntima que fuera mucho mejor que tú en tantas aptitudes importantes de la vida. Tal vez fuera que Andrew y ella llevaban juntos tanto tiempo, o que habían unido sus vidas cuando todavía eran tan jóvenes, o que habían empezado siendo amigos, pero Elizabeth era incapaz de recordar haber vivido nunca un amor temprano que la hubiera absorbido y consumido tanto como el que Zoe había encontrado con Jane. Se encerraban días enteros en la habitación de Zoe, jugueteaban de forma cursi e irritante en los restaurantes acariciándose una a otra con el pie, iban a pasar largos fines de semana de improviso, sin avisar a nadie.

Por no hablar de los besos. Elizabeth no había visto a nadie besuquearse tanto. En taxis, en su cocina, en el sofá; daba igual si había gente delante. Al ver su idilio, Elizabeth tenía la impresión de que Andrew y ella eran unos hermanos incestuosos o, tal vez, primos hermanos. Siempre habían disfrutado del sexo, pero Andrew jamás había parecido necesitar su cuerpo del modo en que Jane necesitaba a Zoe y viceversa. Esto, por otro lado, les había facilitado la evolución hacia un matrimonio de larga duración porque ya se sentían cómodos con una intensidad más baja, pero Elizabeth se preguntaba a veces cómo sería sentir aquella clase de deseo y devolverlo a bocanadas, aunque eso significara una gran decepción los años posteriores. Porque nadie podía mantener aquel ritmo, ni siquiera Zoe.

Harry cruzó volando la cocina con la cabeza gacha en busca de su mochila, que estaba en su sitio habitual, junto al perchero.

—Hola —dijo Elizabeth—. ¿Adónde vas? ¿Tienes hambre?

—Ahora no —respondió Harry, que tomó la mochila y subió corriendo la escalera.

Elizabeth lavó las pechugas de pollo en el fregadero y las dispuso en un plato. A Zoe se le daba bien cocinar antes incluso de casarse con Jane. Cuando habían vivido juntos en Oberlin, Elizabeth había lavado una vez la sartén de hierro fundido de Zoe con un montón de platos y la había fregado un buen rato con una esponja enjabonada, y cuando Zoe se dio cuenta de lo que estaba haciendo, la miró como si le hubiera afeitado las cejas mientras dormía. Los Bennett eran unos gourmets de California que apreciaban los productos de granja y ecológicos antes de que se pusieran de moda. Elizabeth pensaba en las galletas Oreo y en los tarros de mantequilla de cacahuete que constituían su dieta durante su infancia y volvía a avergonzarse. Sus padres estaban bien, eran buena gente y ella los quería, pero a su madre siempre le había gustado más la ginebra que la verdura. Su padre cocinaba un bistec sanguinolento a la parrilla todos los domingos, y nada más. Tomaba pastillas para reducir el colesterol malo y subir el colesterol bueno, y nunca le había dicho que la quería, por lo menos abiertamente. Jamás escuchaban música. Su madre leía novelas, pero solo historias de amor que protagonizaban hermosas muchachas ciegas o viudas de guerra. Elizabeth había tenido que averiguar por sí misma muchas cosas.

Andrew bajó silenciosamente la escalera y la abrazó desde

detrás.

—Hola —dijo, y apoyó la cabeza en el hombro de su mujer.

—Hola —respondió ella—. ¿Estás bien? Me siento como si hubieras desaparecido en combate.

—Me siento estupendamente —aseguró Andrew. Deslizó una mano bajo la cinturilla de Elizabeth, y ella se escabulló.

—He estado tocando pollo crudo —indicó.

—Aceptaré tener salmonela. —Le besó el cuello.

—Oh, para —pidió Elizabeth a la vez que le daba un codazo cariñoso, pero feliz por sus muestras de cariño—. ¿Dónde has estado?

—Hay un local nuevo, en Stratford —explicó Andrew tras esperar un instante—. Un estudio de yoga, podría decirse. Hoy he ido a una clase.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! Necesitamos uno nuevo. —Elizabeth siempre buscaba más negocios que añadir a su lista. No había nada que los jóvenes compradores apreciaran más que los estudios de yoga y los restaurantes, como si fueran a ser jóvenes para siempre y buscaran formas de llenar el día—. Oye, ¿lo has pensado? Me refiero a lo de Lydia —preguntó, volviéndose hacia su marido. Siempre había abordado de un modo extraño todo lo relacionado con Lydia: eran amigos, pero en cuanto ella dejó la facultad, Andrew no volvió a mencionarla. Era como si se hubiera muerto y después, cuando falleció de verdad, daba un respingo al oír su nombre. Curiosamente, la muerte de Lydia había suavizado la actitud de Elizabeth hacia ella, como si no hubiera habido nada que ella pudiera haber hecho, como si no fuera simplemente que nunca le había caído bien a Lydia, sino que tenía problemas mucho más importantes. No era lo que se dice agradable, pero era reconfortante. Tal vez si Andrew veía la película lo entendería, vería lo jóvenes, lo hermosos y ridículos que eran todos ellos.

Andrew se apoyó en la cocina. Elizabeth vio que se le ensombrecía el semblante con la rapidez de una tormenta de julio.

—No quiero hacerlo —dijo finalmente—. De verdad que no. Sé que te parece una estupidez, pero significa algo para mí.

—Pero yo compuse la canción. —Elizabeth solía ir con cuidado de no decir las cosas de este modo: en las bandas debe imperar la igualdad, y en los matrimonios también. Rara vez era positivo reclamar la propiedad total de algo. Se herían sentimientos y era fácil que se provocaran resentimientos. En este caso la división del trabajo era evidente: letra de Elizabeth Johnson; música de Andrew Marx, Lydia Greenbaum, Zoe Bennett y Elizabeth Johnson. La

canción era más suya que de ningún otro miembro del grupo.

—Compusiste la letra, es verdad —admitió Andrew, meneando la cabeza—. Pero no puedes decidir por el resto de nosotros.

—Tienen el permiso de Lydia porque su madre se lo dio. Tienen el de Zoe. Y tienen el mío. Creo que será apasionante. Y raro, sí. Puede que sea realmente raro. Pero creo que tendríamos que hacerlo. Quiero hacerlo.

—¿Por qué? ¿Para poder ver cómo una flacucha estrella adolescente grita *mistress of myself* cien veces en una película? ¿Tan narcisista eres? —Había empezado a sonrojarse.

—¿Narcisista? ¿Porque no quiero impedir que alguien haga una película sobre otra persona? ¿Qué estás diciendo?

—No estás viendo las cosas en perspectiva, Lizzy —dijo Andrew tras fruncir los labios y cerrar los ojos.

—Estoy segura de que sí lo hago —lo contradijo Elizabeth. Se volvió hacia el pollo. La idea era frotarlo con ajo y jengibre para sofreírlo o algo. Había perdido el hilo de sus pensamientos. Oyó que la puerta principal se cerraba y se percató de que Andrew había salido.

Tenía dos opciones: preparar la cena o no hacerlo. Vete a saber qué cenaría Harry si ella no cocinaba. Así que siguió preparando la comida, tan alterada que la condimentó con algo más de prisa y generosidad. ¿Perejil seco? ¿Por qué no? ¿Pimienta negra? Claro que sí. Las pechugas de pollo parecían pequeñas obras de Jackson Pollock cuando las introdujo en la sartén caliente. Contempló cómo la carne adquiría un tono opaco sin dejar de mirar la puerta cada dos por tres para ver si Andrew regresaba. Salió al porche, por si estaba sentado en los peldaños delanteros, pero no era así. Debbie, la vecina de delante, la saludó con la mano, y Elizabeth le devolvió el saludo. Ser la agente inmobiliaria del barrio conllevaba no poder estar nunca de mal humor ni discutir en público. Era como ser una celebridad de poca monta, que sabe que sus acciones tendrán repercusiones, que la gente la estará mirando. Elizabeth volvió a entrar en casa y cerró la puerta.

Media hora después, la cena estaba lista y Andrew seguía sin estar en casa.

—¡Harry! ¡A cenar! —gritó. Puso la mesa para tres, como de costumbre, aunque daba la impresión de que sería la única que comería. Ni siquiera tenía apetito.

Pasados unos minutos, Harry bajó la escalera con los ojos desorbitados.

—¡Caray! —soltó al ver la cena. Se sentó, y Elizabeth ocupó su

sitio, delante de él. Había las expresivas pechugas de pollo, acompañadas de zanahoria en juliana y ensalada de cuscús—. ¡Qué pinta más rara tiene esto, mamá!

—Cómetelo, Harry —pidió Elizabeth. Tomó el cuchillo y el tenedor, y empezó a meterse comida en la boca. A medida que masticaba, tenía más y más hambre, como si cada mordisco le vaciara el estómago. Harry la observaba, y poco después, la imitó.

—Está rico —comentó—. ¿Dónde está papá?

—En clase de yoga —contestó Elizabeth con la boca llena.

—¡Oh! —exclamó Harry, convencido por la respuesta.

Tomaron el resto de la comida en silencio, los dos muy concentrados en sus pensamientos. Harry llevó el plato hacia la basura y le quitó los restos de comida. Colocó el plato en el fregadero y se marchó arriba corriendo.

—Tengo que ir a buscar algo a la tienda, cielo —dijo Elizabeth antes de que hubiera desaparecido por completo—. Volveré en diez minutos, ¿entendido? —Dejó su plato sobre el de Harry en el fregadero y se puso las chanclas. Andrew había dicho Stratford Road.

Hacía una noche perfecta, típica de finales de junio, cuando incluso Brooklyn tenía que admitir que todo iba bien. Eran más de las siete y todavía no estaba del todo oscuro. Elizabeth llevaba una camiseta y los pantalones elásticos de yoga que se ponía para dormir. Se pasó el pelo por detrás de las orejas al andar. No soportaba pelear con su marido. Incluso ahora, después de tantos años juntos, a veces se le ocurría de forma brusca y repentina, como un rayo, que en su momento se había equivocado y se había arruinado la vida. Andrew era listo, serio y atractivo. El dinero de su familia le sacaba de quicio, pero también significaba que nunca tenían que preocuparse, especialmente en cuanto a Harry. El dinero de los Marx se había extendido bajo la cuna de Harry como si fuera una red de seguridad, para sostenerlo si fuera necesario. Todos sus amigos, si se lo preguntaran, dirían que Elizabeth y Andrew eran una pareja estupenda. No presentaban fisuras; estaban unidos. Se servían uno a otro los chistes en las fiestas. Pero a veces dudaba. Puede que todo el mundo lo hiciera. Puede que el matrimonio fuera eso. Pero las noches que peleaban y él se marchaba, lo que tal vez había ocurrido cuatro veces a lo largo de toda su relación, incluidos sus años universitarios, cuando marcharse era mucho más fácil y no habría requerido los servicios de ningún abogado, Elizabeth estaba segura de que todo había terminado y, por más que amara a su marido, lo había perdido para siempre.

Le fue fácil encontrar la casa en Stratford. De hecho, ya había imaginado cuál era. No había figurado entre sus ofertas puesto que la había vendido Corcoran, pero había estado en ella antes. Dobló la esquina desde Beverly y se dirigió al sur. Se había anunciado diciendo educadamente que necesitaba reformas. En su despacho, Deirdre se había referido a ella como una «casa de crack». En realidad no lo había sido, por lo menos oficialmente, pero había tenido huéspedes e inquilinos, y había cerraduras extrañas en las puertas de todas las habitaciones y manchas en las alfombras. Eran cosas que tenían fácil arreglo, pero no todo el mundo sabía ver qué había detrás.

Elizabeth se puso en jarras y dejó de andar. Se encontraba a dos casas de distancia. Estaba a la izquierda, hacia Cortelyou, con un bonito y amplio porche al que los propietarios tendrían que dedicar veinte mil dólares si querían dejarlo como es debido. ¿Qué iba a hacer? ¿Entrar sin más? ¿Y si él no estaba allí? ¿Y si estaba sentado a la barra del Hyacinth hablando con Jane? ¿Y si se había disculpado por reaccionar de forma exagerada y estaban brindando con whisky del bueno, quejándose de sus esposas? Estaba paseando, nada más. Se pasó de nuevo el pelo por detrás de las orejas y recorrió el trecho que la separaba de la casa.

Lo oyó antes de ver nada. Era una música fuerte, de la clase que sonaba de fondo en las secuencias oníricas de los programas malos que emitían por televisión, con notas de sitar sobre algo más contemporáneo. Era música dance, lo que solían llamar tecno, electrónica y repetitiva. Sonaba lo bastante alta como para que pudiera oírla desde el porche. Sin duda, los vecinos se quejarían cuando fuera más tarde. Ditmas Park era famoso por su rapidez a la hora de quejarse por algún ruido.

Había gente bailando. Todos ellos eran como versiones sudorosas de Ruby que se contoneaban con los ojos cerrados. Se acercó más a una de las ventanas. Tenía los estores bajados, pero como eran de gasa y había más luz dentro que fuera, podía distinguirlo todo. La habitación principal estaba llena de cuerpos, todos ellos brincando sonrientes. Vio manos en traseros, manos en caras, labios en labios.

—Dios mío —soltó en voz alta—. Es una puñetera *rave*.

Iba a volverse para ir al Hyacinth, convencida ahora de que encontraría allí a su marido atacando un plato deliciosamente preparado. Pero entonces lo vio.

Estaba empapado en sudor, con la camiseta pegada al cuerpo. Tenía la cabeza echada atrás y la balanceaba ligeramente de un

lado a otro. Hacía años que no bailaba así. Elizabeth se sintió como si estuviera ante el fantasma de sus maridos pasados, como si se estuviera viendo a ella misma y a Andrew con diecinueve años, colocados de éxtasis, cuando se lamían uno a otro la cara toda la noche porque se notaban la lengua extraña. Solo que Elizabeth no estaba en la habitación, sino que estaba fuera, y no estaba lamiendo la cara de su marido. Había que decir en su favor que nadie más lo hacía, pero daba la impresión de que cualquiera de los chicos y las chicas que pasaban rozándolo y se apretujaban contra él podrían haberle metido el cuerpo en la boca sin que él se hubiera opuesto. No era la imagen del decoro. No era la imagen del matrimonio. Era un hombre de mediana edad que perdía la compostura.

23

Ruby no se lo podía creer. Llevaba diez minutos de clase de preparación para la selectividad y estaba sentada sola en la última fila. Harry había hecho novillos, y ella no, y si fingía otra gripe estomacal, seguro que la reina de los idiotas llamaría a sus madres. Tenía el bolso en la silla que le quedaba a la izquierda y la chaqueta vaquera en la de la derecha, por si a alguien se le pasaba por la cabeza sentarse demasiado cerca. Rebecca le sonrió y la saludó con la mano, y Eliza y Thayer le hicieron un par de gestos obscenos, pero pasó de ellas. Dio la vuelta a la primera hoja que les habían dado, que trataba sobre los símiles, y empezó a dibujar a *Bingo* con una capa de superhéroe y un cigarrillo.

La clase se le hizo eterna. Tres horas de exámenes de práctica y trucos para responder preguntas tipo test cuando no sabías la respuesta. Ruby había suspendido la selectividad con tanta eficiencia la primera vez que consideraba que podía dar la clase mejor que Rebecca. Bastaba una sencilla metodología de «pon lo contrario que yo», en la que sacabas puntos adicionales por no saltarte una de cada tres preguntas. Mañana empezaría julio, y habrían llegado a la mitad de las clases. Trató de pensar en ello como en una meditación. Su cuerpo tenía que estar en aquella aula, pero su mente, no. Intentó proyectarse astralmente pero la forma en que Thayer masticaba chicle la distraía demasiado. Rellenó los espacios con formas de peces que comían peces más pequeños.

No era que estuviera en contra de la universidad de por sí. Pero le parecía que el mundo ofrecía demasiadas experiencias únicas como para estar clavada haciendo una sola cosa tantos años, especialmente cuando se había pasado toda la vida hasta el momento haciendo exactamente eso. ¿Cuándo sería su período de subirse a trenes en marcha? ¿Su vida como trabajadora de una feria

ambulante? Los *reality shows* y los boletines de PETA habían hecho mucho daño, pero no podían acabar con sus sueños de ser una mujer de vida alegre en Estados Unidos. ¿Y si algún día quería trabajar como *stripper*? No tenía intención de hacerlo, pero ¿y si algún día quería? ¿Y si quería hacerse tatuajes sin sentido con amigos nuevos? Ruby ya llevaba dos tatuajes. Sus madres lo sabían y ni siquiera fingían que les importaba. Uno era una estrellita en el espacio entre el sobaco y el pecho derecho, y el otro era una B de *Bingo* en el dedo gordo del pie izquierdo. Su mami había tenido tanta envidia que le había copiado el de la B, pero solo porque Ruby le había hecho prometerle que nunca llevarían a la vez al descubierto los dedos de los pies delante de nadie que Ruby conociera.

Los chicos de la fila de delante de ella se levantaron y se guardaron las hojas en la mochila.

—Fabuloso —dijo a todo volumen, e hizo lo mismo. Saludó a Rebecca con la mano, hizo una peineta a Eliza y Thayer y fue la primera en salir de clase.

Harry estaba fuera, con unas gafas de sol puestas. Llevaba una bolsa muy llena colgada del hombro izquierdo y tenía una sombrilla de playa apoyada en el derecho.

—¿Lista, *mademoiselle*? —preguntó—. Una lasciva playa hípster en Rockaway. La he encontrado por internet. El taxi nos espera. Y cuando digo «taxi», me refiero al metro. Vamos a tardar siglos en llegar, pero te juro que valdrá la pena.

—Por Dios, sí —dijo Ruby, y levantó los brazos, victoriosa.

Segunda parte

«Jane Says»

EL PALPITAR DE DITMAS PARK

El yoga evoluciona en Stratford

El propietario de EVOLVEment, David Goldsmith, no llevaba demasiado tiempo en Ditmas Park antes de inaugurar su centro de yoga y salud en Stratford Road. «Había estado buscando por Brooklyn, sobre todo en Williamsburg y Bushwick, cuando un amigo me informó sobre este sitio —nos comenta—. Como mucha gente, lo primero que pensé fue: "¡Vaya!"» EVOLVEment ofrece clases de yoga, servicios de masaje y sirve zumos y otras bebidas. Goldsmith afirma estar interesado en implicarse en el barrio, de modo que ¡vayan y prueben! Las clases son 11 $ más baratas si se dispone de un abono. Probamos un zumo de jengibre, col rizada y manzana, ¡y estaba delicioso!

24

Hacía años que no se lo pasaba tan bien, aunque aquella no era la forma exacta de decirlo. Salome llamaba «trances cósmicos» a las fiesta de baile, y ya lo creo que eran cósmicas. A Andrew nunca se le había dado bien bailar. En la secundaria, había pegado brincos con sus amigos en el foso en los conciertos, y en Oberlin había restregado el cuerpo en el de chicas bonitas con el pelo corto y *piercings* en la nariz cuando estaba borracho perdido, pero lo cierto era que nunca le había gustado bailar. Era demasiado tímido. A Zoe le iba mucho bailar. Se lanzaba siempre al suelo y lo llamaba «coreografía». Era así como se ligaba a todas las chicas. Elizabeth era más como él. Prefería quedarse cerca de la pared y seguir el ritmo con la cabeza, a poder ser con un vaso de plástico rojo delante de la cara para poder susurrar cosas a quien tuviera al lado. Andrew no se había percatado de que estaba harto de susurrar.

Al principio, cuando Salome había empezado a poner música, estaban todos sentados o dándose masajes unos a otros en la espalda. Andrew cerró los ojos y se sentó en un cojín en un rincón de la habitación. Quería relajar su cuerpo, relajar su mente. Había intentado ir a psicoterapia pero aquello no estaba hecho para él. No podías cambiar nada sentándote en una habitación con un desconocido y contándole tu versión de la historia. A él le gustaba interactuar y sanar de fuera para dentro. La música era interesante, rítmica y temblorosa. No sabía si lo que estaba escuchando eran guitarras, sintetizadores o nada en absoluto, simplemente unas pistas generadas por ordenador que había hecho un chaval en su sótano. Seguramente era lo último. ¿Aprendía nadie ya a tocar un instrumento? No, no iba a pensar en esto, no iba a ser Clint Eastwood echando a los niños de su jardín. Así que se relajó y esperó.

Cuando finalmente se marchó eran las tres de la madrugada. Estaba empapado de sudor, suyo y de todos los demás. EVOLVEment se había convertido en un invernadero, y cada uno de ellos, en su propia flor. En Stratford Road el aire le refrescó igual que los vasos de agua de pepino que los miembros de EVOLVEment se habían pasado y habían vertido después en la cabeza de los demás.

Elizabeth iba a estar cabreada, además de preocupada. No sabía cuál de las dos cosas era peor. La preocupación podría aliviar parte de su rabia si se alegraba de saber que él estaba bien. Naturalmente, no era su hijo, ¿por qué tendría que suponer que le hubiera ocurrido algo? Pensó en explicarle por qué le gustaba EVOLVEment pero no se le ocurría nada que no sonara a que estaba a punto de empezar a acostarse con alguna muchacha de diecinueve años.

No era eso. No le interesaba tener relaciones sexuales con jóvenes bonitas. Había chicas increíblemente atractivas por toda la casa, preparando zumo, bailando, haciendo el pino, enseñando la tripa y la ropa interior, y eso solo hacía que se sintiera como un Humbert Humbert actual, o como una versión más judía de Sting. Le daba igual. La única persona de diecinueve años con quien le apetecía tener relaciones sexuales era él mismo. Quería viajar atrás en el tiempo y verse a sí mismo desnudándose, tan asustado del mundo que no podía dejar de gruñir, incluso cuando iba a hacer el amor con alguien por primera vez.

Elizabeth y él se habían conocido en la residencia de estudiantes. Habían ido a algunas clases juntos, una de escritura creativa y «La historia de los dinosaurios», la clase de ciencias que cursaban todos los estudiantes de humanidades, y se habían hecho algo amigos. Si se veían frente a la biblioteca, se sentaban en un banco y fumaban un cigarrillo. Elizabeth era encantadora, muy de clase media, y le había gustado desde el principio, incluso antes de estar juntos en el grupo y de ver lo que realmente sabía hacer. No era gilipollas como sus amigos de siempre. No estaba consentida. Sabía tejer. Iban a jugar a bolos y no paraba de hacer plenos, y resultó que había formado parte del equipo de bolos de su centro de secundaria. ¿Qué centro de secundaria posee un equipo de bolos? Le parecía posible que Elizabeth hubiera crecido en los años cincuenta y la hubieran teletransportado a Oberlin por el tiempo y el espacio. Lydia, en cambio, le resultaba tan conocida como si fuera su hermana. Era de Scarsdale, que no quedaba lejos del Upper East Side. Sus padres eran ricos y tenía su propio coche y tarjeta de crédito que no temía usar. Igual que todos sus amigos de la secundaria, era más mala que la tiña, algo que, sin duda, había

aprendido de sus padres. Habría sido la elección fácil. A su madre le habría encantado.

Andrew no había estado fuera de casa a las tres de la madrugada desde que Harry era pequeño y los tres daban juntos, como una tribu de zombis, vueltas a la manzana para intentar conseguir que el niño volviera a dormirse. Elizabeth y él emitían sonidos para pedirle que se callara y se balanceaban a la vez, sin importar cuál de los dos lo llevaba en la mochila portabebés. Ditmas Park estaba siempre tranquilo, pero tan cerca de Coney Island Avenue había más camiones y cláxones, incluso en plena noche. Era verdad lo que se decía sobre Nueva York y dormir; Andrew lo había olvidado. Dobló a la derecha en Beverly y empezó a caminar de regreso hacia Argyle. Una brisa le enfrió el sudor de la frente. El verano era la única estación que valía la pena. El único motivo de que existiera el invierno era aumentar la gratitud que él sentía el mes de junio al llegar este momento exacto.

Abrió la puerta de su casa sin hacer ruido y se quitó los zapatos al lado de la puerta principal. *Iggy Pop* dormía en el sofá, y lo cargó en brazos para subirlo al piso de arriba. El gato arqueó el lomo en el hombro de Andrew sin acabar de despertarse. La puerta de su dormitorio estaba entreabierta, y desde el pasillo pudo ver que Elizabeth había dejado encendida la lámpara de su mesilla de noche. Abrió la puerta unos centímetros más con la punta del pie y dejó con cuidado el gato en la cama.

Elizabeth se movió. Nunca había dormido profundamente, pero desde que Harry nació, incluso mucho después de que dejaran de andar en mitad de la noche, era propensa a despertarse al oír pasar un coche, sonar una sirena distante o ladrar un perro. Lo sabía porque ella se lo contaba por la mañana, porque él siempre dormía como un tronco. Era algo por lo que se peleaban, de forma muy leve, las veces que ella se había despertado mientras que él había seguido durmiendo y se había perdido lo que la había molestado. Se quitó la camisa y los pantalones cortos. El sudor se le había secado y le había formado una fina capa de sal, por lo que apestaba un poco, pero eso nunca había importado a Elizabeth.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Elizabeth en voz baja. Se volvió para mirarlo.

—En el local del yoga. Daban una fiesta. —Se sentó en su lado de la cama. Elizabeth asomó un pie por debajo de la sábana y él le puso la mano en el puente.

—Una fiesta —repitió Elizabeth, entrecerrando los ojos para mirarlo. Andrew trató de decidir si aquello obedecía al sueño o al

desdén, y apagó la luz.

—Una fiesta. —Levantó la sábana y se metió en la cama. Se acercó más a su mujer en la oscuridad. El cuerpo de Elizabeth era como el océano, vasto y frío. Primero le besó el brazo y cuando no lo apartó, siguió por el hombro y, acto seguido, por la mejilla. Cuando finalmente le besó los labios, ella movía el cuerpo hacia atrás y hacia delante como una serpiente a punto de atacar, y supo que lo que iba a pasar a continuación sería bueno. Cuando eran jóvenes, eran así: juguetones, retozones. Elizabeth había sido una amante entusiasta, como la deportista que había sido en la secundaria, con las mejillas sonrojadas y llena de energía. Se volvieron y se estiraron como dos cachorros de león, mordisqueándose y arañándose mutuamente distintas partes del cuerpo. Pasados unos minutos, adoptaron una postura conocida que sabían que funcionaba. A Andrew le seguían vibrando los oídos de la fiesta, y la habitación sonaba como un andén de metro.

—¿Hago demasiado ruido? —preguntó a Elizabeth, que estaba ahora boca arriba con las manos de su marido bajo las caderas y su cara entre las piernas.

—Harry está en casa de un amigo —le informó—. Ponte a ello —indicó, empujándole la cara de nuevo contra el cuerpo de ella.

25

Eran casi las dos cuando pusieron por fin los pies en la arena. Harry dejó caer la sombrilla y las dos bolsas enormes, que hicieron un ruido gratificante. Ruby se agachó para tomar una de las toallas, pero Harry se lo impidió con un brazo.

—Por favor, permíteme —dijo. Extendió dos toallas, clavó la sombrilla en la arena entre ambas e hizo un gesto a Ruby para que se sentara. La arena estaba sucia, con envoltorios de golosinas y colillas que asomaban aquí y allá, pero el agua parecía limpia, y había gente bañándose. La madre de Harry siempre le había dicho que las playas de Nueva York eran zonas de residuos tóxicos que había que evitar a toda costa, y se alegró de no haberle hecho caso. ¿Qué otras cosas había en el mundo esperando a que él disfrutara de ellas? Como a Elizabeth no le gustaba el beicon, nunca lo comían, jamás. Iba a pedir un sándwich de beicon con lechuga y tomate, con doble de beicon, en cuanto pudiera.

—¿Qué más hay en las bolsas?

Harry rebuscó en una de ellas y sacó un cubo y una pala de plástico.

—Muy bien —soltó Ruby, riendo—. ¿Qué más?

Harry se agachó otra vez y sacó una neverita portátil. En su interior había dos latas pequeñas de champán. Le había costado una hora y cuarenta dólares convencer a una mujer joven que bajaba por Cortelyou para que las comprara por él.

—Salud —dijo, abriendo una y dándosela a Ruby, que dio un sorbito tan pequeño que Harry supo que la había impresionado.

La playa estaba llena de señoras mayores rusas que paseaban de arriba abajo por el paseo marítimo entablado con bolsas llenas en las manos, evitando a los grupos de chicos con barba y gafas de sol oscuras y a las chicas con unos diminutos pantalones cortos y

camisetas cortadas.

—Es como una valla publicitaria de American Apparel —comentó Ruby—. Pero con cerveza y arena.

Harry no supo si era un cumplido o no, pero Ruby parecía estar pasándoselo bien, así que contestó asintiendo con la cabeza y diciendo que sí.

Se echaron alguna cabezadita y retozaron en el agua. Ninguno de los dos llevaba traje de baño pero no importaba. Ruby se quitó el vestido. Tenía el vientre suave, moreno, como el resto de su cuerpo, naturalmente, aunque cada centímetro le provocaba una nueva emoción. ¡Tenía un ombligo perfecto en medio! A través del fino sujetador con encaje podía verle más que la simple silueta de los pechos, y cuando se alejaba de él, hacia el agua, sin otra cosa que las braguitas y el sujetador, a él casi le da un infarto. Se quitó la camisa y los vaqueros y fue en calzoncillos, rogando que la bragueta no se abriera. Al otro lado del paseo marítimo había una hamburguesería, y Ruby esperó donde tenían las toallas a que él fuera a buscar comida para los dos. Se lamió una mancha de kétchup de la mano. Era la playa más bonita que nadie hubiera visto nunca, con aviones que la sobrevolaban hacia el JFK, gaviotas, ruido y gente. Había toallas por doquier, y familias dominicanas, hípsters con bigotes irónicos, hombres mayores calzados con Speedo y mujeres gruesas en bikini. Harry dio gracias a Dios porque sus padres jamás se hubieran trasladado a las afueras, a Francia ni a ningún otro lugar del mundo. A Ruby le dio la risa tonta después del champán, y dejó que él le pusiera protector solar en los hombros. Harry tardó todo lo que pudo en hacerlo, pintando dibujitos y fotografiándolos con el móvil antes de extendérselos.

La hamburguesería estaba cada vez más bulliciosa. De vuelta a la estación, Harry y Ruby se pararon delante unos minutos y observaron cómo la gente bailaba y le daba a la cerveza.

—Me parece estar viendo una película —dijo Harry—. De gente que mata a un vagabundo mientras conduce borracha.

—Sí, y esta es la parte del montaje que vamos viendo en *flashbacks* —añadió Ruby—. Totalmente.

Harry dejó que Ruby llevara la bolsa más pequeña, que pesaba menos ahora que ya no contenía bebidas ni refrigerios, y que había perdido unos cuantos juguetes playeros, lo que le daba exactamente igual. Los había llevado más bien de broma, aunque en realidad le había gustado ver a Ruby construir un castillo de arena. Era la clase de cosa que él no habría hecho por miedo a parecer demasiado infantil, pero era evidente que a Ruby eso no la preocupaba lo más

mínimo. Subieron al metro y ocuparon dos asientos orientados en dirección a la marcha. Harry iba junto a la ventanilla y Ruby, junto al pasillo. En cuanto se sentaron, Ruby le apoyó la cabeza en el hombro y le rodeó la cintura con el brazo.

—Me lo he pasado bien —comentó Ruby—. Casi lo bastante como para dejar de estar enojada contigo por saltarte nuestra estúpida clase esta mañana.

—Yo también —aseguró Harry. Iba lo más erguido posible y procuraba permanecer inmóvil por si Ruby se tomaba cualquier leve movimiento como una señal de que no quería que estuviera así con él. En la siguiente parada, un hombre fue a ocupar el asiento más cercano a ellos, lo que habría conllevado que Ruby tuviera que cambiar de postura para que no le aplastara las rodillas, así que Harry le dirigió la mirada más fulminante de toda su vida, y el hombre se marchó.

—Es como si apestáramos —soltó Ruby—. Nadie quiere sentarse cerca de nosotros.

—La verdad es que tú apestas —le susurró Harry al oído—. Hueles como un contenedor de basura tostado al sol. —Se detuvo un instante, temeroso de haber llevado la broma demasiado lejos. Todo le seguía pareciendo precario, como si Ruby pudiera incorporarse, mirarlo y ver la verdad, que seguía siendo Harry, simplemente Harry, no alguien con quien quería acurrucarse en el metro.

—Hummm... —dijo en cambio Ruby, y se apretujó más contra él —. Mi preferido.

Se quedó dormida en pocos minutos y no se despertó hasta que tuvieron que hacer transbordo a la línea Q para regresar a casa. Cuando por fin se bajaron en la parada de Cortelyou, Harry estaba nervioso. Ruby parecía descansada y contenta después de su siesta, y tenía el caballete de la nariz algo quemado, a pesar de los esfuerzos artísticos de Harry con el protector solar. Subió dando brincos la escalera y se dirigió hacia Argyle. Harry se detuvo.

—Espera —pidió. Habló en voz baja porque su madre trabajaba unas puertas más allá, y no quería pasar por delante por si acaso estaba sentada ante su escritorio.

—¿Qué? —preguntó Ruby.

—Por aquí —indicó Harry mientras señalaba con la cabeza hacia detrás.

—De acueeerdo —dijo Ruby—. Sabes que los dos vivimos hacia el otro lado, ¿verdad? ¿Has sufrido algún daño cerebral mientras no prestaba atención?

—Confía en mí —pidió, y echó a andar.

Convencer a alguien para que comprara champán por él había sido fácil, la parte B del plan había sido muchísimo más complicada. Elizabeth guardaba las llaves de todos sus inmuebles en el despacho, salvo los fines de semana, cuando tenía jornadas de puertas abiertas en algunas casas. Entonces, estaban en una bolsa cerrada que colgaba de un gancho sobre su escritorio. El verano era siempre una época con mucha actividad, y su madre se pasaba los días corriendo de un lado para otro. En aquel momento, había unas cuantas casas un poco más al sur, más cerca de la Universidad de Brooklyn, y una de ellas estaba en East Sixteenth Street, una casa realmente grande cuya parte trasera daba a las vías del tren. Iba a enseñar un par el domingo, y había enseñado la del metro aquella tarde. Harry sabía que era arriesgado llevarse la llave, pero lo había hecho, y en la ferretería le habían hecho una copia en cinco minutos. Los propietarios del inmueble se habían trasladado a Florida. Y allí estaba, con sus enormes muebles, oscuros, de madera noble y elegantes sillas de comedor, típicos de personas mayores. En una de las habitaciones más pequeñas había habido una colección de muñecas, que Elizabeth había metido en una caja para esconderlas en el sótano. Que el metro pasara por el jardín trasero ya era suficiente desventaja como para tener que provocar, además, pesadillas a los posibles compradores.

El porche estaba en penumbra, y Ruby vaciló antes de seguir a Harry escalera arriba.

—¿De quién es esta casa? —susurró.

—Nuestra —contestó Harry. Sabía que no tenía alarma, a pesar de que había pegatinas en las ventanas y un letrero en el jardín delantero que afirmaba lo contrario. Según su madre, era así en el setenta por ciento de las casas de su barrio. Ruby lo siguió rápidamente.

—¿Hablas en serio? —preguntó, pero Harry ya había abierto la puerta. Tiró de Ruby hacia dentro y la cerró—. ¿De quién es esta casa? —insistió—. ¡Estás como una puñetera cabra! —Era una locura, y Harry sabía que podrían meterse en un buen lío, lo mismo que su madre.

—Ya te lo he dicho. Es nuestra. —No estaba seguro de que andarse con tanto misterio fuera a darle resultado, pero se lo estaba pasando bien al intentarlo. Ruby, que era un par de centímetros más alta que él, puede que más, se mordió el labio inferior y echó un vistazo a su alrededor—. Ven —soltó Harry.

—¿Dónde? —preguntó Ruby, y asomó la cabeza hacia la cocina

a oscuras.

—Aquí —respondió Harry. Avanzó un paso hacia ella para cubrir la distancia que los separaba y la besó. A Ruby se le daba bien, claro. Se detuvieron, empezaron, se detuvieron, empezaron y se quedaron mirando. Ruby abrió y cerró la boca, y le rozó la lengua con la de ella, y él soltó un gemido que parecía obra de Chewbacca, y no le importó. De hecho, un equipo de las fuerzas especiales de la policía podía haber derribado la puerta armado con metralletas para llevárselo a una prisión federal y no le habría importado. Aquello valía totalmente la pena. Ruby se separó de él, le tomó la mano y empezó a adentrarse en la oscuridad de la casa.

—Vamos a explorar la casa —dijo. Harry se había pasado todo el día intentando convencer a su pene para que no se levantara, que se estuviera quietecito, pero ahora era una causa perdida. Su erección le presionaba los vaqueros.

—Oh, hola —soltó Ruby cuando se lo rozó sin querer con la muñeca, lo que lo aumentó más. Si esto era lo que conllevaba una vida delictiva, estaba dispuesto a firmar donde fuera.

26

La casa de East Nineteenth Street iba a venderse deprisa. Después de la jornada de puertas abiertas ya había tres ofertas por ella y ahora todo se limitaba a ver quién estaba dispuesto a pagar más. A Elizabeth le encantaba el ritmo frenético que suponía tener múltiples ofertas. Todas ellas estaban por debajo del precio solicitado, pero en cuanto los compradores supieran que había competencia, elevarían la cantidad y, muy pronto, la venderían por encima de los dos millones fijados. Los vendedores iban a estar encantados. Era probable que el piso de Boca les hubiera costado menos de un millón. La diferencia era la clase de dinero que sufragaba los estudios universitarios de los nietos. No era todo cuestión de codicia. Repasó las ofertas de compra que tenía sobre la mesa de su despacho. Deirdre las observó desde detrás de ella.

—No está mal —aseguró. Se había cortado el pelo, según ella para que la gente la confundiera con Halle Berry. Deirdre usaba una espléndida talla cuarenta y dos, y Elizabeth pensaba que realmente parecía una estrella de cine. Siempre llevaba suéteres ajustados de color esmeralda y rubí. Deirdre deslumbraba a los O'Connell, y Elizabeth no podía culparlos por ello. Mary Ann y sus hijos eran pálidos y estaban cubiertos de pecas, incluso en los brazos y las piernas. Todos ellos daban siempre la impresión de estar aquejados de un caso muy leve de varicela.

—¡Es fantástico! —dijo Elizabeth, levantando una de las hojas—. Me gusta mucho esta pareja. Joven, simpática. Con muchas posibilidades de formar parte del club de lectura.

—¿Saben tus clientes que te estás limitando a buscar amigos personales? —Deirdre arqueó una ceja y soltó una carcajada—. ¡Eso solo funciona si tus amigos tienen buenas cuentas bancarias! Yo vendería una casa a un gilipollas si el banco no rechazara su

cheque. Me gustan ricos y despiadados.

—No es verdad —soltó Elizabeth. Antes de que Deirdre pudiera contestar, sonó el teléfono de Elizabeth.

—Le paso con Naomi Vandenhoovel —anunció alguien.

—Oh, mierda —se quejó Elizabeth—. Otra vez no.

—Lizzzzeeeee —dijo Naomi—. ¡Estoy en Nueva York! ¡Ven a tomar café conmigo! ¡Ven a mi oficina! Quiero enseñarte lo que hemos hecho hasta ahora. Creo que te va a chiflaaaar.

—Hola, Naomi. ¿Cómo estás? —la saludó Elizabeth y entornó los ojos mientras indicaba a Deirdre que no era nada, vocalizando las palabras.

—Estoy congelada porque el aire acondicionado de la oficina va con control automático, pero aparte de eso, estoy perfectamente —explicó Naomi—. Te enviaré la dirección por correo electrónico. Ven hoy, tengo la tarde completamente libre. Tienes que ver a nuestra Lydia. *Ciao!* —Y colgó.

Elizabeth dejó el teléfono en su soporte y miró el montón de papeles que tenía sobre la mesa. Ya había terminado el trabajo del día: había contestado a todos los agentes y a todos los clientes. Todo el mundo tenía orden de ponerse en marcha. Había más cosas que hacer en el despacho, claro; siempre las había. Pero a nadie le importaría si se tomaba unas horas libres.

Naomi estaba instalada en una sala de reuniones de sus oficinas de la Quinta Avenida. Elizabeth había tenido que dar su nombre a tres personas distintas sentadas ante sendos escritorios, y cada una de ellas había susurrado algo por teléfono y buscado su nombre en el ordenador. El último guarda, un joven amanerado que llevaba pajarita, le indicó que esperara y la informó de que la ayudante de Naomi saldría enseguida. Una chica con un cuidadísimo peinado afro y los labios pintados de carmín brillante llegó pavoneándose unos minutos después.

—¿Elizabeth? —dijo con voz de aburrimiento—. Sígame.

Pasaron ante mamparas de acero inoxidable y despachos con las paredes de cristal. Elizabeth echó un vistazo a cada uno de ellos, por si había alguna estrella de cine de visita. El estudio realizaba películas prestigiosas, ganadoras de premios. Naomi no era ninguna principiante. Finalmente llegaron a una puerta. Elizabeth vio a Naomi dentro, hablando con otra joven, que estaba de espaldas. Y se detuvo porque, incluso desde aquella perspectiva, supo que aquella mujer, fuera quien fuese, era su Lydia. Y si no hubiera

sabido que era imposible, habría pensado que también era la de ellos. El pelo era idéntico, abundante, moreno y rebelde, como si jamás se lo hubiera cepillado. No era solo una cuestión de moda; Lydia no tenía ningún cepillo, ni peine, ni secador. Prácticamente prendió fuego a esas cosas cuando fue a estudiar a Oberlin. Veía Scarsdale por el espejo retrovisor y nunca iba a volver.

—Holaaaa —dijo Naomi, que abrió los brazos—. ¡Aquí está el genio! —Era más alta de lo que Elizabeth había esperado, con unas gafas de montura gruesa y una cabellera rubia perfectamente lacia que le llegaba hasta la mitad de la espalda.

—¿Quién, yo? —se sorprendió Elizabeth. Dejó que Naomi la abrazara y la envolviera en la fragancia dulce de su perfume.

—¡Sí, tú! —Se separó de ella y le sujetó los brazos—. Darcey, esta es Elizabeth Marx, quien compuso «Mistress of Myself». La compuso ella. ¿Te lo puedes creer? No existía y entonces Elizabeth escribió la letra y se convirtió en una canción.

Darcey se levantó y se volvió. No era solo su pelo lo que tenía igual que Lydia, sino también sus ojos, sus mejillas, su barbilla. Elizabeth comprendió al instante por qué quería Naomi que fuera a verla.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Darcey hizo lo que hacen las actrices en lugar de ruborizarse. Sonrió y volvió la cara de un lado a otro.

—Lo sé —dijo—. Nací literalmente para hacer esto. Si tuviera un dólar por cada persona que me ha dicho que me parecía a Lydia...

—¡No tendrías ni la mitad de lo que cobrarás por esta película! ¡Ja! —Naomi hizo que Elizabeth se acercara más y la condujo después hacia una silla de oficina de piel blanca.

Darcey volvió a sentarse. Estaba situada delante de Elizabeth, que intentó, sin éxito, dejar de mirarla. Eso parecía gustar a Darcey, que sonreía encantada cada vez que pillaba a Elizabeth observándola.

—También he encontrado esto —anunció Naomi—. Tú ya lo has visto, claro, pero hemos trabajado un poco en ello. A ver si te gusta. —Tomó un control remoto y apuntó con él el techo. Las cortinas descendieron lentamente y dejaron el despacho a oscuras. Una pantalla se iluminó en la pared del fondo, y tras darle a otra tecla, empezó a sonar una canción conocida.

Kitty's Mustache había hecho tres videoclips. Los había rodado todos un estudiante de Oberlin llamado Lefty, cuyo auténtico nombre era Lawrence Thompson III. Tenía una buena cámara y estaba enamorado de Zoe. Elizabeth sospechaba que ella se había

acostado una o dos veces con él para que estuviera a disposición del grupo, o puede que tan solo le hubiera dejado verla desnuda. Los primeros dos videoclips, de «Frankie's Lament», una canción que Elizabeth había compuesto sobre su casero, y «Magic Lasso», una canción sobre la Mujer Maravilla, estaban bastante bien. Los rodaron en el campus y sus alrededores, sobre todo en sus mugrientos pisos, en aulas vacías y en el arboreto, pero en el videoclip de «Mistress of Myself» se habían pasado el día en una playa preciosa a orillas del lago Erie.

Allí estaban, totalmente góticos, todos ellos vestidos de negro de pies a cabeza, uno al lado del otro en la playa. En primer plano se veían unos pequeños bancos de nieve. Era la obra maestra de Lefty, al estilo del cine de autor sueco.

—¿Cómo conseguiste una copia de esto? —quiso saber Elizabeth. El pelo azotaba el rostro de Lydia. Habían llevado algunos de sus instrumentos, pero Lefty decidió que tenían que dejarlos en el coche. Era como «Wicked Game», solo que en lugar de Chris Isaak y Helena Christensen, se veía la boca de Elizabeth gritando. En un momento dado, Zoe se tumbaba en la arena y rodaba en ella. Lydia fruncía el ceño. Andrew se pasaba la mitad del vídeo de espaldas a la cámara, lo que, según él, era su protesta silenciosa por su propio papel en el patriarcado.

Elizabeth se inclinó hacia delante. Era un primer plano del rostro de Lydia, solo que no era Lydia. Era Darcey.

—Espera un momento —dijo—. ¿Cómo habéis…?

—Lo sé, es perfecto —afirmó Naomi—. Nuestra gente es increíble. Una vez retocaron una marca de nacimiento en una teta de Angelina Jolie para una película de tres horas. ¡Añadieron una marca de nacimiento! Se negó a maquillarse; dijo que tenía algo que ver con el parto, o puede que con el hecho de que necesitaba más tiempo para sus hijos o algo. El maquillaje puede durar horas todos los días, por lo que fue mejor dejar que durmiera hasta tarde con todos sus hijos y gastar un millón más en Photoshop o lo que fuera. Alucinante, ¿verdad?

—¿Cómo lo conseguiste? Me refiero al original. —Elizabeth tenía una copia en VHS, pero según le habían dicho algunos amigos comunes, Lefty había quemado todos sus filmes después de decidir dedicarse al negocio de la banca de inversiones de su familia, como para liberarse de sus sueños artísticos. Hasta donde ella sabía, la suya era la única copia existente.

—Lo nuestro nos ha costado. Los archivos de Lydia están en un estado sorprendentemente excelente para tratarse de alguien que

falleció de una sobredosis de heroína —dijo Naomi—. Lo guardaba todo. Si no supieras quién era, pensarías que era bibliotecaria. En serio. Con códigos de colores, en orden cronológico, el lote completo.

—¡Qué raro! —se sorprendió Elizabeth—. La Lydia que yo conocía era un desastre. Ni siquiera sabía llevar el registro de un talonario.

—Eso es como un móvil con tapa, ¿no? —La ayudante de Naomi soltó una carcajada—. ¿Pero para dinero?

—Hablo en serio —afirmó Elizabeth.

—Creo que esto es algo en lo que tienes que hincar el diente, Darce —asintió Naomi—. Por fuera era una chica alocada, ¿sabes?, una pirada, mientras que por dentro estaba siempre preparando su legado histórico.

—Sí, sí, sin duda —aseguró Darcey.

Elizabeth juntó las manos en su regazo. Su Lydia no era una chica alocada ni una pirada. Su Lydia era egocéntrica e informal, y más bien gilipollas. A su Lydia jamás le había interesado tener amigas, por lo menos hasta que actrices bastante famosas empezaron a ir a sus espectáculos, y entonces pareció ser una de las chicas. Pero Elizabeth sabía que todas aquellas fotografías, o su budismo, o como lo llamara, no significaban que hubiera cambiado. Elizabeth lo había intentado con Lydia; todos ellos lo habían intentado, especialmente Andrew. Al principio la habían puesto celosa todas las noches que Lydia se pasaba acurrucada con Andrew en el sofá de este, con los pies enfundados en calcetines bajo las piernas de él. Esto sucedía después de que Elizabeth y Andrew hubieran dejado claro al grupo y a todo el mundo que eran pareja con todas las de la ley, y aun así, allí estaba Lydia, pestañeando a Andrew y pidiéndole ayuda para que le inflara las ruedas de la bicicleta, como si alguna vez fuera a montar en aquella puñetera bicicleta.

—Quiero ver esta película —dijo Elizabeth. Solo sería parte de la historia, naturalmente, pero quizá Lydia tuviera aspectos que ella desconocía. Si Lydia había estado conservando objetos coleccionables de Kitty's Mustache, tal vez también tomara notas—. ¿Llevaba algún diario?

—Todos los días de su vida, desde los quince años —sonrió Naomi—. Nos dejó todo el trabajo hecho, ¿sabes? —Destapó un bolígrafo y se lo pasó a Elizabeth—. ¿Necesitas otro ejemplar del formulario? ¿Ashley? —Su ayudante se situó a su lado en menos de un segundo.

Elizabeth no pensó en Zoe, ya que sabía que estaría contenta en cualquiera de los dos casos. Por primera vez en mucho tiempo pensó realmente en Lydia, la amiga que había perdido hacía tanto tiempo. Veintisiete era una edad en la que no era lógico morirse. Pero más que en Lydia, pensó en Andrew y en ella misma. En la chica imaginaria de la que Naomi había hablado, que era ella, entonces y ahora. Quería verse con la guitarra en la mano componiendo aquella canción. Quería ver a Andrew enamorándose de ella en el acto, cuando vio lo que sabía hacer. Lo quería por ambos, y firmó el papel.

—Dame uno para Andrew también —pidió. Cuando salió del despacho de Naomi, fue al cuarto de baño, secó la encimera con una toallita de papel y falsificó la enrevesada firma de su marido, como había hecho mil veces en los formularios de autorización del colegio y en los justificantes de la tarjeta de crédito. Ella era la encargada del papeleo de la familia, de modo que solo estaba haciendo eso: encargarse de sus asuntos conjuntos. No era gran cosa. Solo dos segundos de tinta en una hoja de papel. En otros dos segundos estaría en el ascensor, y después en el metro, y cuando llegara a su despacho lo enviaría por fax, igual que había hecho con millares de formularios todo el día. No tenía importancia. Ninguna en absoluto.

27

En casa, los montones de cosas de Zoe, revistas sin leer y horquillas, emigraban de un sitio a otro, pero en el Hyacinth, todas las encimeras pertenecían a Jane. Todo estaba etiquetado con cinta adhesiva protectora, todo estaba a la vista. Todas las sales estaban juntas, de las finas a las gruesas pasando por las en escamas.

Lo que la gente no sabía sobre los chefs era que su trabajo solo consistía en parte en cocinar. Se basaba en tener una idea, una voz, un conjunto de creencias personales que eran tan fuertes que había que construir algo con ellas. No había literalmente ninguna razón para abrir un restaurante si creías que otro lo estaba haciendo mejor de lo que podrías hacerlo tú. Tras veinticinco años trabajando en cocinas, y diez años en su propio local, Jane seguía estando segura de que nadie hacía mejor al Hyacinth que ella. El restaurante era una máquina extraordinaria, y ella era su motor, el cerebro. Y lo único que quería era seguir siendo también el cerebro de lo que le quedaba de vida.

Jane tenía un quebradero de cabeza, y el nombre de este quebradero de cabeza era Ruby. Zoe lo tenía peor en términos de combate directo, eso era cierto, pero también podían abrazarse, ir al guardarropa de Zoe a jugar a vestirse de etiqueta y hablar sobre grupos de los que nadie más había oído hablar, y todo se había solucionado. Jane era la mala. Siempre había sido la que tenía que decir a Ruby que no podía tomarse otro helado o que no podía obligar a todos sus amigos de preescolar a llamarla «majestad» y hacer lo que ella quisiera. Jane era la jefa, y la jefa nunca recibía abrazos.

Su adolescencia había sido considerablemente fácil. Massapequa era un buen lugar en el que crecer. Jugaba en todos los equipos, iba a comer pizza con sus amigos y perdía la cabeza por estrellas de

cine, como todo el mundo. Todo el mundo era virgen, por lo que daba igual que ella fuera una virgen lesbiana. ¿Qué diferencia había? Todos llevaban peinados feos y escuchaban la emisora de música Z100. El verano antes de marcharse para ir a la residencia de estudiantes de la Universidad de Nueva York, había pasado todos los días en la piscina local, evitando a los niños pequeños porque era evidente que no paraban de hacer pipí. Tenía el cuerpo lleno de pecas, incluso entre los dedos de los pies.

Sus padres la habían tratado todo el verano como si fuera de cristal, y no entendió por qué hasta que hubo terminado y estaban llenando el coche de cojines, cajas y libros. A diferencia de Ruby, Jane tenía hermanos, dos chicos y una chica, todos ellos menores que ella. Como Ruby, Jane no tenía ni idea de lo que significaba para sus padres que su hija mayor estuviera preparada para irse de casa. ¡Irse de casa! Sonaba definitivo. En aquel momento, Jane había pensado que su madre estaba sufriendo una especie de ictus muy prolongado, siempre conteniendo el llanto y mirándola como si fuera el último capítulo de *Dallas*. Pero ahora lo entendía. Los hijos querían irse. Los hijos sabían que eran lo bastante mayores. Era un conocimiento intrínseco, prehistórico. Solo los padres seguían creyendo que eran unos niños. Todos los demás, las tabaqueras, el sistema electoral, el sector de la pornografía, decían lo contrario.

Jane se movió despacio por la cocina. Giró unos tarros para que estuvieran del lado correcto. Sonó el timbre de la puerta, y al alzar los ojos vio como su segunda chef, Clara, entraba a zancadas. Clara era buena, de lo más responsable. Algún día querría tener su propio local. Siempre había más personas a tu cargo que se independizaban. Notó que se sumía en la zona de peligro e hizo algo de espacio en la encimera. Tomó la harina, la sal y la levadura, y cuando Clara llegó a la cocina, la saludó con la cabeza. Hornear pan sin motivo siempre había sido la forma favorita de Jane para aliviarse el estrés, y como Clara lo sabía, se puso a trabajar en lugar de preguntarle nada.

28

A Andrew lo complacía estar ocupado. Desde la noche de la fiesta, su relación con Elizabeth había sido fenomenal. Era como si ella supiera que necesitaba que estuviera a su lado, que lo apoyara, y él era consciente de que necesitaba que ella estuviera presente para respaldarlo como siempre, y así estaban. Que practicaran sexo más a menudo no iba nada mal. Aunque no habían vuelto al nivel de los años posteriores al nacimiento de Harry, cuando intentaban concebir, resueltos a darle un hermanito, y había sido agotador para ambos, pero estaba bien, realmente bien para ser dos personas que llevaban juntas veinte años. Era una parte de su relación que siempre había sido satisfactoria, un ligero recordatorio de que todavía sabían hacer bien las cosas. Tampoco era que Andrew supiera con qué regularidad practicaban sexo los demás. Suponía que Elizabeth sabía cuándo Zoe o cualquiera de sus amigas íntimas tenía un orgasmo porque recibía un mensaje de texto automáticamente, pero los hombres no eran así, ni siquiera los que eran como él.

Los martes por la mañana había el grupo de meditación guiada; los miércoles, yoga; los jueves se daban charlas sobre el dharma y los viernes había trances cósmicos. Andrew sabía que seguramente no podría ir todas las semanas, no sin darle una explicación larga y detallada a Elizabeth. Quizá podría invitarla a ir, pero podría detestarlo o reírse de ello, y entonces tendría que explicar a Dave que a su mujer no le iba ponerse trascendental. Elizabeth siempre había apoyado sus diversas iniciativas, pero por ahora quería guardar esta en secreto.

La mayoría de días, se acercaba a EVOLVEment después de que Elizabeth se hubiera ido a trabajar. Habían montado un taller de carpintería en el garaje, y él estaba haciendo estantes para las

habitaciones superiores. Dave entraba y salía medio desnudo. Unas veces daba la impresión de que acababa de despertarse, con los ojos llenos de legañas, y otras, de que se había pasado toda la noche levantado. Hablaban un poco, solo un peldaño por encima de los chismes habituales de la oficina frente a la máquina de café. Últimamente Dave había estado comentando algo sobre un barco: un EVOLVEment flotante.

—En verano podría estar aquí, en Brooklyn. Tal vez atracado cerca del puente de Brooklyn, donde está Bargemusic, con sus conciertos de música clásica a bordo, totalmente engalanado, de modo que los turistas quieran saber qué pasa. Y después, en invierno, zarparíamos al sur: Vieques, Saint Maarten, quizá. —Descamisado, con los brazos cruzados, se le veía una franja de vello entre los pectorales, una flor de lis de rizos castaños.

—¿Navegas? —preguntó Andrew. Estaba lijando un madero enorme, un estante que recorrería la pared de la sala principal de yoga. Sabía bastante para hacerlo y se le daba bien trabajar con las manos. Dave nunca le había preguntado si era un artesano experto. No era el tipo de vibración adecuado: si creías que podías hacerlo, podías hacerlo. Uno de los chicos con rastas cortas y una sonrisa de oreja a oreja se asomó al garaje y dijo que llevaba herramientas en el maletero del coche y que podía ayudar a Andrew a colocar el estante cuando estuviera terminado.

—Cuando era pequeño —explicó Dave—. Aquí y allá. Pero es como ir en bicicleta. —Se dio golpecitos en la sien con un dedo—. Todo está aquí dentro.

—Yo también —comentó Andrew. No le gustaba hablar de su familia, pero le salió sin más—. Iba a clases de vela todos los veranos, cerca de la casa de mis padres en Long Island. Nos pasábamos tres días en tierra haciendo y deshaciendo nudos antes de que nos dejaran mojarnos siquiera los pies. Intenté enseñarle a mi hijo, y no podía haber mostrado menos interés.

—Eres un auténtico polímata —rio Dave—. Me encanta.

—Yo no diría tanto —dijo Andrew—, pero supongo que he podido hacer muchas cosas diferentes.

—¿Has participado en carreras?

—¿De vela, te refieres? No. En los sueños de mi padre, sí. Le habría encantado tener en casa uno o dos trofeos al vencedor de una regata, pero nunca fui esa clase de chico, la verdad. Siempre fue una gran decepción para mis padres que me interesara más el budismo que los clubes de campo.

—Hummm... —dijo Dave, comprensivo—. ¿Has estado en la

India?

—Sí, una vez, a los diecinueve años. —Andrew dejó la lijadora. Sin querer, se había cargado parte de la madera, y el estante había quedado ondulado como una ola. Dave no pareció darse cuenta—. He estado cierto tiempo viajando. Jaipur, Kerala.

—Fantástico —comentó Dave—. Te diré lo que tengo en mente: unas vibraciones totalmente distintas a las de esta casa. Quiero que sea rosa, ¿sabes? Brillante. Colorido. Como ninguna otra cosa. Y la gente podría pasar una noche, o quizás una semana, mientras navega, haciéndose tratamientos, trabajando con nuestra gente. Como un retiro flotante. Con un nombre que incluya la palabra *boat*, puesto que será un barco. ¿EVOLVEBoat, BoatMENT? Todavía no tengo claro cómo tendría que llamarse.

—Suena increíble —aseguró Andrew.

—Me alegro de que te guste —dijo Dave—. Ya hablaremos más sobre ello después. —Dio una palmada a Andrew en el hombro—. Te está quedando precioso. *Wabi-sabi*, ¿verdad? —comentó, señalando el madero con la cabeza y se volvió hacia la casa principal.

—Sí —contestó Andrew. El garaje estaba fresco y tranquilo. Llegaba una tenue música procedente del interior, aunque no distinguió qué era. ¿The Kinks? ¿Big Star? Una joven pareja salió por la parte trasera con unos platos llenos de cáscaras y pieles de frutas para el contenedor orgánico. Andrew los saludó amistosamente y ellos le devolvieron el saludo con la mano.

¿Cómo lo verían, como a su padre? ¿Como a un hermano mayor enrollado? No lo sabía. Cuando Elizabeth y él estaban en su garaje, sentados en sus tambaleantes sillas de madera, Andrew se sentía a veces como un anciano desdentado en una canción tradicional de los Apalaches. Elizabeth cerraba los ojos cuando cantaba, lo que en ocasiones hacía que se pareciera a su madre medio piripi tras beber dos copas de chardonnay. Lo que era mejor que parecerse a la madre de él, a quien le habían estirado la piel hacia las orejas tantas veces que era sorprendente que todavía tuviera mejillas.

Lo más probable era que en internet hubiera guías sobre cómo construir un barco. Andrew podía verlo, las gigantescas cuadernas del casco uniéndose bajo sus manos. Quería hacer algo que pudiera salir a mar abierto, algo flotante y hermoso.

29

Los almuerzos entre semana eran tan aburridos que Ruby había empezado a dibujar una novela gráfica sobre la vida secreta de *Bingo* como peluquero en Nueva Jersey. Al final, dejó de reírse de los chistes de Jorge, de modo que él se limitaba a mirarla lánguidamente desde detrás de la barra mientras preparaba menta y exprimía naranjas. Cada vez que alguien entraba y pedía una mesa, Ruby fingía ser de un país diferente. Era francesa, era japonesa, era mexicana. Pensó que por lo menos alguien se molestaría o se divertiría, pero nadie pareció fijarse. La mayoría de los clientes eran mujeres en la treintena que llevaban zuecos sin motivo aparente, por lo que, evidentemente, no eran el público más sofisticado para el arte en vivo de Ruby.

Su mami entraba y salía para llevar flores a las mesas y cajas de lavavajillas del maletero del coche. Sus madres se estaban portando de una forma literalmente ridícula. A veces pensaba en sentarlas y explicarles que lo único que tenían que hacer era actuar con normalidad para que todo volviera a ir bien. Zoe se comportaba como si fuera una joven amish en su Rumspringa multiplicado por dos, con sus preciosos conjuntos y sus copas de vino rosado en mitad de la tarde, y Jane gruñía como el abominable hombre de las nieves. No querría estar casada con ninguna de las dos, pero ese era su problema, no de ella. Llegados a este punto, ¿cuál era la diferencia entre estar casadas y divorciadas? Seguían haciendo juntas todo lo relativo al Hyacinth. La única razón de que el restaurante estuviera medio decente era que Zoe había elegido cada baldosa, cada pedacito de pintura, cada silla, cada salero. Llevar un matrimonio no podía ser tan distinto a llevar un restaurante. Vamos. Además, que dos personas tuvieran hijos significaba que iban a estar relacionadas entre sí el resto de sus vidas. No había

escapatoria, y tampoco daba la impresión de que realmente estuvieran tan mal. Ruby lo tenía mucho peor que ellas. Seguramente iba a tener que hacerse agricultora ecológica, bailarina exótica o cualquier otra cosa en la que solo necesitaras práctica, pero oye, si querían pasar de ella para concentrarse en sus estúpidos problemas, adelante. Dibujó un vestido de gala horroroso y ostentoso como el que llevaría alguna de las posibles novias del soltero de turno del programa *The Bachelor* para salir de la limusina y, después, le añadió la cabeza de *Bingo*.

Eran las tres menos cuarto de la tarde. Dejaban de llevar a la gente a la mesa a las tres. A falta de tan solo quince minutos, Jorge empezaría a no aceptar más personas, y ella podría irse a casa. Pero como Harry dijo que iba a ir a recogerla, iba a esperar hasta que llegara.

Habían salido tres veces desde la noche que fueron a la casa, dos de noche, para dar paseos con *Bingo*, y una por la tarde, cuando las madres de Ruby estaban fuera. Harry aprendía deprisa. Parecía estar al tanto de la existencia del clítoris, a pesar de no saber exactamente cómo era, y a diferencia de algunos chicos, aceptaba bien las instrucciones y no le molestaba que Ruby le diera consejos. Una de las cosas que su madre le había advertido sobre el sexo era que también tenía que gustarle a ella, y gracias a Dios que lo había hecho.

Siempre era más fácil en una oscuridad relativa. De este modo, podías manosear a la otra persona y tocarle alguna parte nueva del cuerpo sin admitir del todo que querías hacerlo. «Oh, ¿eso era mío? Oh, ¿eso es tuyo?» A Ruby le gustaba desnudarse y ver cómo a Harry se le desorbitaban los ojos. Daba igual lo oscuro que estuviera, seguía viendo aquellos círculos enormes, como de personaje de dibujos animados. Era de lo más gratificante. Dibujó a Harry con unos platillos volantes en lugar de ojos. El timbre de la puerta sonó y Ruby alzó la vista, esperando ver a Harry.

Dust sostenía el monopatín apoyado en su pecho como si fuera un escudo. Detrás de él, en la acera, Ruby vio a Sarah Dinnerstein, su compañera de clase de Whitman y devota seguidora de Dust y el ejército de chicos de los peldaños de la iglesia. Sarah había sido bastante mojigata hasta el último curso, cuando se hizo un *piercing* en la nariz y se tatuó la palabra «amor» en la parte interior del labio inferior. La gente decía que le iba la heroína pero básicamente le iba Nico, quien, como Dust, no estudiaba nada y podía tener veinticinco años. Nadie lo sabía con certeza. En otoño Sarah iba a ir a Bennington. Ruby no daba crédito a que Sarah Dinnerstein, que

tenía cuatro neuronas en toda la cabeza, hubiera sido admitida en la universidad y ella no. El mundo no era justo. Era probable que Sarah Dinnerstein jamás hubiera tenido un orgasmo. Seguramente creía que los orgasmos femeninos eran un mito, como el monstruo del lago Ness.

—¿Qué quieres? —preguntó Ruby.

—Vengo en son de paz —respondió Dust, que se apoyó en el puesto de recepcionista—. Hoy Nico da una fiesta. Todo el día y toda la noche. Hemos salido a buscar bebidas. Sarah quería un Gatorade.

Fuera, Sarah daba vueltas bajo el sol. Tenía las mejillas rollizas de un bebé y llevaba un vestido demasiado corto.

—Dios mío —exclamó Ruby—. ¿Está colocada?

—Molly. ¿Quieres un poco? —soltó Dust tras pasarse la lengua por los dientes.

El timbre sonó de nuevo. Harry, sorprendido, tuvo que mirar dos veces a Dust, pero mantuvo la cabeza en alto, lo que alegró a Ruby.

—Hola —dijo Harry, saludándola con la cabeza.

—Hola —respondió Ruby. Extendió los dedos como un cangrejo. Harry se puso de lado para pasar junto a Dust y dejar que lo pellizcara. Ruby colgó el brazo del hombro de Harry y lo acercó hacia ella—. A lo mejor nos pasamos, Dust.

—De acuerdo. Ya sabes dónde estaré —dijo este con una ceja arqueada. Dejó caer el monopatín al suelo con tal estrépito que Jorge dio un respingo—. Hasta luego. —Empujó el monopatín fuera e hizo un *ollie* en la acera, para gran regocijo de Sarah Dinnerstein.

—No vamos a ir a una fiesta con Dust, ¿verdad? —quiso saber Harry.

—No lo sé —contestó Ruby, encogiéndose de hombros—. Mi amiga Sarah va a ir. Y Nico es legal.

—De acuerdo —dijo Harry—. Si tú quieres ir, iré.

—Vamos, a ver si nos mamamos —soltó al dejar el puesto de recepcionista. Quería ver si Harry se sonrojaba al oír el verbo «mamar», y lo hizo.

A pesar de haber salido seis meses con él, Ruby no tenía ni idea de dónde vivía Dust. Su madre vivía en Sunset Park, puede, y su padre en algún lugar de Queens, pero todo era bastante confuso. Nico, por su parte, vivía en una gran casa muy cerca del Hyacinth, y había estado en ella mil veces. La casa de Nico era un sitio semimítico. Sus padres no existían. No había botes de lentejas en la

alacena, ni huevos en la nevera. No había ninguna fotografía en las paredes. Las cortinas siempre estaban corridas. Harry caminaba despacio, y el pelo le caía sobre los ojos. Ruby le rozó el brazo con una mano.

—Estos chicos no son amigos míos —comentó Harry—. Lo digo a nivel específico y también general, ya sabes, como en sentido filosófico.

—No están tan mal —aseguró Ruby, a pesar de que eran peores de lo que Harry podía imaginar. No sabía muy bien por qué quería ir a la fiesta. Desde luego no era para estar con Sarah, que nunca le había caído bien, y tampoco era para enrollarse con Dust, que era la única razón por la que habría ido antes. Era, sin duda, el grupo social racialmente más diverso del que formaba parte, y esto le gustaba. En Whitman todo el mundo era de distintas tonalidades de blanco, como si todos compitieran para ver quién podía tener menos idea de sus privilegios raciales. Los chicos de los peldaños de la iglesia eran unos pirados, pero por lo menos no eran tan malos. Y le encantaba la idea de poner celoso a Dust, y también la idea de enseñar a Harry cómo era su vida, o por lo menos, cómo había sido antes. Ahora que se había graduado, todo parecía diferente. No era una pirada genial, puede que solo fuera una pirada sin más. Quizá quisiera ir porque temía que Dust y ella fueran más parecidos de lo que ella creía. Tal vez quisiera ir porque temía que eso pudiera ahuyentar a Harry y ella se quedara con Dust, Nico y Sarah, que era lo que en realidad se merecía.

Había varios chicos fumando en el porche. Como los conocía, Ruby los saludó con un gesto. Tomó la mano de Harry y entrelazó los dedos con los de él, aunque hacer algo así en público no era algo que hubieran hecho antes. Se volvió para mirarlo y vio que Harry sonreía de la forma en que sonríes ante un vídeo de YouTube sobre un cachorro de león que se hace amigo de una cría de puercoespín, como si no pudieras creerte lo bonito que puede ser el mundo. Se sintió culpable al instante, pero ya era demasiado tarde, de modo que entraron.

30

La doctora Amelia estaba de vacaciones. Todos los demás psiquiatras del mundo las hacían en agosto, pero la doctora Amelia se iba en julio. Zoe la había llamado tres veces y dejado los correspondientes mensajes y, finalmente, la doctora Amelia le devolvió la llamada.

—Zoe —dijo. Se oían unas gaviotas de fondo—. Estoy en Cape Cod. Es bonito como una postal. ¡Es la imagen de la salud! ¿Qué ocurre?

Zoe estaba en la cama. Jane estaba en el restaurante, y Ruby donde fuera que iba. Había dejado de intentar seguirle la pista cuando, a los quince años, volvió a casa con un tatuaje. Básicamente, era buena chica, y confiaba en ella. Era inteligente dar algo de libertad a los hijos. Eso era lo que decía Oprah. Naturalmente, Oprah no tenía hijos. Tal vez estuviera hablando de cachorros.

—Nada —respondió Zoe. Notó que empezaba a temblarle la voz.

—Jane también me ha llamado —comentó la doctora Amelia—. Regresaré en tres semanas. ¿Qué os parece si venís y nos vemos entonces?

—Muy bien —contestó Zoe. Se echó hacia abajo, de modo que tenía la cabeza más cerca de los pies de la cama, y chocó con *Bingo* —. Tan solo esperaba que pudiéramos hablar un minuto, si le parece bien.

—¿Qué te preocupa?

—¿Cómo se sabe cuándo debería uno divorciarse? ¿Hay alguna especie de gráfico? Creía que estaba segura, pero en realidad, no lo sé. Usted nos ha visto. ¿Qué opina?

—Sabes que yo no puedo decirte si tienes que seguir casada o no, Zoe. —Más gaviotas.

Zoe cerró los ojos y se imaginó a la doctora Amelia en bañador. Sería un traje de baño entero de colores vivos, tal vez con una faldita, como los que solía llevar su abuela. Era probable que la doctora Amelia llevara gafas de sol graduadas y un sombrero de paja. ¿Por qué no podía decirle lo que le pedía? Todos los demás le aconsejaban cosas: su madre en Los Ángeles, sus tías en Michigan, sus conocidos. ¿Por qué no podía una terapeuta decirle sencillamente sí o no? Tal vez necesitara una vidente, o uno de los adivinos que se anunciaban en los periódicos. Adivinadores de papel. Sí o no.

—¿Ha alquilado algo, está en casa de algunos amigos o qué?

—Sabes que tampoco te diré eso.

—¿Qué tal las ostras?

—Deliciosas. —La doctora Amelia exhaló con fuerza—. ¿Qué pasa, Zoe?

—Creo que se me da bien mi trabajo —respondió esta. Estaba intentando no echarse a llorar—. Y, verá, si nos divorciamos, ¿tendré que encontrar otra cosa que hacer? Casi tengo cincuenta años. —La cifra la asustaba. Cuando Jane cumplió los cincuenta cinco años atrás, habían celebrado una gran fiesta y todo el mundo había bailado hasta las tantas. Ruby se había quedado dormida en el bar, como una auténtica réplica de Eloise, la pilluela de Brooklyn por excelencia. Pero cuando pensaba en su propio cumpleaños, para el que todavía faltaban dos años, quería meterse en un agujero y morirse. No pasaba nada por cumplir cincuenta, excepto si de repente te quedabas colgada. No pasaba nada por cumplir cincuenta solo si estabas en una forma excelente y te seguían besando por lo menos una vez al día.

—Podéis resolver las cuestiones laborales después de resolver las matrimoniales. No tiene que hacerse todo de golpe. Nadie va a ser excomulgado. Cada cosa a su tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que firmaste un contrato realmente complicado? El divorcio es también un negocio.

—Pero ¿cómo sé si es eso lo que realmente quiero? —susurró Zoe. Quería preguntar a Elizabeth si alguna vez se había sentido así con respecto a Andrew, pero decirlo en voz alta era como una maldición, como si pensarlo, como si dejar que te pasara por la cabeza y te llegara a los labios, conllevara que tu matrimonio estuviera sentenciado. No quería estar sentenciada, y no quería admitir a Elizabeth que lo estaba.

—¿Amas a tu mujer?

—Claro que sí —contestó Zoe, que tenía la oreja y la mejilla

húmedas del sudor del teléfono—. Tenemos una hija, tenemos una vida en común. Es que nunca nos divertimos, ¿sabe? Tengo la impresión de tener una compañera de habitación a la que tengo que hacer la colada. A veces, cuando Jane me besa, olvido de que puede hacerlo, como si fuera una indigente en el autobús o algo así.

—Quizá tendríais que intentar divertiros un poco —comentó la doctora Amelia.

—Sí —dijo Zoe, secándose el sudor de la cara—. ¿Alguna sugerencia? —Asomó la cabeza de debajo las sábanas y *Bingo* saltó al suelo.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvisteis una cita? —preguntó la doctora Amelia—. Tal vez necesitéis sacudiros la nieve de las botas. Dar un puntapié a los neumáticos para comprobar la presión del aire. Ver si podéis inflar un poco más las ruedas de la bicicleta.

—Lo pillo —dijo Zoe—. Pediremos hora cuando regrese. Gracias por llamar. Siento haberla importunado durante sus vacaciones.

—Para eso están los teléfonos. No pasa nada. Cuídate. —Y, dicho esto, la doctora Amelia colgó, y Zoe y *Bingo* estuvieron de nuevo solos en casa. Se oyó un ruido en la planta baja—. ¿Hola? —llamó Zoe, pero nadie contestó. La casa tenía sus propios problemas.

31

Elizabeth no había visto a *Iggy Pop* en toda la tarde. Había ido y venido, al trabajo, a la tienda de comestibles, a la cafetería, pero durante el día *Iggy* normalmente iba pasando por los distintos lugares donde dormía, y no le pareció raro hasta que se percató de que llevaba sin encontrarse con él casi todo el día. Harry estaba entretenido con un videojuego en el salón mientras un libro de preparación para la selectividad yacía abierto en la mesita de centro.

—¿*Igs*? —dijo—. ¿*Iggo Piggo*? ¿*Pop pop*? ¿Has visto el gato? —preguntó a su hijo tras describir círculos por la cocina.

Harry sacudió la cabeza sin apartar los ojos de la pantalla.

—Hummm… —dijo Elizabeth. Comprobó todas las camas y lavabos de la casa. A veces, cuando hacía calor, *Iggy* iba de uno a otro, intentando mantener frío el cuerpo presionándolo contra la porcelana. Andrew volvía a estar en EVOLVEment.

A Elizabeth no le apetecía ser un incordio. Le encantaba que Andrew conectara con sus sentimientos. Jamás quiso un marido como su padre, quien podría haber estado ardiendo en llamas y no habría pedido ayuda. Pero no le gustaba que Andrew hubiera decidido hacer de aprendiz en un estudio de yoga en lugar de encontrar un trabajo de verdad, aunque ese trabajo hubiera sido de aprendiz en una carpintería. A Andrew nunca le preocupó el dinero, nunca tuvo que hacerlo, pero durante la mayor parte de su vida adulta había, por lo menos, respetado dar la imagen de que tenía un empleo.

Había montones de chavales en Whitman en una situación parecida. Eran hijos de actores y de inversores en fondos de cobertura, nietos de personas cuyos nombres figuraban en placas de edificios públicos. Brooklyn no era igual que cuando se habían

mudado, una ciudad situada al lado, con sus propios ritmos y su propio palpitar. Ahora estaba lleno de excedentes de Manhattan. Los oligarcas rusos estaban acaparando Tribeca y el West Village, de modo que Brooklyn era lo segundo mejor. Su trabajo consistía en apoyar esta situación, pero no le gustaba. Habría preferido recibir menores comisiones y conservar el barrio lleno de familias de clase media. Había vendido muchas casas a profesores de escuela pública, especialmente en Center Slope, y esas casas valían ahora una cantidad completamente absurda de dinero. A veces pensaba en trasladarse al interior, a algún lugar bonito a lo largo del Hudson. Tal vez cuando Harry se graduara, Andrew y ella podrían venderlo todo. Vender su casa. Vender su vida. Si no estuvieran en la ciudad, entonces tal vez Andrew no tendría que fingir tener un empleo. Podría ir a retiros de meditación y hacer esculturas o cerámica, o tomar clases de taekwondo. Ella podría vender casas de campo a los ricos que compraban casas por dos millones de dólares en Brooklyn. Pediría a los O'Connell que le permitieran abrir una sucursal en Rhinebeck. Harry podría pasar los veranos en casa, viviendo en el piso que habría sobre el garaje. ¿Qué decía de su autoestima que necesitaran estar en la ciudad sin motivo alguno? ¿Tenía miedo de lo que sus amigos pensarían de ella, de si dirían que era una rajada? ¿Lo era?

—¿Mamá?

—Perdona, ¿qué? —pestañeó. Harry la estaba mirando con la escena de la pantalla que mostraba a su rana detective a medio saltar en pausa.

—¿Quieres que te ayude a buscar al gato? Pronto será de noche.

—Sí, cielo —respondió Elizabeth, frotándose las manos—. Sí, vamos a hacer eso. ¿Podrías comprobar el sótano? Yo buscaré un poco más por aquí y después tal vez podríamos dar una vuelta a la manzana. —*Iggy Pop* no tenía que salir porque había gatos salvajes en el barrio y no sabía luchar, pero la puerta con mosquitera de la parte trasera de la casa era fácil de empujar, incluso para un gato. Ya había salido unas cuantas veces antes, y siempre lo habían encontrado rondando los parterres del jardín con una mirada decidida en la cara.

Elizabeth abrió y cerró los armarios de la cocina y echó un vistazo bajo la mesa del comedor.

—No está en el sótano —anunció Harry mientras subía la escalera.

—No —dijo Elizabeth—. Ya me lo parecía.

Empezaron por el jardín. Elizabeth, siguiendo la dirección de las

agujas del reloj, y Harry, la contraria. Ni rastro de *Iggy*.

—Demos una vuelta a la manzana —dijo Elizabeth. Bajaron por el camino de entrada hasta la acera y se dirigieron hacia la derecha, mirando debajo de los coches aparcados y en los parterres.

Harry necesitaba un corte de pelo. Los rizos empezaban a bajarle por el cuello como cuando era pequeño. Elizabeth contuvo las ganas de rodearse un dedo con uno de ellos.

—¿Así que pasas tiempo con Ruby? —Desde el incidente de eBay, Harry no la había mencionado, pero Elizabeth veía que el teléfono se le iluminaba más de lo habitual y, acto seguido todo el semblante, por lo que sabía que Ruby seguía rondándole. No es que estuviera en contra; quería a Ruby. Quería a Zoe. Le encantaba que Harry pasara tiempo con una chica, tanto si lo que estaban haciendo era algo romántico, algo platónico o, lo más probable, algo situado en aquella inmensa y neblinosa zona intermedia.

—Supongo —respondió Harry—. Sí, nos estamos viendo. Me refiero a después de las clases de preparación para la selectividad y eso. A veces.

—¡Qué bien! —comentó Elizabeth. No quería presionarlo. Ella nunca había hablado ni una sola vez con su padre o con su madre sobre su vida amorosa como adolescente ni como adulta. Cuando Andrew y ella decidieron casarse, su padre había contado un chiste sobre el lecho conyugal, y Elizabeth había tenido náuseas durante días. Era asunto de Harry. Ruby era un poco alocada, pero Elizabeth dudaba muchísimo de que su encantador hijo estuviera a la altura de los estándares románticos de Ruby. Zoe había sido igual. Le gustaba flirtear con cualquiera que la mirara, pero era mucho más difícil atraparla. Era extraño ver cómo se repetían las cosas.

Cuando Zoe y Jane habían empezado a hablar sobre tener un hijo, no estaba claro cómo lo harían. Zoe era más joven, pero también más aprensiva. La madre de Jane había tenido cuatro hijos en casa con una comadrona y sin anestesia; sus genes eran buenos. Era un acertijo logístico: las dos serían madre, claro, pero ¿cuál de las dos iba a llevar al niño en sus entrañas, a amamantarlo, a hacer que sus hormonas y su pelvis pasaran por un infierno? Ambas estaban dispuestas a hacerlo. Si iban a tener más, ¿tal vez Jane tendría que hacerlo primero? Pero ¿cómo sabían si iban a tener más? Ni Zoe ni Jane deseaban una familia numerosa. Y, por supuesto, también tenían que resolver el asunto del esperma.

Era lo que la gente siempre quería saber, y lo que Elizabeth había temido preguntar demasiado, a pesar de la amistad que las unía. ¿Iban a obtenerlo de un amigo o de un banco de esperma? Si

era de un amigo, ¿se acostarían con él o recurrirían a la jeringa para rellenar el pavo? Elizabeth detestaba pensar en que seguramente a Ruby le hacían todas estas preguntas, en el colegio, en los campamentos de verano, tanto personas intolerantes como amigas. Antes de que Zoe tuviera a Ruby, Elizabeth nunca había pensado lo fácil que lo tenía una pareja heterosexual. A pesar de que Andrew y ella lo habían pasado fatal para que se quedara embarazada, tanto antes del nacimiento de Harry como después, aquel trauma y aquel sufrimiento eran suyos y de nadie más. Nadie les preguntó jamás cómo planeaban tener un hijo, qué complicadas medidas tendrían que adoptar.

Era asombroso pensar que aquel esperma, el del hermano menor de Jane, para que se sepa, había engendrado a Ruby, que había sido un bebé rollizo, una niña preciosa y una adolescente huraña que se había graduado de la secundaria. Elizabeth le había cambiado los pañales un montón de veces, la había bañado. Y ahora Harry se ruborizaba al oír su nombre.

—No sabe qué va a hacer el año que viene —dijo Harry sin que le preguntara nada. Habían llegado a la esquina y doblado a la derecha, sin que hubiera todavía ni rastro de *Iggy*.

—¿No? Zoe me dijo que iba a tomarse un año sabático. En Europa. Prácticamente todo el mundo lo hace. Creo que es una idea excelente.

—Sí, pero ni siquiera sabe qué quiere hacer, o sea, que no tiene ni idea.

—¿Te refieres al año que viene? —preguntó Elizabeth, mirando a su hijo—. ¿O al resto de su vida?

—Las dos cosas.

—Yo no sabía qué quería hacer el resto de mi vida cuando tenía dieciocho años —comentó Elizabeth mientras saludaba con la mano a un vecino mayor al otro lado de la calle—. Todavía no lo sé ahora. Y tu padre mucho menos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harry, afligido.

—Quiero decir que nunca es demasiado tarde para decidir hacer otra cosa. Hacerse mayor no significa tener de repente todas las respuestas. —Saltó una rendija grande que había en la acera y se agachó para mirar debajo de unos cuantos coches más.

—Ya lo sé —aseguró Harry—. No crecí en una burbuja. Pero ¿qué quieres decir con eso de que papá lo sabe mucho menos?

—Oh, eso —contestó Elizabeth—. Solo que le interesan muchas cosas y que no ha tenido una carrera profesional convencional en la que vas ascendiendo laboralmente, ya sabes.

—Sí —asintió Harry, que se conformó con esta explicación. Llegaron a la siguiente esquina y volvieron a girar a la derecha—. Quizá tendríamos que preparar carteles.

—¿Para tu padre?

—Para el gato.

—Claro. —Se puso en jarras. El sol se estaba poniendo. El barrio tenía un aspecto precioso al ocaso, como el resto del mundo. A veces deseaba poder tomar las fotografías de todas las casas justo antes del anochecer, cuando cada habitación parecía cobrar vida, llena de hermosura y posibilidades. Los rizos de Harry habían adquirido una tonalidad dorada. Quiso besar a su hijo en la boca como hacía cuando era un bebé, y recordar cada segundo de su vida juntos, como una especie de robot. A Andrew se le daba mejor recordar los pequeños momentos del desarrollo de Harry, como qué día de la semana sonrió por primera vez y cuándo aprendió a ir en bicicleta sin ruedines. No había tiempo suficiente en el mundo, no para las cosas que importaban más, ni siquiera si se incluían todos los días interminables en los que Harry había tenido fiebre, había vuelto a casa del colegio y no se había movido del sofá. Y los días en que los tres habían estado encerrados en casa cuando había tormenta de nieve. Y los días antes de que lo concibieran cuando no había nada que Andrew y ella quisieran más que ver la señal correspondiente a un resultado positivo.

32

La casa estaba desordenada, con ropa de Ruby por todas partes, y pelo de perro, y vasos de agua medio llenos abandonados por ahí. Zoe sabía que aquello debía de dar a Elizabeth la impresión de que no estaba segura de qué hacer a continuación, como si lo más probable fuera que acabara como los hermanos Collyer, sepultada bajo montañas de cosas que ella misma había acumulado. Aquella mañana había vaciado el estante que tenía junto a la cama y el cajón de la ropa interior. No sabía muy bien si lo estaba haciendo para empezar a pensar en tal vez vender la casa (ni siquiera podía pensar manifiestamente en ello) o si era una forma de dejar incluso eso para más tarde.

El margen de tiempo entre el almuerzo y la cena era su parte favorita del día. La casa estaba en silencio, y el Hyacinth estaba recargando pilas; los cocineros lo preparaban todo para la actividad frenética de la noche así como la comida del personal, algo copioso y reconfortante para alimentar a todo el mundo, desde los cocineros y los camareros hasta los ayudantes de camarero. Zoe siempre había preferido la comida del personal a cualquier cosa de la carta. Lo había probado todo tantas veces a lo largo de los años a base de un mordisco aquí, de un mordisco allá y de cucharadas de los distintos platos en casa, que ni con el cambio de temporadas era capaz de tolerar otro plato de polenta con setas o de espárragos laminados con pecorino del Hyacinth. La comida del personal podía ser cualquier cosa: pollo frito, cerdo *mushu* o hamburguesas con queso azul. No siempre estaba en el Hyacinth para entonces, pero esta noche cocinaba Jane, que estaba inspirada y se había puesto ella misma a los fogones, y Ruby trabajaba, así que fue. Lo único que hacía en casa era llevar cosas de una habitación a otra, así que le alegró salir un ratito.

Tardó seis minutos en llegar a pie al restaurante. Ruby estaba sentada a la mesa situada delante del escaparate. Tenía las piernas cruzadas debajo de ella, y el largo cabello violeta le caía sobre la cara. Zoe golpeó con suavidad el cristal para llamar su atención, y ella le sacó la lengua.

El interior del Hyacinth olía a albahaca, melocotones y azúcar moreno. Se sentó en la silla al lado de Ruby y saludó con la mano a los camareros que ponían las mesas.

—Hola, cielo —dijo a Ruby, y le pasó el pelo por detrás de la oreja.

—Mami, por favor —se quejó esta, y volvió a soltarlo.

Tenía un cuenco de guisantes dulces delante de ella, y Zoe se metió uno en la boca.

—Hola —dijo Jane, que se les acercó por detrás. Llevaba la ropa de cocinera, una rígida chaqueta blanca con el cuello desabrochado. A Zoe le encantaba verla vestida de chef, siempre le había puesto. Era su ropa de etiqueta, su versión de un vestido de gala, cuando era más ella misma, y se la veía más al mando. Jane siempre había parecido mayor, incluso cuando se conocieron, cuando Zoe tenía veintitrés años y Jane, treinta. A diferencia de Zoe, que nunca había tenido que trabajar, que pagaba el alquiler tarde porque era desorganizada pero no porque no tuviera dinero, Jane ya era adulta. Cuando había dicho a Zoe que quería montar un restaurante, Zoe supo que haría realidad su sueño. No tenía nada de adolescente, y tenía carácter. Jane puso las manos en los hombros de Ruby y se los estrujó con cariño.

—Hola —dijo Zoe—. ¿Qué hay de cenar?

—Carnitas, cariño. Tan ricas que saben a chocolate. Y ensalada de sandía. Exquisita.

—Suena delicioso. —A Zoe le encantaba cuando Jane hablaba de comida. No era el típico chef parlanchín que se carga los platos explicándote de dónde procede cada grano de arroz. A Jane le importaba eso, por supuesto, pero prefería sentarse contigo y asentir al ver tus gemidos de placer. Era más madraza que sumiller: le daba igual si identificabas o no la salvia o el azafrán, solo quería saber que te había gustado lo que te había servido. Había cocinado a menudo para ella al principio de su relación. Cuando Zoe pensaba en que podría enamorarse de Jane, se veía con ella en la mesa de la cocina de Jane, sentadas desnudas rebañando con el dedo la masa de un pastel de chocolate con nueces y clavando el tenedor en unas yemas perfectamente naranjas para cubrir de zarcillos una sabrosísima pasta hecha en casa. Jane acababa de salir del Culinary

Institute of America y le gustaba practicar sus técnicas. Cruasanes recién hechos, a veces rellenos de pasta de almendras. Zoe se chupaba los dedos todos los días. Los seis primeros meses que estuvieron juntas ganó casi cuatro kilos. Cada vez que había perdido peso en los años posteriores, Jane se lo tomaba como un desaire. Era una buena cualidad en una esposa.

—¿Quieres una copita de algo? —le preguntó Jorge, que la saludó con la mano desde detrás de la barra.

Zoe sacudió la cabeza, pero Jane se situó con él, al otro lado de la barra, y salió con dos copas de cava.

—Vamos, vive un poco —sugirió a Zoe, y le dio su propia copa a Ruby—. No te la tomes entera, que me detendrán. Estás sentada junto al escaparate. —Ruby sorbió ruidosamente un poquito de bebida. Al verla, Zoe frunció los labios y sonrió.

—¿Cómo te van las clases de preparación para la selectividad? No me has hablado demasiado sobre ellas —dijo Zoe. Detrás de Ruby, Jane entornó los ojos, pero nunca era un buen momento tener una conversación que un adolescente no deseaba, así que Zoe prosiguió—: ¿Crees que podrás examinarte otra vez?

—Como ya os he dicho, madres, el problema no fue la nota. —Ruby apretó los dientes—. Mis notas estaban bien. Mejor que las de la mitad de mis estúpidas amigas.

—¿Pero no tan buenas como las de la otra mitad de tus estúpidas amigas? —soltó Jane, y se sentó.

—En realidad, no son estúpidas. Mis amigas son listas. Solo las llamo estúpidas porque no las soporto —aclaró, y cerró el libro que tenía delante.

—Comprendo —aseguró Zoe.

—Y sí, puedo volver a examinarme, si queréis. Aunque no creo que importe. Mamá no fue a la universidad y le va bien. —Se volvió hacia Jane—. ¿Verdad que te va bien?

—Fui a una escuela culinaria —contestó Jane—. Si quieres ir a una escuela de formación profesional, eso también cuenta.

—¿Y qué hiciste tú en la universidad, aparte de fumar cigarrillos y tocar en una banda, mami?

—¡Oye, que mi asignatura principal era el arte! ¡También hice grabados! —rio Zoe.

—La verdad es que no me estáis convenciendo —dijo Ruby, meneando la cabeza—. No es extraño que a ninguna de las dos le importaran una mierda mis solicitudes. ¡Es una pérdida de tiempo y de dinero, y lo sabéis! Venga, admitidlo, en parte os sentís aliviadas por no tener que gastaros unos cincuenta mil al año para que

aprenda a tejer cestos, o lo que fuera que tú hiciste en Oberlin, o a hacer un suflé.

—Tú ya sabes hacer un suflé —dijo Jane, orgullosa.

—De nuevo, eso no viene al caso. —Ruby se volvió y dirigió la vista hacia la cocina, detrás de ella—. ¿Están listos los tacos? Me muero de hambre. El día se me ha hecho muy largo sin tener absolutamente nada que hacer aquí —afirmó y, tras correr la silla, se marchó a la cocina.

—¿Lo hemos hecho todo bien o lo hemos hecho todo mal? A veces no lo sé —comentó Jane, tras ocupar la silla que su hija había dejado.

—Si lo averiguas, avísame —dijo Zoe, que se permitió a sí misma recostarse en el hombro de su mujer. Esta olía a cerdo, a ajo y a chocolate, e inspiró todas esas fragancias. Si las cosas fueran siempre así de fáciles, estarían juntas. Si el restaurante no fuera un tira y afloja constante, si Ruby no fuera un saquito despampanante de ansiedad que le crecía en la boca del estómago cada día, todo sería distinto. Deseó que el matrimonio solo lo compusiera lo positivo, solo lo que te hacía feliz, pero no era así. Hasta ella lo sabía.

33

Hasta donde Harry sabía, era una cita oficial. El cantante de los Aeroplanes vivía en el barrio y todos los días almorzaba en el Hyacinth, por lo que tenía una buena relación con las madres de Ruby. Los había puesto en la lista para el concierto en el Barclays Center, y les había conseguido buenos asientos, además. Ruby se lo preguntó con un mensaje, como si no fuera gran cosa, pero Harry sabía que lo era. Tendría que contárselo a sus padres, y ella tendría que contárselo a sus madres, y seguramente uno de los dos tendría que recoger al otro en su casa y sentarse dos minutos en el salón charlando sobre tonterías. Harry esperaba de todo corazón que sus padres le dejaran ir a casa de Ruby, pero no le sorprendió que estuvieran los dos sentados en el salón aguardando a que ella llegara. Dijeron que estaban preparando carteles con fotografías de *Iggy Pop* para colgarlos por el barrio, pero él no les creyó. Se estaban entreteniendo a posta.

—¿Qué? —preguntó Elizabeth—. ¡Solo quiero verla! ¡Solo es Ruby!

Harry andaba de un lado a otro y se detenía cada vez que oía un ruido en la calle. Andrew lo observaba, divertido, que era lo peor de todo. Se inclinó hacia atrás y echó un vistazo por la ventana.

—Ya viene —anunció.

Harry se metió en la cocina y abrió el refrigerador. Necesitaba aire fresco, pero también no estar mirando la puerta principal cuando Ruby entrara. La fiesta en casa del amigo de Dust había sido bastante sosa, aunque no tenía demasiado con qué compararla. Había muchos chicos sentados fumando, y él había seguido a Ruby de una habitación a otra. De vez en cuando se habían parado para saludar a alguien, y cuando seguían adelante, Ruby le explicaba que en realidad no le caía nada bien aquella persona, sin importar lo

que le hubiera dicho a la cara. Al final, habían encontrado un rincón vacío, se habían sentado en el suelo y Ruby había usado como cenicero el tapón de una botella de zumo de frutas que estaba tirado a sus pies. Dust había pasado de ellos, y eso fue un alivio para Harry. Las fiestas eran menos movidas que en las películas. Nadie bailaba, nadie vomitaba, por lo menos hasta el final, cuando Sarah, la amiga de Ruby, se metió en el cuarto de baño y se oyeron unos ruidos bastante asquerosos desde fuera. Lo único emocionante que ocurrió fue que Ruby lo tomó de la mano, a pesar de que las tenían ocultas tras las rodillas, fuera de la vista de quienes pasaban por allí. Daba igual. Lo que importaba era que después, cuando llegaron a casa, ella le envió un mensaje pidiéndole tener una cita de verdad.

—Hola, Ruby, ¿cómo estás? —oyó que su padre la saludaba. Cerró la puerta del refrigerador y se apartó el pelo de los ojos. Ruby abrazó primero a su padre, y después a su madre. Se había hecho algo distinto en el pelo, que llevaba totalmente trenzado unos centímetros desde la cabeza, y después rizado.

—¡Vaya! —exclamó Harry—. ¿Cuándo te hiciste eso?

—Hace una hora —respondió Ruby, haciendo girar un rizo con el dedo corazón.

—Me encanta —intervino Elizabeth. Tomó un puñado de pelo de Ruby—. Te pareces a tu abuela. Para la mayoría de gente es un cumplido extraño, pero te pareces mucho.

—Buscaba ser una diosa del sol posapocalíptica, pero supongo que me quedo con lo de la abuela. —Ruby sonrió—. Gracias.

—Tendríamos que marcharnos —comentó Harry—. No vayamos a perdernos algo.

—Claro —dijo Elizabeth—. Divertíos. ¡Saludad a los chicos de mi parte!

Harry se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—No voy a saludar a nadie de tu parte, mamá —aseguró.

—Está bien. —Elizabeth le lanzó un beso, que su hijo alejó con la mano, como si pudiera devolverlo por el aire hacia los labios de su madre. Los dos muchachos salieron por la puerta antes de que pudiera decir nada más. Ruby no le tomó la mano de camino al metro, pero lo hizo en cuanto estuvieron en la línea Q en dirección al concierto.

El Barclays Center era enorme. Como no le gustaba el baloncesto, Harry no había estado nunca en él. Desde fuera, el

pabellón parecía una nave espacial que acababa de aterrizar en Flatbush Avenue, y en su interior todo el suelo era de un reluciente color negro, como si estuvieras dentro una malévola bola de cristal. Ruby había ido a un par de conciertos con su mami, y lo llevó a través de la gente hacia las ventanillas de recogida de entradas. La mayoría de los asistentes rondaba los treinta, con barbas y gorros de lana impropios de la estación, lo que hizo que Harry se replanteara su sencilla camiseta blanca con cuello de pico. Ruby iba, como había dicho, como una especie de diosa, con el nuevo peinado rodeándole la parte posterior de la cabeza como una aureola, y un vestidito holgado sobre unas enormes botas negras. Fruncía el ceño a cualquiera que se le acercaba a menos de un metro, lo que era alrededor de cien personas cada minuto. Finalmente encontraron sus asientos, que estaban en una sección acordonada de la pista, a poca distancia del extremo izquierdo del escenario.

—Hummm... —dijo Harry—. Estamos cerca. A estos chicos debe de gustarles mucho la comida de tu madre.

—Mi mamá preparó el banquete de bodas del cantante —explicó Ruby—. No está mal. Son, bueno, no sé. No son tan famosos.

—Yo diría que son bastante famosos —la contradijo Harry, señalando el resto del pabellón—. Aunque no es que eso signifique nada, han vendido muchas entradas para este concierto.

—Pues sí —comentó Ruby. Arrimó la nariz al cuello de Harry—. El caso es que no me gusta su música. Es para chicos tristes y para padres.

Harry casi podía imaginarse el día en que el hecho de que Ruby le tocara el cuello no se la pusiera dura al instante, pero aquel no era el día.

—Puede que me incluya en esa categoría o que no —dijo.

—Lo sé, por eso te invité —explicó Ruby—. Por eso y porque quería enrollarme contigo en público, delante de diez mil desconocidos.

—Acepto —afirmó Harry, pero antes de que pudiera decir nada más, Ruby le tomaba la cara con las manos y le tocaba los labios con la lengua. Los Aeroplanes salieron al escenario, y todo el público gritó. Harry sintió la música en el interior de su cuerpo. El resto de su vida, hiciera lo que hiciese, al oír los primeros acordes de aquella canción, recordaría la lengua de Ruby y la sensación de ser el chico más afortunado de Brooklyn.

La banda tocó. Todos cuantos los rodeaban se levantaron y se balancearon o menearon el esqueleto ante sus respectivos asientos, y cuando les apeteció participar, Ruby y Harry hicieron lo mismo.

Harry vio que Ruby se mofaba de la gente que tenían cerca o del grupo si él no la estaba besando, por lo que consideró que era su deber cívico hacerlo todo el tiempo posible. Hacia la mitad del espectáculo, el vocalista de la banda, un chico alto de aspecto escuálido con el pelo negro y graso que le colgaba hasta las orejas, habló al público.

—La próxima canción no es nuestra, pero creo que os sabréis igualmente la letra —dijo, y el guitarra empezó a interpretar «Mistress of Myself». Ruby y Harry se separaron y se echaron a reír. Todo el público, miles y miles de personas, la cantaron juntas.

—¡Esto es alucinante! —exclamó Harry, gritando por encima del ruido del pabellón.

—Sí —asintió Ruby, y empezó a agitar la cabeza y a vocalizar las palabras de la canción—. Creo que al cantante le gusta Zoe.

Harry se encogió de hombros. No era el único al que le gustaba. El *sex appeal* de Zoe era una especie de broma en su familia. Cuando Harry era pequeño, antes de que supiera qué eran las lesbianas, una vez había preguntado a su padre si él había tenido alguna vez una aventura con Zoe. Era muy bonita y siempre estaba por allí. Tal vez ser adulto era como estar en los autos de choque, que golpeaban a quien tenían más cerca. No lo sabía. Su padre se había reído, y él se había avergonzado al instante porque era evidente que había malinterpretado algo importante.

El cantante se retorció, se dobló hacia delante y se incorporó de golpe. Era como observar a alguien que se electrocutaba una y otra vez. Ruby levantó las manos y bailó.

—No se lo digas a mi mami —pidió sin dejar de brincar.

—Ni en un millón de años —aseguró Harry, sacudiendo la cabeza. No se besaron, ni siquiera se tocaron de nuevo hasta que la canción hubo terminado, porque si lo hubieran hecho, habrían tenido la sensación de que sus padres los estaban viendo, como si la canción fuera un transmisor de radio y algo en sus casas fuera a empezar a sonar y a mostrarles lo que ellos estaban haciendo. Como un incesto, casi. No era así, claro. Habían crecido juntos, Harry en su casa y Ruby en la de ella, en la misma manzana y, por supuesto, había todas aquellas fotos antiguas en las que estaban juntos desnudos, pero eso era antes de que la vida fuera real, antes de lo que Harry podía recordar. Lo que Harry sí recordaba era que se ponía nervioso cuando Ruby pasaba cerca de él y que dejó de prestarle atención hacia los doce años. Sus familias no pasaban ratos juntas como antes, en una u otra casa. Todos estaban ocupados entonces. Eso ocurrió cuando eran otros, cuando eran

unos niños que se parecían a ellos. Pero ya no eran niños, sino personas adultas. A Harry le preocupaba que sus padres no se fijaran en que ya no dejaba la ropa interior sucia en el suelo o que había empezado a comer aguacates. Casi todo en él había cambiado, o estaba cambiando, y ellos no tenían ni idea. Había visto porno, había fumado hierba, se había hecho mil pajas. ¡En su casa! A veces le parecía que podría construir un robot con fotos antiguas de él y que sus padres no notarían la diferencia.

Lo único que quería era acostarse con Ruby, a poder ser todo el día, durante una semana por lo menos. Habían estado a punto, o por lo menos eso creía él. En casa, ella le había hecho una mamada, la primera que le hacían, y desde entonces prácticamente solo se habían tocado por encima de los pantalones, lo que, evidentemente, significaba haber avanzado muchísimo desde que la miraba a escondidas en el pasillo del colegio, pero una vez ella le había puesto la boca en el pene (apenas podía creerlo) ya no había vuelta atrás. Ruby lo había invitado a su casa, pero Zoe siempre estaba y, al parecer, no llamaba a la puerta, y Harry no estaba preparado para tener un *coitus interruptus* su primera vez. Su madre iba a tener más jornada de puertas abiertas en varias casas próximamente. Aunque tampoco tenía que ser como en algunas películas de adolescentes, en que lo hacían bajo un mullido edredón rosa y el chico, muy serio y cuidadoso, preguntaba si todo iba bien cada dos segundos. Podría ser en cualquier parte. Simplemente estar cerca de Ruby le hacía sentirse más valiente de lo que se había sentido jamás, como con Dust en la graduación. Nunca había soñado golpear a nadie, pero como era por Ruby, podía hacerlo. También podía hacer esto.

—Vamos —susurró a Ruby al oído.

—¿Qué? —preguntó esta sin dejar de bailar. Extendió la mano y ella se la tomó, y esta vez fue él quien la llevó entre la gente.

El pabellón era enorme, y los Aeroplanes llevaban tocando solo una hora, por lo que cuando llegaron al vestíbulo, estaba prácticamente vacío salvo por los encargados de los puestos que vendían cerveza y camisetas.

—Lo que te va ahora es hacerte el misterioso, ¿no? —comentó Ruby.

—Puede —respondió Harry mientras echaba un vistazo a su alrededor en busca de la salida.

—Puede que me guste —indicó Ruby.

34

Había un área de juego infantil justo en la parte inferior del parque. Ruby siempre la había preferido a la de Cortelyou porque la del parque era lo bastante grande como para perderse en ella. Siempre había algún padre deambulando por allí, gritando el nombre de su hijo. Ruby y Harry abrieron la pequeña verja de metal y entraron corriendo. A diferencia del resto del parque, que estaba «abierto» hasta medianoche, el área de juego infantil estaba técnicamente cerrada tras el anochecer, pero eso no significaba que no pudiera accederse realmente a ella. Los columpios estaban situados a mano derecha, más cerca de la calle, y también había unas figuras de animales de fibra de vidrio dispuestas en un suelo lo bastante blando como para que los niños pudieran caerse sin lastimarse. No había nadie allí, salvo ellos dos.

Harry rodeó un gran elefante púrpura, recorriéndole el lomo con una mano.

—¿Me peinarías así? —preguntó Harry sin alzar la vista.

—¿Quieres parecer una diosa disco?

—Sí —afirmó Harry, que se despeinó y pestañeó coquetamente —. ¿Y tal vez cortármelo un poco? —Se tomó un rizo de lo alto de la cabeza y lo extendió totalmente hacia arriba.

—Lo cortaré, lo teñiré de rubio, le haré lo que quieras. Un servicio completo. —Ruby se acercó a él. Seguramente habían jugado juntos allí mismo. No lo había visto últimamente. Sí lo había visto, claro, en la calle y en el colegio, pero tan solo su cara, que tan familiar le era, como si fuera sus padres, encogidos por alguna clase de máquina. La máquina de la procreación. Todos ellos eran robots, creados con óvulos y espermatozoides y recubiertos de una sustancia viscosa. Ruby había visto las fotos en las que salía de la vagina de Zoe. Una amiga de sus madres había estado en la

habitación con ese propósito exacto: fotografiar la vagina de Zoe, la cabecita peluda de Ruby, la sangre, la placenta y todo eso. Y allí estabas tú, aquella personita, una muñequita que crecería más y más hasta estar en el área de juego infantil de un parque un miércoles a las diez de la noche en pleno verano a punto de bajarte las braguitas y lanzárselas de una patada a tu viejo amigo, tu nuevo novio, lo que fuera que era Harry.

Los coches pasaban por allí, pero ni Harry ni Ruby dejaron de mirarse ni un instante. Harry tenía la prenda íntima de Ruby en la mano, rodeándola suavemente con los dedos. Ruby se aproximó a él, esperó a que sus labios se rozaran y, entonces, lo empujó ligeramente hacia atrás hasta que los dos acabaron acostados en el suelo. Alargó la mano hacia la cremallera de los pantalones de Harry y se los quitó.

—No llevo nada —advirtió Harry, tartamudeando—. Si no me diera miedo recorrer solo el parque ahora, correría a comprar todos los condones a la farmacia más cercana para no volver a estar nunca más en esta situación concreta.

—Yo sí —dijo Ruby, y sacó un condón del bolso—. De hecho, llevo más de uno por si todo va bien. O rápido.

—Ruby —soltó Harry tras toser. Estaba tan sonrojado que Ruby podía verlo a pesar de la oscuridad que los envolvía. Era algo que le encantaba de los chicos tan pálidos como Harry: era muy fácil sacarles los colores, como un camaleón que intentaba camuflarse en un árbol.

—¿Qué pasa? —dijo. Le puso el condón con cuidado. Harry se estremecía de pies a cabeza cuando ella se encaramó a él y se introdujo su pene.

—Joder —exclamó Harry, que tiró de ella hacia abajo y la besó. Ruby se balanceó hacia atrás y hacia delante, disfrutando de los pequeños espasmos de placer de su novio—. Joder —dijo este otra vez, y Ruby notó que se corría. Lo besó y echó mano de los ejercicios de Kegel para provocarle otro enorme gemido—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó Harry—. No me lo puedo creer.

Ruby soltó una carcajada y lo besó.

—Bueno. Por eso traje más de uno —dijo.

—No, no me refiero a eso —soltó Harry—. Bueno, sí, supongo que me refiero a eso. Pero también que... ¡Uau! —La miró atónito.

Ruby se había acostado con cuatro personas, incluidos Harry y Dust. Eso contando solo el sexo propiamente dicho. Si contabas lo demás, la lista era más larga. Pero de los cuatro chicos, solo Harry la había mirado así. Ni siquiera con Mikhail, con quien había

perdido la virginidad a los catorce años, había sentido que estuviera haciendo algo que importara realmente a nadie. Jamal, que había sido el segundo, había sido uno de sus monitores en un campamento de verano, y estaba bastante segura de que acostarse con las chicas del campamento no era algo que pudiera hacer, lo que no era buena señal. No era que los chicos con quienes se había acostado no se lo hubieran pasado bien, o no la hubieran deseado, y ella también a ellos, siempre, porque si no, no lo habría hecho, pero nunca, hasta aquel instante, se había sentido como si se estuviera viendo a ella misma pasar a formar parte de la vida de otra persona. Podía verlo todo: daba igual lo que pasara con Harry, aunque no volvieran a acostarse juntos, aunque la atropellara un autobús al volver a casa, aunque se marchara al Polo Norte y solo se comunicaran a través de Santa Claus, Harry siempre recordaría esta área de juego infantil, y su cara, y el hecho de que ella había aceptado ser su primera chica.

No había demasiadas diferencias por tener padres homosexuales. O padres de distintas razas. No era que te criaran siendo pagano, practicante de la Wicca o lo que los conservadores quisieran que sus votantes creyeran. No se adoctrinaba a nadie. De hecho, ocurría lo contrario. La mayoría de amigos de Ruby con padres heterosexuales crecían presuponiendo que ellos también lo eran, y que se casarían con alguien que se parecería mucho a ellos. Pero si tenías dos madres, o dos padres, o si tus padres eran de distinto color, nacías sabiendo que no había nada establecido por defecto. Ruby estaba abierta a sentirse atraída por cualquiera. Había sopesado mucho ser lesbiana, a pesar de que sabía que le gustaban los chicos. A veces se preguntaba si esto se debía solo a que quería ser diferente a sus madres, o a que cedía a la presión social que ejercían las muñecas Barbie o lo que fuera. En Whitman había unas cuantas chicas que habían salido del armario, dos pequeñas tortilleras que llevaban pajarita y calzado de vestir, y una bonita alumna de penúltimo de secundaria que tenía una novia que ya iba a la universidad, algo que a Ruby le parecía horripilante desde un punto de vista estrictamente legal. Había otra familia que conocía en el colegio con padres homosexuales, pero sus hijos no eran adolescentes, de modo que no iba a preguntarles qué pensaban de aquella cuestión. Estaba bastante segura de que ella era hetero, pero tal vez no lo fuera. Tal vez más adelante cambiaría de parecer, vete a saber. Su mami también había ido con chicos cuando era adolescente. Su mamá no tendría relaciones sexuales con un hombre ni en un trillón de años. Todo el mundo era distinto.

El sexo no era tan importante. El sexo era lo más importante.

«Yo también digo ¡uau!», estuvo a punto de soltar Ruby, pero vio unas linternas y oyó una voz que hablaba por un megáfono, y Harry y ella se separaron uno de otro como cucarachas cuando prendes la luz.

35

Los miércoles por la noche no había demasiado movimiento en el Hyacinth, de modo que Jane y Zoe llegaron pronto a casa. Jane estaba en el sofá viendo alguna chorrada, y Zoe estaba arriba, acostada. Ambas fingían no estar esperando a que Ruby regresara a casa. El móvil de Jane empezó a vibrar en la mesita de centro, y como no reconoció el número, tomó el mando a distancia en lugar de contestar. Un minuto después, oyó que sonaba el móvil de Zoe en el piso superior y que esta decía: «¿Qué?» Bajó los pies al suelo y se incorporó, atenta de repente. Se planteó si subir corriendo para averiguar qué pasaba, pero antes de que pudiera hacerlo, Zoe bajó corriendo la escalera.

—Tenemos que ir a la comisaría de policía —explicó Zoe. Llevaba un pañuelo en la cabeza, y parecía medio dormida, con una marca de la almohada en la mejilla izquierda—. Ruby y Harry estaban follando en el parque. ¡Follando, joder! ¡En el área de juego infantil!

Jane se puso los zuecos y se palpó los bolsillos.

—Llevo las llaves. Vámonos.

La comisaria sesenta y siete no era uno de los esplendorosos baluartes de justicia que aparecen en *Ley y orden*, con pantallas informatizadas por todas partes y policías con bonitos peinados. El suelo estaba sucio, y las mesas, desordenadas. Jane había estado en ella varias veces, los primeros días del Hyacinth, cuando no pasaba un mes sin que hubiera algún incidente de una u otra clase: una tarjeta de crédito robada, una entrada forzada, un escaparate roto. Los policías tenían demasiado trabajo y estaban exhaustos. Saludó con la cabeza al agente Vernon, a quien conocía de su labor con la patrulla vecinal. Zoe estaba tan histérica que las pulseras de plata le tintineaban como mil campanillas.

—Todo irá bien —le dijo Jane, tomándole la mano.

—Voy a matarla —aseguró Zoe—. En cuanto sepa que está bien. Si Harry se lo hubiera estado montando con una chica blanca, lo habrían enviado a casa. Voy a matar a todo el mundo.

Se detuvieron ante el mostrador, y Jane echó un vistazo hacia un lado, donde pudo ver las piernas de Ruby a través de la puerta abierta de un despacho del fondo.

—Hemos venido a recoger a nuestra hija —comentó, señalándola—. Ruby Kahn-Bennett.

La mujer del mostrador asintió y alargó la mano hacia el teléfono. Estuvieron allí un minuto más y, entonces, otra agente femenina recorrió el pasillo hacia ellas.

—Soy la agente Clairborne Ray. Vengan —dijo, pidiéndoles con un gesto que la siguieran—. Los otros padres ya están aquí.

Zoe pasó delante, como si estuvieran entrando en una cárcel camboyana y cupiera la posibilidad de que no volviera a ver a Ruby.

El despacho era pequeño, y todavía lo parecía más porque además de Ruby, Harry, Elizabeth y Andrew, había otro agente de policía sentado tras una mesa. Era un hombre joven, de unos veinticinco años, con una expresión engreída en la cara. Era, sin duda, quien los había pillado. Jane quiso darle un bofetón. ¿Qué se creía? ¿Que había atrapado a un par de delincuentes? Seguramente lo habían ascendido de protección y control de animales, y acababa de dejar de rescatar gatos en pisos de acaparadores compulsivos.

Andrew se balanceaba hacia atrás y hacia delante en la silla, que emitía un crujido irritante. Elizabeth rodeaba el hombro de Harry con un brazo. Ruby se estaba toqueteando las uñas. Todos alzaron la vista cuando Jane y Zoe entraron. Ruby las saludó con la mano, incapaz de esbozar una sonrisa, aunque fuera fingida. Andrew sacudió la cabeza y apretó la mandíbula.

—Adelante —dijo la agente Ray.

Zoe se sentó rápidamente en la silla que había junto a Ruby y le estrujó cariñosamente la rodilla. Como no había más asientos, Jane se apoyó en la pared. Notó que Andrew y Elizabeth, enojados, la fulminaban con la mirada desde un lado. La sensación fue tan intensa que se llevó la mano a la mejilla.

—¿Qué pasó exactamente? —preguntó.

—Estos dos estaban teniendo relaciones sexuales en el área de juego infantil del parque —explicó el agente tras carraspear.

—¿Relaciones sexuales? ¿Quién es usted, Bill Clinton? ¿Acaso los vio hacerlo? —soltó Zoe con una voz aguda y alta. Era una persona que se enojaba tan poco que, cuando lo hacía, era como un volcán tras cien años dormido—. Lo dudo mucho. Ruby, por favor. ¿Puedes contarnos qué pasó exactamente? Me extrañaría mucho que los pillara haciendo algo. O sea que estaban en el área de juego infantil del parque después del anochecer. Ya ves tú. Por favor... —Soltaba el aire por la nariz como un toro a punto de embestir.

—La muchacha estaba encima del muchacho —aclaró el agente después de carraspear de nuevo—. Tenía las bragas en el suelo. Había un condón usado. No me lo estoy inventando, señora. —El muy cabrón prácticamente sonreía—. Estamos hablando de un delito grave.

—¿Un condón usado? —Comparada con la de Zoe, la voz de Elizabeth fue tenue, como si sus labios no quisieran que las palabras le salieran de la boca. Apartó el brazo del hombro de Harry y se recostó en la silla.

—Sí, señora —respondió el agente, y cruzó los brazos—. Y la señorita Kahn-Bennett es mayor de edad, lo que lo hace mucho más grave.

—Oh, vamos —soltó Harry.

Elizabeth se tapó la cara con las manos.

—Ruby, ¿está diciendo la verdad? —quiso saber Zoe, que se inclinó hacia delante para prestarle toda su atención.

—Bueno, supongo —contestó Ruby, encogiéndose de hombros —. El señor Marx y yo no estábamos practicando sexo cuando estos agentes nos interrumpieron con tanta brusquedad, pero podríamos haberlo estado haciendo, y es humanamente posible que lo hubiéramos hecho hacía muy poco, por lo que supongo que realmente no puedo decir otra cosa más que me disculpo de todo corazón por utilizar de forma tan grosera el parque después del anochecer para mis propios fines.

Harry contuvo una carcajada, y su madre le puso un dedo en la cara.

—Ni se te ocurra —dijo, meneando la cabeza—. No me lo puedo creer.

—Bueno, creo que todos sabemos de quién es la culpa —soltó Andrew a la vez que levantaba las manos con las palmas abiertas—. Harry nunca se había metido en ningún tipo de lío hasta ahora, agente, ni una sola vez. Mientras que Ruby...

—¡Oh! —exclamó Zoe—. ¡Oh! ¡Ya veo por dónde vas!

—¿Me lo estoy inventando? —Andrew se volvió hacia Elizabeth

para que confirmara lo que decía y esta se mostró intranquila.

—En realidad no importa de quién fuera la idea —aclaró la mujer policía—. No nos quedemos encallados en este punto. Esta es la primera vez que alguno de los dos está aquí, y dado que tanto la señora Marx como la señora Kahn son miembros destacados de nuestra comunidad, estamos dispuestos a zanjar este asunto con una advertencia y una multa. Pero mañana quiero una disculpa por escrito de vosotros dos en mi mesa.

—Gracias —dijo Jane, y alargó la mano hacia la agente—. Se lo agradecemos mucho. —Y, tras poner la otra mano en el hombro de Ruby, añadió—: Esto nunca volverá a ocurrir, se lo prometo.

Recogieron sus cosas y se levantaron. Jane vio que Elizabeth vocalizaba las palabras «lo siento» a Zoe. A continuación hicieron el recorrido de vuelta hacia la calle en fila india, la familia Kahn-Bennett primero, seguida de los Marx.

Una vez estuvieron todos en la acera, delante de la comisaría, Zoe empezó a conducir a Ruby hacia su coche, como si la protegiera de los *paparazzi*.

—Un momento —pidió Jane, que se detuvo y se volvió hacia Elizabeth—. ¿Qué es exactamente lo que sientes?

—¿Qué? —Elizabeth adoptó su expresión más ingenua, su carita de ángel.

—Ahí dentro dijiste a Zoe que lo sentías. Quiero saber qué es lo que sientes. ¿Sientes que mi hija tuviera relaciones sexuales con tu hijo? Porque ya estoy harta de tanta tontería. Creéis que tenéis un hijo perfecto y toda esa mierda, pero estáis tan jodidos como todos nosotros, os lo aseguro. —Jane notó que se le aceleraba el corazón. Quería derribar a Elizabeth, doblarle las escuálidas extremidades y tirarla a la basura.

—Te juro que no sé de qué me estás hablando, Jane —se excusó Elizabeth. La noche era fría, y se estaba levantando un viento que les lanzaba basura a los pies—. Nunca he dicho que seamos perfectos. —Nunca lo habían sido, ni Andrew y ella, ni Zoe y ella. Le vino Lydia a la cabeza. Lydia, a quien habían detenido un montón de veces antes de morir. Se habría reído histéricamente ante tal situación. ¡Qué burgués! ¡Qué paternal! Ni siquiera podían cometer sus propios delitos.

—Sí, claro. —Jane hizo crujir los nudillos. No tenía intención de que resultara un gesto amenazador; simplemente era una costumbre, pero vio que Elizabeth daba un respingo hacia atrás al oírlo, y no lo lamentó—. ¿Crees que no me doy cuenta del modo en que nos miras a Zoe, a Ruby y a mí? ¿Como si estuvieras por

encima de todo y nos observaras desde lo alto de tu trono?

—Mamá —soltó Ruby—. Caray.

—Jane —intervino Zoe—. En primer lugar, cálmate, por favor. En segundo lugar, lo que dices es una locura y no tiene nada de cierto. En tercer lugar, ¿podríamos no tener esta conversación delante de una comisaría de policía, por favor? Esto se está convirtiendo en un programa de telerrealidad.

—Me estaba disculpando porque Andrew insinuó que todo esto era culpa de Ruby —explicó Elizabeth. Se metió las manos en los bolsillos de la sudadora—. En cuanto a lo demás, me sabe realmente mal que todo pase a la vez, tal como estáis vosotras dos y con todo por lo que estáis pasando. ¡Lo siento! Simplemente lo siento, ¿de acuerdo? ¡Os quiero! Venga, ya lo sabes.

—¿Te has disculpado a Zoe por mí? —preguntó Andrew, incrédulo—. ¿En serio?

—Muy bien —dijo Jane, levantando las manos en señal de rendición—. Muy bien. —Se dirigió airada hacia el coche, se apartó de un puntapié una hoja de periódico de la pierna y maldijo entre dientes, contenta al menos de saber que no iban a ser las únicas que tendrían una pelea al llegar a casa.

36

En la Universidad de Oberlin, con tres mil estudiantes, había más lesbianas que en todo Wellesley, Massachusetts, que contaba con cerca de veintiocho mil habitantes, si no contabas la universidad femenina, a la que Elizabeth no iba a enviar su solicitud de admisión porque significaría que jamás podría marcharse de casa. El lesbianismo era una de las cosas que siempre había imaginado que probaría en la universidad, como el revuelto de tofu, o cantar *a cappella*. Una vez, durante una partida particularmente buena de verdad o reto había besado a una chica en una fiesta del último año de secundaria, pero la chica era solo una alumna de segundo que, borracha como estaba, se había puesto a reír al instante, por lo que no contaba.

Y después estaba Zoe Bennett. Elizabeth pensaba a veces en lo improbable que era su vida, que había empezado de aquella forma, en una residencia de estudiantes que recordaba un módulo penitenciario. ¿Y si Andrew no hubiera vivido en su mismo pasillo? ¿Y si Zoe no hubiera vivido abajo? Oberlin era un centro pequeño, pero en él había personas cuyos caminos jamás habría cruzado, y personas que conoció años después. Andrew y ella se conocieron durante la orientación para su primer curso universitario, y había conocido a Zoe aquella primera semana, cuando estaba sentada delante de la residencia, fumando. Muchas estudiantes llevaban el pelo teñido de rubio, pero no había demasiadas que fueran de raza negra y llevaran unas enormes botas góticas de plataforma. Elizabeth había perdido la llave del edificio y estaba aguardando a que alguien saliera para poder entrar. Era el primer día de septiembre, y Ohio estaba bonito, soleado y lleno de flores. Zoe apareció de repente, abrió la puerta y acompañó a Elizabeth hasta su habitación, como si fuera la botones de la residencia. Se hicieron

amigas tan deprisa que Elizabeth pensaba a veces que Zoe tenía que haberla confundido con otra persona, con alguien más bonita y divertida, con alguien con mejores anécdotas y con una mayor resistencia al alcohol.

No habían tenido relaciones sexuales.

No habían hecho nada de nada.

Era prácticamente cierto. Elizabeth y Andrew ya estaban juntos, más o menos. Se besaban al final de la noche y nunca hablaban de ello durante el día. Kitty's Mustache actuaba en fiestas particulares una o dos veces a la semana, y había anuncios de ellos por todo el campus. «MIAU», decían, y después venía la dirección. A dos dólares el barril. Todos sabían quiénes eran. Tanto Zoe como Andrew vivían fuera del campus ahora que les estaba permitido. Zoe ocupaba un piso de una habitación al lado del precario cine de Oberlin, el Apollo, lo que significaba que la marquesina de neón iluminaba su salón todos los días desde el atardecer hasta alrededor de las diez de la noche. Formaban una pareja extraña. Incluso cuando estuvieron juntas en el grupo, Elizabeth se seguía sintiendo como una aficionada junto a Zoe: una mujer aficionada, una universitaria aficionada, una chica enrollada aficionada. Aun así, se divertían juntas más de lo que parecía posible. Iban a la tienda del Ejército de Salvación y compraban bolsas de ropa por diez dólares; iban a jugar a bolos y salían apestando a humo de cigarrillo y a patatas fritas; iban al cine y se emborrachaban y se reían toda la noche. Elizabeth quería ser la mejor amiga de Zoe, quería llevar collares a juego y todo. Casi lo eran, quizá, pero Zoe ya tenía tantas amigas, de todos los rincones del campus, que a Elizabeth le resultaba difícil saber a qué atenerse.

Le avergonzaba lo bien que lo recordaba. Era probable que Zoe lo hubiera olvidado para cuando se acostó aquella noche. Elizabeth y ella estaban tumbadas en el sofá del piso de Zoe, viendo *Bonnie y Clyde*, con Warren Beatty y Faye Dunaway. Zoe estaba entusiasmada con la ropa que llevaba Faye. Tenían la cabeza al lado de los pies de la otra, pero entonces, hacia la mitad de la película, Zoe dijo que se estaba cansando y con un movimiento la mar de ágil se situó justo detrás de Elizabeth, de modo que ambas estaban de cara al televisor. Zoe rodeó la cintura de Elizabeth con los brazos y se acurrucó contra su espalda.

—Voy a dormir un rato —anunció—. Despiértame si Bonnie va a morirse.

Pero no durmió, por lo menos eso es lo que pareció a Elizabeth.

En la pantalla, Faye Dunaway estaba apoyada en un coche,

fumando. La nariz de Zoe rozó la columna vertebral de Elizabeth. Estaba nublado. Una luz verde relucía en la habitación. Zoe puso la palma de la mano en el vientre de Elizabeth.

A pesar de su abertura de miras y de su curiosidad abstracta, Elizabeth todavía no había encontrado una chica a la que besar. Creía que tarde o temprano ocurriría, como pasaba con los chicos. Alguien coquetearía con ella en una fiesta y después acabarían apretujándose contra una pared y tal vez volverían a una habitación de la residencia o a la otra, tocándose por encima de la ropa, tocándose por debajo de la ropa, tocándose con los labios. Pero no había sucedido. Hubo unos cuantos chicos más, y después Andrew, pero nada más.

No creía que fuera lesbiana. Solo pensaba que era una posibilidad, como una marmota que veía proyectada su sombra. A pesar de haberse acostado con varios chicos, Zoe afirmaba haberlo sabido siempre, desde que era niña. Aseguraba que era como saber si eras diestra o zurda. Evidentemente no podías elegirlo, eso Elizabeth lo tenía claro, pero no estaba segura de nada, ni siquiera de lo que quería para almorzar. ¿Cómo podía, pues, estar segura de esto?

La mano derecha de Zoe le colgaba ahora del hombro. Tenía la boca de Zoe apoyada en la nuca. No se movió. Si lo hacía, puede que Zoe parara. Si se movía, podría despertarla. Era probable que estuviera soñando con otra persona, con una de las chicas del edificio en régimen de cooperativa que había calle abajo, las que llevaban *piercings* en la nariz y unas bolsitas tejidas para guardar éxtasis sujetas alrededor del cuello. Cada vez hacía más calor en la habitación. Abajo, el cine echaba *El guardaespaldas*, y seguramente rodarían botellas de cerveza por el suelo inclinado bajo los pies de los espectadores. Zoe y ella habían ido a verla la noche anterior, y todo el mundo se rio de Whitney Houston hasta que abrió la boca y cantó, y entonces todos se callaron y la escucharon. Eso era lo que Elizabeth quería hacer ahora, quedarse quieta y escuchar. Creía que, si se esforzaba lo suficiente, podría oír las ardillas del parque que estaba al otro lado de la calle, o los aviones que las sobrevolaban. Lo que Zoe estaba haciendo era besarle el cuello, y ella lo notaba por todo el cuerpo, como si lamiera a la vez un centenar de enchufes.

Alguien llamó a la puerta, lo que pasaba mucho cuando vivías al otro lado de la calle del único bar de una ciudad de otro modo seca. Zoe dejó lo que estaba haciendo y ambas esperaron un momento. Quien fuera llamó de nuevo, con más insistencia.

—Hummm... —dijo Zoe.

Elizabeth se incorporó y volvió la cara hacia la puerta.

—Tendría que marcharme —comentó.

—Deja que vaya a ver quién es —soltó Zoe. Pasó por encima del brazo del sofá, se dirigió hacia la puerta y alargó la mano hacia el pomo. Mientras, Elizabeth se calzó.

—¡Zoeeeeeeee, abre la puerta! —La puerta se abrió de golpe y tiró a Zoe al suelo. Era TJ, una amiga de Zoe con unos tatuajes enormes en ambos brazos. Iba al último curso, era mayor que las dos y era brusca, de una manera que no gustaba nada a Elizabeth. Zoe se apartó como pudo de la puerta y TJ entró—. ¿Tienes cigarrillos? Gibson está cerrado.

—Voy a marcharme —anunció Elizabeth. No podía mirar a Zoe a la cara, así que inspeccionó la alfombra, que estaba tan sucia como si jamás la hubieran limpiado.

—¿Estás segura? —preguntó Zoe en voz baja. Se levantó despacio. Elizabeth pasó junto a ella y salió al pasillo con cuidado de no tocarla. Oyó que TJ apagaba *Bonnie y Clyde* y ponía música.

—Lo estoy —afirmó, aunque no lo estaba. Se dirigió hasta lo alto de la escalera y bajó los primeros peldaños antes de volverse. Zoe seguía allí, esperando, asomando la cabeza por la puerta. Habría sido muy fácil volver a subir esos peldaños. Se notaba la sangre circulando por todo el cuerpo. Era como si estuviera en mitad de una carrera de relevos, corriendo entre dos sitios donde nunca había estado. Zoe debía de notar la goma elástica entre los pechos de ambas. Antes de que el tirón fuera demasiado fuerte, Elizabeth bajó corriendo el resto de la escalera y salió a la calle.

37

No había nada que hacer; Andrew se había negado a dar su brazo a torcer. Harry no podría ver a Ruby fuera de las clases de preparación para la selectividad. Tras el ligerísimo orgullo que había sentido porque su hijo había tenido, probablemente, su primera relación sexual en un lugar público con una chica, había que admitirlo, realmente hermosa, había pasado a tener unos sentimientos paternales más prácticos. En lo que a Harry se refería, Ruby Kahn-Bennett era una vecina invisible, una chica fantasma, un recuerdo. Si sus madres hubieran hecho bien alguna parte de su función como progenitoras, Ruby abandonaría pronto el nido rumbo a una universidad de segundo o tercer nivel, donde podría aterrorizar a todos los rufianes locales con su combinación ganadora de despreocupación y de gracia innata. Pero era probable que Ruby viviera en casa de sus madres para siempre y que trabajara en su restaurante. Le daba igual. Ruby no era problema suyo. Esto era lo que obtenían Zoe y Jane por ser negligentes y relajadas. Ruby había dormido en su cama, entre las dos, hasta los tres años. Y esto era lo que pasaba. Había muchos padres, más blandos que la mantequilla, que no ponían límites a sus hijos, y lo único que se lograba así era tener problemas más graves a la larga.

Era más fácil concentrarse en lo positivo. Dave y él estaban perfilando los planes para el barco. Las ideas, en realidad. El garaje de EVOLVEment se había convertido más bien en una tertulia de café que en un taller, pero a Andrew no le importaba. No sabía construir un barco lo bastante grande como para que viviera gente en él. Al principio pensó que Dave podría enojarse, pero no fue así. Dave se portó muy bien en este sentido. De hecho, era mejor así. El chico que tenía herramientas se había encargado del proyecto de los estantes y Dave y Andrew se pasaban las tardes hablando y

meditando. Una tarde, tras un zumo rápido, Dave le pidió que fuera con él a Rockaway. Tenía que comprar algo en una pequeña herboristería que había en la playa. A Andrew le pareció que podía estar hablando de hierba, pero no quiso ser grosero y preguntárselo. Había muchas cosas de EVOLVEment que no entendía, y estaba bien así. A veces todo el piso superior de la casa apestaba a agua de bong, pero eso no significaba que fuera Dave quien tenía el dedo en el carburador. Y, aunque lo fuera, ¿qué más daba?

El coche comunitario de EVOLVEment era una camioneta con los laterales de madera. Tenía el aire acondicionado estropeado, pero no importaba, porque se estaba bastante fresco con las ventanillas bajadas. Andrew daba golpecitos en la base de la ventanilla mientras recorrían Bedford Avenue hacia el agua.

—De modo que tu familia y tú lleváis mucho tiempo viviendo en Ditmas, ¿no? —dijo Dave. Llevaba unas gafas de sol de aviador, que contrastaban con su tupida barba oscura.

—Mucho tiempo. Puede que hasta demasiado. —No había querido decir nada con eso.

—¿Estás pensando en mudarte? —quiso saber Dave—. Pero si acabamos de llegar, hombre. —Sonrió.

—Oh, no, no. No nos vamos a ninguna parte —aseguró Andrew. El hecho de que seguramente Zoe y Jane se divorciaran y se trasladaran era un resquicio de esperanza, aunque no podía confesárselo a Lizzy. Cuando eran jóvenes, Zoe estaba bien. Era lista, divertida, sexy y todo eso. No era que no le gustara, sino que a Elizabeth le gustaba demasiado. Siempre que volvía a casa después de cenar con Zoe, notaba la aparición de algunas aristas, el rastro de lo que Zoe había dicho de él. Elizabeth siempre lo negaba, pero él sabía que era verdad. A Zoe le encantaba decir tonterías, siempre le había encantado, y cuando te hacías mayor y estabas casado, ¿de qué podías decir tonterías si no era de tu matrimonio? Jane estaba bien; era seria. Le gustaba cómo cocinaba y le gustaba su frialdad. Jane no era el problema.

Había muchas cosas que lo enojaban. El tráfico, la aglomeración, la población. A Harry le quedaba un año más en el colegio. Después, las cosas serían distintas. Cuando su hijo era más pequeño, cuando era un niño, y suponía que había dejado de serlo, iban en tropel al museo de historia natural a contemplar los dinosaurios, tomaban el ferry de Staten Island de ida y vuelta. Se lo pasaban bien. Ser padre de un adolescente no solo significaba que ya no te lo pasabas bien, sino que te esperaba justo lo contrario. Se preguntaba cuánto tiempo haría que eso era cierto. ¡Por Dios, qué tontos eran

Elizabeth y él! ¿Cuánto tiempo hacía que Harry era esta otra persona, capaz de practicar el sexo y de decir mentiras? ¿Cuánto tiempo hacía que había dejado de ser un niño? Era imposible saberlo. Cerró los ojos y acercó más la cabeza a la ventanilla. Notó la brisa en la frente como si fuera agua fría.

—Comprendo lo que dices —aseguró Dave, a pesar de que Andrew no estaba diciendo gran cosa—. Hace un par de años estuve en el Parque Nacional de Árboles de Josué con un par de amigos, incluido un sanador, y tomamos ayahuasca todas las noches durante una semana. Cuando entré, pensé que no sabía cómo iba a reaccionar mi cuerpo. Y que quizá lo mejor sería que llamara un taxi para regresar a Los Ángeles, ¿sabes? Pasada la primera noche, supe que iba a vivir algo realmente mágico. ¿Lo has hecho alguna vez? Es como abrir el tercer ojo seis horas seguidas. Todo salía por sí solo. —Tamborileó con los dedos sobre el volante—. Entonces supe que tenía que hacer realidad EVOLVEment.

—¿Qué hacías antes? —No pretendía ser impertinente, aunque fue un poco como preguntar a tu terapeuta qué problemas tenía. El caso era que le resultaba difícil imaginarse a Dave desempeñando un trabajo de oficina, ni siquiera un trabajo que no fuera de oficina en el que tuviera que vestir ropa de verdad. Hasta donde él sabía, Dave no tenía ni un par de calcetines ni unos pantalones con cremallera en la bragueta.

—Trabajo corporal, *coach* personal. Enseñaba yoga. Todo en este ámbito, ya sabes.

—Claro.

—¿Y tú, Andrew? ¿En qué ámbito estás? —Dave sonrió. Tenía unos dientes fantásticos, de la clase con que seguramente los ortodontistas soñaban: grandes, blancos y perfectamente alineados, con un ligerísimo hueco entre los dos incisivos. Dientes de predicador. Dientes de presentador de un programa de entrevistas. Dientes de gurú. Andrew siempre había pensado que los gurús tendrían un aspecto parecido a Gandhi o, como mínimo, a Ben Kingsley. Bajo la barba, Dave parecía el afable miembro de una hermandad, un jugador de lacrosse.

—Supongo que no estoy del todo seguro —dijo Andrew—. Estuve en el ámbito musical. Después estuve en el ámbito de los documentales. En el ámbito de mi padre, claro. Este se me daba bien. Se acabó en el parque infantil. Después en el ámbito de las revistas. Creo que ahora mismo todavía estoy en el ámbito de aclarar las ideas. —Hizo una pausa y soltó el aire por la boca—. ¿Hay alguna lista que pueda consultar?

—Tranquilo, hombre —dijo Dave, que alargó la mano para darle unas palmaditas en la pierna—. Tengo la sensación de que todo va a resolverse. Se trata de estar en el sitio correcto en el momento adecuado, ¿sabes? Energía. Todo es cuestión de preparación, y de energía. Y tú la tienes. La noto, zumbando a tu alrededor. En cuanto entraste en la casa, lo supe. —El coche estaba aminorando. Andrew echó un vistazo a su alrededor. Ya estaban en Rockaway, aquel curioso cepillo de dientes de Brooklyn (¿o era de Queens?) que se adentraba en el agua, en paralelo a tierra firme. Dave aparcó y apagó el motor. Por una décima de segundo, Andrew pensó que iba a besarlo. Era lo que hacían los gurús, ¿no? Ganar adeptos y acostarse después con todos ellos. No le sorprendería que Dave se hubiera acostado con todas las chicas y con la mitad de los chicos de EVOLVEment. Eran todos muy atractivos, con cuerpos fuertes y tonificados. ¡Sus cuerpos estaban para ser utilizados! Andrew no sabía muy bien para qué estaba su cuerpo. Estaban estacionados delante de una casa ligeramente destartalada con un revestimiento rastrelado en las paredes que le recordó la casita de verano que sus padres tenían en Vineyard y que él no había visitado desde hacía casi veinte años. A la izquierda de la casa había otras cuatro casas idénticas, aunque más pequeñas, como patitos que seguían a su madre calle abajo.

—Ya hemos llegado —anunció Dave—. Esto es lo que quería que vieras.

—¿Es aquí donde vive el herborista?

—No —contestó Dave con una carcajada—, el herborista vive en un piso inmundo cerca del local de tacos. Esta es la siguiente fase—. Levantó las manos de modo que sus pulgares casi se tocaban y se inclinó tanto hacia delante que casi quedó acostado en el regazo de Andrew. —¿Lo ves?

—¿Qué tengo que ver? —Andrew se apoyó en el asiento de piel y se asomó por la ventanilla—. Buena brisa. ¿A qué distancia estamos del agua?

—A una manzana —contestó Dave—. A una manzana de las olas. ¡Las olas! Puede que lo llamemos así: Waves.

—¿Llamar a qué? —se sorprendió Andrew. Las casas eran bonitas. Las ventanas y las puertas se veían viejas pero firmes. Le gustaba aquel sitio. Tal vez este sería su siguiente paso: una casa en la playa de Brooklyn. Por fin podría aprender a hacer surf, Elizabeth podría vender pisos a los hípsters de Williamsburg, Harry se iría a la universidad y volvería de visita, y los dos estarían bronceados y llevarían chancletas.

—Nuestro hotel —dijo Dave, que se sacó un porro del bolsillo de la camiseta.

38

Según Ruby, lo único que Zoe y Jane hacían era turnarse para gritarle. Normalmente Jane lo hacía en el restaurante, bajo la forma de darle cosas que hacer: «¡Limpia los lavabos! ¡Y esta vez hazlo como es debido!» o «Adecenta la mesa número seis. Ve a buscar la escoba; hay cereales por todas partes. ¡Esto no es un local de entretenimiento familiar!» Zoe prefería hacerlo en casa. Sus arranques eran más imprevisibles, pero no podía evitarlo. Unas veces la enojaba que hubiera dejado la botella de champú boca arriba en lugar de boca abajo, lo que significaba que el líquido tardaba más en salir, y si además estaba destapada, la botella se llenaba de agua. Otras, la enojaba pensar en el cuerpo de Ruby expuesto a la vista de todos tras el anochecer, en cómo podría haberles pasado cualquier cosa, tanto a ella como a Harry, porque ellos mismos se habían puesto en peligro. También la enojaban las solicitudes de admisión a las distintas universidades y las notas de la selectividad de Ruby, y el hecho de que estuvieran a mediados de julio y no hubiera nada en el futuro inmediato excepto más de lo mismo. Como era difícil gritar sobre eso, preparaba palomitas de maíz, las cubría de levadura nutritiva y las dejaba delante de la puerta del cuarto de su hija.

Lo que hacía sentir todavía peor a Zoe era que también estaba aliviada, aunque era algo que nunca confesaría en voz alta, ni siquiera a Jane. Si Ruby se hubiera ido a la universidad, Jane y ella se habrían visto obligadas a solucionar sus problemas sin ningún respiro, sin ninguna pausa para mostrar un buen comportamiento mientras Ruby estaba sentada a la mesa del comedor. Ahora mismo, era como si su matrimonio estuviera en suspenso, y a Zoe le iba bien que fuera así cierto tiempo. Tampoco era que se muriera de ganas de divorciarse. Simplemente parecía inevitable. ¿Cuántos

escalones podía bajar un matrimonio? ¿De amantes a amigos, de amigos a compañeros de habitación, de compañeros de habitación a conocidos que se tienen cariño? Las cosas siempre podían empeorar. Elizabeth y Andrew parecían instalados en algo por debajo del cariño. ¿Cuántos años tardarían Jane y ella en empezar a envenenarse con arsénico, o en pisarse accidentalmente una a otra con el coche en el camino de entrada? ¿Cuántos años les llevaría terminar en una típica película de Lifetime basada en hechos reales? No estaba segura de cuánto más quería descender. Jane siempre había estado celosa de Elizabeth y de otras amigas, y de todas las personas a quienes había amado o tocado alguna vez. Daba igual si la relación era sexual, platónica o si se situaba entre una cosa y la otra. Jane era un puñetero gorila, y quería tener a su mujer cerca. Al principio le resultaba encantador, casi anticuado. Jane la sujetaba por la cintura cuando cruzaban la calle, cruzó el umbral con ella en brazos cuando se casaron, conocía y adoraba cada centímetro de su cuerpo, cada lunar, cada imperfección. Ahora no estaba tan segura de que fuera algo positivo.

Cuando Elizabeth se quejaba de Andrew era porque iba a algún sitio, a alguna chifladura hippy o a escalar una montaña con un sherpa tibetano. Jane nunca se iba del barrio. Zoe solo quería algo de espacio. Y de atención. Quería que Jane la extrañara cuando no estaba, pero al único sitio al que se iba era a la cama.

—¿Jane? ¿Estás aquí? —Sabía que estaba. Tomó una naranja de la encimera y subió la escalera. Era justo antes de mediodía, lo que significaba que Ruby estaba en el restaurante y que seguramente Jane iría en pijama. Llamó a la puerta de la habitación de invitados y la abrió cuando Jane gruñó una respuesta.

Alguien le había dicho una vez que nunca deberías casarte con alguien de quien no querrías divorciarte, pero a ella siempre le había parecido que el mal genio de Jane era una de sus cualidades más atractivas. Le importaba un comino su aspecto. No charlaba de trivialidades. No fingía que le caían bien las personas a quienes detestaba, lo que, a entender de Zoe, le habría ahorrado varios años de tiempo perdido. ¿Se encontraban con unos padres malintencionados de Whitman? Jane los miraba como si no existieran. Era dura, y era justa. Era un bulldog que hacía bollitos sin motivo alguno, solo porque le apetecía. Zoe asomó la cabeza por la puerta.

—¿Podemos hablar?

Jane se volvió, y el futón casi lo hizo con ella. Se echó hacia atrás hasta apoyarse en la pared. Golpeó con la cabeza un marco

que estaba colgado a poca altura con un dibujo que Ruby había hecho en el jardín de infancia.

—Claro —contestó, frotándose los ojos.

—Elizabeth no es el problema.

—Ya lo sé.

—Parecías el increíble Hulk delante de la comisaría —comentó Zoe, y se sentó en el suelo, al lado del futón.

—También lo sé. Lo mismo que sé que te mira como si fueras su cucurucho de helado de chocolate y quisiera sorberte los sesos y vivir dentro de tu cuerpo.

—¿Me estás diciendo que quiere lamerme o que quiere matarme? Estoy confundida. —Zoe peló la naranja, con lo que lanzó salpicaduras de cítrico al aire.

—¿Tal vez ambas cosas? Ambas cosas. —Jane hizo una pausa para sopesar su respuesta—. No creo que realmente quiera matarte. Pero sí que creo que hay algo raro, y no me sorprendería nada que pensara en ti cuando se masturba.

—No creo que Elizabeth se masturbe.

—A eso me refiero. Hay algo raro. Mira, no fue nada, ¿entendido? No fue nada. Es solo que estaba nerviosa y preocupada por Ruby, y entonces vi a Elizabeth haciéndote sus estúpidas muecas y me puse como loca. Lo siento, ¿de acuerdo? Lo siento. Sé que hace cierto tiempo que las cosas no nos van bien, pero me he estado sintiendo mucho mejor. ¿Tú, no? ¿O es una locura que piense eso? ¿Cómo estamos? ¿Estamos bien? ¿Tendría que dejar de hacerte tantas preguntas?

Zoe soltó una carcajada. Ofreció a Jane un trocito de naranja con dedos húmedos y pegajosos. Cuando se conocieron, Zoe había tenido toda clase de relaciones: buenas, malas, cortas, largas. Pero ninguna seria, nunca. Pensaba que había estado enamorada de una chica de secundaria, de un par de universitarias en Oberlin y de otra muchacha más, pero en cuanto conoció a Jane supo que había estado equivocada. Todo lo demás había sido una fantasía, una práctica para el amor verdadero. Había aprendido a decir todas las palabras románticas, y a usar la lengua como correspondía, pero todo había sido fingido. Ruedines. Con Jane se los había quitado, y volaba.

Nunca había pensado en casarse. Le parecía muy carca, muy aburrido. Pero cuando conoció a Jane, tan decidida y resuelta, comprendió que se trataba del reconocimiento de la formalidad y la confianza, de la reivindicación a gritos. Jane ya era adulta, mientras que ella y todos sus amigos se seguían portando como adolescentes.

«¡Oh!», había pensado. Casarse era algo que hacían las personas maduras, y si ella maduraba también podría hacerlo. Jane quería que irguiera la espalda y dejara de hablar de ella misma como de una chica. Cuando Jane alargó los dedos hacia la naranja, tocó con la mano la de Zoe, y esta sonrió.

39

Harry había estado toda la semana esperando con impaciencia la clase de preparación para la selectividad. Su madre le había quitado el móvil cuando estaba en casa, lo que era como vivir en la época de los colonizadores, pero solo durante las comidas y cuando estaba conectado a algún videojuego en el Roku en el salón. Elizabeth no acababa de entender que podía hacer con el ordenador todo lo que hacía con el teléfono excepto llamadas telefónicas, ¿y quién quería hablar por teléfono? Sin embargo, les había obedecido y no había estado en contacto con Ruby desde que salieron de la comisaría. Era muy parecido a lo de Romeo y Julieta, menos por el suicidio. Pero lo comprendía. Que lo hubieran pillado practicando sexo en su habitación habría sido una cosa, pero que lo hubiera hecho en público, sumado a lo de la comisaría, se merecía un castigo. Sus padres nunca habían sido estrictos ni poco razonables. Su padre, en particular, siempre había estado dispuesto a tener largas conversaciones con él para explicarle por qué tenía que esperar hasta la Janucá para tener una nueva aventura del tren Thomas o lo que fuera. Así que le parecía justo.

Iggy Pop llevaba una semana desaparecido. Habían colgado carteles por todo el barrio, en las paradas de autobús y en los postes de teléfono, además de en los tablones de anuncios de las tres cafeterías de Cortelyou. *Iggy* nunca había pasado fuera de casa más de un día, y Harry empezaba a imaginarse las posibilidades más lúgubres. Había contado por teléfono a su amigo Arpad lo del gato y lo de que se había enrollado con Ruby en una sola llamada, y Arpad solo le había preguntado por el gato, porque había supuesto que lo segundo era broma. Harry no sabía muy bien qué era más gracioso, que hubiera perdido la virginidad con la chica de sus sueños o que nunca jamás fuera a practicar sexo, por lo menos con

Ruby. No tenía otras perspectivas. Había habido otras chicas a las que había mirado en la biblioteca de Whitman, pero ahora que había tocado el cuerpo de Ruby, ahora que conocía lo que era posible en este mundo, no iba a conformarse con cualquiera.

Sus padres se lo habían dejado claro. Se había metido en un lío por primera vez en toda su vida, y su castigo consistía en no poder sentarse junto a Ruby, ni hablar con ella a no ser que fuera absolutamente necesario. Pero no iban a estar allí. Recorrió, nervioso, el trayecto hasta la escuela de kárate. Repasó las distintas formas en que podía saludarla. Podía entrar y fingir no fijarse en ella, pero sentarse a su lado como de costumbre y pasarle una nota. Podría besarla en los labios delante de la reina de los idiotas, de Eliza, de Thayer y de todos los demás. Podría esperar para ver si ella le decía algo primero. Tal vez se hubiera alegrado en secreto de librarse de él. Al fin y al cabo, nadie quería tener que enseñar a su novio a follar. Aunque no es que fuera su novio. ¿Era su novio? ¿O más bien lo había sido? Quería un anuncio de neón en el cielo, algo que le indicara qué hacer.

Ruby todavía no había llegado, por supuesto. Era algo bueno, porque así dónde se sentara sería cosa suya. Ocupó su asiento habitual en la última fila y sacó la libreta de la mochila. Curiosamente, tener a Ruby en clase había hecho que la selectividad lo estresara muchísimo menos. Tomaba apuntes, por lo menos con la misma frecuencia con que Ruby y él se pasaban notitas, y tenía la impresión de haber aprendido unas cuantas cosas. La universidad era la luz al final del túnel, y estaba desesperado por llegar a esa luz. Pensó que le apetecería ir a algún lugar pequeño, pero no tanto, como Amherst, quizás, o Wesleyan. ¡Pero qué coño! Tal vez quisiera ir a Deep Springs o como se llamara y aprender a ser granjero y poeta. Se volvía cada vez que oía abrirse la puerta. Todos los demás parecían haber entablado amistad entre sí, pero no se había fijado en ello. El resto de la clase podría haber sido en chino y no se habría dado cuenta.

Rebecca abrió el ordenador y proyectó la imagen de un problema de geometría. Un triángulo isósceles. Era de los fáciles. Harry desconectó en cuanto empezó a hablar. Sabía lo suficiente para seguirla sin problemas. Había empezado la clase y Ruby llegaba tarde.

Olió su champú antes de verla. Rebecca apagó la luz para que fuera más fácil ver la pantalla, y tras sentarse sigilosamente en la silla que él tenía al lado, Ruby le dio un beso rapidísimo en la mejilla. Harry se volvió hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella se le acercó y le tocó suavemente la lengua antes de dejar caer sonoramente la bolsa al suelo para rebuscar en ella, como un perro que escarba en busca de un hueso.

—¿Llevas la bolsa llena de hojas sueltas? —preguntó Harry.

—Chist... —dijo Ruby—. Sí. —Encontró lo que estaba buscando y lo dejó en el pupitre de Harry. Eran los horarios de sus madres para las dos semanas siguientes, imprimidos de su calendario conjunto—. La doctora Amelia es su sexóloga —explicó—. Y ahora también la nuestra, si sabes a qué me refiero. Su consulta está en Park Slope, lo que significa que tenemos por lo menos dos horas desde el momento en que salen por la puerta. Y esto de aquí es una reunión con su proveedor de Jersey, lo que significa que estarán fuera como mínimo cinco horas oliendo tomateras o lo que sea. —Señaló el nombre. Todavía faltaban seis días, pero allí estaba. Su próxima cita. Harry notó cómo se le relajaba todo el cuerpo. Quizás iría a la Universidad de Brooklyn. ¿Cómo iba a irse? Podría alquilar un piso, y Ruby podría vivir con él y esconderse en el armario cuando sus padres fueran a verlo. Diría que tenía novia, alguien que viajaba mucho... ¡Una beca de Rhodes! Estaba saliendo con una chica que tenía una beca de Rhodes e iba a pasar el curso en Barcelona, por lo que él le guardaba las cosas. Por eso había dos cepillos de dientes en el cuarto de baño y bolsos colgando de los pomos de las puertas. Quizá para entonces lo habrían superado y comprenderían que Ruby no era una mala chica para empezar, sino la mejor chica... la única. Todo iba a ir de maravilla. Todo iba a ser perfecto.

—Te amo —dijo en voz más alta de lo que habría querido. Un chico que estaba sentado delante de ellos con un peinado ridículo se rio disimuladamente, y Harry le dio un puntapié en el respaldo de la silla—. Lo digo en serio, Ruby. Te amo.

—Ya lo sé —aseguró Ruby. Se inclinó hacia él y le pellizcó cariñosamente el brazo, y eso bastó de momento.

40

Elizabeth temía verdaderamente que *Iggy Pop* estuviera muerto. O muerto, o adoptado por algún chaval idiota del barrio que no sabía leer o mirar los carteles fijados a los postes de teléfono. Pasaba muchas veces que alguien le pusiera un cuenco con crema de leche a un gato para que este creyera que había descubierto un nivel de vida más elevado. Al menos unas cuantas veces al día, veía algo con el rabillo del ojo y daba gracias a Dios al pensar que *Iggy* estaba allí, pero siempre resultaba ser una bola de polvo o una camiseta estrujada. En los trayectos de ida y vuelta del trabajo y de las casas que ofrecía por el barrio, no dejaba de mirar en los caminos de entrada y en los porches delanteros, más incluso que de costumbre. Deirdre pensaba que los gatos eran unos animalitos de compañía asquerosos y no se mostraba demasiado comprensiva.

—Son salvajes —aseguraba entre bocado y bocado de ensalada en su mesa—. Los gatos no tendrían que vivir con las personas. He oído hablar de gente que murió asesinada por su gato. Por eso nosotros solo tenemos peces. —Tomó una nuez de la ensalada con los dedos—. ¡Qué tacaños son en este sitio! Solo hay cuatro nueces en toda la ensalada.

—*Iggy Pop* no va a asesinarme —dijo Elizabeth—. Lo peor que hace es pasarte por encima de la cara en mitad de la noche. Pero normalmente ya estoy despierta.

—Mira, si un gato me pasara por encima de la cara en mitad de la noche, me lo tomaría como una advertencia. Creo que tu gato no ha desaparecido, sino que ha salido a reunir el material suficiente para formar un ejército, seguro.

—Te agradezco tu preocupación —soltó Elizabeth a la vez que se recostaba en la silla. Había mucho que hacer. Tenía que redactar el contrato para la casa de East Nineteenth, y para un piso de

Newkirk. Tenía que preparar otra casa grande en Ditmas Avenue para su primera jornada de puertas abiertas, y el salón todavía parecía pertenecer a un acaparador compulsivo—. Pues ahora mismo agradecería su ejército. Solo quiero que vuelva.

Deirdre se inclinó hacia Elizabeth y le dio una palmadita en la rodilla.

—Ya lo sé, preciosa. Encontraremos a ese asesino sarnoso.

Sonó el teléfono del despacho y Deirdre se volvió para contestar. Elizabeth se frotó las sienes con los dedos.

—Es para ti, creo —anunció Deirdre. Tenía una expresión extraña en la cara, lo que solo podía significar una cosa.

—¿Diga? —soltó Elizabeth tras contestar desde su extensión.

—Le paso con Naomi Vandenhoovel —dijo alguien.

—De acuerdo —contestó Elizabeth.

«¿Qué diablos...?», vocalizó Deirdre.

—Apenas yo misma me entiendo, te lo aseguro —contestó Elizabeth.

—¡Hoooooola desde Ohio! —sonó la voz de Naomi.

—¿Estáis rodando en Oberlin? —Elizabeth era incapaz de imaginarse a Naomi en Ohio. Ni siquiera en Cleveland. Ni siquiera en el Ritz-Carlton de Cleveland, donde los padres de Andrew se habían hospedado para su graduación, a pesar de que se tardaba una hora larga en llegar a la facultad. No se había percatado de que las cosas irían tan deprisa. Se había olvidado de ello aposta, tras firmar los documentos, suponiendo que pasaría mucho tiempo antes de que tuviera que contárselo a Andrew. ¿Tal vez para entonces habría entrado en razón? No era el mejor de los planes, pero era el único que tenía.

—No, no, claro que no —rio Naomi—. Estamos en Pasadena. ¡Pero tendrías que verlo! Estamos rodando de un modo muy confuso. Muy al estilo de los noventa.

—Eso es fantástico —dijo Elizabeth, aunque se estaba poniendo nerviosa. Después de todo, todavía estaba en el despacho y no podía desmadrarse de repente delante de Deirdre y los demás O'Connell —. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¡Directa al grano! ¡Así me gusta! Espera —soltó, y Elizabeth oyó que Naomi pedía un café muy cargado con leche de almendras —. Os estaba viendo a ti y a Lydia componer esta canción, y me apeteció llamarte. ¡Estás estupenda! Muy delgada, con una cabellera realmente magnífica. Una boca más bien grande. No como Steven Tyler, sino tal vez como Liv Tyler. De hecho, te pareces mucho a Liv Tyler en rubio. De joven, me refiero.

—¡Dios mío! —exclamó Elizabeth, que se llevó rápidamente la mano libre a la cabeza.

—¡No te preocupes! ¡Estás increíble! ¡Solo quería ponerte al día! Las chicas se llevan de maravilla. Ya han subido de todo en Instagram. Deberías mirarlo.

—Lo haré —aseguró Elizabeth. Pensó un momento en ella y en Lydia. En Lydia, a quien jamás había caído bien. No era como con Zoe, que evidentemente estaba por encima en cuanto a sofisticación, pero que de algún modo la encontraba igualmente divertida. Lydia le daba prácticamente la espalda cuando ella entraba en una habitación, como un gato altanero o un adolescente huraño. Lo que era, claro—. Espera, Naomi —dijo con un nudo en el estómago.

—¿Sí?

—Es extraño que no se me haya ocurrido preguntártelo antes. ¿Qué período de tiempo abarca la película? Presupuse que mostraría básicamente a Lydia en su mejor momento o... bueno, hasta el final. No habrá muchas cosas de la universidad, ¿verdad? —Se imaginaba que su participación en la historia sería brevísima al principio, antes de que Lydia se convirtiera en LYDIA, en mayúsculas, y el film empezara realmente. Había querido verlos a todos extraordinarios, que es cómo en aquel momento sentían que eran las cosas, pero había dado por sentado que la película avanzaría rápidamente hacia los aspectos más glamurosos de la historia. Sin embargo, ahora se enfrentaba de repente a la aterradora idea de que no tenía ninguna información sobre cómo iba a mostrarse su juventud compartida, y a Andrew eso no iba a gustarle en absoluto, por más que intentara maquillar su esperanza errónea. Lo había querido por él tanto como por ella misma. Sabía lo mucho que Andrew había querido al grupo, a Lydia y a ella. Sí, eso también tenía que ver. Quería que Andrew viera la película y recordara lo mucho que la había amado tiempo atrás, cuando todavía eran unos críos y la vida era un océano infinito que se extendía en todas las direcciones a la vez.

—No puedo hablar ahora mismo —respondió Naomi—. Pero ¿te gustaría ver el guion? Diré a mi ayudante que te lo envíe de inmediato. ¿Te parece?

—¿Quiere eso decir que sí o que no?

—Sí, totalmente.

—¿Sí que no hay demasiadas cosas de la universidad o sí que las hay? Y ya sabes que Lydia no compuso la canción ni por asomo, ¿verdad? —Unas manchas rojas se le marcaron en el cuello—.

¿Hola? —soltó, pero Naomi había colgado. Se quitó el dedo de la oreja y devolvió el teléfono a Deirdre para que colgara. Deirdre la estaba observando con las cejas tan arqueadas que parecían formar parte del nacimiento del pelo.

—Puedes empezar a hablar cuando quieras —dijo, expectante, con los brazos cruzados.

Elizabeth había querido contarle a Andrew lo de la película, lo de que había firmado por él. Había pensado en llamar a Zoe y practicar con ella, pero estaba demasiado avergonzada de sí misma. Siempre estaba esperando algo y entonces, después de que Harry se metiera en aquel lío con Ruby, tuvo la impresión de que la situación era demasiado tensa, demasiado estresante. A Andrew no se le daba bien hacer malabares con pelotitas a no ser que estuvieran llenas de helio. Podía recibir noticias buenas todo el día, pero si la noticia era mala, era mejor dosificarla despacio, como si fuera un antibiótico.

—Es una historia muy larga —dijo a Deirdre—, pero me irá bien. Te usaré para practicar.

Deirdre quitó el envoltorio a un chicle, tan entusiasmada como si Elizabeth acabara de aceptar hacer un *striptease*.

41

Andrew estaba sentado en el porche cuando Elizabeth llegó a casa. Hacía calor ahora que se acercaba la parte del verano en que el aire de Brooklyn era denso y apenas se movía. Tenían aire acondicionado en las habitaciones y en el comedor, pero no servía de mucho, especialmente en la planta baja, donde las habitaciones eran amplias y abiertas. El porche de piedra oscura solía ser el lugar más fresco de la casa.

—Saqué los ventiladores del sótano —anunció Andrew—. Puse uno en el salón y dos arriba.

—Gracias —dijo Elizabeth—. ¿Puedo hablar contigo de algo? —No se le daba bien esta parte ni siquiera después de tantos años de matrimonio. Era culpa de sus padres, claro. No los había visto discutir ni una sola vez ya que no era algo propio de ellos hacerlo. De modo que se había pasado toda la vida rehuyendo las situaciones desagradables tanto como le era humanamente posible. Eso significaba tragarse muchas cosas, sonreír y disculparse cuando en realidad no lo sentía y, sobre todo, no empezar nunca conversaciones que no quería tener. Pero si no se lo contaba a Andrew, se estrenaría la película, el rostro ficticio de Lydia estaría por todas partes y él lo vería. Se planteó brevemente sugerir irse un año a Italia o algún otro sitio porque sí, pero hoy en día todo estaba tan globalizado que seguramente, dondequiera que estuvieran, el correo entrante le sonaría como si fuera el Cuatro de Julio.

—Claro —contestó Andrew, que dio unas palmaditas al cojín que tenía al lado. Llevaba una vieja camiseta con unos agujeritos festoneados alrededor del cuello que tenía desde hacía casi tanto tiempo como a ella. En lugar de sentarse a su lado, se apoyó en la barandilla del porche.

—¿Sabes la película sobre Lydia?

—Sí —respondió Andrew, ya receloso.

—La están rodando. Dije que sí. —Vio que Andrew apretaba la mandíbula.

—Pero yo no acepté —indicó con los ojos entrecerrados. A veces recordaba a Elizabeth un gato por la forma en que a este animal se le cerraba el invisible tercer párpado cuando estaba dormido. En el caso de Andrew, el tercer párpado se le cerraba cuando estaba enojado—. Querían que firmara un formulario y nunca lo hice.

—Ya lo sé —dijo Elizabeth. Sabía que era una cuestión de significado, pero no tenía nada más. Un detalle técnico—. Pero la letra es mía, y se la cedí. Yo era la mánager. Accedí por ti.

—¿Qué quiere decir exactamente eso de que accediste por mí?

—Significa que... —Se detuvo un instante, sopesando cómo sería mejor decirlo—. Significa que firmé tu formulario. Lo firmé con tu nombre.

—¿Quieres decir que falsificaste mi firma? —preguntó Andrew, meneando la cabeza—. ¿Hablas en serio? —Se levantó y se sacudió el polvo de los vaqueros—. ¡No estamos hablando de pagar con tarjeta de crédito en un restaurante, Lizzy! ¡Esto es realmente grave! No me puedo creer que lo hicieras. Será una auténtica porquería, ¿sabes? Una porquería que ni siquiera contará toda la historia.

—¿Te preocupa Lydia? —quiso saber a la vez que saludaba con la mano a un vecino al otro lado de la calle y le sonreía ligeramente.

—Me preocupas tú, Lizzy, no Lydia. Ella por lo menos siempre iba de cara para conseguir lo que quería. Puede que fuera gilipollas, pero por lo menos no pretendía ser otra cosa. Todo el mundo cree que eres muy dulce, muy buena. —Entornó los ojos y se sacó el móvil del bolsillo—. Tengo que irme.

—¿Es hora de otra clase de yoga? —soltó Elizabeth, que entornó a su vez los ojos. Fue algo involuntario, una competición para ver quién la devolvía más deprisa.

—Nunca me has comprendido —dijo Andrew—. Y si eres capaz de algo así, evidentemente yo nunca te he comprendido a ti.

—Eso es una locura —aseguró Elizabeth, cruzando los brazos y ladeando la cabeza.

—¿Más locura que aceptar algo como esto sin hablarlo conmigo? —Elizabeth no soportaba que lo que decía tuviera sentido—. Harry va a ver esa película y va a pensar que nos conoce mejor, ¿sabes? ¿Y qué va a conocer? Va a pensar que la versión de Lydia que aparezca en la pantalla es tal como ella era en realidad. ¿Y qué probabilidades hay de que sea así? El film hablará de Lydia, la

mártir, que es la parida más grande del mundo. ¿Recuerdas la última vez que la vimos? —Andrew se volvió de modo que los dos estuvieron de cara a la casa, de espaldas a la calle. Elizabeth lo recordaba.

Estaban en Veselka, en el East Village, cenando *pierogi* y compota de manzana. Harry, que entonces tenía seis meses, dormía en la sillita del coche, que estaba en el suelo entre ambos. Como le encantaba el ruido ambiental, las personas charlando, los tenedores repiqueteando en el plato, lo llevaban a todas partes.

Las normas sobre los famosos eran claras: no tenías que fijarte en ellos y, si lo hacías, estabas moralmente obligado a ignorar de quién se tratara. Un murmullo recorrió el comedor, como si los comensales jugaran al teléfono descompuesto. Los susurros retumbaron en las paredes y el techo. Elizabeth, que estaba privada de sueño y tenía pérdidas de leche, se volvió todo lo que pudo hacia la derecha y dirigió la vista hacia la entrada del restaurante.

La gente se separó como si fuera el mar Rojo para formar dos muros humanos separados por un metro. Las únicas que pasaron de Lydia fueron las camareras polacas. Todos los demás se quedaron inmóviles, con los ojos desorbitados. Elizabeth la saludó con la mano, pero Lydia no la vio debido a lo concentrada que estaba cruzando la habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrew, que se volvió en la silla—. ¡Oh!

Había llegado casi a la altura de su mesa. El comedor se había quedado prácticamente en silencio. Andrew carraspeó, que era lo que hacía siempre que se ponía nervioso. ¿Por qué estaba nervioso? Era amiga suya, había sido amiga suya.

—¡Lydia! —dijo Elizabeth. Corrió la silla hacia atrás y se levantó. A su alrededor, los comensales con atuendos pseudopunks los miraron, pasmados ante aquella violación de las normas de conducta. Ya los habían horrorizado al llevar al pequeño, pero aquel era un nivel completamente nuevo de mala conducta.

Lydia tenía los ojos llorosos, enturbiados y enrojecidos. Se volvió despacio hacia el lugar donde había oído su nombre, evidentemente con la intención de ignorarlo como era probable que hiciera la mayoría de las veces. Su mirada se posó finalmente en Elizabeth, de pie, y en Andrew, todavía sentado al otro lado de la mesa con el tenedor en la mano con un *pierogi* clavado. Lydia sonrió y, con los brazos totalmente abiertos, pasó junto a Elizabeth y se dirigió

directamente hacia Andrew, que la abrazó torpemente con el tenedor todavía en la mano. Las chicas punks de la mesa de al lado se esforzaron por no comportarse como las fans en un concierto de los Beatles sin conseguirlo en absoluto. Lydia no se fijó en ellas o logró ignorarlas por completo sin parecer grosera. Un campo de fuerza de fama rodeaba a Lydia, grueso como el vidrio Pyrex. Acarició la cara de Andrew con el pulgar.

—¿Cómo estás? —susurró Lydia. Dirigió los ojos hacia Elizabeth —. Tienes las mejillas distintas.

—Acabo de tener un hijo —señaló Elizabeth—. Acabamos de tener un hijo.

—¡Criadores! —exclamó Lydia, y soltó una carcajada. Su séquito se rio también. Dio unas palmaditas a Andrew en el pecho—. Mírate, papá.

—Felicidades por tu película sobre el almacén —comentó Andrew—. ¿O era una fábrica? Todavía no la hemos visto, pero tengo entendido que es excelente.

—Me dicen que es buena —dijo Lydia, encogiéndose de hombros —. Pero me dicen que todo es bueno, así que...

Bajo la mesa, Harry se echó a llorar dando hipidos. Elizabeth se agachó para cargarlo en brazos y rápidamente se lo puso de lado contra el cuerpo hasta que él se aferró a su pecho. Seguía estando de pie en medio del restaurante y todo el mundo la estaba mirando. El centro de atención era Lydia y, ahora, el pezón rosado que entraba y salía de la boquita de Harry.

—¡Dios mío, es como un caníbal! —exclamó Lydia, que fingió roerse su propia mano antes de añadir—: Da miedo. —Lanzó entonces un beso al aire—. Me alegro de haberos visto —dijo con los ojos puestos en Andrew y, tras dedicar a Elizabeth el ruido de una persona que mastica ruidosamente, se volvió para marcharse. Una camarera la condujo junto con sus amigos hasta una mesa del rincón del fondo, y una vez estuvo sentada, el ruido del restaurante aumentó de volumen y apagó sus voces. Elizabeth volvió a sentarse, conteniendo las lágrimas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Andrew.

—Nada —respondió—. Vámonos. Cuando Harry haya terminado, vámonos. —Bajó la vista hacia la carita dulce de Harry, que seguía succionando. Un año y medio después, Lydia estaba muerta.

—Lo siento —se disculpó Elizabeth. Había sido un error. Ni

siquiera podía culpar a Naomi por convencerla porque sabía que no había puesto ningún reparo, ansiosa por firmar los documentos. Era como uno de los relatos de final sorprendente de O. Henry, solo que se había saboteado a sí misma. Se había sacrificado a sí misma—. Fue por ti —dijo, a sabiendas de que él no lo vería así—. Lo hice por ti.

—¿De veras? —soltó Andrew—. La puerta está abierta. Volveré en un rato. Y para que lo sepas, allí no solo hago yoga. Me cuido a mí mismo. No finjo que es un regalo para ti. Tendrías que probarlo alguna vez—. Se calzó las sandalias y bajó los peldaños rumbo a la calle.

42

Waves iba a ser espléndido. Contribuiría a revitalizar la comunidad de Rockaway, se convertiría en un emisario de los profundos valores de Brooklyn y sería menos caro de reformar que un hotel en Manhattan. Resultó que Dave llevaba planeándolo cierto tiempo y que todo formaba parte del plan de EVOLVEment. Dave había celebrado un par de reuniones con arquitectos, practicantes de yoga de EVOLVEment que vivían en el barrio, para tener una idea del tiempo y el dinero que podría llevarle el proyecto. Ahora quería que Andrew lo acompañara, puesto que, según decía, «entendía el concepto». Iban a reunirse en una de las cafeterías de Cortelyou, un poco más abajo del Hyacinth. Dave y Andrew fueron andando desde EVOLVEment.

—Me han dicho que este sitio es bueno —comentó Dave.

—Lo es. La pareja propietaria es muy amiga nuestra —señaló Andrew.

—¿Deberíamos reunirnos ahí entonces? —preguntó Dave, deteniéndose.

—No —contestó Andrew, y siguió andando.

Al llegar a la cafetería, Dave saludó con la mano a un hombre sentado al otro lado del cristal. Levantó un dedo para pedirle un minuto y se volvió, de modo que le dio la espalda.

—Hace tiempo que quería preguntarte algo —dijo Dave—. Y no hay una buena forma de hacerlo. No quiero que te sientas incómodo, o que creas que te quiero presionar de ningún modo al respecto. Ya sabes que quiero que todo el mundo esté a gusto y que haya buenas vibraciones, y si no te apetece, no pasa nada. Pero creo que podría gustarte.

—Dime —pidió Andrew, entrecerrando los ojos por el sol.

—Quiero presentarte como inversor. Para lo de Waves. Creo que

sería fabuloso que realizáramos este proyecto juntos. ¿Qué te parece? ¿Quieres que seamos socios?

—¿De cuánto estamos hablando? Me refiero a dinero, claro. —Andrew ya se imaginaba a sí mismo como hotelero. Eligiendo lámparas y música para las habitaciones de los huéspedes, hablando con reporteros del *New York Times* sobre devolver algo a Brooklyn, sobre introducir a la gente en lugares situados más allá del puente, más allá de Williamsburg.

—Es difícil de saber —contestó Dave—. Seguramente podríamos tenerlo todo listo por una cantidad cercana a un millón, más o menos. La casa está a la venta por setecientos mil. —Se mesó la barba para reflexionar un poco más sobre el asunto—. Hay otros inversores, por supuesto, pero no entienden realmente la idea, lo que hace que todo sea muy difícil, ¿sabes?

—Claro —dijo Andrew. Ese podría ser su nuevo ámbito. Podría sentarse detrás durante las clases de meditación guiada y repasar listas de vendedores con los que tuvieran que ponerse en contacto. Podría emitir cheques, podría hacer algo nuevo—. Me encantaría —añadió. Le ofreció la mano, pero en lugar de estrechársela, Dave se abalanzó hacia él, riendo, para darle un abrazo.

43

Elizabeth se dejaba cosas por todas partes: los zapatos de vestir en el trabajo, las llaves de las casas que vendía en casa. Había enviado un mensaje a Zoe para quedar para cenar pero no le había contestado. Andrew y ella no se hablaban y, muy a su pesar, entendía por qué, aunque fuera su marido quien se portaba como un loco. Firmar con su nombre una hoja de papel no era ninguna traición. Aun así, lo comprendía: el matrimonio tenía que ser un pacto sagrado, y si eso no era posible a diario, consistía en obtener siempre el visto bueno del otro antes de hacer algo importante. ¿Querías hacer *puenting* o cambiar de seguro médico? ¿Querías perforar las orejas de tu hija? ¿Querías comprar un sofá o billetes de avión a Francia? Tenías que consultarlo. Lo que no significaba pedir permiso, que era algo de lo más arcaico, sino formar equipo, ser socios igualitarios. Quería echar la culpa de haber aceptado a que era la clase de mujer que quería quedar bien con todo el mundo, pero esa era solo una de las razones que la había movido a hacerlo. La otra, la más importante, era que realmente quería ver aquella película. Se imaginaba viéndola sola, en mitad de la tarde, llorando a moco tendido con el recipiente de palomitas en la mano. Solo quería eso: celebrar su juventud y llorar por ella al mismo tiempo.

Elizabeth quería tomar unas cuantas fotos de la casa de Zoe, sobre todo para sus archivos. Sus amigas todavía no habían apretado el gatillo, y puede que no llegaran a hacerlo, pero quería tenerlas. La casa nunca le había pertenecido, claro, pero Lydia tampoco, y ambas habían contribuido a crear lo que constituía su vida. Quería recorrer la casa sin que Zoe estuviera presente y, por primera vez desde hacía un siglo, sin ningún objetivo concreto; no

porque hubiera aceptado sacar a pasear a *Bingo*, cuidar de Ruby o vaciar el buzón. Solo quería pensar en la casa, y en Andrew. Le fue bastante fácil convencerse a sí misma de que era una visita profesional ya que, por mucho que conocieras una casa, las fotografías siempre eran importantes y así, además, podría hablar más adelante con Deirdre sobre su valoración, simplemente para obtener una segunda opinión.

Últimamente Zoe no había dicho nada sobre seguir adelante. De hecho, había sido algo difícil lograr que se definiera al respecto, pero no había dudado en aceptar que se pasara por su casa y le echara un vistazo. Eso le iría bien para averiguar qué quería hacer, o por lo menos, es así cómo Elizabeth lo veía. No quería sentirse como un ángel exterminador que se cernía sobre el matrimonio de sus amigas. Solo intentaba ayudar. Si Jane y Zoe se separaban, significaba que eso podía pasarle a cualquiera. Siempre habían sido una pareja estable y feliz, tan feliz como cualquier otra. Zoe se quejaba a veces de Jane, por supuesto, pero no más de lo que ella se quejaba de Andrew. Que alguien cercano a ti decidiera dejarlo, o se lo planteara en serio, te hacía tambalear los esquemas. Se preguntó por qué ellas, por qué entonces. Zoe no parecía tenerlo claro ni ella misma, y eso era lo más espeluznante.

Siempre había tenido las llaves de la casa de los Bennett. De las Kahn-Bennett. ¿Volvería Zoe a llamarse solo Bennett? Había muchas cosas de las que preocuparse, enormes y diminutas; demasiadas. Subió corriendo los peldaños y abrió la puerta. Zoe le había dicho que estarían todas fuera, ella y Jane haciendo algo relacionado con el restaurante, y Ruby en el Hyacinth. *Bingo* estaba dormido en el suelo del salón, levantó la cabeza y olisqueó el aire con cordialidad.

Siempre era mejor estar en una casa de alguien sin que este estuviera presente. Así podías mirar realmente las grietas del techo, los muebles de cocina pringosos, los suelos de los vestidores. Nadie quería gastarse demasiado dinero en la suciedad de otros. Si Zoe quería realmente llevarlo a cabo (la ruptura y la venta, que eran cosas independientes pero iban juntas, como primas segundas o terceras), Elizabeth tendría que enviar un equipo de limpieza por lo menos dos veces, una para las fotos oficiales y otra para la primera jornada de puertas abiertas. Conocía a dos salvadoreñas que lograban que cualquier casa pareciera el Vaticano y, si la casa finalmente se ponía a la venta, haría que Zoe las llamara, sin duda.

Estaba casi igual que hacía un siglo, cuando Andrew y ella la habían compartido con Zoe y los otros chicos de Oberlin. Cerró los ojos y pudo ver los tapices con estampados indios que colgaban de

las paredes, los ceniceros llenos en la mesita de centro. El dinero procedente de la música disco había comprado la casa, y había indicios de ello en varios sitios: discos por todas partes, algunos enmarcados en las paredes y unas viejas e hilarantes fotos de los padres de Zoe con una enorme cabellera afro y unos relucientes monos. Ahora habían desaparecido y su lugar lo ocupaban retratos de Ruby cuando era pequeña y los Bennett, ya mayores, aparecían vestidos de paisano.

Elizabeth hizo una foto de la cocina, que tenía el mejor horno de Ditmas Park. La gente no sabría lo caro que era al verlo, tendría que explicarlo en la oferta. El salón y sus interminables montones de revistas, el comedor y su infinita cantidad de sillas. Retrató la escalera desde abajo y los bonitos candelabros de pared que eran originales de la casa. En el primer piso, encendió la luz del pasillo y tomó fotografías del cuarto de baño. Se detuvo ante la puerta del cuarto de Ruby, que tiempo atrás ella había compartido con Andrew. Era la primera vez que realmente sintió que eran pareja, que eran adultos que habían decidido estar juntos. Por aquel entonces, a Andrew se le daba todo muy bien. Se le daba muy bien montar estantes con ladrillos y maderos, se le daba muy bien besarle los hombros antes de irse a dormir. Le gustaba enseñarle su ciudad, las partes bonitas y las feas, los museos y las zonas de Central Park que él había explorado solo cuando era adolescente. Todavía llevaba el pelo largo, y se lo pasaba por detrás de las orejas una y otra vez, a modo de tic nervioso, cuando estaban sentados uno frente a otro en la cama comiendo platos chinos para llevar. La hacía reír. Bailaba. Elizabeth giró el pomo de la habitación de Ruby, abrió la puerta y prendió la luz.

—¡Mami, por Dios! ¿Y si llamaras? —exclamó Ruby. Elizabeth vislumbró un pecho desnudo. Hubo algo de movimiento.

—Oh, perdona, cielo. Soy Elizabeth. Tu madre dijo que no habría nadie en casa —explicó Elizabeth, tapándose los ojos con la mano—. Espera un segundo —soltó, y bajó la mano.

—Hola, mamá —la saludó Harry, y se tapó con las sábanas hasta la barbilla. Ruby y él estaban uno al lado del otro, ruborizadísimos, con el pelo enmarañado asomando en direcciones extrañas. La habitación olía a sudor, a ropa sucia y a otras cosas identificables que Elizabeth se negó a determinar.

—Harry, ¿qué estás haciendo aquí? —dijo. Se tapó de nuevo los ojos—. ¿Podrías vestirte, por favor? —Hubo más movimiento y, al oír el ruido de la hebilla de un cinturón, no pudo evitar gemir.

—Ya está, mamá —anunció Harry un minuto después, sentado

al borde de la cama. Ruby se había puesto un vestido y se había sujetado el cabello, ya sin las trenzas del día del concierto, en lo alto de la cabeza con un pasador enorme. Harry parecía mayor, demasiado mayor. En aquel momento se parecía a su padre, y Elizabeth notó que empezaba a gotearle la nariz, lo que era señal de que iba a echarse a llorar—. Joder, mamá, lo siento. Supongo que la situación es jodida, pero no es tan mala como parece. Estamos usando, esto, protección y todo, te lo juro.

Elizabeth pestañeó rápidamente. Notó un ligero mareo, como si acabara de inhalar una lata de disolvente.

—¿Te importa si me siento, Ruby? —Buscó a su alrededor y vio el bulto revelador de un puf bajo una montañita de ropa. Ruby se lo señaló y asintió. Las mejillas de Harry revelaban que este preferiría que su madre saliera de la habitación donde había estado hasta hacía un instante desnudo con una chica, pero no iba a decirlo.

—Bueno, pues aquí estamos —soltó Elizabeth.

—¿Quieres un vaso de agua? —ofreció Ruby, que gateó hasta el borde de la cama como un cachorrito, mostrando un generoso escote.

—Sí —contestó Elizabeth, mirando el techo. Ruby salió del cuarto y bajó la escalera.

—Lo siento mucho, mamá —insistió Harry.

—¿Qué sientes exactamente, tesoro? ¿No mantenerte alejado de Ruby o hacerte mayor? —Se le clavaba algo en la espalda, así que alargó la mano hacia atrás, extrajo un libro de química y lo lanzó al suelo.

Ruby abrió otra vez la puerta con el codo y dio sendos vasos de agua a Elizabeth y a Harry.

—Vamos a ser realistas, ¿de acuerdo? —dijo, mirando a Harry, que asintió a la vez que torcía el gesto, igual de temeroso sin duda que Elizabeth por lo que Ruby iba a decir—. Harry y yo no queremos hacer las cosas a escondidas, Elizabeth. Simplemente nos gusta pasar tiempo juntos. Es culpa mía que nos metiéramos en un lío, pero también es culpa suya, y no pasa nada.

—Ya lo sé —estuvo Elizabeth de acuerdo—. Ya no me importa.

—¿Qué? —se sorprendió Harry.

—No me importa que seáis novietes. No estoy segura de que se siga diciendo así. No me importa que salgáis, que estéis enrollados o que os acostéis. Me parece bien. ¡Es saludable! También es muy triste por causas que no sé expresar con palabras.

Miró a Harry y prosiguió:

—Eres mi niño. Solo quiero saber que no corres peligro, que

nada malo va a pasarte.

—Mamá, tengo diecisiete años —se quejó, coloradísimo.

—Y seguirás siendo mi niño cuando tengas treinta y cinco, y cuando tengas cincuenta. —Estaba sudando—. Creo que tengo un sofoco, ¿es eso posible?

Ruby y Harry parecieron incómodos.

—Mirad —dijo entonces—. No voy a contárselo a tu padre, Harry, ni a tus madres, Ruby. Pero los dos tenéis que prometerme algo. —Estaba acalorada y cansada. Se sentía como si tuviera cien años, como si fuera la bruja vieja y llena de arrugas de un cuento de hadas.

—Lo que quieras —aseguró Harry.

—Depende —dijo Ruby.

—Ayudadme a averiguar qué está haciendo tu padre, y cómo sacarlo de ello. Seréis mi Nancy Drew y mi Hardy: mis sabuesos particulares. ¿Lo haréis? —Su petición parecía haber sobresaltado a Harry, pero siguió hablando—: Solo necesito un poco de ayuda. ¿Podéis ayudarme un poco?

Los dos asintieron, muy serios. Elizabeth se bebió el sudoroso vaso de agua.

—Lo dejaré en el fregadero al salir —anunció—. Y ordena tu cuarto, Ruby. Parece que un vagabundo perturbado lo esté ocupando ilegalmente.

—Hummm... —soltó Ruby.

—Nos vemos en casa, Harry —dijo Elizabeth. Se levantó, salió despacio al pasillo y, tras cerrar la puerta, esperó un minuto para asegurarse de que no se reían. Una vez estuvo satisfecha, bajó con cuidado la escalera y salió a la calle con la cabeza alta, como si estuviera andando por una barra de equilibrio.

44

Esa tarde Zoe había enviado un mensaje a Jane que rezaba: «¿Cenamos hoy? ¿Chino, Sunset Park?» Era lo que solían hacer cuando querían hablar de algo importante durante una comida. No podían ir a ningún lugar del barrio, porque conocían a los propietarios de todos y cada uno de los restaurantes (al fin y al cabo, solo había un puñado), y quienquiera que fuera iba a sentarse con ellas en algún momento, por lo que acabarían todos hablando sobre proveedores, sobre granjas y sobre qué camareros tenían problemas con las drogas. Jane le respondió: «Recógeme a las ocho», y a las ocho en punto estaba plantada delante del Hyacinth con las manos en los bolsillos, esperando a que Zoe doblara la esquina y se parara delante del local. El coche apareció a las ocho y tres minutos, lo que no estaba mal para su esposa. Todavía le gustaba decir «esposa». Era la influencia de Long Island, qué se le iba a hacer. No tenía el menor interés en ser transgresora. Le encantaba vivir en el único barrio de Nueva York que recordaba las afueras, y le encantaba vivir en él con su esposa, con su hija, con su garaje y con su despensa. Zoe se detuvo, con las ventanillas bajadas.

Jane se subió al coche y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió Zoe. Llevaba puesto el vestido que le gustaba a Jane, una prenda de color azul con falda de vuelo y abrochada a la cintura—. ¿Cómo estás? —Se habían pasado el día hablando de verduras, pedidos y cartas, pero no se refería a eso.

—Bastante bien. Esto es una sorpresa agradable. —Se frotó las rodillas con las manos.

—Sí, bueno. Me apetecía cenar comida china.

—Suena excelente. —Jane cruzó los brazos y, después, volvió a ponerse las manos en las rodillas.

—Relájate —aconsejó Zoe a la vez que cubría con su mano una de las manos de Jane—. Solo es una cena.

—Si solo fuera una cena, estaríamos en casa —dijo Jane, toqueteando el cierre de la puerta. Enfilaron Coney Island Avenue.

—De acuerdo, es una cita —aceptó Zoe—. ¿Contenta?

—Para que lo sepas, sí —respondió Jane tras resoplar. Se sacó el móvil del bolsillo y lo enchufó en el equipo estereofónico del coche. Había refrescado y el aire que entraba por las ventanillas bajadas del vehículo era lo bastante frío como para ponerle la carne de gallina en los antebrazos. Se desplazó hacia abajo por sus listas de música hasta encontrar la canción que buscaba y subió el volumen. El mayor éxito de los padres de Zoe, de 1978, «(My Baby Wants to) Boogie Tonight», sonó a todo volumen por los altavoces, y Zoe soltó una carcajada. Ya se lo estaban pasando bien.

45

Ruby se pasaba las tardes en el Hyacinth meditando sobre su futuro. Era una noche tranquila, con solo unas pocas mesas alargándose a la hora del postre en el jardín. Casi eran las diez. Ninguna de sus madres había estado allí, lo que era agradable, porque significaba que podía hacer su trabajo de forma terrible y perezosa. Hacía fresco para ser finales de julio, y le hubiera gustado haberse llevado un suéter. Tomó prestada la sudadera con capucha que Jorge tenía detrás de la barra y se la puso, segura de que le daría igual. No era una imagen lo que se dice profesional, pero como era un miércoles por la noche en Brooklyn, ¿a quién le iba a importar?

Tal como ella lo veía, tenía unas cuantas opciones: podía quedarse en casa y volver a solicitar la admisión en una universidad en un año; podía apuntarse a uno de aquellos intensos programas semiabusivos en los que recorrías a pie el desierto durante tres meses sin papel higiénico o podía mudarse a Nueva Orleans y desbullar ostras para los turistas. Llegada a este punto, podía hacer cualquiera de estas cosas; solo era cuestión de decidir lo que quería. Harry estaría otro año en Brooklyn, lo que era algo, pero no si a sus padres se les iba a ir la olla cada vez que los vieran juntos. Ruby se acercó a la puerta y apoyó la nariz en el cristal.

Le vibró el bolsillo, así que sacó el móvil: «Fiesta. Ven a casa de Nico al salir del curro.»

Dust no tenía ningún plan, y le iba bien así. Cuando salían, había contado a Ruby que nunca querría tener un trabajo en el que ganara más de quince dólares la hora, y que nunca querría trabajar más de diez horas a la semana. Los únicos empleos que había tenido habían sido en una tienda de monopatines y en un *skatepark*, y ninguno de los dos le había durado más de unos meses, por lo que,

hasta la fecha, parecía estar logrando sus objetivos a la perfección.

Si iba al jardín a limpiar otra vez mesas que ya estaban limpias, lo que hacía a veces para intentar apresurar a los clientes, podría oír la fiesta. La casa de Nico estaba en la misma manzana, unas casas más abajo, y cuando hacía buen tiempo y los invitados estaban en el jardín, el aire transportaba las voces. Pero esa noche no estaba interesada. Había visto a Sarah Dinnerstein bajar penosamente la calle esa misma tarde, con unos pantalones cortos que hasta ella misma habría dudado en ponerse, y no le apetecía ver cómo estaría una vez sumadas algunas horas de sol y unas cuantas copas.

Una pareja estaba charlando tras ella, borracha de vino mediocre.

—Perdona —le dijeron, y pasaron junto a ella para salir del local.

—Vuelvan pronto —soltó Ruby, lo más monótonamente posible. Para cuando regresó a su puesto, la otra pareja estaba por fin pagando y, tras unos besos largos y húmedos, se levantó y se dirigió hacia la puerta. El camarero que los atendía, un hombre alto llamado Leon, entornó los ojos a Ruby mientras les procesaba la tarjeta de crédito.

—Larguémonos de aquí, joder —dijo—. No te ofendas.

—Para nada —aseguró Ruby. Organizó las cartas y empezó a poner las sillas boca abajo sobre las mesas mientras Leon iba a buscar la escoba. Cuando hubieron hecho todo lo demás, recogieron el jardín. Entonces oyó la fiesta, o lo que parecía serlo, y todo el jardín olía a hierba y al perfume de aceites esenciales rastafari que Sarah Dinnerstein compraba a un hombre que ofrecía sus productos en una mesa de juego frente a la estación de metro de Union Square. Jorge y Leon cerraron las dos cajas registradoras mientras Ruby esperaba en la calle con las llaves de la persiana. Cuando los tres estuvieron fuera, Ruby cerró los candados. Enviaría un mensaje a Harry cuando estuviera más cerca, para ver si todavía estaba despierto. Era genial que Elizabeth no los hubiera delatado, pero también era raro y algo inaudito. Sus madres siempre habían sido despreocupadas, demasiado despreocupadas, y ella siempre había considerado a Elizabeth la madre ideal, la que siempre sabía dónde estaba su hijo, tenía comida normal y corriente en la nevera y sabía las mejores nanas. Elizabeth no podía beberse un vaso de agua sentada en su puf con la mirada perdida.

Al fondo del restaurante, vio un parpadeo. Una luciérnaga, probablemente. Entrecerró los ojos para mirar a través de la

persiana. Había algo rojo en el rincón, en la valla de madera, pero no pudo distinguir qué era. Seguramente nada. Era tarde, y estaba cansada.

—Muy bien, chicos —dijo a Jorge y a Leon, y chocó esos cinco con ellos—. Hasta luego. —Caminaron juntos hasta la esquina, pero en lugar de doblar a la izquierda para irse a casa, Ruby giró a la derecha y se dirigió hacia la casa de Nico. Cuando estuvo a unos cuantos coches de distancia, cruzó la calle y aminoró la marcha. Había varias personas en el porche, pero no veía quiénes eran. La fiesta parecía haber terminado, por lo menos delante.

Se agachó entre dos automóviles y se apoyó en un parachoques. Veía el porche y los puntitos colorados de los cigarrillos que flotaban en el aire. Chloe le había enviado un mensaje esa mañana. París estaba en otro huso horario, y Ruby no tenía ni idea de si Chloe sabía que le estaba escribiendo a las seis de la mañana o si no le importaba hacerlo. Solo decía: «Holaaaa. Te echo de menos!» con una larga hilera de corazones. Menuda chorrada. Todo era una chorrada. Todos sus amigos iban a dejarla para siempre. ¿Quién era amigo de una alumna de secundaria? Se decía que quien alcanzaba su mejor momento en la secundaria era tonto y patético, ¿y no significaba eso que si te juntabas con alguien así, tú también lo eras? ¿No intentaba todo el mundo subir de categoría? Chloe se uniría a una hermandad femenina, viviría en una casa con una araña de luces vulgar e iría a la facultad de derecho, después se casaría, tendría tres hijos y se mudaría a Connecticut. Pasados veinte años, se verían en el reencuentro de exalumnos de Whitman, se abrazarían, se besarían y fingirían que una de las dos tomaría el tren de la Metro-North para volverse a ver. El caso de Paloma era igual pero peor, porque esa chica podría ser interesante. Por lo menos Dust y Nico iban a quedarse igual para siempre. Eso hacía sentir a Ruby menos patética por las decisiones de su vida, o por la falta de ellas.

Los invitados del porche estaban riendo. Hacía unos meses, habría subido tranquilamente los peldaños, habría quitado el cigarrillo de la boca de alguien y se lo habría puesto en la de ella, como si fuera la reina del maldito lugar. ¿Qué era ahora? Era recepcionista. Recomendaba los *crostini* y el alioli casero para acompañar las patatas fritas. Su novio era un chico hasta hace poco virgen que iba a clases de preparación para la selectividad porque sí. Se imaginó que cruzaba la calle y la atropellaba un camión. Se imaginó que cruzaba la calle y una verja gigantesca caía justo delante de los peldaños de la entrada de la casa de Nico. Se imaginó

que sus amigos, sus antiguos amigos, la ignoraban como si fuera invisible mientras ella recorría la casa. Se imaginó que veía a Dust follando con Sarah Dinnerstein en la cama de los padres invisibles de Nico.

—Esto es una estupidez —dijo. Le dolían las rodillas de presionarlas contra el parachoques de un coche. Se levantó despacio, como una mujer mayor, y se agachó para regresar por donde había ido. La brisa estaba más cargada de humo que antes. Ya no olía a hierba, a pachuli o a Marlboro, ahora olía a fuego—. ¡Qué coño...! exclamó. Cuando llegó a la esquina, había varias personas delante del Hyacinth, mirando por los cristales, todas ellas con el móvil en la mano. Echó a correr.

TERCERA PARTE

«Mistress of Myself»

LA Q EN CORTELYOU: EL BLOG DEL BARRIO DE DITMAS PARK

Publicado a las 23.37 h

¿Alguien más huele el humo? Hemos estado en la calle media hora intentando determinar el origen del incendio. Parece venir del sur. Incluye cualquier información en forma de comentarios.

46

Sonó el móvil de Jane, y después el de Zoe. Los tenían puestos en el portavasos del automóvil, entre los asientos delanteros, pero ellas estaban en el asiento trasero. Zoe llevaba las braguitas colgando de un tobillo, y la mano derecha de Jane le había desaparecido bajo el vestido. Tenían la tripa llena y las bocas ocupadas. La tapicería de aquel coche había visto cosas peores.

—¿Quién será que no deja de llamar? —preguntó Jane en el cuello de Zoe. Sería Elizabeth, que llamaba a su esposa para preguntarle de qué lado debía dormirse o con qué mano tenía que sujetar el cepillo de dientes. Le daba igual, que sonara.

La comida era siempre la forma de reconciliarse. ¿Por qué no se le había ocurrido? A Jane le gustaba comer bien como a cualquiera, pero siempre le apetecía algo salado y frito que pudiera tomarse con palillos. La piel de Zoe era tan deliciosa como un cuenco lleno de glutamato monosódico, y Jane estaba intentando lamérsela de arriba abajo, todos los centímetros que podía sin que le diera un tirón. Hacía diez años, puede que más, que no tonteaban en el asiento trasero de un coche. Jane recordaba un largo trayecto en taxi bien entrada la noche, desde Union Square hasta Ditmas Park, con por lo menos tres orgasmos cada una, pero caray, de eso hacía mucho tiempo. El cuerpo le palpitaba, lo mismo que el de Zoe. Respiraban al unísono, compartiendo el denso aire.

—Espero que no sea otra vez la policía —comentó Zoe. Soltó una carcajada y se detuvo. Se escabulló de Jane, que se recostó en el asiento mientras ella se retorcía entre los asientos delanteros en busca del teléfono—. Era Ruby —dijo—. Y Leon. Oh, Dios mío. —Pasó la otra pierna por la abertura de las braguitas y se dirigió hacia el asiento del copiloto, con lo que ofreció una vista fabulosa a Jane, un momento de puro placer, como ver un Renoir en persona

—. Es el Hyacinth.

Aparcaron en doble fila, justo detrás del coche de bomberos. Como el parque estaba a tan solo dos manzanas de distancia, habían llegado deprisa. Ruby ni siquiera había llamado, sino que había corrido hasta allí y llamado a la puerta hasta que alguien le había abierto. Ruby, Leon y Jorge seguían delante, los tres sentados en un banquito plateado ante un escaparate cercano, y se turnaban para echar un vistazo y fumar en la esquina. Ruby tenía un cigarrillo en la boca cuando sus madres llegaron, y Jane se lo arrancó y lo lanzó al suelo.

—¿Qué ha pasado?

Ruby empezó a lloriquear, y Leon la rodeó con un brazo.

—Maldita sea —se quejó Jane, sacudiendo la cabeza—, ¿va a decirme alguien qué está pasando? —Estiró el cuello para ver el interior del restaurante a pesar de los bomberos.

Uno de estos se acercó lentamente con su enorme traje.

—¿Es usted la propietaria?

—Sí, las dos —contestó Jane, acercando a Zoe hacia ella—. ¿Qué ha pasado? —El aire estaba cargado de humo.

—Al parecer, se declaró un incendio en el jardín trasero de detrás del restaurante y se propagó a su edificio. Por suerte, su hija estaba aquí antes de que el fuego hubiera avanzado por todo el local. Hay muchos desperfectos, pero el edificio no ha sufrido daños estructurales. Vengan a verlo.

Jane y Zoe cruzaron con cuidado la puerta abierta. El cristal se había hecho añicos y cubría la entrada, y algunos fragmentos llegaban prácticamente hasta el puesto de la recepcionista. En el interior el humo todavía era denso, y el aire olía a hoguera de campamento. La parte del suelo que no estaba cubierta de cristales rotos, resbalaba debido al agua de los rociadores y de los bomberos. Jane se tapó la nariz y la boca con el cuello de la camiseta. Había una gran sombra negra estampada a lo largo de toda la pared del comedor. El techo estaba hecho pedazos, medio pelado como una quemadura del sol, y las puertas de cristal que daban al jardín también estaban rotas. Jane cerró los puños, dispuesta a pasar a alguien, a cualquier otra persona, la factura. Pero cuando miró fuera, supo la respuesta: en cualquier juego de piedra, papel o tijeras, el fuego siempre ganaba.

Las mesas de madera del jardín estaban destrozadas y habría que reemplazarlas. Las sillas también. La pared posterior, una valla

de madera, parecía haber sido devorada por un tiburón colérico.

—Mierda —soltó Jane.

—Mierda —repitió Zoe, situándose tras ella. Puso la palma de la mano en la espalda de su mujer.

—Por lo menos no alcanzó todo el interior —comentó el bombero, encogiéndose de hombros—. Han tenido mucha suerte de que su hija estuviera aquí. Unos cuantos minutos más y se habría incendiado todo el local, sin remedio.

—Gracias —dijo Jane, y estrechó la mano del bombero. Cuando este se hubo marchado, se volvió hacia Zoe—. Últimamente estamos recorriendo todos los cuerpos de seguridad, ¿no te parece? ¿A quién le tocará ahora, a los guardacostas?

—Ni se te ocurra bromear —le advirtió Zoe—. ¿Cuánto crees que tardaremos en volver a abrir?

—¿Un mes? ¿Dos? Dios mío, no lo sé. Madre mía. —La corriente eléctrica estaba cortada, por lo que todo lo de la despensa se echaría a perder. Había un pescado espléndido, unos filetes con vetas de grasa preciosos. Todos aquellos tomates. Bastante mozzarella fresca para tres días de ensaladas caprese. Todo se estropearía. Tendría que llevarse a casa lo que pudieran comer ahora, mientras todavía estuviera bueno, si todavía había algo bueno—. Mierda. —Todavía no había comprobado siquiera los desperfectos de la cocina. Era ahí donde los rociadores se habrían puesto en marcha primero, fuera como fuese, pero Jane elaboró mentalmente una lista de su hermoso equipo, de todos sus tarros, de toda la puñetera sal, de todo.

—No pasa nada —la animó Zoe—. Es solo dinero. —Se sacó el móvil del bolsillo y empezó a tomar fotos—. Ve a ver cómo está Ruby.

Jane regresó hasta la calle, aplastando cristales con las zapatillas deportivas. Ruby había encendido otro cigarrillo y estaba andando de un lado a otro delante de la tienda de alimentos dietéticos de la esquina. Llevaba una sudadera que no era suya, con la capucha puesta de modo que el cabello violeta le asomaba por los lados como una cascada psicodélica. Se le acercó despacio.

—Mamá —dijo Ruby. Se le quebró la voz—. Lo siento mucho. Ha sido culpa mía, tendría que haberme dado cuenta antes. Me pareció ver algo cuando bajaba la persiana. —Tenía los ojos enrojecidos. Dio una larga calada al cigarrillo y se balanceó, nerviosa, sobre los pies—. También siento estar fumando, pero no puedo evitarlo. Si no lo hiciera, empezaría a tirarme de los pelos.

Jane quitó el cigarrillo de la mano de su hija. Pero, en lugar de

tirarlo al suelo, se lo llevó a los labios y dio una calada.

—No se lo digas a tu mami.

Ruby soltó el aire con fuerza y se echó a los brazos de su madre.

47

Elizabeth estaba un poco mareada. Había dormido fatal y no había parado de dar vueltas toda la noche. Andrew se había quedado dormido nada más tocar la almohada con la cabeza, como de costumbre, y verlo dormir cuando estaban peleados era diez veces peor que verlo dormir cuando estaban a partir un piñón. La ventana estaba abierta, y a medianoche un borracho había gritado en la calle. A las tres se había disparado la alarma de un coche una y otra vez. Se habían oído las sirenas habituales, el telón de fondo de la vida urbana, insistente y lastimoso. Finalmente había conciliado el sueño hacia las cuatro, creía, pero era igualmente posible que hubiera estado despierta hasta justo antes de las seis y que hubiera dormido una hora hasta que Andrew la había despertado tosiendo. Cuando abrió los ojos, estaba de pie, en su lado de la cama, mirándola. Tenía el móvil de ella en las manos.

—¿Qué? —preguntó Elizabeth—. ¿Qué pasa?

Harry estaba sentado en el sofá, con un cuenco de cereales en las manos. Elizabeth se ató bien la bata a la cintura y se sentó a su lado.

—Cielo —dijo—. Acabo de hablar con Zoe. Ayer por la noche hubo un incendio en el restaurante. Todo el mundo está bien, pero me pareció que tenías que saberlo.

—Ya lo sé —soltó Harry—. Ruby me envió un mensaje ayer por la noche. Cuando llegaron los bomberos. Dijo que rompieron la puerta con hachas, a pesar de que el fuego no había llegado cerca siquiera de la entrada. —Sorbió ruidosamente una cucharada de leche.

—¿Lo sabías? ¿Por qué no me despertaste? —Elizabeth alargó

los dedos hacia el cuello de Harry y fingió estrangularlo—. ¡Por Dios, Harry!

—¿Qué ibas a hacer? ¿Ir corriendo con un cubo de agua? —Levantó el cuenco para taparse con él la cara cuando Elizabeth lo fulminó con la mirada—. ¡Perdona! ¡Ya veo que tendría que habértelo dicho!

—Voy a ir a ver si necesitan algo. Quédate aquí y no te metas en líos, ¿entendido?

Harry le dijo adiós con la cuchara.

La puerta delantera estaba abierta, y Elizabeth asomó la cabeza a la vez que llamaba dando golpecitos en el marco. Zoe estaba sentada a la mesa del comedor con el teléfono pegado a la oreja y un fajo de papeles delante. Ruby y Jane estaban en la cocina, de espaldas a la puerta. Toda la casa olía a crepes y a beicon.

—Hola —dijo Elizabeth—. ¿Puedo pasar? Acabo de enterarme.

Zoe alzó los ojos y le hizo señas para que entrara, pero su rostro adoptó un instante una expresión que hizo que Elizabeth se quedara en la puerta.

—Puedo volver, si ahora no es un buen momento —sugirió, casi susurrando. Zoe volvió a hacer señas para que entrara, esta vez más enérgicamente.

—Estoy en espera, en una espera interminable —comentó—. Es un escándalo, de verdad. Es sorprendentemente difícil hablar por teléfono con las aseguradoras cuando un local se incendia.

Jane murmuró algo que hizo reír a Ruby.

—Oh, hola, Elizabeth —la saludó la muchacha tras volverse haciendo una torpe pirueta. Le guiñó un ojo.

Elizabeth se acercó a toda prisa a Zoe y le dio un abrazo rápido antes de aposentarse con cuidado en la silla que tenía al lado.

—No me lo puedo creer —aseguró—. ¿Estáis bien? ¿Puedo ayudar?

—Espera —pidió Zoe a la vez que levantaba un dedo—, creo que hay una persona al otro lado. ¿Hola? —dijo por teléfono—. Sí, hola, espere, muchas gracias. —Vocalizó la palabra «perdona» y, tras taparse la oreja izquierda con la mano, subió la escalera.

Jane depositó delante de Elizabeth una bandeja inmensa de crepes gruesas, esponjosas y generosamente salpicadas de arándanos.

—Quédate —le dijo—. Siempre hago de sobra.

Ruby se sentó delante de Elizabeth y se sirvió cuatro crepes

enormes en el plato.

—Oh, no me gustaría abusar de vuestra amabilidad —comentó Elizabeth. Las crepes olían como el Hyacinth un domingo por la mañana. El estómago se le quejó.

—En serio —insistió Jane—. Ya sabes que Zoe nunca se come más de dos. Mejor tú que *Bingo*. —Sonrió y le pasó un plato.

—De acuerdo —dijo Elizabeth. Para ser alguien cuyo restaurante acababa de verse obligado a cerrar por un período indefinido de tiempo, parecía increíblemente optimista.

—¡Madre mía! —exclamó Elizabeth tras partir un pedacito de crepe con el canto del tenedor—. Son una locura.

—¿Verdad? —dijo Jane, que sonrió todavía más, como un gato que no solo se ha comido el canario sino también el nido—. Está olvidado todo lo de la otra noche, ¿verdad?

—Por supuesto —aseguró Elizabeth—. Totalmente.

—¡Se me olvidó el sirope! —exclamó Jane—. Pero ¿qué estamos haciendo? —Se metió rápidamente en la cocina y regresó blandiendo una botella descomunal de sirope, del que puso una gran cantidad en cada plato.

—Hoy estás atontadísima, mamá. ¿Acaso llevan Prozac? —soltó Ruby.

—Ja, ja. Puede —soltó Jane, y se metió la cuarta parte de una crepe en la boca—. Sabe rica, ¿verdad? Buena y medicinal.

Ruby entornó los ojos, pero estaba mirando a su madre con cariño. Elizabeth estuvo tentada de salir despacio y volver a abrir la puerta, por si había accedido sin querer a un mundo paralelo.

Zoe bajó pesadamente la escalera, tan veloz como Ruby.

—Bueno, perdona lo de antes —dijo—. Creo que tenemos un buen agente, Jane. No estará tan mal. A ver, será terrible, y vete a saber cuánto nos llevará arreglarlo todo, pero estamos cubiertas, y lo saben, de modo que por lo menos lo único que perdemos es tiempo y negocio, ¿sabes?

—Bueno. Genial —soltó Jane—. ¿Tienes hambre?

—Sí —respondió Zoe. En lugar de pasar por detrás de Ruby, que habría sido el camino más corto hasta su silla, dio toda la vuelta a la mesa. Elizabeth fingió no darse cuenta de la forma en que tiraba con delicadeza del lóbulo de la oreja de Jane cuando pasó por detrás de ella, y después simuló no oír el ruidito que Jane hizo al notarlo.

—¿Las has hecho con requesón, con yogur, con mantequilla derretida o con las tres cosas? —preguntó Elizabeth en lugar de lo que quería decir. Cuando Zoe volvió por fin a sentarse, Elizabeth

abrió unos ojos como platos y la miró, pero su amiga se limitó a sonreír beatíficamente, totalmente encantada.

48

Los planes tomaron forma extraordinariamente deprisa. Dave era organizado; Phillip, el arquitecto con el que se reunieron en la cafetería, dibujó varias posibilidades distintas y las valoró, y después, los tres hablaron con diversos contratistas. Dave presentaba a Andrew como «su socio y mano derecha», y cada vez que lo decía, Andrew se sentía más a gusto con todo aquel asunto. Era mucho dinero, desde luego, pero para eso estaba el dinero, para invertirlo en cosas en las que creías. Si todo salía bien y los demás inversores participaban como Dave pensaba, las obras empezarían en otoño y se pasarían el invierno trabajando en el interior, decorándolo, programándolo todo y ultimándolo. El verano siguiente, Waves estaría montado y funcionando. Ya se imaginaba las fotos: Dave y él apoyados tranquilamente en el rústico mostrador de madera de la recepción. ¡Hotelero! A su madre, sin duda, le parecería una profesión algo mediocre, pero a él le gustaba la idea. Con sentido y con algo de glamour. Era un buen plan.

El importe del primer cheque no fue desmesurado: cien mil. Dave dijo que podrían pasar con setenta y cinco mil, y que ciento cincuenta mil sería lo ideal, así que pensó que cien mil estarían bien para empezar. Elizabeth y él tenían un contable en Slope y un asesor de inversiones en la ciudad, pero él solo se ocupaba de sus planes de pensiones y del fondo universitario de Harry. Era donde iban a parar todos sus ahorros. De la cantidad importante de dinero, el de la familia de Andrew, se encargaba el miembro más reciente del arsenal de ejecutivos que trabajaban para la familia Marx. Elizabeth y él solo tocaban el dinero en caso de urgencia, como cuando tenían que cambiar algo de la casa o cuando, ocasionalmente, tenían que tomar prestado dinero del fondo destinado a pagar los estudios de Harry. Estaba allí y, aunque no

llenaba una piscina inmensa al estilo del tío Gilito, era una cantidad considerable de dinero.

Andrew estaba tumbado boca arriba al fondo del estudio de EVOLVEment. Era la hora de meditación y relajación combinadas, lo que significaba que Dave daba meditación guiada mientras Salome recorría la habitación retocando la postura de los hombros y la cabeza de los asistentes y masajeándoles la frente. Andrew ya no tenía que pagar por las clases. Dave había insistido en ello; ahora era parte del equipo.

Kitty's Mustache era el único otro equipo del que Andrew había formado parte en toda su vida. El matrimonio era una sociedad, y la familia, una especie de equipo, pero no contaba, la verdad. La banda se había reunido, había ensayado y había votado las cosas. En el matrimonio no se votaba; todo tenía que hacerse por acuerdo mutuo. Ser padre era un trabajo absurdo, mundano y sublime por igual, y una vez Harry había aprendido a hablar, a caminar y a ir al cuarto de baño, Elizabeth y Andrew se habían dividido el día para que cada uno de ellos pudiera disponer de algo de tiempo «libre». Cuando estabas en una banda y querías tiempo libre, significaba que la abandonabas, ¿y a quién iba a importarle? Siempre había otro bajista mediocre disponible.

—Imaginad que cada aliento que inspiráis es una luz blanca —dijo Dave—. Y la luz recorre vuestra nariz, vuestros senos y vuestras mejillas para llegar a vuestra cabeza. Imaginad ahora que la luz es una bola en el *pinball* más suave del mundo y que rebota en vuestra cabeza hasta que esta está llena, hasta el último centímetro, de esta luz. Muevo las palancas de la máquina, y la bola va rebotando por todas partes. ¡Luz! ¡Luz! ¡Luz!

Una de las mejores cosas de Elizabeth era su disposición a pasar por alto los defectos de los demás. Era como si pudiera ver lo terrible que era una persona y redoblar después sus esfuerzos para ser amable con ella, como si cada gilipollas que se encontraba fuera un niño maltratado al que estaba intentando impedir que prendiera fuego a los animales. Lo había hecho así con Lydia, quien jamás se lo mereció, desde luego. Él nunca había sido capaz de igualar esa bondad, esa generosidad. Le costaba conciliar la amabilidad y el buen corazón de Elizabeth con lo que había hecho, pero lo estaba intentando. La luz blanca rodeaba la cara de Elizabeth y hacía que su cabello rubio brillara todavía más. Pero la luz blanca de Dave parecía incapaz de acabar con Lydia, por más veces que Andrew inspirara hondo.

Kitty's Mustache era la banda más popular de Oberlin. Actuaban en la Grog Shop de Cleveland, donde hacían de teloneros de grupos que estaban de gira por Nueva York y Chicago, y cuando tocaban en fiestas alrededor del campus, las casas eran un peligro en caso de incendio. Las habitaciones estaban tan abarrotadas que la gente ocupaba el jardín hasta que un vecino llamaba a la policía. Zoe y Andrew iban al mismo curso, uno por delante de Elizabeth y Lydia, y tenían conversaciones interminables sobre qué debían hacer cuando la mitad de la banda se graduara. Andrew no tenía prisa en regresar a Nueva York. Quería quedarse para estar con Elizabeth. Podía vivir fuera del campus y trabajar en la tienda de bicicletas. No costaría casi nada vivir allí, y Elizabeth podría llevarse comida suficiente de los comedores y las cocinas compartidas para que ambos se alimentaran bien, si la fuente familiar se secaba. Pero la fuente no iba a secarse, de modo que Andrew no estaba preocupado. Todo habría sido fácil, salvo que Zoe quería largarse de Ohio, ¿y cómo diablos iban a ensayar sin ella? Ya tenían un sencillo, «Kitty's Moustache and the Male Gaze», del que una discográfica independiente había publicado trescientas copias, y Elizabeth y él tenían muchas ganas de terminar un disco entero.

Fue entonces cuando Elizabeth compuso la canción. Era un temazo, no había la menor duda. Aunque Elizabeth nunca se la hubiera mostrado a nadie y solo la hubiera tocado para sí misma en su habitación, habría seguido siendo un temazo. Las canciones eran así, como monumentos exentos. Cuando volvió al lugar donde ensayaban desde la biblioteca, la tocó con la guitarra y la cantó ante él, Lydia y Zoe, que estaban sentados en el suelo. Lydia siguió el ritmo con los palillos en el suelo. Cuando hubo terminado el segundo estribillo, Zoe estaba de pie, cantando con Elizabeth, y Andrew supo que no iba a irse a ninguna parte. Se quedaron hasta muy tarde, repitiendo la canción una y otra vez hasta que tuvieron las mejillas y los dedos colorados.

Cuando terminaron era medianoche, y el bar del asqueroso hotel que estaba delante del piso de Zoe iba a estar abierto todavía un par de horas. Fueron juntos, aturdidos. Elizabeth y Zoe se sentaron a una mesa del rincón, Andrew se acercó a la barra a buscar una jarra de cerveza y Lydia fue al lavabo, que estaba en el vestíbulo. Toda la planta baja del hotel apestaba a cigarrillo (es probable que las habitaciones también, pero Andrew no había estado nunca en ninguna) y a palomitas rancias que una máquina expendía gratuitamente en un rincón. Como Zoe conocía a todos los camareros, chicos enormes con motocicletas y unos dientes

terribles, solían servirles gratis una de cada dos jarras. Andrew estaba encantado. Siempre le había gustado el grupo, y tenían más canciones buenas, incluidas algunas que había compuesto él, pero aquello era diferente. Llevó la jarra hasta la mesa.

—Voy a mear —anunció.

—Me moría de ganas de saber eso, gracias —soltó Elizabeth, que siempre era más sarcástica cuando Zoe estaba cerca. Las dos chicas se echaron a reír.

Andrew les hizo una peineta y se marchó al vestíbulo. El lavabo estaba detrás de una mampara, como si el hotel fuera lo bastante bonito como para simular que la gente que pasaba por allí no entraba y lo usaba sin cesar. Empujó la puerta y orinó ruidosamente en el urinario con un suspiro. Salió silbando «Mistress of Myself», pero no pudo dar más de un paso en el vestíbulo antes de que Lydia lo abordara.

—Te estaba esperando —dijo con los ojos prácticamente tapados por el flequillo—. Ven conmigo. —Le tiró de la mano para llevarlo fuera del hotel, donde no pudieran verlos desde el bar. Era abril y todavía no hacía calor, aunque las flores habían empezado a brotar en el parque que había al otro lado de la calle.

—Una canción cojonuda la de hoy, ¿verdad? —dijo Andrew. Se notaba borracho, a pesar de que todavía no había tomado ni un sorbo de alcohol, y se frotó el vientre. Estaban en la esquina oscura de la calle, y Lydia le rodeó el cuerpo con los brazos. Era bajita, poco más de metro y medio, de modo que le quedaba la cabeza a la altura del sobaco de una forma que a él le gustaba. Elizabeth era más alta que él, y también le gustaba eso, pero Lydia le hacía sentir un treinta por ciento más atractivo, como el mariscal de campo que era la estrella del equipo de fútbol americano en su instituto.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrew, acariciándole cariñosamente la cabeza.

—No quiero volver al bar —respondió Lydia—. Solo quiero estar contigo.

—¡Pero lo estamos celebrando! —Se separó de ella y le puso las manos en los hombros—. ¡Vamos, será divertido!

—No es la clase de diversión que quiero tener —comentó Lydia, que le sujetó la cara y lo besó.

No fue algo inesperado. ¿Lo fue alguna vez? Elizabeth le chinchaba con el coqueteo de Lydia y él siempre le decía que no era nada, porque era más fácil que contarle la verdad. Se habían acostado un puñado de veces, solo cuando estaban como cubas, y cuando Elizabeth pasaba la noche en alguna otra parte. Lydia

parecía saber con exactitud cuándo ella iba a estar fuera, y se presentaba en su casa con una botella de un vino que no era terrible y sin ropa interior. Nunca hablaban de ello después, con lo que parecía menos un secreto y más un estado de fuga compartido. No tenía nada que ver con Elizabeth. Él amaba a Elizabeth. Era un vaso de leche entera, recién ordeñada, pura calidad. Lydia era otra cosa. Una bebida a la que le habías echado algo. Eran como Betty y Veronica en las conocidas historietas de aventuras. Archie las quería a las dos, y ellas también se querían, aunque tiraban de él cada una por su lado. Cuando se imaginaba que Elizabeth se enteraba, esto formaba parte de su defensa. No era mucho, pero era algo. Esperaba no tener que usarlo jamás, que Lydia desaparecería algún día y su vida sería más sencilla. Tampoco era que Elizabeth y él estuvieran casados. Ni siquiera vivían juntos. Era peor que cruzar la calle de modo imprudente pero no tanto como un dolor de muelas. Peor que vomitar en un taxi pero no tanto como ir al Departamento de Vehículos Motorizados.

—Vamos —insistió Andrew—. Volvamos.

—De acuerdo —dijo Lydia, echando hacia delante el labio inferior y mirándolo con los ojos entrecerrados—. O podría hacerte una mamada aquí mismo. —Cruzaron la calle y, al llegar al parque, Andrew se bajó la cremallera mientras Lydia se escondía tras un arbusto y tiraba de él para que se arrodillara.

¿Estaría esta escena en la película? La luz blanca no existía. Lydia le ocupaba toda la cabeza. Se habían acostado unas cuantas veces más, y después el semestre había terminado, él se había ido a vivir con Elizabeth y todo se acabó. Lydia le juró que él no era la razón de que dejara la universidad, que odiaba estar allí y que él no era ni remotamente importante para ella, pero nunca estuvo seguro del todo. Aquel verano la ayudó a cargar una furgoneta de mudanzas, y cuando se sentó al volante, sacudió la cabeza y lo miró del mismo modo que mil años después en el Veselka, después de que Harry hubiera nacido. Lo miró como si fuera un imbécil, como si hubiera tomado la decisión equivocada y ella lo supiera. Él nunca tuvo nada tan claro. Lo único que quería en la vida era tener algo tan claro como Lydia lo tenía todo. Lo había querido y cuando no había conseguido tenerlo, se había ido. Cada vez que Lydia cantaba esa canción, aquella canción cojonuda, perfecta y hermosa, era lo único que Andrew oía. Estaba tranquila y se largó, y él se quedó con su voz y con las palabras de Elizabeth. Estaba seguro de que oía exactamente lo que Lydia quería que oyera. Era de lo que se sentía más culpable en su vida, y cuando Lydia murió, lo primero que

sintió fue alivio. Nadie más lo sabía, y ahora nunca tendría que contárselo a Elizabeth. Aquel alivio era la segunda cosa de la que se sentía más culpable. Era un emparedado de culpa, con Lydia en el medio.

Notó que Salome lo despeinaba y oyó qué se agachaba tras él. Le presionó los hombros con los pulgares, con lo que lo afianzó en el suelo y, después, le describió unos pequeños círculos con los dedos en la frente. Las manos le olían a lavanda. Andrew inspiró y, al espirar, expulsó todo lo que pudo de Lydia. Pero siempre había más. Lo pringaba por dentro, como una fina capa de deseo y de pesar pegada como alquitrán a sus entrañas. Nunca había la suficiente luz blanca, pero siguió inspirando con la esperanza de que eso cambiara.

49

Ahora que su trabajo estaba en un paréntesis indefinido, Ruby tenía más tiempo para curiosear para Elizabeth. Era divertido, como simular que era la espía Harriet, y sobre todo le daba algo que hacer. El primer paso fue apuntarse a una clase de yoga, lo que le parecía bastante insignificante, en cuanto a misiones de espionaje. El sitio web de EVOLVEment era una mierda, con un montón de fotos de chicas monas con los ojos cerrados que sonreían como si tuvieran la lengua de alguien en el clítoris y nada más, pero tenían los horarios de las clases en pedazos de papel rosa en una caja de plástico transparente en el porche. Ruby se hizo una cola de caballo y robó la colchoneta de Zoe del armario del recibidor.

—Ve a ver cómo es ese sitio —le había dicho Elizabeth—. Mira si hay algo raro. Ya sabes, habla con la gente. —Ruby estaba en ello.

Las clases costaban quince dólares para los que no tenían abono. Ruby pagó en efectivo y firmó un descargo de responsabilidad con el nombre Jennifer Lopez, que era divertido a la vez que entraba dentro de lo posible. Había planeado pedir a quien diera la clase que la llamara Jen antes de soltarle un largo soliloquio sobre su juventud como gimnasta y sus tendones de la corva tensos.

Los discursos preparados fueron innecesarios. A diferencia de la mayoría de estudios, que estaban bastante vacíos de día, EVOLVEment estaba abarrotado, y la mujer que daba la clase ni siquiera se presentó. Era una rubia flexible, que andaba por franjas diminutas de suelo entre las colchonetas para tocar a todo el mundo mientras recorría la habitación. Como tenía que ser una alumna entusiasta si quería obtener algo de información, Ruby desenrolló la colchoneta en la primera fila y dijo «Ommm» en voz muy alta cuando se lo pidieron.

—Bienvenidos a EVOLVEment —dijo la mujer—. Os saludo a cada uno, y a cada uno os digo: «Mi espíritu te ve.»

—Mi espíritu te ve —respondió toda la clase.

—¡Vamos allá! —soltó la rubia. Se volvió, sacó de repente un iPhone y pulsó un botón, con lo que la habitación se llenó al instante de música afrobeat—. ¡Quiero ver vuestros hermosos cuerpos moveeeerse! —Si Andrew estaba en un apuro, desde luego no sería con aquella idiota. Ruby hizo todas las posturas del perro hacia arriba que pudo antes de dejarse caer en la colchoneta y esperar a que la clase terminara.

Cuando estaban todos enrollando sus respectivas colchonetas, Ruby se acercó como si tal cosa a la profesora, que estaba bebiendo un vaso alto de algo verde y espumoso.

—Una clase muy buena —dijo—. Ayer corrí diez kilómetros y mi cuerpo necesitaba un respiro. Pero la clase ha sido realmente buena.

La mujer se llevó los pulgares a la frente e hizo una microrreverencia.

—Muchísimas gracias. Mi espíritu notó que tu espíritu necesitaba descansar. Eso es muy importante, ¿sabes? Lo primero que aprendes cuando te preparas para enseñar es que lo más difícil es escuchar tu propio cuerpo y prescindir de lo demás que esté pasando en la habitación. —Puso una mano en el brazo de Ruby—. Hoy tú eres mi mejor profesora.

—Yo siento exactamente lo mismo —aseguró Ruby, y se puso los pulgares en la frente—. *Namaste*. —Echó un vistazo a la habitación, que había empezado por fin a vaciarse. Todavía había unas cuantas personas de aspecto flexible rezagadas, que se frotaban unas a otras la espalda, con gemidos de aprobación incluidos. Le recordaron a Dust y los demás chicos de los peldaños de la iglesia, solo que con una piel mejor y un hígado más limpio—. Este sitio es fenomenal —aseguró—. ¿Dais muchas clases?

—Bueno, aquí todos somos profesores —respondió la mujer, que se inclinó hacia ella—. Creo que podrías ser una parte interesante de todo esto, ¿sabes? Me llamo Lena. ¿Quieres que te enseñe nuestras instalaciones? ¿Te apetece una *kombucha*? La preparamos aquí. Está riquísima. ¿La has probado ya? Es una especie de té helado, pero más original.

—Me encantaría —aseguró Ruby, intentando no ignorar lo mucho que le dolían los músculos de los muslos cuando empezaron

a subir la escalera.

50

La doctora Amelia tenía la parte superior de los pies bronceada excepto por la piel en forma de cruz que le había quedado oculta bajo las tiras de las sandalias, con lo que daba la impresión de que estaba sentada a la sombra de unas persianas venecianas. Zoe pensó que alguien debería decirle que había que ponerse protector solar en todo el cuerpo, no solo en la cara y los brazos, pero como resultaba extraño dar consejos sobre salud a un médico, mantuvo la boca cerrada.

Había muchas cosas sobre las que Zoe quería mantener la boca cerrada. Sabía que Ruby y Harry habían estado tonteando cuando creían que Jane y ella estaban dormidas, pero no le importaba. Jane y ella habían estado tonteando cuando Ruby estaba fuera, lo que era igual que cuando era pequeña y practicaban sexo mientras ella hacía la siesta porque estaban demasiado cansadas y ocupadas cuando se acostaban por la noche. No quería contarle a Elizabeth lo de Jane, lo que era ridículo, porque Jane era su mujer y Elizabeth era su amiga, pero le preocupaba decepcionar a Elizabeth si Jane y ella seguían juntas, como si se estuviera rajando.

A la doctora Amelia le gustaba sentarse con las piernas cruzadas en su silla de oficina Aeron.

—¿Cómo os va, chicas? —preguntó—. Parece que habéis pasado un buen verano.

—Acabamos de tener un incendio en el restaurante —explicó Jane—. De hecho, se incendió por completo.

—Y Ruby sigue sin ser admitida en la universidad —intervino Zoe, que se corrigió a sí misma—. No va a ir a la universidad, supongo.

—Y la llevaron a comisaría por practicar sexo en Prospect Park —añadió Jane.

—Oh —soltó la doctora Amelia, que anotó algo en su bloc—. ¿Y cómo va vuestra relación? Porque tenéis mucho estrés adicional.

—Bien —respondió Zoe. Miró a Jane, que estaba sentada a su izquierda. Jane no soportaba ir a terapia. Su madre, que era terapeuta, recibía a sus pacientes en la consulta de su casa, en Massapequa, y todas las tardes que sus hermanos y ella tuvieron prohibido ver la televisión, porque la habitación donde estaba daba a la consulta de su madre a través de unas puertas cristaleras, la habían llevado a aborrecer aquel proceso. Sin embargo, ahora parecía totalmente contenta de estar allí, e incluso sonreía sin motivo aparente.

—¿Y habéis hablado sobre los problemas que teníais? Es fenomenal que estéis pasando un buen momento, por supuesto, pero quiero asegurarme de que no sea una situación pasajera. ¿Habéis hablado sobre los motivos que provocaron vuestro distanciamiento para empezar?

Jane cerró la boca.

—Bueno, no hemos tenido tiempo —comentó Zoe. Y era verdad. Después del incendio hubo mucho trabajo que hacer, y comidas que preparar, y llevaban dos temporadas de retraso de la serie *Daños y perjuicios*, que estaban viendo en Netflix. Zoe había pensado que tenían que HABLAR con mayúsculas, pero cada día se lo pensaba mejor.

—Hemos estado muy atareadas —corroboró Jane—. Y, además, no sé, me parece un poco gafe. Como tentar la suerte. Ya sabe a qué me refiero.

—Sé a qué te refieres —dijo la doctora Amelia—. Tienes miedo de agitar las aguas. De despertar la fiera dormida. De revolver el avispero. —Se dio unos golpecitos en el mentón con el bolígrafo.

—Exacto. —Jane juntó las manos en el regazo—. Algo así.

—Bueno, ¿por qué no empezamos ahora? —sugirió la doctora Amelia—. Recordad que este es un lugar seguro, donde todos los sentimientos son válidos. Zoe, ¿quieres empezar?

—Bueeeeno —dijo Zoe, que cruzó las piernas hacia un lado y luego hacia el otro. El pelo le tapaba los ojos y se lo pasó por detrás de las orejas—. Supongo que tengo la impresión de que las cosas han ido realmente bien, pero puede que tenga miedo de que eso sea así porque tal vez Jane tema estar sola. De modo que ahora mismo está más interesada en mí que de costumbre. Y puede que, en poco tiempo, todo se apague de nuevo. Y entonces volvamos a estar donde estábamos. —Se tapó los ojos—. No me mates —pidió a Jane.

—No voy a matarte —respondió esta—. Tienes razón. No quiero estar sola. Pero el motivo de que no quiera estarlo es porque te amo. No es solo que quiera tener a alguien conmigo, quiero tenerte a ti conmigo. —Entornó los ojos—. ¿De verdad quieres que hagamos esto aquí? —preguntó y, tras carraspear, añadió—: Creo que tendríamos que hablar de Elizabeth.

—No lo dirás en serio —soltó Zoe, verdaderamente sorprendida.

—No digo que sea nada sexual, Zo. Pero pienso que hay algo raro. ¿Puede decirse que hay algo aunque no se trate de que lo estén haciendo, doctora Amelia?

—Por supuesto —afirmó la doctora Amelia—. Hay toda clase de traiciones: físicas, emocionales, espirituales. ¿Qué crees que está pasando exactamente, Jane?

—Hace años nos peleábamos por esto. Simplemente pienso que Zoe tiene alguien a quien recurrir siempre que está disgustada, feliz o lo que sea. Sé que no es tan importante como antes, pero aun así, creo que interfiere en nuestra relación. Hay una razón por la que la gente no vive cerca de sus padres, o al lado de sus mejores amigos, ¿sabe? Es raro. La gente necesita espacio. O, por lo menos, yo necesito espacio.

Zoe frunció los labios. Lo del espacio era cosa suya.

—¿Qué? —dijo Jane. ¿Realmente crees que estoy equivocada?

La doctora Amelia aguardaba, expectante, moviendo los dedos de los pies de la emoción.

—Creo que es totalmente absurdo —contestó Zoe, y después trató de tomárselo con más calma y pensar si era cierto o no. Notó que se preparaba para un enfrentamiento, seguramente del mismo modo que los toreros antes de salir al ruedo. Cuanto más pensaba en ello, más veía que Jane se parecía mucho a un toro, furioso e inflexible, y propenso a dar bufidos. Sin embargo, Zoe sabía que lo que les había pasado no era solo culpa de Jane. Y también era posible que tuviera razón. Pensó en todas las veces que había acudido a Elizabeth en lugar de a su mujer, por diversas razones. Últimamente no había sucedido con tanta frecuencia, excepto para hablar sobre la casa, pero años atrás había ocurrido sin cesar. Al principio de su relación con Jane, Elizabeth y ella habían sido inseparables, y ella, a menudo, empezaba las frases diciendo: «Bueno, como estaba diciendo a Elizabeth...» o «Elizabeth me ha dicho que...». Sin duda era algo irritante y tedioso. Pensó cómo se sentiría ella si Jane tuviera a alguien así, un confidente a quien quisiera de verdad, y si esa persona viviera al lado de su casa. Ya no iban a la universidad, no eran Jerry Seinfeld y sus amigos solteros,

que entraban y salían sin ningún aviso y sin ningún motivo. Eran adultas, con familias, impuestos e hipotecas. Tuvo la horrible sensación de que su mujer podía tener razón. Los detalles eran incorrectos, pero Jane no se equivocaba al decir que Elizabeth siempre había estado allí, rondando, deseosa de contestar el teléfono.

—Creo que tendríamos que quedar unos cuantos días más —comentó Zoe, y la doctora Amelia asintió y tomó debida nota.

51

Dave, que era del sur de California, como Andrew había sospechado, sabía hacer surf y Andrew había accedido a probarlo. Dave tenía un amigo que alquilaba tablas y trajes de neopreno a unas manzanas del edificio del hotel, y en quince minutos tuvieron todo lo que necesitaban. Aconsejó a Andrew una tabla de espuma de 2,74 metros, y este asintió como si supiera de qué le estaba hablando.

—Vamos a hacer que lo consigas, hombre —aseguró Dave.

Había tomado una clase antes, cuando Elizabeth y él fueron a Hawái de luna de miel. Se la pasaron leyendo periódicos en la arena, parando cada dos por tres para besarse y girarse la alianza en el dedo. Él había estado prácticamente todo el tiempo sintiéndose afortunado por el hecho de que Elizabeth, tan delicada y tan buena, lo hubiera elegido a él, un pedazo de alcornoque. Desde el principio estuvo convencido de que no la merecía, pero iba a intentarlo, y fue así cómo se pasaron la luna de miel: acostándose, tostándose al sol y andando sin rumbo, tomados de la mano. Tal vez deberían volver. Tal vez Harry podría quedarse en casa. Ya era bastante mayor. Todavía estaba disgustado por lo de la película, pero quizá si profundizaba un poco en ello, vería lo que Elizabeth estaba intentando hacer.

EVOLVEment, Andrew, Dave y Waves, o como fueran a llamarlo, habían hecho una oferta por el edificio del hotel. Había que realizar algunos trámites municipales para su recualificación, por lo que el proceso duraría varios meses. Dave y Phillip se encargaban de todo. El primer cheque había ido a parar a la cuenta de depósito en garantía del agente inmobiliario junto con el dinero de otros inversores, donde permanecería hasta que firmaran el contrato. Mientras tanto, Andrew había librado un segundo cheque, esta vez

directamente a Dave, por cincuenta mil dólares más. EVOLVEment crecía tan deprisa que necesitaban dinero para pagar los profesores y el equipo, las cajas de botellas para la *kombucha* y los montones de vasos de plástico para los zumos, además de para seguir haciendo mejoras en la casa, y Dave había destinado todo su capital a las mejoras del hotel. Se lo había pedido tímidamente, como si fuera a oponerse, cuando resultaba que EVOLVEment era la más clara y sencilla de todas sus responsabilidades.

Se adentraron juntos en el agua. Andrew recordó enseguida la sensación de hacía tantos años, la forma en que todos los músculos aletargados del pecho y los hombros se despertaban chirriantemente de repente. Le costaba mantener la tabla estable bajo su cuerpo. Se sentía como un tentetieso, pero sin ningún peso que lo mantuviera en vertical. Llegaron más allá del rompiente de olas, y Dave le dio unas cuantas indicaciones, como que no intentara levantarse de un salto sino más bien arrastrar los pies hasta dejarlos en su sitio, lo que parecía más fácil pero, en realidad, no lo era. Saltar era para personas como Dave, con los abdominales como una tableta de chocolate.

—No es cuestión de horas de clase —comentó Dave—. Es solo cuestión de sentirlo, ¿sabes? Las olas, las vibraciones. El surf es eso. El mar te dice cuándo es el momento y allá vas.

—De acuerdo —dijo Andrew.

Cerca de ellos una escuela de surf daba clases, y tres chicas con la parte superior de neopreno y la inferior de bikini a juego se reían al ver cómo las demás se resbalaban de las tablas y se caían al agua poco profunda. Empezó a formarse una gran ola, y Dave la señaló con la cabeza, entrecerrando los ojos.

—Esa es mía —anunció, y empezó a remar con los brazos. Pasado un instante, estaba de pie, moviendo el cuerpo para distribuir el peso.

Andrew estaba boca abajo, cabeceando en la tabla con las olas. El agosto había llegado rápidamente ese año, y la ciudad estaba vacía, pero las playas estaban llenas, salpicadas de personas jóvenes y mayores. Deseó haber llevado más veces a la playa a Harry cuando era pequeño. Habían ido de vez en cuando, puede que uno o dos días cada verano, pero nada más. Se le ocurrió que era una gran injusticia, un agravio que había cometido. Los niños jugaban en la arena, donde cavaban agujeros y construían castillos con cubos de plástico. Harry era igual que Elizabeth, que prefería las actividades de interior, y pensó que era culpa suya por no haber intervenido. Nunca habían ido de acampada sin coche. Nunca habían conducido

una autocaravana. Nunca habían bajado por una tirolina ni hecho una hoguera. Quiso gritar al pensar en todas las cosas de las que había privado a su hijo, simplemente porque no había pensado en ellas. Mientras, Dave había surcado el mar hasta la orilla. El agua era poco profunda y cuando Dave llegó a la playa se deslizó por la arena como si fuera en un monopatín gigantesco, lo que podría decirse que estaba haciendo más o menos. Parecía facilísimo. Dave tendría unos treinta y cinco años, y Andrew se preguntó si alguna vez habría estado casado o si tendría hijos. Seguro que habría mencionado un hijo, a no ser que estuviera en una situación terriblemente mala y no mantuviera el contacto con él, lo que no imaginaba que fuera el caso. Tenía pinta de soltero, en un buen sentido. Sin ataduras.

Una ola ligeramente mayor se formó debajo de Andrew, y este se impulsó para incorporarse de modo que volvió a quedarse sentado a horcajadas sobre la tabla con las piernas colgando en el agua. Dave le hizo señas desde la playa y le gritó algo que no alcanzó a oír. Se volvió para ver qué le aguardaba. Hacer surf era bastante como pescar en un lago; había que esperar y observar mucho, solo que había más probabilidades de ahogarse. Vio que se acercaba una ola y decidió remar. Se dejó caer de bruces demasiado rápido y se hizo daño, pero no tenía tiempo de pensar en ello. Empezó a remar y remar, con la cabeza y el pecho levantados, como en clase de yoga, hasta que tuvo la ola debajo y la tabla hizo lo que tenía que hacer: mantenerlo separado de ella. Por un segundo, lo logró. Arrastró los pies hasta ponerse en cuclillas y se impulsó hasta casi levantarse del todo. Se le doblaron las rodillas, y extendió los brazos. Se sentía como Philippe Petit al andar entre las Torres Gemelas. Quería buscar a Dave con la mirada y levantar un pulgar o saludarlo con la mano, pero sabía que si lo hacía, se caería. Pero empezó a caerse igualmente hacia la izquierda de la tabla, y al hacerlo, dirigió la vista hacia la playa y le pareció ver a Harry y a Ruby con el cabello rizado recogido en lo alto de la cabeza como si fuera una madeja de lana justo detrás de Dave. Pero entonces se hundió en el agua y, cuando por fin asomó la cabeza tras permanecer brevemente en la lavadora del océano Atlántico, habían desaparecido. Sujetó la tabla y la usó para impulsarse con los pies hasta la arena.

—Lo tenías —dijo Dave, que alargó una mano hacia él—. La próxima vez saldrá todavía mejor.

—Me pareció ver a mi hijo —soltó Andrew, escudriñando la playa. Había montones de jóvenes en la arena, tumbados con

revistas del corazón y sombrillas baratas, pero no vio a Harry—. Te lo juro. Estaba justo detrás de ti.

—Como una visión —asintió Dave—. A lo lejos.

—No, ¡estaba aquí mismo! —señaló el lugar como si la arena le ofreciera un mapa.

—Comprendo —dijo Dave, totalmente inexpresivo. Estaba claro que no tenía hijos. Estaba mirando el agua con la tabla señalando hacia el cielo despejado que los cubría—. ¿Quieres volver a intentarlo?

—Claro —contestó Andrew. Recorrió una última vez la playa con la mirada en busca del pelo de Ruby, pero siguió sin verlos. Aquella chica daba problemas, como su madre, y estaba harto de fingir que no le importaba—. Hagámoslo —dijo, y volvió a lanzar la tabla al agua, olvidando que todavía la llevaba sujeta a la pierna, por lo que tropezó y cayó sobre la superficie de espuma.

—Genial —soltó Dave—. Ya le estás pillando el tranquillo.

Andrew estaba avergonzado, pero no lo demostró.

—Vamos otra vez —dijo.

52

Elizabeth estaba sentada en el porche, sudando. Esa tarde había quedado con una pareja de Carroll Gardens, con una hija y otro peque en camino, que quería una casa en el barrio. La casa de Zoe era exactamente lo que estaban buscando: lo bastante grande para todos los miembros de la familia pero lo bastante desvencijada como para poder permitírsela. Deirdre tenía en cartera una casa en Ditmas Avenue, pero Elizabeth sabía que querían que estuviera más cerca del parque. A veces unas pocas manzanas lo cambiaban todo. No era extraño tener clientes que te delimitaran con exactitud dónde había que buscar. A veces tenía que ver con la cercanía a centros educativos, pero otras se trataba tan solo de una preferencia personal. Si Elizabeth alguna vez se mudaba de casa, querría un piso en Commerce, Grove o Bedford, en el West Village, un pequeño laberinto de calles. No es que quisiera mudarse, tan solo era un defecto profesional que, al ver cómo vivían su vida otras personas, la compararas con la tuya. Tampoco quería vender la casa de Zoe porque eso significaría que su amiga se iría del barrio, ¿y qué conllevaría que dejaran de ser vecinas? ¿Le enviaría regularmente mensajes para quedar con ella para cenar en el último minuto? Tampoco era que Zoe respondiera que sí últimamente, aunque ella y Jane estaban resolviendo muchas cosas ahora, con lo del incendio y todo lo demás, claro. A veces las excusas no eran excusas. Si Zoe se mudaba, ¿beberían vino sentadas en el porche de la otra? ¿Cuántas veces tomaría Zoe el metro para ir a verla? No quería tener que averiguarlo.

Estaba sentada en el porche porque Zoe la estaba evitando. No le respondía los emails ni los mensajes de texto, como si ella no supiera que los había visto. A veces añoraba los viejos tiempos, cuando no tenías ni idea de si alguien había escuchado tu mensaje o

si sabía que le habías llamado seis veces en un solo día. No es que quisiera acosarla; necesitaba hablar con ella. Había prometido a sus clientes que preguntaría qué probabilidades había de que la casa se pusiera a la venta, pero más que eso, quería saber qué había pasado con Jane. Naturalmente, todo formaba parte de la misma conversación, la que estaba claro que Zoe quería eludir. Pero ser vecinas además de amigas significaba que Elizabeth sabía cuándo Zoe y *Bingo* iban a dar su paseo a última hora de la mañana, y no iba a suponer saltarse ningún protocolo estar sentada en el porche cuando eso pasara, ¿no?

Primero vio a *Bingo* con la boca abierta de felicidad y arrastrando por la acera la correa suelta. Los perros eran animales muy poco complicados: comida, juegos, sueño y amor; no necesitaban nada más. Las personas eran mucho peores. Zoe iba unos metros detrás de *Bingo* con los ojos puestos en el móvil.

—Hola —la saludó Elizabeth, bajando los peldaños del porche.

—Oh, hola. Iba a devolverte la llamada —comentó Zoe, y se metió el móvil en el bolsillo trasero—. Espera, *Bing*. —Se agachó y recogió el extremo de la correa.

—¿Va todo bien? —preguntó Elizabeth con los ojos entrecerrados. Se los protegió del sol también con las manos—. Quiero decir entre nosotras. ¿Hice algo mal?

—¿Qué? ¡No! ¿Qué podrías haber hecho? —Zoe miraba el suelo.

—No lo sé —respondió Elizabeth—. Por eso te lo pregunto.

—No —aseguró Zoe—. De veras. No hay ningún problema. Hemos estado muy agobiadas con lo del incendio, ¿sabes?

—Claro —dijo Elizabeth, y dejó caer las manos a sus costados—. Es que tenía la impresión de que pasaba algo raro. Llevamos un tiempo sin hablar de la casa y el otro día, con las crepes, parecía que Jane y tú...

—¿Qué? Es mi mujer, ¿recuerdas? —dijo Zoe a la defensiva.

—¡Naturalmente! ¡Sí, claro que sí! Solo pensé que teníais problemas, y habíamos hablado de la casa, ¿sabes? Y entonces me pareció que tal vez habíais vuelto a las andadas...

—¿Vuelto a las andadas? ¿Me estás diciendo que mi mujer y yo hemos vuelto a las andadas al seguir casadas y dejar de estar en tus codiciosas manitas? ¡Dios mío, Lizzy! —Zoe meneó la cabeza—. ¡Puede que no se equivocara! ¿Es un disparate? ¡No sé! Francamente, pareces pensar más en tu comisión que en nuestra amistad, si quieres que te lo diga.

—¡No! —exclamó Elizabeth—. ¡Eso es una locura! No quise decir eso. ¡Te lo prometo! —Todo estaba saliendo mal. Elizabeth

quería decir a Zoe que temía que se mudara, que temía querer mudarse al piso de al lado para asegurarse de que siguieran siendo amigas los siguientes veinte años y los veinte años después, que la entristecía la idea de que ella y Jane se divorciaran y que la entristecía también su propio matrimonio, que Ruby y Harry estaban creciendo demasiado para llamarlos niños y ¿qué iban a llamarlos después? Pero la boca no le respondió y no dijo nada de todo esto—. De verdad que no, te lo prometo —aseguró.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento? —Zoe señaló a *Bingo*, que estaba haciendo pis en la acera.

—Claro —contestó Elizabeth—. No pretendía nada, y naturalmente, quiero que seas feliz, por supuesto. Y no estoy intentando vender tu casa a toda costa. Solo quiero asegurarme de saber qué está pasando. Si me dices que ponga el freno, lo haré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Zoe con una expresión melancólica en la cara—. Es que ahora las cosas están muy liadas, tanto las buenas como las malas, y no sé cómo va a terminar todo. Perdona —Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla—. Ya te llamaré.

—Excelente —soltó Elizabeth—. Hazlo, por favor. —Sus clientes podrían irse a vivir a la casa que Deirdre tenía en cartera, eso le daba igual. Y, en cierto sentido, esperaba que Jane y Zoe resolvieran sus problemas. No eran como algunas de las parejas que conocía, de las que opinaba sinceramente que tendrían que divorciarse porque discutían muchísimo en público. Se situaban en mitad de la escala, lo mismo que, a su entender, Andrew y ella. No eran unos tortolitos, como los padres de Zoe, ni siquiera como Deirdre y Sean, parejas que se acariciaban la espalda uno a otro porque sí, sin que el otro se lo pidiera ni se quejara de que necesitaba un masaje. La mayoría de parejas que conocía estaban en un punto intermedio, luchando hasta el fin. «¡No vamos a divorciarnos!» Este era su lema común. Era la única forma de que un matrimonio durara mucho tiempo, la única forma de tener una familia verdaderamente sólida. ¿Quién necesitaba la felicidad cuando gozaba de estabilidad? ¿No era la idea que se ocultaba tras el método Ferber para enseñar a dormir a los bebés que unas cuantas noches de sufrimiento daban lugar a más horas de sueño para todos? Se miró las manos y se percató de que estaba cerrando los puños con tanta fuerza que le habían quedado marcadas las uñas en la palma de la mano.

Había personas que dejaban y otras a quienes las dejaban. Zoe era de las primeras. Kitty's Mustache empezó a morirse cuando

Lydia se marchó, aunque no lo pareciera. Lydia siempre había sido el eslabón más débil, y la chica con quien Zoe salía por aquel entonces tenía un amigo en el conservatorio que tocaba la batería, por lo que fue una sustitución sencilla. El único problema fue que el chico nuevo era mucho mejor músico que el resto de ellos, de modo que sus canciones parecían de ínfima categoría, de aficionados. Aun así, tocaron todo el año en fiestas y espectáculos, incluso después de la graduación, cuando Zoe y Andrew estaban por lo demás desempleados y desocupados. Al llegar enero, Zoe decidió de nuevo que estaba harta. Estaba cansada de tocar para estudiantes de primero que sujetaban sus primeros vasos de plástico rojo llenos de cerveza. Según ella, ya no quedaba nadie interesante allí. Aseguró que se sentía vieja y patética, lo que era graciocísimo, porque todo el mundo la seguía por todas partes como si fuera el flautista de Hamelín.

Puede que eso fuera un problema. Ser la persona más genial en kilómetros a la redonda conllevaba no tener a nadie a quien admirar. Sabía que la música no estaba hecha para ella; no era de aquellos hijos que querían llevar la misma vida que sus padres. Empezó a pasar cada vez más tiempo con sus profesores de arte, tomando vino en la mesa de sus cocinas y hablando sobre Nueva York. Cuando empezaron las vacaciones de Navidad, anunció que estaba harta y que ya verían qué pasaba con el grupo en primavera, cuando Elizabeth y Andrew se marcharan de la universidad. Dijeron a todos sus amigos que era un paréntesis. Pero los paréntesis no existen para las bandas universitarias. Elizabeth fue la que se puso más triste de todos, porque sabía que seguramente nunca volvería a estar en una banda, por lo menos de verdad. La universidad era un lugar de ensueño, donde podías decidir hacer algo y llevarlo a cabo, donde nadie iba a decirte que no eras lo bastante bueno o que no tenías talento suficiente. Elizabeth confiaba mucho en sí misma, pero conocía sus limitaciones.

¿Qué era un año? Cuando estaban en la universidad, parecía mucho. Zoe era mayor y más sabia, tal como Elizabeth lo veía. Sentía que ella era Liesl y que Zoe era Rolf en *Sonrisas y lágrimas*, y que estaban bailando juntas en un cenador, excepto la parte de los nazis. Fue muy curioso ser madre y darse cuenta de lo que un año significaba realmente. ¡Un año no era nada! Y un año académico, menos. Podías nacer con un día de diferencia y estar en dos cursos distintos, según la fecha. Era todo muy arbitrario. Elizabeth deseaba haber sabido eso en aquel momento tan inicial de su vida. Zoe no era más sabia que ella. Un año no era mucho tiempo. Simplemente

se aburría en Ohio, y eso fue el fin de Kitty's Mustache.

Había una chica en Nueva York, por supuesto. Zoe nunca estaba sola demasiado tiempo. Esta era artista y era conocida, y muy admirada, por andar por el campus de Oberlin llevando solo un peto. Aquella muchacha quería montar un nuevo grupo, un dúo, y Zoe se marchó. No había durado demasiado, solo el tiempo del idilio, tal vez seis meses, pero conllevó que cuando Elizabeth y Andrew llegaron, para Zoe Kitty's Mustache ni siquiera era su proyecto más reciente, sino simplemente un recuerdo. Daba igual lo conocidos que habían sido, que hubieran publicado un disco. Había tantas discográficas independientes que todas las personas a quienes conocían habían publicado un disco. Todas ellas tenían posters de actuaciones, videoclips y una caja llena de recuerdos. No eran tan especiales. Fue Lydia quien, más adelante, los hizo especiales *a posteriori*, quien les valió una nota a pie de página en la historia de la música. De modo que siguieron con sus vidas, y al cabo de unos cuantos años pasó a ser una curiosidad, un dulce recuerdo que contar a sus hijos. «Éramos geniales.» A veces, si no pensaba demasiado en los detalles, hasta parecía cierto.

53

Quedaba una clase del curso de preparación y después la selectividad. Harry deseaba que durara para siempre. Se mudaría a la escuela de kárate si era necesario y tomaría todas las comidas del día con Eliza y Thayer mirándolo mientras masticaban con la boca abierta como un par de vacas. Ruby le seguía la corriente al permitirle poner a prueba su vocabulario con tarjetas. De día, tenían la casa de Ruby para ellos, y si una de sus madres llegaba, no les costaba nada esperar a que se marchara. La verdad oculta del cuidado de los hijos (salvo en casa de Harry) era que los padres casi siempre tenían otros asuntos en los que pensar, cosas aburridas como impuestos y visitas al dermatólogo, además de sus trabajos y de si había que comprar leche. Ruby le contó que había estado fumando tres años, ¡en su habitación!, antes de que ninguna de sus dos madres se diera cuenta. Harry era incapaz de imaginar cómo alguien podía no darse cuenta de nada que tuviera que ver con Ruby. El día antes, se había cortado cinco centímetros la mitad delantera del pelo, y fue en lo primero en lo que él se fijó. Recordaba una faraona egipcia, y así se lo dijo.

—Lograrás que quiera afeitarme la cabeza —soltó Ruby—. Solo para ver qué piropo se te ocurre.

Llevaba una falda elástica negra y una de las viejas camisetas de Harry. Era increíble cómo podía hacer que una vieja camiseta manchada de la serie Rugrats luciera bonita. El aire acondicionado situado en la ventana del dormitorio de Ruby era tan ruidoso que tuvieron que subir muchísimo el volumen de la música, lo que hacía difícil oír las respuestas de Ruby a las tarjetas que él le mostraba, pero le leía los labios. Estaban escuchando a Otis Redding, y de vez en cuando, Ruby saltaba de la cama de un brinco y se ponía a bailar.

—¿Que muestra gran alegría? Venga, esta es fácil. ¡Exultante! —dijo Ruby con los ojos entornados—. Ponme una más difícil.

—No puedes hacer solo las difíciles. Tienes que asegurarte de saber también las fáciles. ¡No puedes descartarlas! ¡Es así como se acumulan puntos!

—Harry, estamos hablando de la selectividad, no de un videojuego. —Ruby dio una palmada—. A ver, la siguiente.

Repasó las tarjetas. Moderación. Ocaso. Claustro. Ruby las sabía todas. Se levantó y giró el ventilador para dirigírselo directamente a la cara. Tenía unas cuantas espinillas en la mejilla derecha, y se le había infectado el agujero que se había hecho ella misma en la oreja en el lavabo del colegio, y todavía lo tenía un poco enrojecido. Harry deseó poder grabar en vídeo cada segundo que pasaba con ella para poder mirarlo en veinte años. Para poder enseñárselo a ella en veinte años. Para que pudieran verlo juntos y mostrárselo a sus hijos. Un niño y una niña. Gemelos, tal vez. ¿Era extraño que imaginara que tendrían gemelos? Tendrían la piel clara como Ruby, y los brazos y las piernas rechonchos como él.

Harry había estado pensando mucho en el futuro.

Terminaría en Whitman en menos de un año. La graduación era en junio, de modo que solo quedaban diez meses. Ya había dicho a Ruby que la amaba, y no imaginaba que eso fuera a cambiar próximamente. No imaginaba que fuera a cambiar, y punto. ¿Cuáles eran las normas cuando la mejor persona que conocías era alguien a quien habías conocido toda tu vida? ¿Tenías que fingir que buscabas en otra parte, solo para cubrir el expediente? Le importaba un comino quién más pudiera haber por ahí. Le parecía literalmente imposible que hubiera otra persona en el planeta que pudiera gustarle más. No era tan cursi como tener un alma gemela, que era algo típico de una película de Lifetime con un enfoque suave y sentimentaloide. Eran puras matemáticas. Otra persona + Harry = ridículo. Esperaba que esta fuera una de las preguntas.

Si el examen le iba lo bastante bien, podría acceder fácilmente a cualquiera de las universidades de la ciudad a las que quería ir, lo que ni siquiera sería caro. Si Ruby seguía trabajando en el restaurante de sus madres, ganaría dinero. Solo necesitaban un lugar donde vivir. En ocho meses cumpliría los dieciocho, y entonces sus padres no podrían impedirle que la viera. Aunque realmente era cosa solo de su padre, y creía que era bastante probable que pronto cambiara de parecer.

Hacía semanas que no había visto a sus amigos, y no le importaba. Quizás estar enamorado era así. Ruby tampoco había

salido con sus amigos. Había chicas con quienes Harry la había visto todos los días los últimos cuatro años: Chloe, Paloma, Anika y Sarah Dinnerstein, pero aparte de Sarah, no había visto a ninguna de ellas en todo el verano. Eso era más raro. No quería sacar el tema, porque podría abrir una brecha en aquel sueño mágico y misterioso en el que estaban viviendo, un mundo en el que Ruby lo amaba. Pero quería saberlo.

—Oye, ¿qué hacen tus amigas este verano? ¿Chloe y las demás? —Se mordió las uñas.

—Chloe está en Paris, Paloma ya está en Dartmouth. Allí van por trimestres en lugar de semestres. Además, los estudiantes de primero hacen antes una acampada —explicó Ruby, y añadió tras suspirar—: Todo el mundo se ha ido menos yo.

—Yo no me he ido. Estoy aquí. —Harry repasó las tarjetas, poniéndose él mismo a prueba.

—Ya lo sé —dijo Ruby—. Pero tú no cuentas.

Harry alzó la vista.

—Oh, venga, no lo digo en ese sentido —aseguró Ruby—. Solo digo que es natural que estés aquí. Todavía no has acabado la secundaria y, además, tú siempre estás aquí.

—Ya. Supongo que es verdad —admitió Harry—. ¿Preferirías que estuviera en otro sitio?

—Eres mi esclavo del amor —soltó Ruby—. Este es el único sitio en el que quiero que estés. —Se subió de un salto a la cama, levantó las piernas y se quitó la falda.

—¿Es esta tu forma de disculparte? —quiso saber Harry, que se acercó las rodillas al pecho.

—Sí —respondió Ruby, poniéndose de bruces y arrastrándose hacia él.

—Supongo que podría dejarlo en una advertencia. Solo por esta vez. —Harry cerró los ojos y dejó que Ruby le quitara las tarjetas de la mano. Se oyó un ruido sordo cuando golpearon el suelo de madera, y cuando Ruby empezó a besarlo, Harry se imaginó que todas las palabras flotaban en el aire y formaban frases sobre ellos en una especie de tornado en miniatura de poemas de amor. Tal vez no importaba si Ruby lo amaba o no. Tal vez su amor bastaba por los dos.

54

Andrew estaba tan pocas veces en casa, que era casi como si tuviera un empleo de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Elizabeth empezó a mirar por la ventana como la mujer de un marinero. O como la viuda de un marinero, el nombre que reciben en inglés los miradores en la azotea. Había un par de casas del barrio que poseían uno de esos miradores, que ya no tenían el menor sentido, puesto que no había vista que digamos, excepto los tejados de otras casas, y era como ofrecer una pasarela a los ladrones, pero no había que buscarle el sentido a los bienes inmuebles de Brooklyn. Hasta cuando estaba en casa, Andrew la trataba con una fría cortesía que normalmente solo duraba unas horas. Ahora la llevaba usando varias semanas, y le preocupaba que nunca volviera a mostrarse cariñoso con ella. Extrañaba al gato. Extrañaba a Andrew, extrañaba cómo era antes, o cómo ella creía que era. A veces, por la noche, cuando intentaba dormirse, cerraba los ojos y veía a *Iggy*, cuya carita asomaba de debajo de un coche o de detrás de un contenedor de basura, y entonces empezaba a parecerse a Andrew, y ella abría los ojos y miraba al techo con el corazón aceleradísimo. *Iggy* se había perdido, Andrew estaba perdido, y ella también. Todos excepto Harry. ¡Pobre Harry! Tener que cargar con unos padres así y con un gato desaparecido, todo a la vez. A lo mejor podría pedir hora para que lo viera alguien.

Sonó el teléfono, el de la casa, el fijo. Nadie lo usaba jamás salvo las oficinas de Whitman o, a veces, algunos clientes que estaban especialmente angustiados por algo que no podía esperar hasta la mañana siguiente. Descolgó y dijo «diga». Hubo un silencio revelador.

—Hola. ¡Uy, me pillaste! ¡Soy Naomi!

—No sabía que tenías este número —soltó Elizabeth, que se

había quedado mirando el teléfono—. Pero pareces tener todos los números, claro, de modo que no me sorprende. Pero es mucho más fácil localizarme en el móvil.

—Es que quiero hablar con Andrew —dijo Naomi con una carcajada—. Me dejó un mensaje, y me entusiasmé un poco porque, bueno, es el señor *Mistress*, ¿sabes?

—¿Andrew te llamó? —Elizabeth volvió a correr un poco la cortina para mirar la calle—. ¿Y qué quería?

—¡Qué mala eres! —exclamó Naomi tras soltar un chasquido—. Supongo que no debería sorprenderme. —Su voz se volvió dura. En Hollywood se pasaba rápidamente a hablar en serio de intereses crematísticos—. Dijo que nunca aceptó y que, como coautor de la canción, era necesario su consentimiento para utilizarla, y que sus abogados estarían encantados de hablar con los nuestros al respecto. También dijo, y cito: «Ninguna cantidad de dinero me hará cambiar de opinión.» Es interesante, ¿no te parece? —Su voz volvió a sonar borboteante—. Dime que iba colocado, Elizabeth. Dime que era una broma telefónica.

Elizabeth tragó saliva con fuerza. Andrew era quien estaba haciendo locuras, ¿por qué era la única que se daba cuenta? ¿Por qué era todo culpa suya?

—No está encantado —respondió Elizabeth.

—¿Con qué no está encantado, exactamente? —quiso saber Naomi—. Acláremelo.

—Puede que mi marido no firmara el formulario. Ya mencioné que estaba indeciso. —Sabía que obraba mal al expresar su decisión de esta forma.

—Esto plantea un problema. No es que se trate de algo sujeto a interpretaciones. Si no firmó, tiene que hacerlo. Lo que significa que tenemos que lograr que se incorpore a este proyecto. ¿Sabes qué? Voy a ir a veros. Darcey y el resto del reparto van a estar en Nueva York la semana que viene para rodar algunas cosas, y en lugar de interrumpirlo todo, voy a encontrar tiempo para haceros una visita. Fue bien contigo y creo que irá bien con él. —Naomi comentó algo a alguien que estaba con ella—. No está bien —aseguró, hablando de nuevo con Elizabeth—. Lo solucionaremos. Y, una cosa, Elizabeth...

—¿Sí? —Era como ser reprendida en la primaria. Quería hacerse un ovillo y esconderse bajo la cama para siempre.

—Si por alguna razón no sale bien y Andrew acaba llamando a sus abogados, espero que tú también tengas uno. —Naomi colgó el teléfono, y Elizabeth se echó a llorar. Oyó que la puerta se abría y

que alguien subía la escalera—. ¿Eres tú, Harry? —preguntó.

—Soy yo —respondió Andrew a la vez que abría la puerta de su habitación—. Dios mío, ¿qué te ha pasado? —Tenía el caballete de la nariz rosado, ligeramente quemado por el sol. Como detestaba ponerse protector solar, Elizabeth prácticamente tenía que sujetarle los brazos para ponérselo, peor que cuando Harry era pequeño.

—Nada —contestó Elizabeth. Se secó las lágrimas de las mejillas y sonrió lo más animadamente que pudo—. Iba a salir. —Se puso de pie y se sacudió un poco, como si fuera un perro mojado—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —dijo Andrew con las cejas arqueadas.

—¡No lo sé! ¿Cómo voy a saberlo? —Elizabeth lo apartó de un empujón y salió al pasillo. Entonces se dio cuenta de que se había dejado las llaves y los zapatos en la habitación, pero como no quería volver a entrar, se dirigió al dormitorio de Harry y empezó a doblar ropa sucia.

Habían pasado dos años desde que se habían graduado en Oberlin cuando Lydia llamó para preguntar lo de la canción. Nunca había llamado directamente a Elizabeth cuando formaban parte de Kitty's Mustache, por lo que cuando sonó el teléfono y oyó la voz de Lydia al otro lado de la línea, se puso totalmente en guardia. Lo último que había sabido de ella era que había firmado un contrato con una discográfica. A menudo aparecían fotos suyas en revistas y artículos en la crónica de sociedad del periódico. Todos querían ya a Lydia, vete a saber por qué. A Elizabeth le resultaba algo inescrutable, pero bueno, se trataba de Lydia, con el pelo rubio tapándole los ojos y las mejillas rollizas más delgadas, eso sí. Estaba tan distinta que se hubiera apostado cualquier cosa a que la mayoría de estudiantes de Oberlin ni siquiera reconocerían su cara. Su primera cara, claro. Puede que incluso hubiera pasado por el quirófano. Nunca se sabía.

—Hola, Lydia —había dicho. Andrew había salido y ella estaba sola en la casa. Era cuando trabajaba de ayudante del galerista, y ese era su día libre. Por aquel entonces todavía vivían en casa de Zoe, en lo que algún día sería la habitación de Ruby. ¿Sabría ella que Elizabeth había dormido en aquella habitación cientos de veces y que había practicado sexo en ella siglos antes de que ella naciera? Se sentía como si estuviera nadando constantemente por el tiempo y el espacio, su antiguo yo y su yo actual a la vez, con el vientre

plano, las estrías y las patas de gallo. Cuando pensaba en aquella conversación telefónica con Lydia que iba a cambiar la vida de las dos para siempre, no estaba segura de quién había hablado. Era imposible que solo fuera la joven Elizabeth, la muchacha soltera, desarraigada y bebedora de cerveza que se estaba planteando volver a la universidad para estudiar trabajo social o tal vez educación infantil, o sacarse un graduado en Bellas Artes en la especialidad de Escritura Creativa, la que estaba al teléfono, la que había, de algún modo, hablado con Lydia.

Llamaba porque necesitaba la canción. ¡Pues claro! En cuanto lo dijo, Elizabeth soltó una carcajada.

—Perdona —había dicho—. Continúa.

—Tenemos muchas canciones estupendas, evidentemente —había proseguido Lydia—. Hay algunas que son cojonudas. Pero la discográfica no cree haber encontrado todavía el tema del *single*, ¿sabes? Y eso.

—Quieres «Mistress of Myself».

—Sí. —Notó lo mucho que le costaba a Lydia decirlo, aunque tenía que haber sido idea suya, porque nadie más conocía aquella canción. Tenía que habérsela cantado, o haberles puesto la cinta para que la escucharan. Podía imaginarse a Lydia sujetando un radiocasete en medio de una oficina llena de ejecutivos, con la voz de Elizabeth sonando por los altavoces mientras ella cantaba para tapar todo lo demás. La gente, en los pasillos, se habría vuelto para mirar.

—De acuerdo —había dicho Elizabeth—. Siempre y cuando se nos atribuya la autoría a todos como es debido, claro.

Oyó la respiración de Lydia.

—No voy a dejar que hagas creer que tú compusiste esa canción. —Incluso todas estas vidas después, Elizabeth estaba orgullosa de sí misma por haber dicho eso. Se imaginaba cómo Lydia habría torcido el gesto, malhumorada, pero le daba igual—. Lo sabes, ¿verdad?

—Naturalmente —había dicho Lydia—. Te enviaré el papeleo para la Sociedad Americana de Compositores, Autores y Editores.

—De acuerdo —asintió Elizabeth, aunque nunca había oído hablar de ella.

—Genial. —Lydia tenía tantas ganas de colgar que Elizabeth lo notó. Lo supo antes incluso de saberlo: Lydia era una víbora que serpenteaba por la hierba, y quiso sujetarla por la cola y golpearla contra un árbol.

—Bueno, buena suerte con el disco. ¿Ya sabes cómo se va a

titular? —Supo la respuesta antes de que las palabras salieran de la boca de Lydia. Sus palabras en la boca de Lydia. Sus palabras, escritas en una foto de la cara de Lydia.

—Todavía no lo hemos decidido —contestó Lydia, poco dispuesta a admitirlo.

—Muy bien, pues —soltó Elizabeth—. Estaremos en contacto. Que te vaya bien.

Y colgó.

55

A medianoche, Dust le mandó un mensaje que decía simplemente «Hola». Ruby estaba en el sofá viendo las Kardashian, a pesar de que ya había visto aquel capítulo. Le gustaban y las detestaba por igual, y si alguna vez volvía a solicitar que la admitieran en la universidad, tenía intención de escribir una redacción sobre ellas, y sobre cómo siempre había tenido hermanas imaginarias cuando era pequeña, incluso a pesar de que su casa estaba llena de mujeres. Ruby pensaba que seguramente seguirían sin aceptarla, pero por lo menos plasmaría tal como era en un papel. La primera vez, como sabía que no la iban a admitir en ninguna parte, le dio igual. Si lo hubiera intentado de verdad y no lo hubiera logrado, se habría disgustado. Un minuto después, Dust le escribió: «¿Estás en casa? Tengo un regalo para ti. Fuera.»

Se volvió y miró por la ventana. Efectivamente, Dust estaba sentado en el porche. Ni siquiera estaba de cara, sino que se había sentado en los peldaños como si no le hubiera escrito y la hubiera invitado a reunirse con él. Ruby sacó la lengua, puso el programa en pausa y salió descalza. Cuando se sentó a su lado, él no se volvió y, cuando lo miró, comprendió el motivo.

Tenía un gato en los brazos. Y no era cualquier gato.

—¡*Iggy Pop*! —exclamó Ruby, en voz demasiado alta. Se tapó la boca y lo dijo de nuevo—: ¡*Iggy Pop*! —Alargó la mano y tomó el gato. *Iggy* era muy bueno y tranquilo, con unas ansias infinitas de recibir atención, por lo que no puso reparos cuando Ruby empezó a mimarlo y a rascarle debajo de la barbilla—. ¿Dónde estaba? Dios mío, Dust, no sabes lo contentos que van a ponerse. ¿Dónde lo encontraste?

—Por ahí —contestó, encogiéndose de hombros.

—Bueno, me alegra mucho que lo hayas traído. La madre de

Harry va estar feliz. Necesita este animalito, ¿sabes? —Ruby se recostó a *Iggy* en el hombro—. ¡Qué buen gatito eres!

—Le gusta el pollo asado —indicó Dust—. Y el requesón.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cuánto tiempo lo has tenido? —quiso saber Ruby, aunque lo que realmente quería preguntarle era si sus padres le habían suministrado estas cosas o si había asado él mismo un pollo.

—Era de la tienda —aclaró Dust—. Mi madre no sabe cocinar una mierda.

—Oh —soltó Ruby, e inmediatamente intentó alejar de su cabeza todos los demás pensamientos que él pudiera estarle leyendo. ¿Cuánto tiempo había tenido el gato? ¿Lo había encontrado y se lo había llevado a casa para rescatarlo de las calles de Brooklyn? ¿Lo había robado del porche delantero de Harry? ¿Había fumado hierba en la cara del pobre animalito? Ruby no quería saberlo—. Bueno, gracias.

—Vaya putada lo del incendio —comentó Dust. El pelo le había crecido un poco durante el verano, tal vez dos centímetros, y le quedaba de punta. En unas cuantas semanas más, podría empezar a tener el aspecto normal de un chico con cabello y no de un cabeza rapada. Ruby trató de imaginarse a Dust con pelo que pudiera ponerse detrás de las orejas, como Harry.

—Eso es quedarse corto. Ahora creo que mis madres están contentas de que no me admitieran en la universidad, porque no tienen que pagar mis estudios. Cuando el restaurante está cerrado, nadie compra una hamburguesa de trece dólares, ¿sabes? —Le dio miedo dejar el gato en el suelo, aunque seguramente correría directamente hacia su casa. Pero quería puntos por devolverlo.

—Sarah estaba colocada —explicó Dust—. Creía que las bengalas eran hadas que le enviaban mensajes. No paraba de arrodillarse y de acercarse a ellas. No creo que tuviera intención de ponerlas tan cerca.

—¿Perdona? —Ruby se separó unos centímetros de él—. ¿Esa zorra incendió el restaurante de mis madres? ¿Lo dices en serio?

—No, no lo incendió —respondió Dust—. No a propósito. Estaba poniendo las bengalas en la parte trasera de la casa de Nico y, bueno, ya sabes que la valla de detrás del Hyacinth está allí mismo. Las colocó en fila con algunas velas y eso, y supongo que entonces entró y se olvidó de ellas. No le prendió fuego. No es ninguna psicópata. Solo es algo tonta.

Ruby nunca había oído a Dust llamar tonto a nadie. Eso era cosa suya; era lo que siempre decía de él. Su estupidez era la razón de

que nunca fueran a ir en serio y de que ella nunca pensara demasiado en su relación. Siempre lo había visto como un monigote, como un estereotipo. Pero ahora ya no estaba tan segura.

—¿Así que crees que Sarah Dinnerstein incendió sin querer el restaurante de mis madres? —Ruby se preguntó dónde estaría Sarah en aquel momento, tal vez en casa, en el piso de su familia en Park Slope, en su cuarto, que daba a Prospect Park. Seguramente estaría mirando al vacío y pensando en cómo podía asegurarse de obtener una habitación para ella sola en su residencia de estudiantes, por si acaso Dust iba a verla. ¡Y quién sabe! Quizá Dust fuera a verla, tal vez tomaría el metro hasta Penn Station y después un autocar Greyhound, y cuando bajara en Vermont, donde estaba su universidad, Sarah estaría allí con lágrimas en los ojos, feliz de verlo, y puede que Dust decidiera entonces irse a vivir con ella y dejarse crecer el pelo, y que más adelante se casaran y tuvieran hijos, y que él les enseñara a ir en monopatín—. Podría llamar a la policía. Lo sabes, ¿verdad?

—No vas a llamar a la policía. Seguramente ya fue. Me he enterado de que el seguro lo cubrirá todo. Ni siquiera es gran cosa. Podría haber sido mucho peor —aseguró a la vez que se sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo delantero—. Los cigarrillos son el origen de la mayoría de incendios en las casas, ¿lo sabías? Los cigarrillos y los hornos.

—Gracias, eso es fantástico —dijo Ruby. Dust tenía razón, no iba a llamar a la policía. ¿Para qué serviría, salvo para meterla en más líos?—. Dame uno. Tengo los míos arriba.

Dust sacó otro pitillo del paquete y lo encendió con la punta del que él estaba fumando, de modo que las dos brasas de papel relucieron en la oscuridad. Ruby lo tomó y se lo puso en la boca. Soltó una serie de anillos de humo perfectos.

—Me apuesto algo a que tu novio no sabe hacer eso —comentó Dust.

—¿Para qué iba a necesitar hacerlo? —Ruby se quitó una mota de tabaco de la lengua; Dust fumaba sin filtro. A veces hasta se liaba él mismo los pitillos con tabaco que sacaba de una bolsita. A Ruby siempre le había parecido muy sexy vérselo hacer moviendo tan deprisa los dedos.

—Es como un niño —insistió Dust—. Como un niñito bueno que siempre saca buena nota por sus deberes.

—Yo hago mis deberes. O los hacía —soltó Ruby—. Tus cigarrillos son asquerosos. ¿Acaso eres un vaquero?

—Sí —contestó Dust—. Pero tú también. Te pareces más a mí

que a él, Ruby. ¿Vas a decir a sus padres que yo te di el gato? ¿O vas a decirles que lo encontraste entre los arbustos? —Tiró el cigarrillo al suelo, se levantó y lo apagó pisándolo.

—¿Has venido a pie? —preguntó Ruby. Nunca lo había visto sin el monopatín en la mano. Dust levantó un dedo, se agachó y hurgó entre las forsitias de su mami. Sacó el monopatín y se lo puso bajo los pies.

—Es difícil montar con un gato —dijo Dust—. Pero no imposible. Hasta luego, Ruby.

Lo vio marcharse patinando, moviendo su cuerpo esbelto hacia atrás y hacia delante al bajar la calle. Estaba oscuro y había coches, pero le daba igual: era inmortal, igual que ella, inmune al sentido común y a las normas de tráfico. Se terminó el cigarrillo aunque no lo estaba disfrutando, llevó el gato hasta la casa de Harry y llamó a la puerta. Cuando Elizabeth abrió, los labios de Ruby esbozaban una sonrisa tímida y esperanzada.

56

La doctora Amelia pidió a Zoe y a Jane que llevaran diarios sobre sus sentimientos. Era peor que el diario de comida que Jane había llevado en la escuela culinaria, una fanfarronada que estaba pensada para avergonzar a cualquier otra persona que lo abriera. (Almuerzo: *foi-gras* marcado con huevos escalfados y ensalada de escarola.) Como no sabía qué escribir, Jane lo escribió todo: cuando Zoe la besaba en la mejilla por la mañana (la mitad de los días), cuando Zoe se tiraba un pedo (a menudo, pero ella también lo hacía), cuando Zoe decía algo desdeñoso (a veces), cuando *Bingo* prestaba más atención a Zoe (siempre). Le parecía que era una tontería, pero lo hacía igualmente. Si Zoe quería que hiciera los deberes, iba a hacerlos.

No había demasiado que hacer en el Hyacinth. El patio trasero estaba en obras. Las mesas y las sillas nuevas estaban pedidas, lo mismo que el cristal que se había roto. Un equipo especial de limpieza trabajaba en el techo y la pared. Jane hablaba por teléfono con sus proveedores cada pocos días: flores de calabaza, tomates, un nuevo queso, unas hermosas chuletas de cerdo. Quería encargarlo todo, pero todavía les faltaba por lo menos un mes. De día, tomaba la línea Q hasta el mercado agrícola de Grand Army Plaza, y compraba cosas para la casa. Allí siempre se encontraba con otros chefs, a los que saludaba con un beso. Todos sabían lo del incendio, todos se mostraban amables y todos fruncían el ceño antes de volver a concentrarse en los maitakes o en las berenjenas jaspeadas. Jane se paseaba por los puestos, tocándolo todo. Iba a hacer unos filetes a la parrilla, o tal vez unas vieiras, y a poner también unos cuantos espárragos, a los que iría dando vueltas al fuego hasta que tuvieran grabadas las hermosas marcas de la parrilla y estuvieran firmes a la vez que tiernos. Tal vez un chimichurri. A Zoe le

encantaba su chimichurri. Tomó tres puñados grandes de perejil. Había unos melocotones enormes, prácticamente goteando, y se le empezó a hacer la boca agua. También haría postre.

Cuando llegó a casa, cargada con bolsas, Ruby estaba en el suelo. Estaba apoyada en el sofá, mirando la televisión.

—Ayúdame —pidió, y Ruby se levantó con la plasticidad de un muñeco de plastilina. Juntas sacaron las cosas de las bolsas y lo dispusieron todo en la encimera.

—¿Qué vamos a preparar? —preguntó Ruby—. Me muero de hambre.

No había nada que gustara más oír a Jane.

—Bueno —dijo, y se puso inmediatamente manos a la obra. Señalaba armarios, y Ruby bajaba lo que necesitaban: la mandolina, la batidora de mano, tablas para cortar. Ruby era la encargada de pelar el ajo, de ser la segunda chef. Trabajaban en silencio. Jane era la capitana del barco, y sabía qué había que hacer. Era lo que más le gustaba de estar en una cocina. La gente creía que cocinar consistía en hacer que las cosas supieran ricas, y era cierto, pero más bien era como ser un director de orquesta o un coreógrafo. Había mil cosas en danza, y tenías que tenerlas todas en mente. Una alergia, un cumpleaños, cuánto tardaban los mejillones en abrirse en su baño con sabor a mantequilla. Tenía toda esta información en la cabeza, organizada, y no dejaba de recalibrarla sin cesar.

—Aguacate —dijo Jane, y Ruby cortó uno como ella le había enseñado, dejando que el cuchillo descansara en el hueso y haciendo girar la fruta en la mano. Se lo pasó a su madre, y ella lo trituró rápidamente. Cortó un pedazo de pan, le dispuso encima el aguacate a la vez que un huevo empezaba a chisporrotear en la sartén.

—Que aproveche —dijo, sacando el huevo de la sartén y colocándolo sobre el pan mientras unas gotas de aceite de oliva salpicaban el plato.

—Gracias a Dios —dijo Ruby—. Creía que iba a morirme. —No se fue de la cocina como hacía siempre para llevarse la comida arriba como si alguien fuera a robársela. Hoy se la comió de pie, encorvada sobre la encimera. Jane guardó el resto de la compra, se apoyó en la encimera junto a su hija y se comió la otra mitad del aguacate con una cuchara. Cuando era pequeña, Ruby se comía un aguacate entero todos los días. Hasta se habría comido la piel si la hubieran dejado. Durante unos meses, parecía tener la piel manchada siempre de verde, igual que la mayoría de la ropa. A Zoe le encantaba. Echaba la cabeza hacia atrás y reía, fascinada por el

entusiasmo de su hija. Jane se inclinó hacia Ruby y la besó en la mejilla.

—Te quiero, cielo —dijo.

—Caray, mamá —soltó Ruby—. Ya te he dado las gracias. —Le cayeron unas migas en la blusa. Jane pellizcó la nariz de su hija y subió a su habitación para escribir unas cuantas notas más para la doctora Amelia.

57

Harry estaba contento de que Ruby hubiera llevado a *Iggy Pop* a casa. *Iggy* era un buen gato, y su madre lo paseaba por toda la casa como si formaran parte de unos dibujos animados de Disney. Pero la historia que había contado Ruby era rara. Había dicho que estaba sentada en el porche y entonces *Iggy* salió de entre los arbustos y le saltó en el regazo. *Iggy* era un encanto, y se le habría subido al regazo, sin duda, pero si había llegado hasta la casa de las Kahn-Bennett, ¿por qué no había vuelto a casa? Los gatos no eran idiotas. Y tampoco lo era él. Sabía que Ruby no había estado escondiendo el gato porque había estado en su cuarto cien veces, y a pesar de que había montones de ropa por todas partes, habría visto su propio gato. Solo había un posible candidato. De no ser así, lo que contaba Ruby sobre el hallazgo del gato habría tenido sentido.

Durante el año académico era fácil encontrar a Dust, a Nico y al resto de sus amigos ya que siempre estaban frente a Whitman, practicando a lo largo del peldaño inferior de la iglesia con sus monopatines o peleándose entre sí de una forma que parecía juguetona y peligrosa a la vez. Era lo que gustaba de ellos a las chicas: en Whitman los padres estaban por todas partes, en los pasillos, entre el público durante las obras, de pie en el perímetro del gimnasio durante los partidos de baloncesto, deseando ostensiblemente que los tiros entraran, lo que significaba que todos los chavales vivían metidos en una burbuja, sin extremidades rotas ni egos lastimados. Pero los chicos de los peldaños de la iglesia no tenían padres. Eran como los chicos de los setenta, autosuficientes, con magulladuras y cicatrices. A veces Harry los envidiaba por el modo en que su vida estaba llena de días vacíos en lugar de ocupados con actividades extracurriculares destinadas a aumentar sus probabilidades de ir a la universidad. Pero la mayor parte del

tiempo sabía que lo tenía mejor que ellos, aunque seguramente se divirtieran más.

La casa de Nico era la primera parada lógica, básicamente porque sabía dónde estaba. Aguardó hasta la tarde, y cuando fue allí lo hizo dando la vuelta a la manzana para no tener que pasar andando por delante de la casa de Ruby, por si daba la casualidad de que ella estuviera mirando por la ventana, pudiera ver hacia dónde iba y lo siguiera. Era paranoico, pero él se sentía paranoico, ¿y qué? Llegó a casa de Nico y llamó al timbre. Nadie contestó, así que llamó otra vez. Cinco minutos después, cuando estaba ya a punto de irse, oyó por fin movimiento en el interior. La puerta se entreabrió.

—Es muy temprano, coño —se quejó Nico. Llevaba una sábana envuelta en el hombro como el corredor de una maratón al llegar a la meta.

—La verdad es que no —replicó Harry—. Es casi la una. —Apenas se habían visto cuando fue a la fiesta que Nico dio en aquella casa, y no sabía si lo había reconocido. Tuvo la sensación de que Nico dejaría entrar a cualquiera, siempre y cuando la persona tuviera menos de treinta años y el aspecto de que algún día pudiera comprarle hierba.

—Ah —dijo Nico con los ojos entrecerrados—. ¿Quieres entrar?

—Bueno, en realidad, estoy buscando a Dust. ¿Sabes dónde podría encontrarlo? —Echó un vistazo al salón por encima del hombro de Nico. Había otros bultos cubiertos con sábanas que se movían en el suelo.

Nico se volvió y señaló el sofá.

—Sí. Me vuelvo a la cama —respondió antes de abrir del todo la puerta de un codazo y hacerle gestos para que entrara. Harry avanzó unos pasos por el recibidor mientras sus ojos se adaptaban a la relativa oscuridad de la habitación.

Dust estaba echado boca abajo en el sofá con la cara girada de lado como un niño pequeño dormidito en su cuna. Solo llevaba puesto los vaqueros, que no parecían ni cómodos ni frescos. Hacía calor allí dentro, y Dust tenía la mejilla sonrosada. Llevaba un pequeño tatuaje justo debajo del omoplato que mostraba el dibujo ligeramente confuso de un relámpago.

—¿Puedo ayudarte, guardaespaldas?

—Oh, perdona, creía que estabas durmiendo —se sobresaltó Harry.

Dust se volvió y se incorporó. Tenía pelo en el pecho, no mucho, pero más de los cuatro que tenía Harry. Se frotó la cara con las

manos.

—Ya no —dijo. Abrió los ojos y luego palpó el suelo junto a sus pies hasta encontrar una camiseta—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas algún consejo sobre cómo conseguir que Ruby se corra? —Sonrió, satisfecho.

—De hecho, he venido a hablar sobre cómo Ruby acabó en posesión de mi gato —soltó Harry, intentando conservar la calma.

—¿Te lo dijo? Coño, creía que iba a llevarse todo el mérito sin dudarlo. Le encanta ser el centro de atención. ¿Te ha explicado cómo nos conocimos? Estaba fuera del colegio y yo iba en monopatín. Entonces ella se tumbó en la acera y me dijo que solo saldría conmigo si podría saltarle por encima. Y lo hice.

—No, no lo sabía —comentó Harry, que lamentó haberse enterado—. Pero ¿qué hay del gato? ¿Lo tenías tú?

—Tranquilízate, hombre, que no te lo robé. Me lo encontré en la calle, y yo qué sabía. Pero vi los carteles. Sé leer. Solo quise hacer lo correcto. —Se dio palmadas en los vaqueros hasta encontrarse los cigarrillos. Sacó el paquete, y Harry meneó la cabeza—. No, claro —dijo.

—Ahora Ruby sale conmigo, ¿sabes? —soltó Harry. No era su intención parecer posesivo. Sabía que Ruby no era de nadie, que solo se pertenecía a ella misma. Y ni siquiera sabía con certeza si salía con él realmente o si simplemente él estaba en el lugar correcto en el instante adecuado para llenar un momento de aburrimiento. Ni siquiera había tenido intención de nombrar a Ruby. Había ido por *Iggy*. Para ser sinceros, no había pensado qué haría después de ir a ver a Nico, y el resto era un poco inesperado.

—¿Ah, sí? No lo sabía. —Dust dio una calada larga y la soltó al aire, sonriendo—. Te estoy tomando el pelo, joder. Tienes que relajarte. Ruby Tuesday necesita algo de espacio.

—Bueno —dijo Harry—. Ruby sabe lo que necesita. Y te agradecería que no robaras ninguna otra mascota.

—Me lo pensaré —aseguró Dust—. Ahora creo que tengo que volver a dormir. Saluda a Ruby de mi parte. Y di al gato «miau» de mi parte.

—Se llama *Iggy Pop*.

—¿Quién?

—El gato.

—Creía que era hembra —comentó Dust, encogiéndose de hombros—. Yo la llamaba *Whiskers*.

—Creía que no la habías tenido. Que no lo habías tenido.

—¿Tiene alguien realmente algo? —Cerró los ojos con el

cigarrillo todavía en los labios—. Hasta luego, guardaespaldas. —Dos de los otros bultos del suelo empezaron a moverse. Uno de ellos sujetó el tobillo de Harry, que soltó un gritito antes de salir a toda prisa de la casa.

58

Las clases de yoga exigían una flexibilidad de la que Ruby carecía bastante, por lo que se pasaba en las habitaciones superiores la mayor parte del tiempo que dedicaba a fisgonear. Al principio había supuesto que todo aquello era tan solo la tapadera de un prostíbulo, una especie de servicio de acompañantes hippy, pero en su tercera visita tuvo que admitir a regañadientes que ese no era el caso. En la casa todos eran serios y abiertos, como si les hubieran arrebatado el sentido del humor y los hubieran pasado por un túnel de lavado, lo que no era nada sexy. Si se hacía algo ilegal, desde luego no era eso. Se le ocurrió que Andrew podría estar sencillamente poniéndose en forma, como hacía la gente cuando tomaba consciencia de que iba a morirse algún día. Realmente no parecía que fuera un problema grave. Lena era simpática, sin embargo, y resultó que le gustaba pasar el tiempo con ella. Era justo lo contrario de como pasaba el tiempo con sus amigas del colegio, que nunca estaba segura de si estaban siendo sarcásticas o no. Lena la miraba directamente a los ojos muchísimo rato y le preparaba una infusión con unas ramitas especiales que, según ella, le equilibrarían su energía vital.

Estaban sentadas en unos cojines en el salón de arriba, que había sido el desván. El techo no era lo bastante alto como para permanecer de pie, pero podías sentarte cómodamente con la espalda apoyada en la pared o tumbarte en el suelo. Era como estar en una piscina de bolas, solo que nadie se ponía desodorante. Lena llevaba un mes viviendo en EVOLVEment. Era de Rhode Island y se estaba planteando aprender reiki, aunque no estaba segura del todo.

—¿Quieres practicar conmigo? —Ruby no sabía muy bien cómo funcionaba, pero la mayoría de tratamientos especiales de EVOLVEment parecían consistir más o menos en echarse una

cabezada mientras otra persona te miraba, lo que no parecía difícil.

—Claro —respondió Lena.

Ruby se deslizó hacia abajo de modo que dejó la cabeza cerca del regazo de Lena, cruzó los brazos y cerró los ojos.

—Pareces un vampiro —comentó Lena.

—Puede que lo sea —dijo Ruby, y abrió un ojo—. Estás avisada.

—No, en serio —insistió Lena—. Túmbate con los brazos a los lados del cuerpo y trata de relajarte. Voy a concentrarme en tu energía.

—De acuerdo —dijo Ruby, que volvió a cerrar los ojos—. ¿Lo estás haciendo ya? ¿Cómo sabré si funciona?

—Estate tranquila y funcionará —aseguró Lena.

Ruby intentó calmarse.

—¿Da dinero este sitio? ¿Es una grosería preguntar eso? —Abrió los ojos de nuevo—. Perdona.

—No pasa nada —dijo Lena, que no parecía enojada—. Practicaré mejor la digitopuntura. —Colocó suavemente los pulgares en las muñecas de Ruby y ejerció presión—. Dave es de esa clase de hombres que son carismáticos, ¿sabes? La gente hace donaciones. Hay quien dona su tiempo, como yo, y hay quien dona dinero. Es un buen ecosistema, la verdad.

—¿Dinero para pagar un alquiler? —Notó una punzada en el hombro y se agitó sin querer.

—Oh, encontré algo. Le dedicaré algo más de tiempo —comentó Lena, y puso las dos manos en los brazos de Ruby, se los toqueteó con los dedos hasta que encontró lo que quería y se lo presionó—. Algunas personas pagan alquiler pero también hay grandes inversores. Gente que pone mucha pasta, ¿sabes? Como para comprar una casa. —Movió un dedo hacia la izquierda y Ruby se agitó de nuevo.

—Me gustaría saber qué hay que hacer para convencer a alguien para que te dé dinero —comentó Ruby—. Ojalá yo supiera hacerlo.

—Dave había sido actor —explicó Lena con una carcajada—. Cuando era niño. O adolescente, supongo. Lo reconocerías si lo vieras sin barba. Tenía un nombre artístico... no recuerdo cuál. Pero creo que esa es la razón. Llega a la gente y sabe qué necesita oír cada persona. Es un talento realmente asombroso. Verás, si te gustan los animales, Dave te contará que quiere organizar un refugio en la selva tropical para las ranas o lo que sea. Y entonces tú le darás el dinero para hacerlo, y él lo hará realidad. O no exactamente, pero tal vez traiga aquí algunas ranas, ¿sabes?

—Ya —dijo Ruby. Volvió a agitarse. Fuera lo que fuese lo que

Lena le estaba haciendo le iba a salir un cardenal. Necesitaba mucha más práctica de la que ella iba a darle. Se preguntó qué clase de formación se estaba dando en EVOLVEment, si alguno de ellos realmente sabía qué estaba haciendo o si se turnaban para ser el emperador desnudo.

—Es su talento más especial. Es casi como ser terapeuta, ¿sabes? O guía espiritual. Ayuda a la gente.

—Sí, ayuda a la gente a desprenderse de su dinero.

—No, no es así. Es algo totalmente distinto —aseguró Lena—. Ayuda a la gente a desarrollar su potencial. Y si eso favorece a EVOLVEment, mejor aún.

—Comprendo —dijo Ruby. Resultaba extraño pensar que los padres de los demás, y más concretamente los de tu novio, eran unos primos. Era como verlos cortarse las uñas de los pies o tener diarrea. Hay cosas que no tenías que ver. Ruby siempre había pensado que Andrew era la clase de padre que valía la pena, la clase de padre que ella habría querido tener si se hubiera visto obligada a elegir. Era más bien reservado, lo que, según Zoe, se debía a que había crecido rodeado de demasiado dinero. Era masculino sin ser muy macho, y estaba guapo con camiseta, lo que no era tan fácil como parecía. Andrew no era tan malo. De hecho, habían pillado a uno de los padres de sus compañeros de clase enviando fotos de su pene a la canguro por el móvil. Aun así, le resultó algo nauseabundo pensar en Andrew como en un ser humano. Un ser humano que seguramente iba a estar muy pronto de lo más avergonzado.

—¿Y todos lo sabéis? Me refiero a quién aporta mucho dinero a los proyectos de Dave.

—Bueno, no. No todo el mundo —respondió Lena—. Pero yo me acuesto con él.

—Comprendo —dijo Ruby.

—Es un hombre muy abierto —aseguró Lena—. Tendrías que conocerlo.

—Creo que ya estoy bien —soltó Ruby, que se volvió hacia un lado, entrecerrando los ojos de dolor—. Tendría que marcharme.

Lena levantó las manos juntas como si fuera a rezar.

—*Namaste*. Llámame si cambias de idea —dijo.

—Lo haré —aseguró Ruby, y se marchó hacia la escalera andando a gatas.

59

Andrew estaba en la cocina, y Elizabeth en el salón. Ya era mediodía, y él esperaba noticias de Dave sobre algunos detalles de Waves. El arquitecto había enviado sus planos al ayuntamiento, y estaban pendientes de su aprobación, pero mientras tanto, Andrew había pedido a sus abogados que redactaran algunos documentos. Dave había dudado, porque, según dijo, él cerraba los tratos con un apretón de manos, pero Andrew quería que quedara todo por escrito. Dave había dicho que lo llamaría o le enviaría un mensaje en cuanto supiera algo, y estaba plantado delante del frigorífico abierto como un adolescente, sin hambre ni sed, simplemente buscando algo que hacer.

Cuando sonó el timbre, tanto él como Elizabeth se quedaron quietos y se miraron entre sí.

—Tú estás más cerca —señaló Andrew.

—Yo tengo un gato encima —replicó Elizabeth con la cara oculta tras una revista. Tenía a *Iggy* acurrucado en la barriga. Esta era la baza que jugaban siempre y él la respetó.

—De acuerdo. —Se acercó hasta la puerta y la abrió. Esperaba ver quizás a uno de sus vecinos, no a Zoe, a Jane o a Ruby, sino a uno de los semidesconocidos bienintencionados del barrio que siempre querían avisarte en qué lado de la calle podían aparcar el coche a pesar de que ellos lo tenían siempre en el camino de entrada. También podría ser el repartidor de UPS, o de FedEx, pero era demasiado temprano porque su casa quedaba hacia el final de su ruta. Siempre cabía la remota posibilidad de que fuera una flota de testigos de Jehová, los mormones de la ciudad de Nueva York.

Pero en lugar de a cualquiera de ellos, al abrir la puerta vio a Lydia.

Era su cara exacta, la que él recordaba nítidamente. No la punk

teñida de rubio en la que se convirtió, ni la modelo que intentó ser, ni la yonqui. Era Lydia Greenbaum en todo su esplendor, enfadada por lo que le había dado la vida y sedienta de todo lo demás. Andrew pestañeó y notó que le flaqueaban las piernas. Al caer, le pareció verla sonreír con los dientes blancos como los de un tiburón.

Cuando volvió a abrir los ojos, Andrew estaba en el sofá, acostado en el lugar que Elizabeth e *Iggy* ocupaban cuando no habían querido que los molestaran. Tenía el rostro de su mujer, con la boca cálida y abierta, a pocos centímetros del suyo.

—¡Madre mía, Andrew! ¿Estás bien? —le susurraba mientras miraba a su alrededor como si buscara fantasmas. Andrew deseó poder preguntar si había alguno presente. ¿Había alucinado? No le había parecido ninguna visión. Tendría que preguntar a Dave cómo eran, si diferían de un sueño normal y corriente.

—Vaya —dijo—. ¿Me he desmayado? No lo sé. La verdad es que no sé muy bien qué me ha pasado.

—Yo sí —aseguró Elizabeth con una sonrisa. Se inclinó hacia él y lo ayudó a incorporarse—. Andrew, te presento a Darcey. ¿A que es su viva imagen?

Tenía la cabeza embotada y pesada, como un cubo lleno de hojas mojadas. Parpadeó unas cuantas veces antes de dirigir la vista hacia donde estaba mirando Elizabeth. Cuando lo hizo, lamentó haberlo hecho. Tendría que haber mantenido los ojos cerrados y permanecido acostado, como un animal que fingía estar muerto.

Esta chica era algo más que idéntica a Lydia. Se hizo inmediatamente una idea; no era difícil. Alguien de Los Ángeles había encontrado una chica que se parecía tanto a Lydia que empezó a lloverles dinero. Era así como se construían carreras, gracias a la suerte y a la estructura ósea. Pero lo que aquella gente no sabía, lo que no podía saber porque no había conocido a Lydia, era que esta chica que no era Lydia poseía la cualidad más destacada de Lydia: una ambición oscura, oscurísima, una piedra negra justo donde tendría que haber estado su corazón. Esto fue lo que él había visto al abrir la puerta. A Pandora, justo antes de abrir la caja. La doble de Lydia sabía lo que iba a provocarle, y eso la entusiasmaba. Tuvo náuseas al pensar que la película iba a hacer justicia a Lydia, después de todo.

—Hola, mucho gusto —dijo la doble de Lydia.

Tras ella apareció otra mujer que sujetaba un vaso de agua.

—Oh. Ya has recobrado el conocimiento —soltó—. Iba a echártela en la cara. Siempre he querido hacer algo así, ¿tú, no?

—Bueno, pues me alegro de haber recobrado el conocimiento —respondió Andrew—. ¿Debería llamar a mi abogado?

Naomi rodeó el sofá y se sentó a su lado.

—Esperaba que no fuera necesario. —Chasqueó los dedos hacia la doble de Lydia, quien asintió y rebuscó en una bolsa grande que tenía a sus pies.

—Será mejor que no haya un montón de billetes ahí dentro —comentó Andrew.

—Claro, porque nadie quiere eso —dijo Naomi, entornando los ojos. La doble de Lydia le pasó un fajo de papeles. Elizabeth se inclinó hacia él para intentar ver qué era, pero su marido lo tomó y se encorvó sobre las hojas como si fuera un alumno egoísta que quiere evitar que los demás le copien durante un dictado.

Era la letra de Lydia. Páginas y páginas de su letra pequeña, bonita e inclinada hacia la derecha. Andrew vio su nombre una y otra vez. «Y cuando Andrew me besó, supe que tenía la cabeza en otra parte, puede que incluso en la biblioteca o con la idiota y aburrida de Elizabeth... Esta noche, Andrew volvió, me dijo que las chicas que tocaban la batería le parecían sexis, y le di un bofetón. Él se rio y follamos en el suelo de la cocina...»

—¿Quién ha visto esto? —Notó que se ruborizaba.

—¿Qué es? ¡Déjamelo ver! —exigió Elizabeth alargando la mano hacia las páginas, pero Andrew se las metió bajo las piernas y miró a Naomi.

—¿Qué has venido a hacer exactamente? —quiso saber.

—Mira, Andrew —respondió Naomi, juntando las manos—. Sé que has sido reacio a incorporarte a este proyecto, y solo he querido venir para procurar contestar en persona a algunas de tus preguntas. ¿Podemos hablar sin tapujos? —Señaló a Elizabeth.

—Vayamos fuera —pidió Andrew, mientras se levantaba despacio.

—No lo dirás en serio —se quejó Elizabeth—. ¿Tú me viste parir un hijo y yo no puedo oír tu conversación con Naomi?

—Como yo no estaba al tanto de vuestras anteriores conversaciones, me parece justo —soltó Andrew—. Vamos.

Naomi se encogió de hombros.

—Quédate aquí, Darcey —indicó, y Darcey se encogió a su vez de hombros.

A Andrew le ponía tan nervioso mirarla que se volvió enseguida

de nuevo hacia Naomi, que vocalizó un «perdona» a Elizabeth y esbozó una sonrisa deslumbrante. Andrew abrió la puerta y la sostuvo para que Naomi saliera y una vez estuvieron los dos fuera, la cerró.

—Ditmas Park es de lo más acogedor —comentó Naomi—. Es como las afueras, ¡pero sin tener que dejar atrás la suciedad! —Pasó un dedo por la barandilla del porche y lo levantó en el aire—. ¡Qué auténtico!

—¿De qué va todo esto? —preguntó Andrew, agitando las hojas a la altura de su cabeza. Estaba intentando respirar hondo, desde el ombligo para dirigir el aire por el omoplato hacia su tercer ojo.

—Es una muestra muy reducida de las hojas del diario de Lydia —contestó Naomi con los ojos abiertos como platos—. Es muy detallado.

—Sí, ya lo veo. Mi pregunta es qué haces aquí, en mi casa, con estas páginas. —Apretó la mandíbula.

—Y a mí me gustaría oír cuáles son tus reservas sobre ver su historia plasmada en una película. No vamos a convertirla en santa Lydia, si es eso. ¿Has visto *Ray*? ¿O *En la cuerda floja*? Eran filmes sobre personas complejas. Eso es lo que estamos haciendo. Va a ser *Ray* con *Sid y Nancy* pero sin Sid, con la protagonista de *Quiero ser libre*, solo que el minero es un traumatólogo de Scarsdale.

Andrew se rio entre dientes, muy a su pesar.

—Mira, ella te amaba y tú no la amabas a ella, lo entiendo. Y después se convierte en una superestrella. Y luego se muere. Es una situación extraña. Y ahora alguien va a ponerlo todo en la pantalla, y tú te sientes como un imbécil.

—Ese no es el problema —la contradijo Andrew, cruzando los brazos. Había demasiados problemas para nombrar solo uno. La imagen de Harry viendo una película en la que su padre se acostaba con una famosa fallecida le rondaba por la cabeza. Habría anuncios de la película en la radio y la televisión, y carteles estampados en los costados de los autobuses. No quería ver la cara de Lydia, aunque fuera la de la Lydia que no era Lydia. ¿Quién le llamaría para preguntarle qué había hecho los últimos veinte años? ¿Un programa de entretenimiento como *Entertainment Tonight*? No quería sentirse viejo. No quería sentirse como un personaje secundario en la biografía de otra persona. No quería que su mujer lo detestara. No quería que su mujer lo dejara. No quería que su mujer pensara que había acabado casada por accidente, con engaños. No quería sentirse como un fracasado. No quería sentirse como un niño rico que nunca había tenido que trabajar para

conseguir nada. No quería sentir que se estaba vendiendo. No quería sentir que Elizabeth se estaba vendiendo en beneficio de Lydia. No quería sentir que se había equivocado al elegir su vida, al elegir pareja. No quería sentarse en una habitación oscura y verse a sí mismo cometiendo errores. No quería nada de eso—. O puede que sí. No lo sé.

—Andrew, tienes unas cuantas opciones. Puedes mantenerte firme y obligarnos a demostrar que tu mujer firmó con tu nombre, lo que haría las cosas muy difíciles a mucha gente. O puedes firmar el formulario y darnos tu consentimiento. Sé que el término «derechos sobre la vida» da la impresión de estar aceptando que te practiquen la eutanasia y te aseguro que hemos pedido a nuestros asesores que trabajen en ello, en la forma de expresarlo, pero te seré franca: no nos estás cediendo toda tu vida. Nos estás dando permiso para que en una película aparezca un personaje que tiene cosas en común contigo. Nada más. No tendrá tu cara. Podría no tener siquiera tu nombre.

Andrew temió por un instante que todo lo que estaba haciendo en EVOLVEment estuviera provocando que su interior fuera visible en el exterior de su cuerpo, como un gigantesco anuncio parpadeante de neón.

—¿De modo que estas son mis opciones? ¿Luchar o aceptar? —Hacía calor y tenía el labio superior empapado de sudor.

—Tenemos unos abogados muy buenos. Sé que tienes muchísimo dinero, de modo que seguramente tengas también un buen abogado, pero los nuestros son auténticas estrellas.

Andrew se puso nervioso.

—Sea como sea, solo digo que son los mejores. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo. Solo tienes que aceptar que va a hacerse. Es una película. Se estrenará y todo pasará. Es así como van las cosas.

—O sea que has venido a decirme que no tengo elección.

Naomi hizo girar la cabeza con unos espectaculares crujidos.

—Bueno, más o menos. Tienes elección, claro, pero podría decirse que es como cuando vas al dentista. Puedes elegir morderlo o apretar los dientes, pero eso solo alargará el mal rato. Simplemente he venido a decirte que te relajes y digas «aaah». Puede que hasta te guste.

—¿El dentista?

—La película. Según mi experiencia, a la gente suele gustarle ver versiones de su vida en el cine. No es algo que le ocurra a todo el mundo, ¿sabes?

De repente Andrew oyó que empezaba a sonar una versión metálica y enlatada de «Mistress of Myself».

—Oh, el móvil —dijo Naomi, y se metió la mano en el bolsillo trasero.

—No me lo puedo creer —soltó Andrew.

—Espera —pidió Naomi, contestó y bajó los peldaños del porche. La canción siguió sonando en la cabeza de Andrew, una asquerosa versión en karaoke de su vida. Cerró los ojos e imaginó que una ola gigantesca le caía encima y se lo llevaba mar adentro.

60

Darcey sonreía educadamente, pero Elizabeth notaba que estaba haciendo otra cosa, tal vez documentarse. Llevaba una camiseta negra sin mangas y unos pantalones cortados. Estaba más delgada que cuando Lydia estaba en Oberlin, pero la magia de las películas consistía en eliminar la celulitis y las imperfecciones. Elizabeth se recostó y miró por la ventana. Carecía de la robustez de la verdadera Lydia, de su vello hirsuto en las piernas.

—¿Qué era eso? —Naomi estaba de cara a la calle, y Elizabeth no podía verle la cara. Andrew parecía cabreado, pero se echó a reír y ya no estuvo tan segura.

—Oh —respondió Darcey, que volvió a buscar en la bolsa que tenía a sus pies—. Copias de esto. —Sacó una libreta marmolada y se la dio a Elizabeth—. Tendrías que conocer a mi amiga Georgia, la chica que te interpreta. Por tu aspecto realmente podrías ser su madre. Es perfecto. Es muy correcta y yo soy la que se pasa el día diciendo cosas como, qué sé yo, «¡corramos por ahí desnudas!». Es divertidísimo. —Darcey se contoneó hacia atrás y hacia delante—. Divertidísimo.

—Gracias —dijo Elizabeth. Abrió la libreta con cuidado. La letra de Lydia era inconfundible, fruto de una personalidad cuidadosamente trabajada. Una letra que seguramente figuraría en el capítulo de rasgos narcisistas en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*—. Me siento culpable, pero es probable que no debiera hacerlo, ¿verdad?

—Eso es exactamente lo que Georgia diría —contestó Darcey tras asentir—. Siendo tú, quiero decir. Algo típicamente victimista.

—¿Perdona? —soltó Elizabeth, pero empezó a leer, y lo entendió.

Nunca había sido una novia celosa. Eso era para otra gente, para

personas inseguras. Ella siempre se había sentido tan sólida como el tronco de un árbol. Cuando estaba en avanzado estado de gestación, en su última visita al tocoginecólogo, su médico había declarado que el bebé era enorme, pero cuando Elizabeth había bajado torpemente de la camilla, le había mirado las caderas y había comentado que todo iría bien. Y eso no le había dolido. Zoe se habría echado a llorar. Lydia habría incendiado la consulta. Pero ella había pensado que el médico tenía razón. No era ninguna santa, claro. Siempre había tenido celos de Zoe y de otras chicas, amigas de la secundaria u otras jóvenes madres con las que tomaba el té cuando Harry era chiquitín. Pero nunca había sido una novia celosa. Era un problema de psicología matemática: veinte años después ¿estaba enojada? Pensó en el restaurante, en Lydia arrimándose al pecho de Andrew, en la forma en que Lydia siempre la había mirado con ojos de cocodrilo. Sí, estaba enojada.

—Disculpa —dijo Elizabeth. Se levantó y se alisó la falda. Darcey sacó el móvil y envió un mensaje; lo más seguro era que estaría describiendo a Georgia lo que creía que acababa de ocurrir. Ni la misma Elizabeth estaba segura. Se dirigió despacio hacia la puerta y la abrió. Andrew estaba sentado en el porche con los ojos cerrados. Naomi estaba en la calle, unas casas más allá, riendo ruidosamente por el teléfono.

—¿Andrew? —dijo Elizabeth.

Cuando abrió los ojos, Andrew vio la libreta que ella tenía en la mano.

—Joder —exclamó.

—Sí —dijo Elizabeth—. Este es el problema.

—¿Qué has leído? —Andrew se metió los dedos en la boca y empezó a masticar.

—¿Realmente importa? No se lo inventa, ¿verdad? ¿Os acostabais? —Elizabeth oyó cómo iba subiendo el tono de voz a un ritmo algo alarmante, como la sirena de un coche de bomberos. Los vecinos iban a oírla. Pero no podía evitarlo. Durante toda su infancia nunca había oído a sus padres levantarse la voz uno a otro, y durante toda la infancia de Harry, solo había gritado cuando estaba a punto de tirar algo que no debería o de lamer un enchufe. Ella no gritaba. Y, aun así, estaba elevando tanto la voz que le habían empezado a zumbar los oídos.

—Solo fue unas cuantas veces. Media docena, puede. Lizzy, fue hace toda una vida. —Empezó a acercarse a ella, pero Elizabeth levantó las manos a modo de señal de stop. Unas abejas agresivas volaron alrededor de la cabeza de Andrew, y él las apartó de un

manotazo. Elizabeth deseó que lo picaran todas a la vez.

—Nunca ibas a contármelo, evidentemente —soltó con las manos todavía levantadas.

—No creí que importara —dijo Andrew, sacudiendo la cabeza—. Me refiero a entonces. Todavía no estábamos casados. ¿No cambia eso las cosas?

—Oh, sí, creo que sí. Creo que cambia mucho las cosas haberme casado contigo sin saber que me habías estado engañando. ¿No crees que podría haber afectado mi decisión saberlo? No te estoy diciendo que esperara que fueras virgen, pero venga ya, Andrew. —Elizabeth oyó algo dentro y se volvió hacia la ventana, donde vio a Darcey inclinada hacia delante con la oreja pegada al cristal. Saludó con la mano—. ¡Dios mío! —exclamó Elizabeth—. ¡Está en todas partes!

—Iba a contártelo —se defendió Andrew, y cruzó los brazos.

—¡Acabas de decir que no ibas a hacerlo! —La voz de Elizabeth se elevó varias octavas. Si hubiera sabido que su voz podía hacer eso, Kitty's Mustache habría sido mejor. Al otro lado de la calle, una de sus vecinas más ruidosas, una mujer alta con un pastor alemán, se volvió hacia ellos e hizo ademán de saludarlos con la mano.

«Olvídate de vender alguna vez su casa», pensó Elizabeth.

—No iba a hacerlo entonces. Pero con lo de la película y todo esto... —Señaló a Darcey, todavía un duende en la ventana—. Estaba bastante seguro de que tendría que hacerlo. No puedo decir que me muriera de ganas, pero te diré que no me imaginaba que iría así de mal.

Elizabeth tuvo la misma sensación que si se le hubiera quedado atravesada una bola de pelo en la garganta.

—Siento que hayas tenido una mala experiencia —dijo tras contener la tos.

—Vamos, Lizzy —soltó Andrew, pero ni siquiera él parecía convencido.

—¿Sabes qué, cariño? —Elizabeth trató de hablar con la voz de su madre, fría y tranquila—. ¿Por qué no pasas esta noche en la casa de tu profesor de yoga? Tienen camas, ¿no? —Soltó una carcajada—. Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Y tanto que las tienen! ¡Con chicas y todo! Ve a dormir allí esta noche, ¿quieres? Porque no quiero mirarte a la cara. —La frialdad se había evaporado deprisa y la había dejado con las mejillas coloradas y los ojos llenos de lágrimas. Se volvió y llamó a la ventana, lo que sobresaltó a Darcey —. ¡Y tú! ¡Lárgate! —le dijo desde el otro lado del cristal.

Darcey se llevó una mano recatada al pecho.

—¿*Moi*?

Elizabeth soltó un alarido, y Darcey se marchó pitando hacia la puerta.

—¿Me devuelves el diario? —preguntó al salir y, al ver que Elizabeth la fulminaba con la mirada, añadió—: Es muy importante para mi proceso.

—Di a Naomi que venga a buscarlo en otro momento —indicó Elizabeth—. Y ahora largaos todos. —Se apartó un mechón de pelo de la frente, donde se le había empezado a pegar, y se lo pasó por detrás de la oreja—. Voy a darme una ducha. Cuando termine, no quiero veros a ninguno. —Todavía oía la risa gutural de Naomi retumbando calle abajo—. A ella tampoco —dijo entonces. Entró y cerró la puerta con tanta fuerza que casi le pilló la cola a *Iggy*. Quería llamar a alguien, pero no se le ocurría a quién, de modo que subió la escalera y se metió en el cuarto de baño. La bañera estaba hecha un desastre. Parecía como si Harry hubiera usado todas las toallas del montón y las hubiera esparcido por doquier, como si fuera a limpiar la sangre de la escena de un crimen, pero le dio igual. Pasó sobre la montaña de toallas húmedas, abrió el grifo del agua fría y se metió vestida.

61

Practicar sexo era mejor que ir a una tienda exclusiva a probarse vestidos caros. Era mejor que hacerse un tratamiento facial en su local favorito. Era mejor que una tostada con requesón fresco. Zoe se sentía como si tuviera veinticinco años. Puede que treinta y cinco. Fuera como fuese, se sentía joven y notaba que la sangre le circulaba por las venas. Como de costumbre, no le molestaba el sudoroso agosto de Brooklyn, pero tuvo un capricho y reservó dos noches en una casita en Montauk a través de Airbnb. Dejó cuarenta dólares en la encimera de la cocina para que Ruby pudiera encargar cena. Era miércoles. El restaurante todavía necesitaba, por lo menos, unas cuantas semanas de trabajo, y Jane y ella habían ido todos los días a supervisarlo todo. Sonaba bien tomarse un respiro. Metió unos cuantos vibradores en el fondo de la bolsa, y viajaron en coche por la autopista de Long Island tomadas de la mano.

La casita alquilada estaba al lado de Ditch Plains, lugar que frecuentaban los guapos surfistas y sus admiradores. Todas las chicas iban descalzas y llevaban reflejos rubios en el pelo, y Zoe quería comérselas a todas. Le había encantado crecer cerca de la playa, y siempre lamentaba que, a pesar de estar en la costa, Nueva York no fuera lo mismo. Ruby y sus amigos nunca habían hecho novillos para ir a hacer surf o hacer hogueras en la arena. Tomó a Jane de la mano, y pasearon juntas por la playa, se agacharon a recoger valvas bonitas y volvieron a lanzarlas al mar cuando estaban rotas.

—¿Cómo te van los deberes? —preguntó Zoe. No había estado llevando el diario para la doctora Amelia, por lo menos en papel. Le parecía la antítesis de su clase de matrimonio, que siempre se había basado en la pasión y en el sabor. Nunca le había gustado el trabajo improductivo, que era lo que el diario le parecía. En realidad, lo

único que tenían que hacer Jane y ella era arreglar las cosas. ¡Sí o no! ¡Dentro o fuera! ¿Cómo diablos iba una lista de sus problemas a contribuir a contestar a esa pregunta?

—Me gustan bastante —contestó Jane. La encantadora Jane. Antes de que Zoe supiera con certeza que era lesbiana, cuando todavía era una cría que toqueteaba cuerpos de otros críos en sus habitaciones de adolescente, varios de los chicos con los que había tonteado se parecían más o menos a Jane: alta, con el pelo rubio y la piel bronceada. Dentro, de noche, sus cuerpos lozanos chocaban en la oscuridad. Había sentido alivio cuando se acostó con su primera chica y, de repente, todos los bultos iban en la dirección adecuada. No era así para todo el mundo, por supuesto. Zoe conocía a muchas mujeres que eran auténticamente bisexuales, pero ella no lo era. Le gustaban los cuerpos, y la belleza, pero que pensara que Brad Pitt tenía un rostro encantador no significaba que quisiera sentarse en él.

Empezó a vibrarle el móvil.

—Espera —dijo, y se lo sacó del bolsillo. Era Elizabeth. Arrastró el icono de rechazar la llamada y se lo volvió a guardar, pero el móvil volvió a sonar de inmediato—. Seguramente ha llamado de nuevo por error —sugirió Zoe, pero el móvil sonó una vez más, y como Jane se encogió de hombros, contestó—. ¿Qué hay? —preguntó, tapándose la otra oreja con un dedo para sofocar el ruido de las olas—. Oye, oye, oye, ¿qué pasa? ¿Estás bien? Cálmate, apenas te oigo. —Jane le hizo señas para que se alejara del agua, donde podría oír mejor, y se volvió y se acercó a la orilla. Se descalzó y dejó que las olas le recorrieran los pies.

—Vuelve a empezar, ahora te oigo mejor —comentó Zoe.

Al otro lado de la línea, Elizabeth inspiró hondo y empezó a hablar de Darcey, Naomi, Lydia, Andrew y la falsa Lydia mirando por la ventana mientras ella gritaba a su marido. Lo contó todo entre sollozos, haciendo pequeñas pausas para sonarse la nariz. Zoe quiso decirle «lo sabía». En general, como norma, había sabido que algo estaba pasando entre Andrew y Lydia, y también que Andrew era un gilipollas, pero eso no habría ayudado a su amiga.

—Oh, cielo —dijo. Hacía mucho tiempo que Elizabeth no la llamaba en aquel estado, presa del pánico por algo que no tenía nada que ver con una erupción extraña en el culito de Harry o en cómo apuntarlo al campamento de verano. Pero hacía mucho tiempo desde que algo había parecido tan urgente. La urgencia era para los jóvenes, para los adolescentes y los veinteañeros amantes del drama, para los jóvenes padres hipocondríacos. Cuando te

hacías mayor, la urgencia quedaba reservada a oír que tus padres habían enfermado y que tenías que comprar un billete de avión lo antes posible sin exceder tu tarjeta de crédito. Entre medio, las cosas eran más bien tranquilas e iban con el piloto automático. Los niños iban al colegio. El matrimonio era lo que era. Todo iba más o menos bien.

Jane estaba mirando el agua. Tenía el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, como si suspirara. El ejercicio no era algo que le hubiera interesado jamás. No corría, no practicaba deportes en equipo, ni tampoco yoga. Todo le aburría. Seguramente le daría un infarto a los sesenta, pero Zoe podía imaginar eso como una especie de anécdota: las dos en una habitación de hospital mientras Jane le contaba que todas las enfermeras estaban enamoradas de ella. Se tomarían de la mano bajo las sábanas almidonadas y las batas de papel, y mirarían la ciudad por la ventana.

Elizabeth seguía hablando. Le temblaba la voz, y daba la impresión de que se estaba moviendo por la cocina, porque se oía el ruido de puertas que se abrían y se cerraban. Hubo un momento en que Zoe oyó que tiraba de la cadena del retrete.

—¿Estás bien? ¿Dónde está Andrew ahora? —Saludó con la mano a Jane, y chasqueó los dedos para intentar llamar su atención. El viento se llevó aquel tenue sonido.

No estaba claro si Elizabeth arrastraba las palabras, o si su forma de hablar se debía a los mocos.

—¿Estás bebiendo? —Era poco más de mediodía. Los sollozos se convirtieron en gemidos, lo que Zoe tomó como un sí. Era como intentar tener una conversación telefónica con un chihuahua—. Escucha —dijo—. Lo más probable es que Jane me mate por decir esto, pero ¿por qué no vienes aquí? Toma el tren y te recogeremos en la estación. Estarás aquí a la hora de cenar. Comeremos mejillones y hablaremos sobre qué coño vas a hacer con tu marido, ¿de acuerdo? Ven. Te enviaré la información al móvil, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo? —Elizabeth accedió en voz baja y, después de colgar, Zoe alzó la vista en busca de Jane, que había andado varios metros playa abajo. No llevaba zapatos, ni cartera, ni llaves. Todo estaba en el bolso de Zoe. El matrimonio se basaba en la confianza, y en la bondad. Jane y ella estaban atravesando un bache en su relación, o quizás estaban saliendo de él, y las heridas todavía eran recientes, pero la voz de Elizabeth le había dejado claro que las cosas estaban peor en la casa de al lado. Los momentos difíciles no llegaban por etapas, sino que lo hacían todos de golpe. Zoe podía invitar a Elizabeth, podía explicárselo todo a Jane, porque sabía que el cielo

que las cubría se estaba despejando, mientras que seguía nublado y oscuro en el caso de su amiga.

62

A Andrew no le gustaba que le dijeran qué hacer, pero sabía que tenía que mantenerse alejado de Elizabeth cuando estaba que echaba chispas. A lo largo de su matrimonio solo había pasado un puñado de veces: cuando el hermano menor de Elizabeth, borracho como una cuba, había estrellado su coche contra un árbol y había salido del lance sin un solo rasguño; o cuando él había comprado rollitos de langosta para un amigo de Harry sin caer en la cuenta de que era alérgico al marisco. (El chico estaba bien. Lleno de verdugones, pero bien.) Se dirigió a EVOLVEment con los hombros encorvados, indicando así a todos los vecinos que lo dejaran en paz, y lo hicieron, tanto las señoras mayores y arrugadas, sentadas delante de la biblioteca, como las personas que paseaban el perro, todos. Normalmente los habría saludado con la mano y les habría sonreído, pero hoy ni siquiera los miró.

Cuando llegó, había en marcha una clase de yoga, de modo que entró haciendo el menor ruido posible, para lo que se quitó los zapatos en cuanto cruzó la puerta de entrada. Salome le guiñó un ojo desde el lugar que ocupaba junto al altar y señaló hacia arriba. La clase, como todas, estaba llena, puesto que no dejaba de apuntarse gente nueva, y Andrew pasó esquivando espaldas para subir de puntillas la escalera.

Dave solía usar el cuarto del fondo en el primer piso, una habitación casi vacía con unos cuantos estantes de mampostería que contenían sus textos sagrados: el Bhagavad Gita, algunos libros de Pema Chödrön, algunos de Sharon Salzberg, *El camino del artista*, varias obras sobre plantas medicinales, además de *Meditación para principiantes*, lo que evidenciaba, al parecer de Andrew, que Dave tenía sentido del humor, algo seguramente raro en un gurú. Una muestra de humildad, incluso. Estar en aquella casa hizo que

empezara a calmarse un poco, y pensó en cómo describiría a Dave su pelea con Elizabeth. «Es una historia más bien extraña», diría. Y le hablaría de Lydia y de ser joven, y Dave asentiría, tal vez se mesaría la barba, y lo entendería todo a la perfección. Se rio para sus adentros solo de pensar en ello. Lo que había habido entre él y Lydia no era tan importante. El bloque de hielo del secreto había empezado a derretirse. Seguramente Elizabeth lo superaría pronto; era una cosa antigua que no tenía nada que ver con su futuro. Andrew rotó los hombros mientras recorría el pasillo. Carraspeó y llamó a la puerta de la habitación de Dave.

—Un momento —dijo Dave. Andrew se golpeó suavemente los pulgares entre sí. La puerta se abrió, y salieron dos chicas envueltas con una sábana y nada más. Desde el umbral, Andrew vio el trasero desnudo de Dave. Estaba de pie, de cara a la ventana que daba a la parte trasera de la casa, lo que significaba que nadie que pasara por la calle podía verlo, pero como no había cortinas y aquello era Brooklyn, había muchísimas probabilidades de que alguien le viera las vergüenzas desde una casa vecina. Cuando Dave se volvió hacia él, seguía teniendo una erección, y su pene señaló a Andrew como si también lo estuviera saludando.

—Oh, perdona —soltó Andrew, cerrando los ojos antes de volverse—. Puedo volver luego. —Sintió entonces que estaba siendo demasiado remilgado y volvió otra vez el cuerpo hacia Dave.

Dave se puso en jarras y se miró a sí mismo con cariño.

—No hay por qué taparse. ¡Es hermoso! —Soltó una carcajada y se agachó para recoger unos pantalones cortos del suelo.

Andrew iba a abrir la boca y empezar su relato ensayado sobre sus desgracias conyugales, pero Dave se puso a hablar antes de que pudiera decir la primera palabra.

—Escucha, me alegro de que estés aquí. Esta mañana he recibido noticias. Del ayuntamiento. Es imposible. —Estiró los brazos hacia arriba y flexionó su cuerpo hacia la izquierda, tirante como una goma elástica.

—¿Qué es imposible? —preguntó Andrew, cruzando los brazos.

—El ayuntamiento ha denegado la recualificación. No puede hacerse un hotel, por lo menos allí. No pasa nada, porque empezaba a percibir unas vibraciones bastante negativas de los vecinos y creo que es probable que alguien haya querido perjudicarnos, ¿sabes? La gente puede ser muy destructiva. —Flexionó el cuerpo hacia el otro lado.

—Caramba, menuda putada. —Andrew notó que se le revolvía el estómago y se puso la palma de la mano en el vientre—. ¿Qué

haremos ahora?

—Buscaremos otro sitio. El proyecto continúa, solo que tendremos que conseguir nuevos planos, claro, pero la idea sigue siendo la misma. Tendremos que encontrar un nuevo edificio. Son cosas que pasan. —Enderezó el cuerpo y dio una palmada a Andrew en el bíceps—. Todo forma parte del proceso. En el peor de los casos, tendremos que recaudar un poco más de dinero, tal vez empezar a buscar más por Long Island o en el valle del Hudson. Hay muchos terrenos por allí que están esperando, ¿sabes?

—Pero ¿no era parte de la idea revitalizar Rockaway? ¿Atraer negocio a la zona? También están los documentos de mis abogados —comentó, y notó una repentina punzada en la parte inferior del intestino—. Enseguida vuelvo —soltó, y se dirigió rápidamente al cuarto de baño del pasillo, frente al cual había dos muchachas perdiendo el tiempo, no las que iban envueltas en sábanas sino otras, y es que había una cantidad infinita de veinteañeras en EVOLVEment. Su juventud le provocó otro retortijón mayor—. Disculpad —dijo, y una vez cerrada la puerta, empezó a evacuar tan deprisa que casi no llegó a tiempo al retrete. Oyó que las chicas que estaban fuera se reían y se marchaban, y hundió la cabeza en sus manos.

Le sonó el teléfono y se lo sacó del bolsillo. Era un mensaje de Elizabeth: «Voy a pasar la noche con Zoe y Jane en Montauk. Puedes ir a casa si quieres. Da de comer a Harry.» Apareció un bocadillo con tres puntos indicando que escribía algo más, pero, acto seguido, desapareció. Le dio unos minutos más, pero estaba claro que había terminado. No era propio de Elizabeth irse así; esa siempre había sido su jugada final: la retirada melodramática. Tiró dos veces de la cadena y se lavó las manos. Quería merecerse a su mujer. Quería merecerse a su precioso hijo. Quería confiar en que su matrimonio era bastante sólido para derrotar a viejas arpías. ¿No creía todo el mundo eso en el fondo, que su bote era lo bastante fuerte como para navegar el océano entero?

Cuando abrió la puerta del cuarto de baño, una de las jóvenes envueltas en sábanas que se habían escabullido de la cama de Dave estaba al otro lado del pasillo, apoyada en la pared. Se había vestido, a duras penas, y Andrew pensó que era un libidinoso tan solo por fijarse en ello.

—Me llamo Lena. ¿Eres Andrew? —Alargó la mano, y Andrew le dio un extraño golpecito con el puño a modo de saludo.

—Tengo las manos mojadas —aclaró.

—No pasa nada —aseguró Lena. Tenía el cabello rizado y un

lunar en la mejilla—. Conoces a Ruby, ¿verdad?

—¿A Ruby Kahn-Bennett? —Andrew temió por un momento que la tal Lena fuera a Whitman con Harry.

—Ya me lo parecía. Ha venido por aquí y ha hecho algunas preguntas. Creo que está preocupada por ti.

—¿Preocupada por mí? ¿Ruby? —Andrew se pasó las manos por el pelo—. Eso no tiene ningún sentido.

Dave apareció en el umbral, todavía medio desnudo.

—¡Os habéis conocido! Me encanta. Andrew, Lena hace el mejor reiki de toda la casa. Tendrías que probar. En serio, tiene unas manos mágicas. ¿Quieres ir abajo a buscar una *kombucha* y hablamos?

Lena miró a Andrew con ojos tensos, y a este le pareció ver que meneaba la cabeza ligerísimamente con un movimiento casi imperceptible antes de volverse hacia Dave y sonreírle de oreja a oreja.

—Solo he venido a saludar. Volveré más tarde, ¿te parece?

—Claro, claro —respondió Dave, que le hizo la señal de la paz —. Lena, ¿podrías trabajarme el cuello? —Guiñó un ojo a Andrew y se metió de nuevo en su cuarto. Lena lo siguió enseguida sin decir otra palabra.

63

A Harry le gustaba la idea de hacer un gran gesto. Había ido bien hasta entonces. Desde el incendio, Ruby y él habían estado juntos casi todas las noches. Sus cuatro padres estaban en otro planeta. Zoe y Jane estaban encerradas en su habitación, o acurrucadas en el sofá, o riendo en la cocina, y no parecían darse cuenta de que Harry subía corriendo la escalera cada noche, o no les importaba. Su padre se portaba del mismo modo que aquel verano, cuando él tenía nueve años, que se fue al interior a «vagar por el bosque», en palabras de su madre. Había vuelto a casa moreno, con la cabeza afeitada y un pequeño tatuaje en la pantorrilla que mostraba el número ocho, según él por el infinito y también porque el cumpleaños de Harry era el ocho de octubre. Elizabeth era la peor de todos. Era como si básicamente hubiera dejado de ir a trabajar y de lavarse el pelo. Cuando intentó hablarlo con ella, quiso aparentar estar alegre cuando en realidad tenía el aspecto de una asesina. Quería ayudarla, pero también quería pasar todo el tiempo posible con Ruby, Ruby, Ruby.

Fue ella quien mencionó un anillo. No lo hizo exactamente en su contexto. Estaban viendo *The Bachelor*, y el soltero en cuestión estaba eligiendo anillos para sus dos posibles novias, una higienista dental llamada Kimberly y una auxiliar de medicina llamada Kenderly, y todos los anillos expuestos eran tan enormes que podrían verse desde el espacio. No parecían diamantes, sino vasitos cabeza abajo. Ruby había sacado la lengua y escupido una frambuesa.

—Vomitivo —aseguró—. Yo quiero justo lo contrario. Un diamante negro. Un diamante negro y pequeño. Como una semilla de amapola. Algo que nadie más pudiera ver a no ser que se lo pusiera justo delante de las narices. ¿Para quién es? ¿Cómo puedes

vivir llevando algo como eso en el dedo? ¿Acaso no lavan los platos? ¿No se despiertan con arañazos extraños por todo el cuerpo? Parecen peligrosos, ¿sabes? Por no hablar de la enorme cantidad de dinero que la publicidad patriarcal ha inducido a las parejas jóvenes a gastarse inútilmente.

De modo que Harry buscaba una semilla de amapola. Había una especie de local artesanal en Park Slope que vendía joyería. Su madre lo había llevado unas cuantas veces al salir del colegio cuando tenía que comprar un regalo a alguien, y fue el único sitio que se le ocurrió. No era exactamente del gusto de Ruby, pero se había pasado horas mirando anillos en Etsy, y le había parecido todavía peor. ¿Cómo iba a describir qué tamaño creía que tenían sus dedos? Ni idea. Así que tomó el tren hasta Slope y bajó a pie la Quinta Avenida hasta encontrar el local. Algo sonó cuando entró, lo que le hizo sobresaltarse y girarse de inmediato, pero la joven que había tras el mostrador le sonrió y le hizo gestos, de modo que estaba atrapado.

—¿Puedo ayudarte a encontrar algo? —La mujer tenía el pelo moreno con un tupido flequillo y llevaba un arete supergrande en la nariz.

—Estoy buscando un anillo. Para una amiga. Quiere algo pequeño y negro. ¿Tenéis algo así? Tiene el dedo de tamaño mediano, creo. Más bien largo y un poquito más grande que el mío. —Levantó la mano—. Pero no sé en qué dedo tendría que ir el anillo, la verdad, o sea que depende, supongo.

La mujer se humedeció los labios y asintió.

—Creo que tenemos algunas cosas que podrían gustarte —aseguró—. ¿Cuánto querrías gastarte?

Harry no había pensado en el dinero. Tenía la tarjeta de crédito de sus padres, que es lo que planeaba usar para pagar. No era exactamente legal, pero tanto su madre como su padre se habían olvidado completamente de él durante todo el verano, por lo que no creía que se fijaran en un cargo de la tarjeta, especialmente si era de un sitio al que él sabía que su madre iba. No estaba en Tiffany's. No estaba en ninguna tienda lujosa de la ciudad.

—¿Cien? —indicó—. No estoy seguro.

La mujer se agachó para abrir una vitrina. Sacó varios anillos y los dispuso en un cojín cuadrado de terciopelo en el mostrador. Uno llevaba una piedrecita verde, otro una piedra rosa y un tercero era rojo oscuro, como una gotita de sangre.

—¿No tiene nada negro?

—Tenemos uno, pero creo que es más bien caro —contestó la

mujer. Ladeó la cabeza y lo miró—. ¿Es para tu novia?

—Sí —contestó Harry, tras toser tapándose la boca para procurar ocultar que se sonrojaba de orgullo.

La mujer levantó un dedo y se dirigió hacia otro mostrador. Regresó con el anillo puesto holgadamente en el meñique, que situó a la altura de la cara de Harry antes de depositar la joya en el cojín.

El anillo era perfecto: un aro delgado de oro que daba la impresión de que un pájaro carpintero lo hubiera picoteado, por el millón de agujeritos y muescas que tenía, y que estaba coronado por una piedrecita negra. Era más grande que una semilla de amapola, pero más pequeña que una semilla de sandía, y perfectamente plana.

—Este cuesta doscientos noventa y cinco dólares —indicó la mujer—. Supongo que depende de si vas más o menos en serio.

Harry tomó el anillo y se lo puso en el dedo corazón. Pudo deslizárselo hasta el nudillo. Si aquella mujer le había lanzado un reto, no sabía con quién estaba hablando.

—Me lo quedo —dijo, y dejó la tarjeta de crédito de su madre en el mostrador.

64

Era definitivamente el momento más horrible del verano. Todo el mundo empezaba a regresar, a deshacer el equipaje, a hacer la colada, a volver a hacer el equipaje y a largarse a la universidad, todo ello mientras actualizaba ruidosamente las redes sociales con fotografías en las que se abrazaban unos a otros, sin olvidar a los imbéciles de sus hermanos y a los idiotas de sus perros. Ruby había estado temiendo el final de agosto desde la graduación. Cuando toda su clase estaba en los Hamptons o los Berkshires, era maravillosamente fácil fingir que su vida seguía estando encarrilada y que nada había ido pésimamente mal. Pero pronto sería septiembre, el primer septiembre en doce años (quince, si contaba preescolar) que no volvería al colegio, y no se sentía lo que se dice bien al respecto.

Aquella mañana la había despertado un sueño sexual. En él, Harry y ella habían estado en la playa, en su playa, solo que estaba totalmente abandonada, y hasta que no vio que tenía todo el cuerpo en carne de gallina no cayó en la cuenta de que era invierno y de que estaban rodeados de enormes montículos de nieve. Harry y ella se estaban besando, y después lo hacían. Harry estaba sobre ella pero no era Harry, sino Dust. Aquel Harry y Dust a la vez abría la boca y decía en una perfecta voz de Harry y Dust a la vez: «El año que viene solo quedaremos tú y yo.» Y fue tan horripilante que se incorporó en la cama y ya no pudo volver a dormirse a las siete de la mañana, lo que era prácticamente un crimen en sí mismo una mañana de verano.

El móvil le había estado sonando toda la noche. Casi no quería mirarlo, pero lo hizo porque era masoquista. Tenía seis mensajes de seis amigas diferentes, además de mensajes de grupo: Chloe la invitaba a una última fiesta y a quedarse a dormir después en

Bridgehampton, Anika quería ir de karaoke a Chinatown, Sully iba de compras *vintage* el sábado y le preguntaba si quería acompañarla. Habían pasado fuera todo el verano, viviendo aventuras, y querían exprimir al máximo la secundaria los últimos cinco minutos que pasarían en la ciudad. Ruby no quería que la exprimieran.

Le llegó un nuevo mensaje, este de Sarah Dinnerstein: «¿Nos vemos en el parque para un porro?» Ruby se imaginó la escena completa. Se encontraba con Sarah, se fumaban el porro y después le daba un puñetazo en la cara. Por el Hyacinth. Por sus madres. Le pareció una buena forma de pasar la tarde. Quedaron que se encontrarían en la playa que admitía perros y que, desde allí, irían juntas hasta el sitio que quedaba escondido tras el área de juego infantil y que siempre estaba vacío salvo las veces en que había hombres mayores sentados allí para escuchar partidos de béisbol por la radio.

El paseo hasta el parque fue sudoroso. Ruby llevaba puesta la menor cantidad de ropa posible, pero en Nueva York, a finales de verano, podías ir desnuda y sentirte como si fueras excesivamente abrigada. Tendría que haberse aplicado protección solar; tendría que haber llevado sombrero. Cuando llegó a la playa Sarah la estaba esperando, con uno de sus incontables vestidos hippies con los que enseñaba las tetas, que ni siquiera eran nada del otro mundo.

—Hola —dijo Ruby.

—¿Qué tal? —respondió Sarah y abrió los brazos para estrecharla en ellos. Ruby olió el pachuli a más de metro y medio de ella.

—Mira, no sé si estoy preparada para eso —soltó, deteniéndose antes de que pudiera alcanzarla.

—¿Es por Dust? Me alegra mucho que hablemos de ello. Porque me dijo que lo sabías, pero creía que me estaba contando una trola y quería irme a la universidad sin que hubiera ningún asunto pendiente entre nosotras, ¿sabes? —Adoptó una expresión preocupada en la cara, con lo que tenía el aspecto de ser hija natural de un gremlin y un doguillo, con los orificios nasales aplastados apuntando en la dirección equivocada.

—Ya, bueno, vamos —soltó Ruby, que se volvió y empezó a bajar la colina hacia el bosque. Si ella se fuera a la universidad, si se marchara de Nueva York, Prospect Park sería lo que más echaría de menos. A diferencia de Central Park, donde siempre podías ver edificios identificables y, por lo tanto, saber exactamente dónde estabas, pasear por Prospect Park era como hacerlo en plena

naturaleza, con sus caminos oscuros y sus rincones secretos. De pequeña, siempre que iba al parque con sus madres, le encantaba asustarlas escapándose y escondiéndose tras los árboles, junto al camino pero fuera de su vista. *Bingo* era siempre quien la encontraba primero, pero durante unos minutos podía imaginarse que vivía en un bosque encantado, que sus madres eran brujas o hadas y que solo ella podía salvar el mundo.

—Yo nunca vengo aquí —comentó Sarah—. Hay demasiados adictos al crack. Y *yuppies*. Las dos cosas. —Ruby no se molestó en contestar. Así que Sarah encendió el porro y siguieron su marcha un poco más despacio, rodeando una pequeña cascada y adentrándose más en el bosque—. Me he enterado de que por aquí hay un sitio realmente importante para ir de ligue. Para sexo gay. —Ruby arqueó una ceja—. No es que haya nada de malo en eso, evidentemente, solo digo lo que me han contado.

—No soy policía de los gais —dijo Ruby, y le tomó el porro de la mano.

Llegaron a la vía principal, y Ruby se escondió el porro en la mano. No había moros en la costa, y recorrieron el área de juego infantil, que estaba vacía. El lugar oculto estaba también vacío, excepto por un hombre mayor con una camiseta sin mangas que estaba haciendo flexiones en un banco pero que no las molestaría. Esta era otra cosa que Ruby extrañaría de Nueva York si se marchara: la cantidad de espacio que te daba la gente. Te podías echar a llorar a moco tendido en el metro y nadie te importunaba. Podías potar en un cubo de la basura en la esquina de la calle y nadie te importunaba. Si emitías vibraciones invisibles, la gente lo respetaba. Se decía que los neoyorquinos eran groseros, pero en realidad lo que hacían era no meterse en tus cosas. ¡Eran respetuosos! En una ciudad con tantos habitantes, un neoyorquino simulaba siempre no verte cuando no querías que nadie te viera.

—¿O sea que te lo dijo? —preguntó Sarah una vez estuvieron sentadas a la sombra en un banco.

—No fue necesario. Es bastante evidente que salís juntos. —Ruby devolvió el canuto a Sarah y se sacó un pitillo del bolso.

—Oh —soltó Sarah—. No, o sea, salimos, pero me refería a lo del local de tus madres. —Apagó el porro y lo sujetó hasta que se hubo enfriado antes de guardárselo en la bolsita de ganchillo con hierba que llevaba colgada a modo de collar—. Al incendio.

—Me explicó que lo hiciste por accidente, básicamente a posta. Eso fue lo que me dijo—. Se quedó mirando a Sarah, cuyos ojos estaban veteados de rojo, como caramelitos de menta.

—¿Hablas en serio? —se sorprendió Sarah entre risitas—. ¿Por qué has aceptado entonces quedar conmigo? ¡Joder, Ruby! ¿Vas a pegarme?

—Lo había pensado —aseguró Ruby, que cruzó los brazos. Pero como no podía fumar así, los descruzó de nuevo e hizo crujir los nudillos.

—¡Por Dios, Ruby, no! —Sarah agitó los brazos como si estuvieran atrapadas en una isla desierta y tratara de hacer señales a un avión que pasaba cerca—. ¡Fue Dust! ¡Eso es lo que estaba intentando decirte! ¡Dust provocó el incendio! Yo lo vi. Estábamos en el callejón de detrás de la casa de Nico, y detrás del Hyacinth, ¿sabes? Y Dust empezó: «Vamos a ver si podemos entrar en la cocina. Quiero un poco de ese queso...» ¿Cómo se llama ese queso que tenéis?

—Mozzarella.

—No, el de lujo de los emparedados con huevo y pepino. El que es como el que se unta, solo que tirando a agrio. Bueno, el caso es que hablaba de intentar colarnos dentro después de que tú cerraras, lo que, si quieres que te lo diga, habría sido una cagada monumental en cualquier caso, pero seguramente no habríamos podido lograrlo. El caso es que llegamos a la valla y vimos que la gente se iba, y que tú y los demás lo recogíais todo. Entonces miré a Dust y vi que tenía papel de periódico en una mano y el encendedor en la otra, y que estaba intentando prender fuego a la valla. Le suelto: «¿Qué coño haces?» Y va él y me dice: «Esto no es asunto tuyo, Sarah.» Y yo le contesto: «Ya lo creo que sí, si vas a la cárcel por incendiar algo, porque evidentemente seré yo quien tenga que contratar un abogado, ¿sabes?» Así que volví a meterme en casa de Nico y entonces, al cabo de un ratito, entró Dust y empezamos a oír las sirenas, y pensé: «¡Mierda!»

—Él me contó que fuiste tú sin querer, con unas velas. —Ruby no sabía si tenía la cabeza nublada debido a la hierba o a lo que Sarah le estaba explicando—. Pero ¿me estás diciendo que fue Dust quien lo hizo? ¿A propósito?

Sarah rio de nuevo.

—Ya sé que no es gracioso, Ruby, pero en serio que eres muchísimo más rara de lo que creía. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Dust provocó el incendio. A propósito.

—Y es tu novio. —Ruby sabía que debía parecer imbécil, pero su cerebro era incapaz de formar frases mejores. Era como si tratara de hablar con la boca llena de algodón de azúcar.

—Vamos muy en serio —confirmó Sarah, feliz de cambiar de

tema de conversación—. Hemos estado hablando de irnos a vivir juntos, en la universidad. Él podría encontrar trabajo y tal vez asistir como oyente a algunas clases. Quiere ser arquitecto, ¿lo sabías? Tiene todas esas maquetas en casa, cosas que él mismo ha construido. Es realmente bueno.

—¿Has estado en su casa? —Aquello era la dimensión desconocida. Tenía que ser la hierba. Seguramente Sarah estaba diciendo algo completamente distinto. ¡A lo mejor todavía estaba durmiendo! Tenía que ser eso.

—Pues claro que he estado en su casa. Soy su novia —respondió Sarah, ofendida, y miró a Ruby con los ojos, ya de por sí pequeños, entrecerrados—. ¿Tú nunca fuiste a su casa?

—¿Qué te hace pensar que no voy a llamar a la policía? —Ruby estaba acalorada y se puso a sudar. Se recogió el pelo en lo alto de la cabeza y lo sujetó allí con un gran pasador de plástico. El hombre mayor se estaba quitando la camiseta sin mangas para dejarla en el respaldo del banco. Después, se arrodilló y empezó a hacer abdominales, metiendo el vientre arrugado y moreno una y otra vez.

—Yo de ti, lo haría —aseguró Sarah, encogiéndose de hombros —. A ver, evidentemente, no creo que debas hacerlo porque no quiero que se meta en líos, pero creo que yo de ti, lo haría, sin duda. Es cosa tuya. Pronto nos iremos, ¿sabes? O sea que ¿de qué serviría? No va a prenderle fuego a tu casa. Ni siquiera va a estar aquí.

—Ni siquiera Dust va a estar aquí —soltó Ruby, que había hablado más consigo misma que con Sarah. Dio una larga calada al cigarrillo antes de lanzarlo al suelo—. ¡Joder! —exclamó—. ¡Vaya mierda! —Se levantó y se marchó sin despedirse. Tras ella, oyó que Sarah se ponía a cantar algo de Bob Marley, así que echó a correr hasta dejar de oírla y quedarse sin aliento.

65

Elizabeth llegó a la estación de Montauk sin otra cosa que un enojoso sombrero de paja, una botella de vino que había sacado de la nevera, un cepillo de dientes, un bañador y una muda limpia, todo ello metido en una bolsa que llevaba colgada del hombro. El sombrero le había estado arañando el brazo desde la estación Atlantic Terminal, pero el tren iba abarrotado, y no había nada que hacer. Aparte de añadir una herida más a la lista. El vagón iba lleno de chicos de hermandades universitarias y de otros juerguistas veraniegos exultantes, de modo que decidió quedarse sentada hasta que se bajaron a trompicones. No tenía prisa. No podía decirse que la invitación hubiera sido real, lo sabía. Pero también sabía que tenía que marcharse de la ciudad, y que Zoe era su amiga, y si a Jane no le gustaba, bueno, peor para ella. Se había tomado dos copas de vino en casa y dos más en el tren, que era mucho más de lo que había bebido jamás, especialmente de día. A pesar de que el tren había dejado de moverse, parecía seguir balanceándose ligeramente, y cuando el resto del vagón estuvo vacío, se aferró al respaldo del asiento para levantarse y se golpeó la frente con el portaequipajes al hacerlo.

El coche de las Kahn-Bennett la estaba esperando, tal como Zoe le había prometido. Elizabeth saludó con la mano a la vez que entrecerraba los ojos para intentar ver quién había dentro, y corrió lo más rápido que pudo a pesar de que las chanclas se le resbalaban de los pies y tenía que recuperarlas. Cuando finalmente llegó al vehículo, vio que solo estaba Zoe.

—¿Estás bien? —le preguntó su amiga. Estaba fantástica; el verano era su estación. La piel le relucía como si fuera de bronce, y un pañuelo de colores le apartaba el pelo de la cara. *Bingo* asomó la cabeza desde el asiento trasero, y Elizabeth se agachó hacia él para

dejarle que le lamiera la nariz.

—Pues no demasiado —respondió Elizabeth. Sacó la botella de vino de la bolsa y se la pasó a Zoe.

—Lleguemos antes de abrirla, ¿quieres? No creo que conducir bajo los efectos del alcohol vaya a ayudarnos en nada.

Elizabeth hizo un mohín y se volvió hacia la ventanilla.

—Ha sido un verano extraño. Y no había papel higiénico en el tren.

Zoe murmuró algo sobre lo decepcionada que estaba con el Ferrocarril de Long Island y no dijo nada más durante el resto del trayecto, pero alargó la mano para que Elizabeth se la tomara entre los dos asientos, sobre el portavasos del coche.

La casa alquilada era pequeña pero bonita. Fácil de vender. Tenía un dormitorio y un sofá cama, que Zoe o Jane ya habían preparado para ella, y un comedor con una pequeña cocina abierta. Olía a sal, y había arena en el suelo. Jane estaba cocinando algo a la parrilla en la terraza trasera cuando llegaron, y Zoe quitó a Elizabeth la bolsa del hombro y la dejó en el suelo.

—¡Ya estamos aquí! —gritó, a pesar de que la puerta corredera que daba a la terraza estaba abierta y era imposible que Jane no se hubiera enterado de su llegada—. Estará bien —aseguró Zoe, y dio una palmadita a Elizabeth en el brazo.

—¿Pasa algo? —preguntó Elizabeth a la vez que se apoyaba en la encimera de la cocina para no perder el equilibrio. El vino le revolvía el estómago. Tendría que haber almorzado. No tendría que haber bebido tanto. Tendría que haberse quedado en casa.

Era agradable estar en el extremo mismo de la isla. Elizabeth siempre lo olvidaba. Valorar cada inmueble era un defecto profesional. Montauk estaba una década por detrás de los Hamptons, pero por delante de North Fork. Las casas eran pequeñas, y la mayoría estaba a poca distancia en coche de la calle principal, lo que, después de todo, tampoco era decir demasiado. Pero ¿a quién estaba engañando? No tenía ganas de vender casas de playa a los juerguistas con los que había compartido el vagón, o a sus hermanos mayores, ya más tranquilos, con mujeres e hijos pequeños. Brooklyn ya era bastante malo. No quería tratar con personas que disponían de tantos ingresos que se compraban una segunda casa.

—Creo que necesito sentarme —dijo, y se dejó caer en el sofá cama, donde se apoyó en el respaldo de espuma con las piernas

extendidas delante de ella.

—Yo también —aseguró Zoe—. Pero espera. —Rodeó el sofá cama y salió a la terraza. Elizabeth vio que pasaba un brazo por la espalda de Jane y apoyaba la cabeza en el hombro de su mujer. Estaban de espaldas, de cara a la hierba y, en algún punto lejano, al mar. Era imposible saber de qué estaban hablando, pero estuvieron unos minutos sin moverse, excepto cuando Jane usó las tenacillas para dar la vuelta a algo sobre la parrilla.

Hacía una noche preciosa. Soplaba una brisa suave, y el cielo estaba teñido de rosa. Elizabeth deseó que Andrew y ella tuvieran un sitio como aquel, una cabaña modesta en algún lugar en el campo. ¿Por qué no lo habían hecho nunca? Todas sus vacaciones habían sido siempre muy preciadas, especialmente después de que Harry naciera: los campamentos de día y las clases de arte, las clases de movimiento creativo en Prospect Park, donde los niños daban vueltas en la hierba todas las semanas por doscientos dólares. En teoría, podían ir donde quisieran, y habían viajado un poco, como aquella estancia que hicieron en México cuando Harry tenía ocho años y que había horrorizado a los padres de Andrew, o aquel recorrido en coche por la costa de California en la que averiguaron que Harry se mareaba si había muchas curvas y tuvieron que tomar la autopista, de modo que llegaron a San Francisco cuatro días antes de lo previsto. Un viaje a Italia. Sin planificación, al azar. Elizabeth había ido al mismo campamento femenino de verano todos los años de su vida, y después a Cape Cod el mes de agosto, y hubiese querido que Harry viviera más aventuras. Pero en lugar de eso, se habían quedado en casa, con vistas a Argyle Road y a la línea Q que traqueteaba a lo lejos.

Zoe besó a Jane en la mejilla y a continuación Jane se volvió para saludar a Elizabeth con la mano. Todo iba a ir bien. Elizabeth alzó una copa invisible en su dirección.

—Chinchín —dijo.

Comieron fuera, en una pequeña mesa redonda. Había hormigas, pero a nadie le importó. Jane abrió el vino que Elizabeth había llevado, y se lo bebieron todo, aunque Elizabeth tenía que entrecerrar un poco los ojos para asegurarse de que tenía una copa y no dos. Pescado a la parrilla, ensalada de aguacate y mejillones que se abrieron sobre las llamas. Una tarta de melocotones, con la fruta puesta boca abajo de modo que parecía que los melocotones te estaban enseñando el culete. Nata recién montada. Elizabeth

tampoco se divorciaría de Jane.

—¿Y qué es este sitio al que está yendo, Lizzy? —quiso saber Jane a la vez que se ponía un trocito de pescado escamoso en la boca—. ¿Es budista o algo así?

—O algo así —contestó Elizabeth—. No lo sé. Creo que hacen yoga y puede que también orgías. Venden zumo. *Kombucha*. ¿Es eso zumo o algo distinto? Es como una pesadilla, pero ¿qué sé yo? Yo soy sosa.

—Tú no eres sosa —soltó Zoe.

—Sí que eres un poquito sosa —intervino Jane, y Zoe le pellizcó el brazo—. ¿Qué? Hay cosas peores que ser sosa. Además, la *kombucha* es algo totalmente distinto a un zumo. Es una bebida fermentada. Como la cerveza. ¿Y la hacen ellos mismos? No lo veo nada claro. ¿Y la venden? ¿Tienen permiso para hacerlo? Yo de ti, lo investigaría. O lo haría si quisiera crearles problemas.

Elizabeth agachó la cabeza hasta la mesa y después la levantó de golpe. La habitación le dio vueltas.

—Últimamente he estado pensando mucho en los problemas. ¿Te ha contado Zoe lo que hizo Andrew? Antes del yoga, quiero decir. —En su cabeza, todo estaba en línea recta, y señalaba hacia atrás—. Se acostó con Lydia. Cuando éramos jóvenes. Y no solo una vez. Si hubiera sido solo una vez, mira. —Agitó la mano en el aire como si pidiera la nota al camarero—. Si hubiera sido solo una vez, habría sido una cosa. Pero fue una y otra vez, mientras salíamos juntos. De modo que cuando firmé el formulario con su nombre, él solo pensaba en su culo desnudo, ¿sabes? Y yo creía que era un cinéfilo esnob o algo así. ¡Ja! —Zoe y Jane parecieron confundidas, pero Elizabeth siguió adelante a toda velocidad—. Bueno, yo tampoco querría ver mi culo desnudo en una película, aunque fuera el adorable culo de una chica de dieciocho años. Seguiría siendo mi culo, ¿sabes? Por esto estoy enojada. Porque no es que yo nunca hubiera pensado en hacer algo así. ¡No soy ninguna santa! Pero si lo hubiera hecho, se lo habría confesado antes de casarnos, o en algún momento de estos últimos setecientos años. —Volvió la cabeza hacia Jane y la señaló con un dedo—. Y ya que hablamos de ello, ¿te ha contado alguna vez Zoe lo de la noche que casi nos enrollamos?

—No —contestó Jane, ahora divertida—. No, nunca. Continúa, por favor.

Elizabeth se puso las manos al lado de la cara para ocultársela a Zoe.

—Esto es totalmente distinto, claro, porque no pasó nada. Pero

una noche, en Oberlin, estábamos en su piso viendo *Bonnie y Clyde*, y me tiró los tejos.

—Creo que nunca he visto *Bonnie y Clyde* —dijo Zoe—. ¿Quién sale en ella?

—¿Es esta tu respuesta? —Jane, a quien aquello le resultaba muy gracioso, se inclinó hacia delante—. Cuéntame más, Lizzy.

—No pasó nada —insistió Elizabeth, que agitó las manos delante de la cara y, al hacerlo, tiró sin querer un tenedor a los arbustos—. Pero podría haber pasado.

—Espera, ¿lo dices en serio? —Zoe puso una mano en el brazo de Elizabeth para que no lo moviera tanto y a duras penas evitó que le diera en la cabeza.

Elizabeth se puso a reír como una tonta.

—¿Lo dices por ella? —dijo lo más bajo que pudo. Miró a Zoe, la hermosa Zoe. Llevaba una blusa blanca holgada, y era algo digno de un escaparate, con la brisa de un ventilador oculto levantándole lo justo el dobladillo. A veces Elizabeth pensaba que si hubiera conocido a Zoe un poquito antes, o un poquito después, toda su vida habría sido distinta. No porque Zoe y ella hubieran acabado juntas, sino porque cada ficha de dominó empezaba un nuevo efecto en cadena. Tal vez no habría sido Andrew, tal vez habría sido el chico pelirrojo de su clase de inglés o el batería de carácter imprevisible que sustituyó a Lydia y del que, cuando había visto una vez saliendo de la ducha, había pensado «¡Oh!».

El momento lo era todo. Era algo que te resultaba más evidente a medida que te hacías mayor, cuando por fin entendías que el universo no se regía por nada que tuviera sentido. No había ningún orden, no había ningún plan. Todo dependía de lo que habías desayunado, de qué humor estabas cuando pasabas por cierto pasillo y de si a la persona que intentaba besarte le olía bien o mal el aliento. No había destino. La vida era solo casualidad y suerte, unidas por el deseo del orden. Elizabeth comprendía por qué había tanta gente que creía en Dios; era precisamente por esta razón, para no tener que cerrar nunca los ojos y pensar qué coño habían hecho con su vida. Le estaba dando una jaqueca terrible, de aquella que veías venir de lejos. Los cúmulos del pesar ya cubrían el horizonte, pero no podía detenerse. No era gracioso; nada de aquello lo era.

—No creo que se ponga celosa, Zo. —Se esforzó por sonreír y, después, se esforzó por mantener los ojos abiertos. Había sido un día muy largo. Le apetecía dormir, especialmente porque estaba medio segura de que ya estaba soñando. Sujetó el borde la mesa con ambas manos y puso la frente entre ellas.

Delante de ella apareció un vaso de agua, y se lo bebió. Tanto Jane como Zoe la estaban ayudando a levantarse, y después, a acostarse en el sofá cama. Se dio la vuelta y dijo «buenas noches» pero no le salieron las palabras.

El sol brillaba y Elizabeth tardó varios minutos en recordar dónde estaba. Las ventanas estaban en mal sitio, lo mismo que la puerta. Poco a poco fue recordando lo sucedido la noche anterior.

—¡Dios mío! —exclamó y se tapó hasta la barbilla con las sábanas.

—Hola. —Zoe estaba sentada a la mesa de la terraza con una taza de café y el portátil—. Jane se levanta tarde.

—Buenos días —dijo, deslizándose hacia atrás hasta que le quedó la espalda recostada en el respaldo de espuma del barato sofá. Se frotó los ojos. Tenía la boca como si fuera papel de lija—. No suelo beber tanto.

—Ya lo sé —aseguró Zoe—. Ven aquí.

Elizabeth se levantó del sofá cama. El suelo estaba frío. Recogió la manta de punto que había lanzado de un puntapié al suelo durante la noche y se la pasó por los hombros. Era temprano, antes de las siete, seguramente, y lo único que se oía era el ruido de las gaviotas y de las olas. Se sentó al lado de su amiga.

—¡Qué daño! —dijo—. Me duele todo el cuerpo. Soy demasiado vieja para esto.

—Cuéntame otra vez lo que estabas diciendo ayer por la noche —pidió Zoe.

—Vamos —dijo Elizabeth, tapándose la cara—. Estaba borracha.

—Sí que lo estabas. Pero quiero saber de qué estabas hablando. —Se inclinó hacia delante con una expresión seria pero suave en la cara—. Cuéntamelo. No lo de Andrew. Lo de nosotras.

Elizabeth no sabía muy bien qué era más violento, haber guardado el secreto tantos años o simplemente recordarlo. Pero su vergüenza se disipó en cuanto estuvo allí sentada con el aire salado y el aroma del café de Zoe, que olía totalmente delicioso a la vez que le daba náuseas.

—De acuerdo —dijo, y empezó por el principio. Cuando hubo terminado, tras contar lo de TJ, el pasillo y las dos en la escalera, Zoe sonreía.

—Lo recuerdo —soltó—. Sin duda, te estaba tirando los tejos. Y con ganas. Si alguien le hiciera lo mismo a Ruby, lo llamaría acoso sexual. ¡Es espantoso! Tendrías que haber llamado a seguridad del

campus y pedir que te llevaran a casa.

—Pero ¿no recuerdas *Bonnie y Clyde*?

—Ni un segundo. Así de preciosa eras, Lizzy. —Alargó la mano y le pellizcó con cariño la mejilla—. ¿Así que estabas interesada?

—Lo estaba. ¡Es que te quería! ¡Te quiero! ¡Eras como una diosa para mí! Pero no sabía nada de todo eso, ¿sabes? Estaba demasiado asustada. Y, además, estaba Andrew.

—Que se estaba acostando con Lydia.

—¡Que se estaba acostando con Lydia! ¡Dios mío! —Soltó una carcajada enorme—. Menuda ironía.

—¿No es curioso pensar en lo que hacíamos hace un siglo como si realmente importara? —preguntó Zoe tras sorber ruidosamente su café—. Tuve muchas novias con quienes pensé que iba a estar para siempre e iría a observar aves, o lo que fuera, cuando tuviéramos ochenta tacos y con quienes rompí a los seis meses. Ni siquiera recuerdo sus caras. Y cuando conocí a Jane ¡creí que solo duraríamos seis meses! Y aquí estamos. Así que no sé qué pensar.

—Supongo que esta es la cuestión —comentó Elizabeth—. ¿Importa en absoluto lo que pasó hace un millón de años? ¿Es relevante? En cierto sentido, creo que evidentemente no, que todo es agua pasada, pero no sé. Me importa que Andrew se acostara con Lydia, pero sobre todo por la forma en que se está comportando ahora. Y aquella noche contigo en el sofá significa algo para mí, de otro modo te la habría mencionado un montón de veces, siempre que quisiera fastidiarte, ¿sabes? Es difícil de explicar. —Sacó una mano de debajo de la manta y la alargó hacia la taza de café de Zoe —. ¿De verdad querías besarme?

—Ya lo creo, nena —contestó Zoe, que le pasó la taza. Corrió la silla para dejarla más cerca de la de Elizabeth. Se inclinó hacia ella y le dio un beso breve y dulce en los labios. No fue romántico; no fue sexual. Elizabeth había dado mil veces el mismo beso a Harry, y a su madre, y a Andrew, incluso al imbécil de Andrew. Era simplemente cariñoso.

—Eres mi mejor amiga —dijo a Zoe.

—Lo mismo digo —respondió esta, y se recostó en la silla, sonriendo al sol.

66

No había nadie en ningún sitio. Ruby llamó al móvil de su mami, al de su mamá, al restaurante. Supuso que seguían, pues, en Montauk, pero normalmente la llamaban para asegurarse de que no hubiera dado una fiesta o prendido fuego a algo. Puede que, como ya habían sufrido un incendio, ¿para qué preocuparse? En dos semanas Harry tenía que presentarse en Whitman para la orientación del último curso, que era cuando los orientadores universitarios dividían a los alumnos en grupos y les hablaban sobre el proceso y cuando, como Ruby había descubierto el año anterior, te encontrabas sentado en semicírculo con tus amigos, hablando sobre las tres universidades a las que ya sabías que querías solicitar la admisión. A Harry le iría bien; estaría con los empollones, hablando sobre lo genial que todos ellos habían oído que era Providence. Enviaría su solicitud pronto. Lo admitirían. Ruby ya podía ver el mensaje en su móvil, puede que con una avergonzada cara emoji. Estaría contento.

Pero de momento Harry todavía estaba dormido en su cama.

Los últimos meses le había crecido el pelo, cuyos rizos empezaban ya a colgarle. Tenía una manchita de saliva en la almohada justo debajo de los labios, lo que le pareció encantador. Salir con Harry era como formar parte de la organización educativa sin ánimo de lucro Teach for America o ser Hermana Mayor o algo así, es decir, cambiar la vida de alguien al prestarle una atención que, de otro modo, no recibiría. Un programa de educación sexual. No era que no le gustara Harry; le gustaba, y mucho. Pero era práctica. Aquello era un entrenamiento. Todo el mundo lo hacía, tanto si lo admitía como si no. Casi todo el amor adolescente era un ejercicio, con emociones y desengaños reales. Pero ejercicio al fin y al cabo. ¿Cómo ibas a decir en serio a alguien que lo amabas si

nunca lo habías dicho antes? Cuando pensaba en Harry, le gustaba que se hubieran conocido desde siempre. No iba a desaparecer como Dust, o como alguno de sus amigos de Whitman, personas que podían elegir ir a la universidad y cambiar totalmente su personalidad de la noche a la mañana. Harry siempre iba a ser Harry, sus padres siempre iban a vivir en la misma manzana y siempre estarían en la vida del otro, y algún día, pasados veinte años o más, celebrarían todos juntos el día de Acción de Gracias. Harry estaría casado y tendría hijos clavaditos a él, y ella sería atractiva y fascinante, y se besarían en la mejilla, pensarían en este verano y se acostarían con la tripa llena de pavo y con la cabeza llena de recuerdos del cuerpo del otro.

Lena le había enviado un mensaje diciendo que había visto a Andrew en EVOLVEment. Elizabeth tenía razón: todo aquello era superturbio, por no hablar de lo lamentable que era. Lena le contaba que había visto a Andrew y a Dave hablando, y que Andrew estaba muy raro. Y añadía: «Oh, he recordado su nombre artístico: Dave Wolfe. Búscalo, lo reconocerás.» Ruby abrió su portátil y tecleó el nombre en IMDb.

La foto de la esquina parecía sacada del anuncio de un desodorante: Dave iba descamisado y lucía un grueso collar colgado al cuello. En lugar de su tupida barba morena habitual llevaba las mejillas recién afeitadas de modo que solo se había dejado un triangulito de pelo bajo el labio inferior.

—No llega a mosca —gimió Ruby—. Eso es lo peor.

—¿Qué pasa? —dijo Harry, que se volvió y alargó la mano hacia ella. Ruby se llevó el portátil a la cama.

—Este es el profesor de yoga de tu padre —respondió Ruby.

—Madre mía —soltó Harry—. ¿En serio?

—En serio.

—Espera un momento... ¿No sale en aquella película en que los delincuentes juveniles van a parar a la cárcel? ¿La de los ochenta? ¿Y organizan un motín? —Se frotó los ojos—. Seguro que es él.

Ruby cliqueó en su filmografía.

—¿Celda número 6? Es él.

—¿Y enseña yoga?

—¿Y prepara zumo? —Ruby se mordió una uña.

—Vaya —soltó Harry.

—¿Tengo algo en los dientes? —se extrañó Ruby a la vez que se inclinaba hacia él de modo que le cubrió el rostro con el pelo. Harry lo apartó y la miró.

—No —contestó—. Pero eso me ha recordado que te compré

algo.

—¿Un bocadillo de beicon y huevo con queso? Espero que sea eso. —Ruby se tumbó boca arriba—. ¿Quieres comer algo? Hay una cantidad brutal de pesto en la nevera, creo que Jane se está preparando para el apocalipsis. ¿Te apetece un poco de pasta? Es la hora del almuerzo.

Harry estaba hurgando en el bolsillo de sus pantalones con la mitad del cuerpo fuera de la cama.

—Ya lo tengo —anunció, y se movió hasta quedarse sentado con las piernas cruzadas frente a ella.

Todos los estuches de joyas asustan. Este era pequeño, rectangular y blanco, lo que era mejor, sin duda, que si hubiera sido de terciopelo negro, pero aun así, Ruby retrocedió.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalándolo con un dedo.

—Es solo un regalo, Ruby —respondió Harry a la vez que levantaba la tapa con la otra mano.

En el interior, sobre un cojín de algodón, había un anillo discreto, perfecto. Nadie excepto su mami, su abuela, y puede que Chloe o Paloma, le había regalado nunca una joya, y normalmente se trataba de pulseras o collares sencillos, o de bisutería *vintage* que su mami había encontrado en un mercadillo. Ningún chico. Ningún novio.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un anillo. —Harry estaba sonrojado, pero sonreía. No estaba nervioso, sino ilusionado—. Míralo, vamos. Es como una semilla de amapola, como dijiste.

Ruby lo sacó del estuche con el pulgar y el índice. Se le quedó pegado un hilito de algodón, y Harry se lo quitó. Realmente parecía una especie de semilla de amapola. ¿Lo había dicho en voz alta?

—Creo que es un farsante, y que está intentando robar el dinero de tu padre —contó Ruby, sujetando el anillo delante de sus ojos. Se lo puso en el dedo corazón, donde se deslizó fácilmente hasta el nudillo y, después, con un ligero empujón, hasta el final.

—¿Por qué crees eso? Además, yo había pensado que te lo pusieras tal vez en este dedo —indicó Harry, y le tocó el anular.

—¿De qué estás hablando? —soltó Ruby, frunciendo el ceño.

—Cásate conmigo. —Se había arrodillado, en la cama, con las piernas desnudas hundidas en el edredón. Harry, que nunca había trabajado. Harry, con quien se había bañado de niños. Se imaginó otra vez el día de Acción de Gracias, pero esta vez siendo ella la esposa de Harry, llevando perlas, un conjunto de punto y una cinta gruesa en el pelo. Era como la última escena de *El mago de Oz*,

cuando Dorothy mira a su alrededor y se da cuenta de que sus amigos siguen siendo sus amigos, sin importar si son leones o de hojalata. Se suponía que era reconfortante, por aquello de que siempre habían estado allí, pero para ella, hacía que el mundo pareciera pequeño y claustrofóbico, como si pudieras irte a una dimensión completamente distinta y ver a las mismas personas que has visto toda tu vida. Ella quería ver más caras.

—Me voy a ir en barco a México —soltó, y lo decidió así, tal cual.

67

Era casi mediodía, y Elizabeth todavía no había regresado. Andrew no sabía muy bien qué hacer. Había limpiado toda la casa y cocinado lasaña, a pesar de que hacía demasiado calor para comerla. Era algo que se podía tener en la nevera; una comida rica que Harry podía picar cuando quisiera. Había una clase de yoga en EVOLVEment, pero le daba reparo volver. Se sentó unos minutos en el sofá, golpeándolo con los talones, y finalmente decidió ir. El abogado estaba esperando que le devolviera los contratos firmados, las hojas de papel que especificaban la cantidad de dinero que había dado a Dave, y por qué, y de momento no tenía ni idea de si su dinero reaparecería jamás. Pero no sabía muy bien qué otra cosa hacer, así que recorrió a pie las tres manzanas y desenrolló la colchoneta de yoga en el único sitio libre, junto a la puerta, lo que implicaba que cualquiera que entrara tendría que pasarle por encima.

Dave daba la clase. Era jueves, por lo que consistía en una mezcla de charla sobre el dharma y asanas que estaba dirigida a conservar la energía. Otros estudios trataban otras cosas. El Bikram estaba dedicado al sudor, y el Iyengar, a la precisión, o eso era lo que Dave decía. Pero él se concentraba en la energía. Iba descamisado, como de costumbre, e hizo una reverencia a Andrew cuando finalmente sus miradas se encontraron. La clase estaba llena de gente a la que Andrew jamás había visto: cuerpos jóvenes y flexibles. Pero él lo hacía ahora mejor que a principios de verano, y podía seguir el ritmo. De vez en cuando, notaba que alguien lo observaba, y se volvía justo a tiempo de ver cómo uno de los secuaces de Dave volvía la cabeza.

—Inhalad el aire hacia el abdomen y después exhaladlo por los dedos de los pies —indicó Dave.

Las personas que lo rodeaban se pusieron a hacer lo que Dave había dicho. Andrew lo intentó, pero cada vez que quería llevar el aire más allá de las costillas, notaba que algo se interponía: ¿el hígado? ¿el corazón? No podías llevar el aire más abajo, era imposible. Y, sin duda, no podías soltarlo por los dedos de los pies. Abrió los ojos.

Desde el lugar que ocupaba junto a la puerta, veía el vestíbulo y el porche, donde vio a dos policías uniformados que miraban a través del cristal. Llamaron a la puerta, pero Dave nunca iba a abrir durante las clases. Así que se levantó y lo hizo él.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó.

—Sí, señor. Hemos recibido una información que nos gustaría cotejar relativa a una actividad ilegal. ¿Es este su lugar de trabajo? ¿Vive usted aquí? —Andrew reconoció a uno de los policías de la vez en que Elizabeth y él habían ido a recoger a su hijo delincuente a la comisaría.

—Bueno, sí y no —contestó—. No vivo aquí.

—¿Podemos pasar? —El *walkie-talkie* que uno de los agentes llevaba en la cadera vociferó algo indescifrable.

Andrew se volvió hacia la habitación. Varios miembros de EVOLVEment se escabullían por el pasillo que conducía a la cocina, algunos de ellos con cubos grandes.

—Bueno —dijo Andrew, y los policías lo apartaron y entraron.

Todo el mundo estaba adoptando la postura del perro hacia abajo con el trasero levantado. La mayoría echaba un vistazo entre las piernas, viendo cómo todo transcurría cabeza abajo, pero hubo quien decidió que valía la pena verlo del derecho y había abandonado la posición para sentarse a contemplar. Los dos agentes se situaron a un lado de la habitación, como si fueran a jugar a Frogger y saltar entre los yoguis hasta el otro lado pero no supieran cómo empezar.

—¿Puedo ayudarlos, agentes? Estamos en mitad de una clase. —Dave se mostraba tan frío como un lago de Maine, sin el menor atisbo de ansiedad.

—¿Es usted quien está al frente de todo esto? Hemos recibido una información sobre una actividad ilegal. En concreto la venta de una substancia ilícita. Hemos venido a incautar... —al llegar a este punto, el agente se detuvo para consultar lo que ponía el papel que llevaba— *kambacha*. *Kambacha* ilegal. ¿Podemos ver su cocina, por favor?

Dave se levantó despacio, y sus pies se adhirieron al suelo de madera con un sonido pegajoso.

—Por favor, seguid todos con la práctica necesaria. ¿Salome? —La chica estaba en el pasillo y meneó la cabeza enérgicamente—. ¿Annaliese? —dijo entonces, y una chica a la que Andrew jamás había visto se levantó de un brinco de una colchoneta de la tercera fila y se situó en la de Dave, donde empezó a efectuar algunas posturas del saludo al sol. Unas cuantas personas enrollaron su colchoneta y aguardaron tímidamente unos minutos antes de marcharse, pero otras, los yoguis más entregados, se quedaron y pasaron de la postura del perro hacia arriba a la de la tabla y de nuevo a la anterior.

Andrew observó cómo Dave conducía a los agentes a la cocina, y después subía y bajaba con ellos la escalera para mostrarles toda la casa. Había hierba por todas partes, algo en lo que él nunca se había fijado, pero ahora la casa apestaba a ella, y a las cubas de *kombucha* del sótano, a los zumos no pasteurizados y a los suplementos herbales con los que Salome preparaba infusiones. Carecían de permisos, por supuesto. ¿Dónde estaban todos los letreros como los que había en el Hyacinth indicando que los empleados tenían que lavarse las manos o aquel con una descripción ilustrada de la maniobra de Heimlich? En EVOLVEment no había letreros. Tenía tantas ganas de encontrar algo a lo que dedicarse que no se había dado cuenta de que estaba dedicando todo su tiempo en un albergue para vagabundos con pretensiones.

Varios de los jóvenes barbudos de EVOLVEment andaban arriba y abajo por la habitación delantera o charlaban en voz baja en grupitos. Intentó oír qué decían, pero se alejaron un poco más hasta estar en el rincón opuesto de la habitación, de modo que él se quedó solo en el centro.

Pasados unos diez minutos, los policías regresaron. Uno de ellos, el joven al que Andrew había reconocido, sujetaba con firmeza a Dave por el codo.

—Espere un momento —pidió Andrew—. Es mi socio. ¿Dónde lo llevan? ¿Qué está pasando?

El agente se detuvo. Dave exhaló ruidosamente, emitiendo un «om» grave.

—¿Quiere dejar de hacer eso? —soltó el policía—. Me está poniendo de los nervios. ¿A qué se refiere con eso de «socio»? ¿Conoce a este hombre? —preguntó el policía a Dave, que estaba mirando hacia delante, a algún *drishti* invisible.

Dave pestañeó. Miró a Andrew y, acto seguido, meneó despacio la cabeza.

—Este hombre es uno de nuestros alumnos de yoga, pero nunca

he hablado con él. Paz para tus buenos pensamientos, amigo.

—Claro, hombre. Discúlpenos —dijo a Andrew, y llevó a Dave por el codo hasta el coche patrulla aparcado fuera de la casa. Detrás de él, el otro agente cargaba dos barriles llenos de un líquido que olía a cerveza, uno bajo cada brazo.

—Comprendo —dijo Andrew a nadie—. Comprendo. —Salió de la casa y vio cómo los policías metían a Dave en la parte trasera del coche patrulla. Dave seguía mirando hacia delante. Una mujer que paseaba su perrito blanco por la calle se detuvo en mitad de la acera, esperó a que el coche patrulla se marchara y sacudió la cabeza.

—Siempre son los que tienen buena pinta —soltó—. Delincuentes.

Si no hubiera sido por el dinero, Andrew se lo habría tomado como una señal: se había liberado. Habría tenido que decantarse por la carnicería, o quizá por la apicultura urbana. No había construido nada en dos meses. No iba a ser hotelero, por lo menos con Dave. Tan solo era un pardillo delante del estudio de yoga. Empezó a sonarle el móvil en el bolsillo. Cuando lo sacó, el rostro de Elizabeth ocupó toda la pantalla, y estuvo tan contento de verla que casi se echó a llorar.

—Cariño —dijo, hablando antes de que ella tuviera ocasión de hacerlo—. Lo siento mucho, muchísimo.

68

Y al otro lado del teléfono, en el andén de la estación de Montauk, Elizabeth se puso el sombrero de paja y escuchó hablar a su marido. En cierto sentido, era mejor y peor de lo que había imaginado. Andrew no se había acostado con ninguna de las muchachas medio despelotadas del emporio del zumo. No se había acostado con el individuo barbudo, lo que le había pasado brevemente por la cabeza y la había preocupado algo menos, como idea, que las muchachas en pelotas. Andrew le contó lo del dinero, y eso le dolió, aunque, desde luego, no consideraba que el dinero fuera de ella, ni siquiera de los dos, así que estaba dispuesta a achacar eso a la estupidez o la ausencia de prejuicios de Andrew. Y una de esas dos cosas la hizo sentir bastante bien, en general.

Curiosamente, todo lo que Andrew le decía hizo que Elizabeth pensara que era verdaderamente posible tener un matrimonio duradero, en parte porque solo parecía que tu pareja ya te había contado todos sus secretos. Siempre había más.

—¿Con quién me casé? —soltó Elizabeth, asombrada, en voz alta. El tren tenía que llegar en cinco minutos. Zoe y Jane la habían dejado juntas en la estación. Aquella mañana habían ido a nadar, y ella todavía tenía las puntas del pelo húmedas sobre los hombros, que conservaban un leve rastro de la sal y la arena. No se le había pasado el dolor de cabeza, pero le estaba remitiendo. A todos les iban mejor las cosas, por lo menos parte del tiempo.

—Escucha —dijo—. El tren está a punto de llegar. Estaré en casa en unas horas. Espérame ahí, ¿de acuerdo? Quiero hablar contigo.

—Por supuesto —contestó Andrew.

—Cuando éramos jóvenes, una vez estuve a punto de besar a Zoe. Y ahora hemos hablado de ello por primera vez. —Quería que supiera que él no era el único que no había abierto todas sus

puertas.

—¿Cuándo? —preguntó Andrew.

—En la universidad. Cuando éramos jóvenes. Cuando éramos unos niños. Como tú. Quiero decir, casi. Yo no llegué a hacer nada. Pero lo sé, Andrew, sé que entonces éramos unos niños. Teníamos la edad de Harry, más o menos. ¿Te lo imaginas? —Lo que no podía imaginarse era que ella, Andrew y todos sus amigos hubieran vivido todos aquellos años. Lo habían hecho y habían salido ilesos de la experiencia. No parecía matemáticamente razonable pensar que todos ellos seguían en pie. Salvo Lydia. Lydia estaba haciendo algo completamente distinto. Puede que no siguiera en pie, pero alguien la simulaba, la reproducía. En cierto sentido, Lydia los sobreviviría a todos.

Notó un ligero cosquilleo en el estómago, exactamente la misma sensación que había tenido cuando Andrew y ella decidieron casarse. Nervios, o emoción. Lo desconocido. El tren estaba entrando en la estación, y de él bajó una nueva tanda de gamberros borrachos. Elizabeth se apartó todo lo que pudo para que no la arrastraran con ellos. La vida ya te arrastraba suficientemente; afianzó los pies y afiló los codos.

—Nos vemos luego —dijo—. Te extraño. Te odio y te extraño. —Estaba hablando con el chico iracundo que le había pedido unos huevos revueltos para cenar cerca de la casa de sus padres. Seguía sin aprender. Ella podía ayudar, o no. Dependía de ella. Se quitó el sombrero y se abanicó con él la cara—. *I will be calm, calm, calm* —cantó a todo volumen. Los chavales la miraron como si estuviera loca, y dijo en voz más alta—. *I will be calm, calm, calm!* —Cuando llegó el momento de subirse al tren, ocupó un asiento junto a la ventanilla, se puso la libreta en el regazo y no paró de escribir hasta que estuvo en casa.

69

Jane volvió de Gosman's Dock con las langostas para la cena, a las que no acababa de decidir si llamar Minnie y Mickey o Fred y Ginger. Encontró a Zoe en el porche, inclinada sobre una libreta.

—¿Estás trabajando en el diario para la doctora Amelia?

—Más o menos. Ven. —Dio unas palmaditas a la silla que tenía al lado, y una vez dejó las langostas en la nevera para enfriarlas un poco antes del asesinato ritual, Jane se sentó y miró lo que su esposa había estado haciendo.

—Escucha —dijo Zoe en voz baja y regular tras poner las palmas de la mano sobre la libreta—. Te diré lo que pienso. El Hyacinth volverá a estar abierto pronto, lo que es fenomenal, pero creo que ha llegado el momento de hacer algo nuevo. Creo que necesitamos un cambio.

—Mierda —soltó Jane—. ¡Mierda! ¡Realmente creía que las cosas estaban mejorando mucho, Zo! ¿Cómo es posible que no lo veas? Sé que no tengo un carácter demasiado bueno, que soy temperamental y que hace diez años que no he puesto los pies en un gimnasio, pero ¡por favor! ¿Cómo puede ser que no veas lo bien que estamos juntas? —Notó que el corazón se le aceleraba enormemente—. Te amo. No me dejes. Haré lo que sea.

Zoe sonrió y movió las manos. Escondido bajo ellas había el dibujo de un escaparate. Había ventanas a lo largo de la calle, como en el Hyacinth, pero con unas mesitas redondas. Sobre la puerta, el letrero rezaba «HOT + SWEET», junto al dibujo de un *pretzel*.

—No tiene que ser forzosamente un *pretzel* —comentó Zoe—. Es que me gusta la forma. Podría ser un cruasán. O tal vez un *muffin*. No, no me gusta el aspecto de los *muffins*. Pero podría ser un cruasán.

—¿Qué es esto? —preguntó Jane, que dio la vuelta a la hoja y

vio que había más. Más dibujos, más notas—. La primera pastelería *gourmet* de Ditmas Park —leyó. Y vio una lista de proveedores y unas cartas.

—Nosotras lo prepararemos todo. Tú lo prepararás todo. Ya sé qué lámparas deberíamos poner. Sé de alguien de Los Ángeles que hace unas lámparas que parecen pulpos mod... —Seguía hablando cuando Jane la interrumpió con un beso. Zoe se reía, y se besaban, y Jane también se echó a reír.

—Me habías asustado —soltó Jane, y meneó la cabeza—. No me des esos sustos.

—Nunca más —aseguró Zoe, tomando la cara de su mujer con las manos—. Y ahora dime qué te parece.

—*Hot* + *sweet*, caliente y dulce —dijo Jane—. Me encanta.

—Estupendo, porque Elizabeth cree que tiene un local —comentó Zoe—. ¿Sabes dónde está aquella peluquería con el toldo amarillo? ¿Donde antes, hará unos diez años, había una cafetería dominicana? ¿Justo al otro lado del parque de bomberos?

—Con una terraza —respondió Jane con los ojos cerrados—. Podríamos tener mesas fuera.

—Exacto. —Zoe rodeó la cintura de Jane con los brazos y se sentó en su regazo—. Un nuevo proyecto. Un nuevo hijo.

—Un nuevo hijo hecho de mantequilla.

—La mejor clase de hijo —dijo Zoe, que se acurrucó lo más cerca de su mujer que pudo y, después, todavía un poco más.

70

La consulta era tal como Zoe la había descrito, con montones de libros en el suelo junto a las estanterías creando un bonito desorden. Elizabeth y Andrew entraron arrastrando los pies, incómodos, y se sentaron uno al lado del otro en un sofá copetudo muy gastado.

—Bueno —dijo la doctora Amelia—, ¿qué os trae aquí? Elizabeth, hablamos brevemente por teléfono, pero siempre me gusta empezar así con las parejas para que estemos todos en el mismo punto. En el mismo barco. En el mismo equipo. —Asintió con los labios fruncidos ante la expectativa. La cita había sido un regalo: Jane y Zoe se habían saltado su sesión, y habían enviado a Elizabeth y a Andrew en su lugar. No era algo que se pudiera ofrecer a cualquiera, pero ahí estaban.

—Pues, verá, yo... —empezó a decir Andrew—. Creo que me he estado sintiendo un poco perdido, profesionalmente, esto, desde hace cierto tiempo. —Se detuvo un instante—. Creo que es ahí donde empezó todo.

—¿De veras? —se sorprendió Elizabeth, que había echado la cabeza hacia atrás—. Para mí que todo esto empezó cuando teníamos diecinueve años, ¿no crees? —Desde que había dejado Montauk, Elizabeth había notado cómo se iba desprendiendo lentamente de distintas capas de ansiedad, como una serpiente que muda la piel. No dejaban de caerle trocitos sin parar: Harry practicando sexo, Harry practicando sexo en público, su primera cana, el hecho de que su jefa todavía la llamaba a veces Emily, la forma en que Lydia la miraba hacía un millón de años, la forma en que la doble de Lydia la miraba ahora, la forma en que siempre le había preocupado cómo se sentía Andrew. Este y la doctora Amelia la estaban mirando con unos ojos como platos, y se dio cuenta de

que estaba hablando.

—Y también creo que tendríamos que hablar sobre cómo te uniste sin querer a una secta porque necesitabas amigos, un trabajo y una vocación, que sé que no es algo fácil de encontrar. Bueno, yo soy agente inmobiliaria, que no es algo con que los niños sueñen ser de mayores, ¿sabes? —Jadeaba un poco, pero aquello la hacía sentirse bien, como si acabara de correr alrededor de la manzana. Quería correr. En el trayecto en tren a casa, había compuesto tres canciones, y estaba bastante segura de que al menos dos de ellas eran tan buenas como «Mistress of Myself». Quería tocarlas para que Andrew las oyera, pero también quería hacer una maqueta y enviarla a Merge, a Sub Pop y a Touch & Go y decirles: «¡Hola, estoy aquí! ¡He estado todo el tiempo aquí!» Conocía a la gente adecuada, por lo menos para empezar. Solo tenía que averiguar qué dirección tomar. Era casi apasionante, como tener la fiebre tan alta que creías que estabas en otro planeta—. Creo que necesito un descanso. Puede que de unos cuantos meses. Creo que tengo que viajar un tiempo sola. —Se frotó las manos en los muslos—. Tal vez alquilar una casa en alguna parte, grabar algo de música, tomarme algo de tiempo.

—Bueeeeno —soltó la doctora Amelia—. Empecemos por aquí. ¿Andrew? Lánzate cuando quieras, el agua está buena.

—El agua no está buena —la contradijo Elizabeth, que echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. El agua no está buena.

—Vamos, Lizzy —dijo Andrew—. Hace unos minutos estábamos bien, ¿no?

Elizabeth miró a su marido. A lo largo de los años le habían dado muchos consejos: que no se casara con alguien de quien no quisiera divorciarse, que no se casara con alguien que ella no quisiera ser, que no se casara con alguien que no la tratara como a un igual o como a un ser superior, que no se casara con alguien por el sexo, que se casara por el sexo, que se casara por amistad, que no se casara para tener compañía. Llevaban tanto tiempo juntos que no sabía cuál de estas normas había seguido. Desde luego, no lo había sabido cuando se casaron. Estas pautas eran para personas como Ruby y Harry, chicos de ciudad que seguramente no se casarían hasta los treinta años y que no tendrían hijos hasta los treinta y cinco. De algún modo, aunque no hubieran tenido intención de hacerlo, Andrew y ella se habían comportado como si vivieran en la década de los cincuenta y se habían lanzado a la edad adulta sin conocerse a sí mismos como personas.

La doctora Amelia se apoyó la punta del bolígrafo en el hueco de

la mejilla y le quedó marcado un puntito azul.

—¿Qué opinas de eso, Elizabeth? ¿Estáis bien?

El aire acondicionado se puso en marcha y envió de repente una ráfaga de aire frío al costado derecho de Elizabeth. Andrew se estremeció y su mujer vio que se le ponía la carne de gallina en los antebrazos.

—Creo que todavía no podemos responder a esta pregunta, doctora Amelia —dijo. Tomó un cojín que tenía tras la espalda y se lo puso en el regazo—. Creo que tan solo estamos empezando ahora.

Andrew tenía una expresión rarísima en la cara, entre mueca y sonrisa, como si no pudiera ordenar a sus labios qué hacer y estos estuvieran sugiriendo cosas por su cuenta.

—Pero ¿sabes qué? —le comentó Elizabeth—. Se me acaba de ocurrir ahora. La verdad es que no creo que lo que está pasando sea solamente culpa tuya.

—Eso está bien. Empezamos a compartir la responsabilidad —indicó la doctora Amelia.

—Sí —corroboró Elizabeth—. Sí. Está claro que es también culpa mía por no haber perdido el juicio hace diez años —dijo—. O veinte. Si hubiera sido más alocada y hubiera estado más dispuesta a probar, a estrellarme, a quemarme y a fracasar, creo que ahora no estaríamos aquí. Puede que ni tan solo estuviéramos.

—¿Qué quieres decir? ¿Que estaríamos muertos? —El pobre Andrew parecía tan desconcertado que Elizabeth quiso ponerlo de cara a la pared con orejas de burro.

—No, hombre. Que no estaríamos casados. No estoy diciendo que quiera eso. Puede que sí, pero todavía no estoy segura. Lo que sí creo es que somos muy estáticos, y que por eso estamos aquí sentados.

—La sesión está yendo de maravilla —comentó la doctora Amelia—. Estoy realmente impresionada.

—Gracias —dijo Elizabeth, sonriendo encantada—. Nadie me había alabado desde hace muchísimo tiempo. —Se volvió hacia Andrew, que había palidecido—. Puedes empezar por ahí, si quieres.

—Lo haré —aseguró Andrew tras tragar saliva con fuerza.

—Ahora sería un momento fantástico para hacerlo, Andrew —lo animó la doctora Amelia—. ¿Por qué no cuentas a tu mujer qué crees que se le da de maravilla? Puede ser algo importante o algo sencillo, da igual.

Andrew se miró las manos y juntó los pulgares. La habitación

estuvo un momento en silencio.

—Eres una compositora excelente —dijo—. Verdaderamente excelente.

—Gracias —respondió Elizabeth.

—Y eres una madre increíble. Harry te adora.

—Gracias —dijo Elizabeth.

—Es un comienzo estupendo —aseguró la doctora Amelia—. ¿Elizabeth?

—¿Sí? —Alzó los ojos.

—¿Hay algo por lo que te gustaría alabar a Andrew?

—Puede que de aquí a un ratito, pero de momento me gustaría que Andrew continuara, si puede ser. —Cruzó los brazos y aguardó.

71

Una vez decidió que se iba, Ruby lo organizó todo deprisa. Iría en avión hasta San Diego el último día de agosto, y luego a Loreto, México, tres meses después. El programa era para gente mayor de diecisiete años, proporcionaba créditos universitarios y todo el equipo necesario. Después de México, se estaba planteando seguir un programa en América del Sur, pero era básicamente a pie, y no estaba segura. Harry la estaba ayudando a hacer el equipaje. Su avión salía en dos días.

La proposición no había ido exactamente como él esperaba. Ruby se había puesto el anillo en el dedo corazón y había dicho que no con total claridad, pero lo entendía. Eran demasiado jóvenes. Todavía le quedaba un año de secundaria. Nadie se prometía en la secundaria. Le alegraba que se hubiera quedado con el anillo.

Era última hora de la tarde. Las madres de Ruby y su madre estaban en el nuevo local. Ninguna de las tres podía dejar de hablar de él, parloteando como locas sobre donuts y mermelada. A Harry le parecía genial. Estaban creando algo a partir de cero.

Ruby estaba delante de su armario. No tenía que llevar ropa como la que solía utilizar. Había una lista, y todo estaba confeccionado con tela de bañador. Iba a ir sentada en un kayak tres meses, pero aun así, de momento se estaba probando vestidos, puede que para despedirse de ellos. Se había ido poniendo las perchas sobre la cabeza, de modo que recordaba el monstruo de Frankenstein, con tornillos de metal que le sobresalían de los hombros.

—Este es el que llevaste el día de tu graduación —comentó Harry. El fleco blanco le colgaba sobre los muslos desnudos. Iba solo en ropa interior. Harry quería fotografiar cada parte de su cuerpo, pero sabía que esa no era la forma de tenerla con él.

—Cuando fuiste mi héroe —dijo Ruby.

—Tú siempre fuiste mi heroína —aseguró Harry—. Que te quede claro. —Se levantó y se situó detrás de ella—. Quiero abrazarte, pero no quiero empalarme.

Ruby soltó una carcajada y se quitó las perchas.

—Puedes abrazarme —indicó.

Harry la rodeó con los brazos y miró sus figuras en el espejo.

—Oye, ¿sabes qué? —dijo—. Ibas a teñirme el pelo de rubio, pero no llegaste a hacerlo.

—¿Quieres que lo haga ahora?

—¿Sigues siendo mi novia? —No sabía muy bien por qué eso era importante, pero lo era.

—Creo que soy tu novia hasta que me suba al avión —explicó Ruby—. ¿Cómo lo ves?

—Puedo vivir con eso. Hagámoslo.

—Bienvenido a mi peluquería —dijo Ruby, señalando el cuarto de baño tras dar una palmadita. Harry se sentó en el borde de la bañera mientras ella abría y cerraba todos los armarios—. ¡Ajá! —soltó, y empezó a realizar una exhibición de química en un cuenco de plástico en el lavabo.

Empezó a pintarle el pelo con un mejunje frío de color blanco. Pasados unos segundos, a Harry le comenzó a picar y a crepitar el cuero cabelludo.

—¿Es eso normal? —preguntó.

—¡Qué gallinas sois los chicos! —contestó Ruby con los ojos entornados—. Sí, es normal. —Le cubrió toda la cabeza, parte por parte. Cuando hubo terminado, le puso un gorro de ducha enorme en la cabeza.

—¿Podrías poner música? —pidió Harry. Necesitaba algo para dejar de pensar que se sentía como si tuviera la cabeza en llamas. Ruby sacó el móvil y se fue desplazando por la pantalla hasta encontrar lo que buscaba, le dio al botón y dejó el teléfono sobre la tapa del retrete.

Era una canción lenta que Harry no conocía. Un chico cantó *Love and happiness* y después se oyó el breve lamento de una guitarra y el resto del grupo se incorporó.

—Es Al Green —explicó Ruby, que se puso a bailar. Harry le colocó las manos en los muslos y cerró los ojos para intentar recordar todo lo que pudiera. Escucharon la canción tres veces más antes de que Ruby le diera a un botón y sonara el resto del álbum —. Muy bien, vamos a comprobarte el pelo. —Levantó un poco el gorro de ducha y echó un vistazo—. ¡Oh, mierda! Te ha quedado

anaranjado —soltó.

Harry se quitó totalmente el gorro de ducha y se levantó de la bañera. Tenía la cabeza cubierta de una especie de rastas de color naranja subido.

—Bueno, vamos a lavarlo. A lo mejor no es tan malo como parece. —Metió la cabeza bajo el grifo y Ruby le aclaró el pelo, separándole los mechones más grandes con los dedos. Se lo lavó dos veces antes de dejar que se incorporara para secárselo con una toalla.

Estaban el uno junto al otro con los brazos en contacto. En lugar de rubio, el pelo de Harry era del color del orín reciente, o de un cono de tráfico muy sucio. Se tocó un rizo y se llevó una mano a la barbilla. Era terrible, tanto que Ruby ni siquiera podía rebatirlo por puro teatro. Hicieron una mueca a la vez.

—¿No tendrás un cortapelos por casualidad?

—Creo que mi mamá tiene uno. Espera. —Corrió escaleras arriba hasta la habitación de sus madres y regresó blandiendo uno, con el cordón oscilando tras ella. Harry lo enchufó y lo puso en marcha—. ¿Lo has hecho antes? —preguntó a Harry.

—No —contestó este—. Pero hay una primera vez para todo. —Empezó por delante, puesto que había que empezar por alguna parte, y se pasó el cortapelos por la cabeza hacia la nuca. Una larga mata de pelo le cayó en el hombro y, de allí, fue a parar al suelo.

—Vaya —se sorprendió Ruby—. Sigue.

Hizo primero el lado derecho, dejándose el pelo un par de centímetros largo, puede que menos, sin rastro del tinte. Se paró el tiempo suficiente para que Ruby le tomara una foto con una mitad del pelo naranja y la otra, cortada. Ruby puso una toalla en el suelo para recoger todos los rizos que caían.

Solo tardó unos minutos.

—Supongo que te he hecho malgastar el tinte —comentó Harry, que se volvía de un lado a otro para mirarse.

—Ten —dijo Ruby a la vez que le daba un espejo de mano—. Míralo todo entero. —Se lo sostuvo en alto en las manos como si estuviera en una barbería, y él se volvió para poder verse la parte posterior de la cabeza reflejada en el espejo de la pared.

—Me parezco a mi padre —soltó.

—Algo. Yo creo que te pareces más a ti —aseguró Ruby.

Harry supo a qué se refería. Parecía una persona distinta, mayor. Más dura incluso. Se pasó la mano por la cabeza, que pinchaba y le picaba aún del tinte. Ya no parecía un crío, y tampoco sentía que lo fuera.

—Tendría que irme a casa —dijo—. Por ahora. Esta noche volveré.

Ruby asintió.

—Te quiero, Harry Marx. —Le dio un beso en una de las mejillas, que tenía cubiertas de pelos cortados. Harry quería recordar a Ruby de muchas formas, había muchas imágenes de ella que quería conservar intactas para siempre, pero aquello era lo que quería conservar de sí mismo intacto en su memoria: quién era en aquel segundo, cuando aquellas palabras salieron de la boca de Ruby y él siguió de pie y siguió siendo capaz de marcharse. No habría ningún otro verano mejor en su vida. Le devolvió el beso y cerró la puerta de su cuarto al salir.

Bajó despacio la escalera y acarició la cabeza de *Bingo* antes de dejar la casa. Empezaba a oscurecer. Quería encontrarse con algún conocido, con alguien del colegio, simplemente para ver si lo reconocía, pero Argyle Road estaba vacía. Al llegar a su propio camino de entrada, la puerta del garaje estaba medio abierta. Por la abertura de poco más de un metro vio las piernas de su madre y su amplificador. Estaba tocando algo a bajo volumen, y se acercó un poquito para escuchar. Era bonito, algo nuevo. Vislumbró la luz de algunas luciérnagas, y se volvió para ver cómo una se acercaba al árbol. La puerta del garaje se abrió un poco más, y su madre se agachó para asomar la cabeza.

—Harry, ¿eres tú? —El aire olía a otoño, y Harry observó cómo la luciérnaga desaparecía bajo el manto de hojas del árbol antes de girarse hacia su madre.

Cuarta parte

Coleccionables

NEW YORK POST

Redada policial de yoguis en Brooklyn

Esta semana la Comisaría núm. 67 obtuvo un mayor resultado de lo esperado al seguir un chivatazo anónimo informando de que EVOLVEment, un local hípster de yoga en Ditmas Park, en Brooklyn, producía y vendía ilegalmente *kombucha*, una bebida fermentada. Además de la *kombucha*, la policía encontró varias plantas de marihuana, drogas psicodélicas, así como una gran cantidad de productos naturales sin identificar, como ramitas y hojas, que EVOLVEment utilizaba para preparar infusiones y otros brebajes.

EVOLVEment recibió una citación por un delito menor por la venta de *kombucha* sin autorización, además de otras citaciones por delitos menores por las drogas ilegales que se hallaron en sus instalaciones. «No vendemos droga —declaró su líder, David Goldsmith—. Somos una comunidad holística, y estamos profundamente comprometidos con la salud física y espiritual de nuestros miembros y de la raza humana. Me entristece que el Departamento de Policía de Nueva York no comprenda lo que hacemos, pero con el tiempo lo hará.»

No hubo detenciones, pero según afirma el web de EVOLVEment, todas las clases de yoga y los servicios ofrecidos (incluida, es de suponer, la fermentación de *kombucha*) han quedado suspendidos mientras el centro esté siendo investigado.

SECCIÓN DE CURIOSIDADES DE LA PÁGINA DE DAVE WOLFE EN IMDb

- Dave domina el sánscrito.
- De adolescente, Dave ganó el segundo y el cuarto puesto en

dos concursos de surf para famosos, en los que compitió con David Charvet y Eddie Cibrian.

- A Dave le crece tan deprisa la barba que esto figura como «talento especial» en su currículum.

SECCIÓN ARTÍSTICA DEL *NEW YORK TIMES*

Crítica: «Mistress of Myself» (Dueña de mí misma) o el origen de un icono

Lydia Greenbaum canta como si se le estuviera incendiando la casa. Sin formación vocal y con un tono que podría describirse, generosamente, como «aproximado». Lydia (que abandonó el apellido Greenbaum durante su breve estancia en la Universidad de Oberlin) alcanzó la fama a principios de los noventa, cuando pasó de la oscuridad a la ubicuidad en cuestión de meses. Esta película biográfica suavemente iluminada y romántica se concentra en el período inmediatamente anterior a su estrellato, cuando la futura figura de la música se pasaba la mayoría del tiempo comiendo croquetas de patatas en la cafetería de la universidad.

Es un relato humanizante. El film evita el punto de vista que suelen adoptar muchas películas biográficas musicales. En lugar de hacer hincapié en su posterior drogadicción y su repentina muerte, la película se sitúa en un período confuso anterior a su fama, de modo que anima al espectador a imaginar un final distinto para Lydia (en la pantalla Darcey Lemon, que guarda un gran parecido con ella y posee unas dotes interpretativas adecuadas para el ambiente sutil del film, además de una voz sorprendentemente áspera).

Lo más destacable de la película, y la mejor decisión del cineasta después de la elección de Darcey Lemon para el papel protagonista, es el tiempo dedicado a Kitty's Mustache, la banda de Lydia en la universidad, a la que, según insinúa el film, ella aportó muy poco. La historia de amor entre Lydia y su compañero de grupo Andrew Marx (interpretado por un inquietante y joven Samson Tapper) constituye el eje argumental, y cuando esta finaliza, también lo hace la banda y, poco después, la carrera universitaria de Lydia. Es un recordatorio de que no hace mucho los famosos disfrutaban de cierta privacidad, y también de la capacidad de reinventarse de Lydia, que permitió que nada de la trivialidad y del

desamor de su pasado se reflejara en su imagen artística.

Dueña de mí misma no salva a Lydia del destino que sabemos que le espera, pero la película nos permite conocer mejor a una artista compleja. Lydia se une ahora a Jim Morrison y a Kurt Cobain como miembro del Club de los 27, cuya breve e impactante vida existe ahora en el cine además de en el recuerdo. Es un regalo acceder a los titubeantes inicios de una intérprete difícil.

GRUB STREET

Inauguraciones

El equipo del Hyacinth incorpora la mantequilla a Ditmas Park

Cinco meses después del incendio que las obligó a cerrar la cocina del Hyacinth, su primer locávoro en Brooklyn, Zoe y Jane Kahn-Bennett inauguran su nueva y acogedora pastelería, Hot + Sweet. A dos manzanas del Hyacinth, en Ditmas Park, Hot + Sweet ofrece desayunos y almuerzos siete días a la semana.

No hay *cronuts*, ni *macarons*, ni piruletas de bizcocho. La carta de Hot + Sweet es estrictamente anticuada, y es así como lo quieren las Kahn-Bennett. «¿Para qué cambiar la perfección? —nos preguntó la chef Jane Kahn-Bennett—. Prefiero servir una empanada de manzana o un cruasán perfectos que algo moderno, y sé que el barrio está de acuerdo porque llevaban diez años preguntándonos cuándo íbamos a ampliar nuestro negocio.»

También sirven tarta de chocolate, rollitos de canela y unas enormes galletas con pepitas de chocolate.

DEL *PITCHFORK REVIEW*

Diez momentos destacados del All Tomorrow's Parties Festival en Nueva York

3. Mejor reencuentro de una banda a la que nadie escuchó jamás

Kitty's Mustache es famosa por ser la banda universitaria de Lydia, pero los dos meses posteriores al estreno de la biografía cinematográfica *Mistress of Myself* (*Dueña de mí misma*), este grupo ha recibido invitaciones importantes, incluida la del All Tomorrow's

Parties. Fui sin saber qué esperar, dada la ausencia de Lydia, pero la banda, compuesta por Zoe Kahn-Bennett, Elizabeth Marx y Andrew Marx, con la colaboración de Darcey Lemon, la actriz protagonista del film, en el estribillo de la canción del título, sin que ninguno de sus miembros se dirigiera al público, excepto la cantante Elizabeth Marx, tuvo fuerza y sonó tan airada y vital como debía de hacer en casete, con guitarras temblorosas y faldas cortas. A mi lado, una chica dijo, refiriéndose a Elizabeth Marx: «Es un icono.» Y su amiga le respondió: «¡Y eso que leí en BuzzFeed que es agente inmobiliaria!» Lo que es revelador de cómo se sobrevive actualmente a nivel económico en el panorama musical.

ECOS DE SOCIEDAD DEL *NEW YORK TIMES*

Enlaces

Sarah Annabelle Dinnerstein, hija de Hannah y de Eugene Dinnerstein de Park Slope, Brooklyn, se casó este sábado con Anthony Dustinsky, hijo de Elena Rodriguez, de Greenwood Heights, Brooklyn, y del difunto Leopold Dustinsky, de Ridgewood Queens. El reverendo Elliott Beall, ministro unitario, celebró la ceremonia en el hermoso Boathouse de Prospect Park.

La novia, de veinticuatro años, que conservará su apellido de soltera, trabaja como relaciones públicas de Jah Juice, una empresa de zumos rastafaris con sede en Brooklyn. El novio, de veintiséis, es estudiante de arquitectura en la Universidad de Columbia.

CONDÉ NAST TRAVELER

La realeza gastronómica de Brooklyn se vuelve nativa

Ruby Kahn-Bennett lleva cinco años viviendo en México, primero en la península de Baja California, donde llegó al finalizar un curso de navegación realizado después de terminar la secundaria, seguido de una breve estancia en Ciudad de México, para instalarse, finalmente, en la costa oriental del país, en Tulum, pero la neoyorquina de origen afirma que nunca, hasta ahora, se había sentido como en casa. «No tuve carnet de conducir hasta los veinte años —nos contó riendo—. Y me trasladé a México a los

diecinueve. Fue un año duro. Tuve que tomar muchos autobuses.»

Pero todo eso quedó atrás y Kahn-Bennett se ha afianzado a medio camino entre el turismo y la comida casera de su Brooklyn natal. Su pizzería, Brooklyn's Finest, no solo sirve a los estadounidenses de viaje, sino que también se ha ganado una clientela local, gracias a su uso de los sabores locales. «México posee los mejores pimientos del mundo, de modo que hacemos muchas combinaciones distintas. Mi preferida de las actuales es una pizza blanca con queso oaxaca y chiles poblanos.»

Las madres de Kahn-Bennett, Jane y Zoe Kahn-Bennett, siguen en Brooklyn, dividiendo su tiempo entre el excelente Hyacinth y su nueva pastelería Hot + Sweet, ambos en Brooklyn, aunque Ruby puntualiza que su familia va a Tulum una vez al año por lo menos. «A mis madres les encanta —asegura—. No dejan de amenazar con abrir un local mexicano en casa.» En cuanto a Kahn-Bennett, a pesar de que la pizzería Brooklyn's Finest la mantiene ocupada, regresa a Nueva York todos los veranos, cuando obliga a sus madres a cocinarle una cena de Día de Acción de Gracias como es debido. «Iría a casa a disfrutar de ella cuando corresponde, pero ¡es nuestra temporada alta! ¡Alguien tiene que preparar las pizzas!», comenta. Así que celebrar el Día de Acción de Gracias en julio tendrá que bastar de momento.

BOLETÍN MENSUAL DE LA YMCA DE PROSPECT PARK

Éxito del torneo de baloncesto del programa Hermanos Mayores

Este mes, nuestro programa Hermanos Mayores ha terminado su temporada de verano con el torneo anual de baloncesto. El mentor de Hermano Mayor y entrenador voluntario del equipo, Andrew Marx, dijo al acabar el partido: «Ha sido uno de nuestros mejores torneos: todos los chicos han jugado con el corazón, y todo el mundo se lo ha pasado bien. Ha sido lo más destacado del año para nosotros, sin duda.» (Fotografía: los participantes de Hermano Mayor con Andrew Marx en el centro.)

HARRY MARX
UNIVERSIDAD BROWN

Comisión de doctorado del Departamento de Lengua Inglesa

Propuesta de tesis

Título propuesto: Amigos y vecinos

La novela se inspirará en tropos de historias clásicas de amor como *Romeo y Julieta* y *Tristán e Isolda*, estará ambientada en la actualidad en Ditmas Park, en Brooklyn, y tratará de dos familias vecinas que se enamoran y se desenamoran a la vez. Tengo intención de escribir una novela que celebre el amor apasionado de la juventud y la forma en que la gente más mayor se enfrenta a estos mismos sentimientos unas décadas más adelante. Planeo incorporar ideas de Jacques Derrida y Michel Foucault, así como inspirarme en plataformas hipertextuales de internet, que creo que proporcionarán una interesante yuxtaposición a la forma más bien anticuada y directa de la obra.

Gracias por su consideración.

TIME OUT NEW YORK

Guía del ocio

Elizabeth Marx, Bowery Ballroom

Durante el año transcurrido desde el estreno de *Mistress of Myself* (*Dueña de mí misma*), Elizabeth Marx, la excantante de Kitty's Mustache, ha vivido un resurgimiento asombroso, aunque es probable que sea más adecuado hablar de «descubrimiento», puesto que pocas personas habían oído nada de este grupo aparte de la canción que hizo famosa la excompañera del grupo de Marx y que no es necesario mencionar aquí. Marx está promocionando un nuevo disco, *Modern Lovers* («Amantes modernos»), que publicará este otoño Merge Records.

Agradecimientos

Quiero dar muchísimas gracias a mi glamurosa agente, Claudia Ballard, y a todo el equipo de Riverhead Books, especialmente a Sarah McGrath, Claire McGinnis, Geoff Kloske, Lydia Hirt, Danya Kukafka, Jynne Martin y Kate Stark. Gracias a los eméritos de Riverhead, Megan Lynch y Ali Cardia, por su constante cariño y apoyo. Gracias a mi equipo del Reino Unido, Jessica Leeke y Cathryn Summerhayes. Gracias a los amigos que me prestaron su rica y variada experiencia para este libro: Rob Newton, Kerry Diamond, Bill Sheppard, Jo Anne Kennedy, Stephin Merritt, Meg Wolitzer, Lorrie Moore, el personal de Rookie, Christina Rentz, Ry Russo Young e Isabel Parkey.

Quiero dar las gracias, muy especialmente, a mi familia: los Straub, los Royal, y mi atractivo esposo, Michael Fusco-Straub, quien evita que el tren descarrile. Y también, llena de asombro y de una devoción total, a mis dos preciosos hijos, uno de los cuales todavía está en el interior de mi cuerpo cuando escribo estas líneas, pero que tiene prevista su llegada a este mundo dentro de poco.

Gracias, como siempre, a mis queridas librerías independientes, y a sus brillantes propietarios y vendedores, especialmente a Mary Gannett y Henry Zook de BookCourt, a Stephanie Valdez y Ezra Goldstein de Community, a mi estimada Christine Onorati de WORD, a Jessica Bagnulo y Rebecca Fitting de Greenlight, y a Niki Coffman y Ann Patchett de Parnassus. También me gustaría dar las gracias a Ann Patchett por ser Ann Patchett.

Y, por último, gracias y todo mi cariño a los viejos amigos que he conservado, y también a los que no; besos a través del tiempo, del espacio y de las circunstancias.